

Diego Chozas Ruiz-Belloso

La literatura de viaje en *El
Museo Universal* (1857
-1869)

Departamento
Filología Española

Director/es
Romero Tobar, Leonardo

<http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis>



Universidad
Zaragoza

Tesis Doctoral

LA LITERATURA DE VIAJE EN *EL MUSEO UNIVERSAL* (1857-1869)

Autor

Diego Chozas Ruiz-Belloso

Director/es

Romero Tobar, Leonardo

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Filología Española

2014

TESIS DOCTORAL

**La literatura de viaje en
El Museo Universal (1857-1869)**

Diego Chozas Ruiz-Belloso

Director: Leonardo Romero Tobar

**Departamento de Filología Española
(Literatura Española e Hispánicas)
Universidad de Zaragoza
2014**

Índice

Introducción (p. 3)

Capítulo 1: Rasgos generales de *El Museo Universal*

- 1.1- El Museo Universal: revista ilustrada (p. 10)
 - 1.1.1 - Sobre la calidad de los grabados (p. 10)
 - 1.1.2- Tipología de grabados y textos correspondientes (p.12)
- 1.2- *El Museo Universal* pintado por sí mismo: el proyecto editorial declarado y el papel de los diferentes directores literarios. (p. 26)

Capítulo 2: El viaje y la literatura de viaje según *El Museo Universal*

- 2.1 - El progreso modifica las formas de viajar (p. 44)
 - 2.1.1 – La percepción del progreso (p. 44)
 - 2.1.2 – La extensión del ferrocarril y el telégrafo españoles a través de las páginas de *El Museo* (p. 46)
 - 2.1.3 – Los problemas del primer ferrocarril (p. 48)
 - 2.1.4 – Noticias sobre el desarrollo global de las comunicaciones y los medios de transporte (p. 51)
- 2.2 - Expedición versus viaje de recreo: la aparición del turismo de masas (p. 54)
 - 2.2.1 – Noticias y relatos de expediciones (p. 54)
 - 2.2.2 – Relación entre los “viajes” de *El Museo* y los de otras publicaciones de la editorial Gaspar y Roig (p. 57)
 - 2.2.3 – Otros motivos para viajar: los viajes oficiales (p. 61)
 - 2.2.4 – El “turismo” como neologismo y como nueva (y censurable) realidad (p. 64)
 - 2.2.5 – Huellas del turismo como actividad económica. La literatura de viaje como producto para la burguesía (p. 71)
- 2.3 - El concepto de literatura de viaje apuntado en *El Museo Universal* (p. 77)
 - 2.3.1 – La literatura de viaje según Ventura Ruiz Aguilera (p. 77)
 - 2.3.1.1 – La demanda del público (p. 77)
 - 2.3.1.2 – La respuesta de Ruiz Aguilera: análisis de cinco textos de “Geografía y viajes” (p. 78)
 - 2.3.1.3 – Algo más sobre el vínculo entre Geografía y viajes (p. 83)
 - 2.3.1.4 – Contraste entre los rótulos “Geografía y viajes” y “Geografía e Historia” (p. 86)
 - 2.3.1.5 – Un caso fronterizo: la narración de John Doy (p. 88)
 - 2.3.2 – La literatura de viaje según Nicolás Díaz Benjumea (p. 91)
 - 2.3.3 – La literatura de viaje según Emilio Castelar, Gustavo Adolfo Bécquer y otros escritores de “impresiones”: confrontación con el anterior paradigma (p. 96)
 - 2.3.4 – “Debate” entre Nemesio Fernández Cuesta y Rafael Castro y Ordóñez acerca de la escritura de viajes (p. 106)
 - 2.3.5 – La literatura de viaje según Nemesio Fernández Cuesta (p. 113)

2.3.6 – Las pistas falsas: los títulos de los textos y las narraciones de caza (p. 118)

Capítulo 3: Cerco a la literatura de viaje de *El Museo Universal*: propuesta de un corpus.

3.1 - Consideraciones teóricas (p. 120)

3.2 - El concepto (p. 122)

3.3 – Problemas de frontera (p.127)

3.3.1 – Artículos histórico-descriptivos (p. 131)

3.3.2 – Artículos de costumbres (p. 137)

3.3.3 – Artículos histórico-geográficos (p. 143)

3.3.4 – La semblanza biográfica (p. 145)

3.3.5 – El relato (p. 148)

3.3.6 – Otros textos fronterizos (p. 160)

3.4 – Características del corpus de literatura de viaje de *El Museo Universal* (p. 162)

3.4.1 – Relaciones de viaje (p. 165)

3.4.2 – Impresiones de viaje (p. 174)

3.4.3 – Otros subgéneros del corpus (p. 184)

3.4.4 – La ideología de la literatura de viaje de *El Museo Universal* (p. 191)

Conclusiones: un alto en el camino (p. 208)

Apéndice Bibliográfico A: Índice cronológico de textos del ámbito de los viajes excluidos del corpus (p. 217)

Apéndice Bibliográfico B: Corpus (p. 274)

Apéndice Bibliográfico C: bibliografía crítica (p. 287)

Notas (p. 292)

Introducción:

El Museo Universal es una compleja y vasta obra colectiva realizada a lo largo de trece años (1857-1869) por una extensa nómina de autores que reúne a intelectuales y artistas de diversos ámbitos, desde dibujantes, fotógrafos y grabadores hasta hombres de ciencia o diplomáticos, pasando por historiadores, periodistas, narradores y poetas. Ambicioso proyecto de un producto cultural de primer orden, supuso un importante esfuerzo por alcanzar las máximas cotas de calidad, tanto en los contenidos literarios y periodísticos como, muy especialmente, en las ilustraciones y en la presentación material de la publicación. Es, sin lugar a dudas, la revista ilustrada española más importante del tercer cuarto del siglo XIX, y ya en su época alcanzó un notable prestigio como periódico literario.

En 1952, Elena Páez Ríos publicó los índices de esta revista en la Colección de Índices de Publicaciones Periódicas del C.S.I.C.¹ y, en 1955, John Englekirk publicó en *PMLA*, revista de la Modern Language Association of America, el artículo “El Museo Universal (1857-69): Mirror of Transition Years”, único trabajo de conjunto que se ha dedicado a este periódico hasta la fecha², en el que se prestó especial atención a la poesía, que es, posiblemente, el contenido de *El Museo Universal* que resultó más trascendente para la historia de la literatura española.

Desde entonces, fueron apareciendo algunos artículos sobre cuestiones más puntuales que analizaron sobre todo las aportaciones a la revista de autores de relevancia como Bécquer³, Rosalía⁴ o Alarcón⁵, hasta que, de 2007 a 2010, el grupo GICES XIX, de la Universidad Autónoma de Barcelona, realizó un fundamental trabajo, coordinado por

Montserrat Amores, de catalogación y análisis de la narrativa de ficción de *El Museo Universal*, poniendo a disposición parte de sus resultados en internet⁶.

En esta misma línea de asedio a *El Museo Universal* por géneros literarios, esta tesis doctoral aborda el estudio de otro de los contenidos fundamentales de la revista: la literatura de viaje, que tiene presencia constante y copiosa a lo largo de toda la historia de la publicación, como puede apreciarse fácilmente echando un vistazo a los índices de los trece tomos de *El Museo*. Ya Elena Páez Ríos, en los índices temáticos que incluyó en su mencionado trabajo⁷, registró 132 entradas para “viajes”, remitiendo además a la materia “visitas”, con otras 56 entradas, recogiendo, además de textos de viajes, anuncios de otras publicaciones sobre viajes de la editorial Gaspar y Roig, notas, y fragmentos de la sección noticiera “Revista de la semana”. En nuestro trabajo, sin embargo, no partimos de los textos detectados por Elena Páez, sino que creímos conveniente crear nuestros propios índices, a sabiendas de que cualquier clasificación exige unos criterios previos, y que la definición razonada de tales criterios supone un objetivo crucial en esta tesis. Además, a la hora de examinar con más detenimiento la publicación con la intención de crear un amplio índice temático sobre viajes (postergando por el momento la huidiza noción de “literatura de viaje”), pronto se descubre lo engañosos que pueden resultar los títulos⁸, que no por el hecho de contener las palabras “viaje”, “excursión”, o “visita” garantizan la narración de viajes reales, que sin embargo muy a menudo sí que pueden venir bajo un título que se ciña al nombre de un país, una ciudad, un edificio monumental, o una costumbre extranjera. Por este motivo, para alcanzar una verdadera noción de la literatura de viaje contenida en *El Museo Universal*, el único camino posible es hojear la publicación número por número y detenerse a analizar los artículos que puedan presentar alguna vinculación con los viajes.

Tras recorrer los trece tomos, habremos examinado más de seiscientos textos y estaremos en disposición de empezar a distinguir entre ellos la literatura de viaje.

La historia de la literatura ha prestado atención prioritaria a las obras publicadas en forma de libro, objeto de prestigio con afán de permanencia, relegando a un segundo plano los materiales fungibles como los periódicos o la literatura de cordel. No obstante, un conocimiento sólido de la literatura española del siglo XIX (y de cómo se vivía la literatura en esta época) pasa por analizar los ingentes materiales publicados en las revistas periódicas, imprescindibles vehículos de comunicación literaria que aún no han sido convenientemente estudiadas. De la misma forma, un conocimiento fiable de la literatura de viaje decimonónica exige no limitarse al estudio de los viajes que fueron publicados en forma de libro, aceptando también todos los textos de viajes que aparecieron en las publicaciones periódicas. En todo caso, es preciso tener en cuenta que, mientras los libros de viajes son objetos de estudio bien definidos (al menos se comercializan como unidades físicamente separadas de otras obras de otros tipos), en una publicación periódica de contenido muy heterogéneo y casi nunca etiquetado genéricamente como es el caso de *El Museo Universal*, la propia conformación de un corpus de literatura de viaje, su deslinde justificado de su contexto más inmediato, esto es, del resto de la revista, constituye el problema central para el estudioso.

La literatura de viaje de *El Museo Universal* tiene características de trampantojo: se intuye su existencia entre la masa de los textos, pero hay que ajustar la mirada, alejarse y acercarse al conjunto hasta que los contornos aparezcan bien definidos. Si nos alejamos o acercamos más de la cuenta, el dibujo se descompone en otros, se fragmenta en diversos

subgéneros. Advertir la unidad de todos los textos de viaje de *El Museo Universal* requiere una sutil operación de enfoque.

Para llevar a cabo esta progresiva aproximación a la literatura de viaje de *El Museo Universal* se ha procedido de la siguiente manera:

El primer capítulo se ha dedicado a describir las características generales de *El Museo Universal* (sus contenidos, su línea editorial, su historia) con el fin de visualizar el marco en el que se integra y con el que interactúa la literatura de viaje que va a ser estudiada.

En el segundo capítulo se ha querido explotar exhaustivamente el viaje como asunto en *El Museo Universal* (modernos medios de transporte, noticias sobre viajes y viajeros, tipos de viajes según sus objetivos, el turismo como actividad económica, etc.), dedicando una segunda parte a recoger todos los comentarios críticos o metaliterarios diseminados por la revista que enjuician la literatura de viaje, muchas veces para proponer un modelo en oposición a otros.

En el capítulo tercero, se aborda finalmente el estudio sistemático de la literatura de viaje de *El Museo Universal*: a partir de las nociones presentes en el periódico apuntadas en el capítulo anterior, se propone una definición operativa de literatura de viaje que, al aplicarla sobre la masa textual de la publicación, permitirá seleccionar un corpus de 193 textos. El criterio de selección propuesto no es tanto formal como conceptual, de manera que parte de los textos de muy diferentes subgéneros periodísticos formales (artículos histórico-descriptivos, artículos geográficos, artículos costumbristas, semblanzas biográficas, relatos, etc.) caerán dentro del terreno de la literatura de viaje, mientras otros

tantos quedarán fuera. Buena parte del capítulo tercero (el apartado titulado “Problemas de frontera”) se dedica a describir las características formales de estos subgéneros cuyos textos pueden, o no, pertenecer a la literatura de viaje, delimitando la línea de corte que separa unos textos de otros y describiendo también las áreas de frontera entre los distintos subgéneros. Por último, el tercer capítulo se extiende en las características formales de los 193 textos del corpus, proponiendo como subgéneros principales del mismo las *relaciones* y las *impresiones de viaje*, y deteniéndose en el contenido ideológico predominante en la literatura de viaje de *El Museo Universal*.

Se cierra el trabajo con unas conclusiones que recopilan lo visto y proponen nuevas líneas de investigación, y con tres apéndices bibliográficos: el primero reúne en orden cronológico textos analizados muy vinculados a los viajes que, no obstante, no cumplen los criterios propuestos de lo que es la literatura de viaje; el segundo presenta los textos del corpus ordenados alfabéticamente por autores, y el tercero lista la bibliografía crítica citada. Los más de seiscientos textos reunidos entre los apéndices A y B podrán servir de base para futuras clasificaciones siguiendo los más diversos criterios (por subgéneros, por nacionalidad del autor, por continente de destino, etc., etc.) y serán también de utilidad para investigadores que manejen un concepto de literatura de viaje diferente del nuestro.

Aunque, como adelantábamos más arriba, la primera fase de elaboración de esta tesis consistió en el análisis previo individual de los más de seiscientos textos del ámbito de los viajes aparecidos en *El Museo Universal* entre 1857 y 1869 y recogidos en los apéndices, en la redacción definitiva se ha evitado la descripción sucesiva y pormenorizada de todos estos textos, ofreciendo al lector directamente una segunda fase del trabajo que

consiste en presentar la información filtrada por tendencias, recurriendo a los casos concretos para ilustrar las regularidades, o para señalar las excepciones a la norma.

Las conclusiones que se ofrezcan al final de este trabajo habrán de circunscribirse por fuerza al ámbito de nuestra revista de estudio: la literatura de viaje es una categoría universal de textos de todos los tiempos, y tanto ella como la bibliografía⁹ que la estudia son inabarcables, de manera que un trabajo factible sobre este tipo de literatura debe fijar claramente sus límites de actuación, y en el caso de esta tesis se ha elegido como contexto más amplio el de *El Museo Universal*, con raros (aunque significativos) escauceos por otras obras y periódicos. Como consecuencia, se obtendrán conclusiones fiables sobre la literatura de viaje de esta revista, pero sobre la época o sobre la evolución en general de la literatura de viaje apenas podrán apuntarse hipótesis que deberán confirmar (o rebatir) estudios posteriores.

Para finalizar esta introducción, diré que, si bien la tesis doctoral que presento es de alguna forma una modesta tesela que más tarde o más temprano tendría que ocupar su lugar en la construcción sin fisuras del mosaico del conocimiento de las publicaciones periódicas españolas del siglo XIX, lo cierto es que algunas circunstancias favorecen que esta tarea sea abordada precisamente en nuestros días: por una parte, el desarrollo de las nuevas tecnologías, con la digitalización de documentos antiguos que pasan a estar disponibles en internet desde cualquier punto del globo, facilita enormemente el vaciado de revistas del XIX que antes exigían la presencia física del investigador en determinadas bibliotecas españolas¹⁰. Por otro lado, la literatura de viaje ha vuelto a despertar un notable interés desde los años 90, no sólo entre los investigadores sino también entre los creadores y el público lector, en paralelo al desarrollo de otros géneros que procuran apartarse de la

ficción, como la literatura testimonial, la autobiografía o la llamada autoficción, por lo que esta tesis podrá ver la luz en tiempos receptivos a la literatura que nos ocupa.

Capítulo 1: Rasgos generales de *El Museo Universal*

1.1 - *El Museo Universal*: revista ilustrada

1.1.1 – Sobre la calidad de los grabados

El 15 de enero de 1857 salía a la venta en Madrid el primer número de *El Museo Universal*, publicación de los editores José Gaspar Maristany y José Roig Oliveras¹¹ que se proponía llegar a la altura de las mejores revistas ilustradas europeas.

Un año más tarde, concretamente en el primer artículo publicado en 1858, titulado “Introducción”, el historiador José Puiggarí, figura de gran peso durante los primeros años de la publicación, se enorgullecía de que este objetivo hubiera sido alcanzado con medios exclusivamente españoles:

Dejando aparte la opinión de los extraños, no siempre desfavorable, los propios fueron los primeros en sonreír con incredulidad, cuando a vista de nuestro prospecto, parecieron dudar de que en la corte de España, por los años de gracia de 1857, hubiese dibujantes, grabadores, impresores y hasta literatos, capaces de seguir de cerca a las *Illustrated London News*, al *British Museum*, *Illustriche Zeitung*, *Magasin Pittoresque* y otros periódicos que suelen pasar por oráculos en el género¹².

La elevada calidad material de la publicación, nunca vista hasta entonces en España¹³, se apoyaba por una parte en la moderna máquina de imprimir de la fundición alemana Koenig et Bauer (casa que ganaría una medalla de primera clase en la Exposición Universal de París de 1867)¹⁴, cuyos tipos se estrenaban además cada año¹⁵ y, por otra, en

lo más granado de la segunda generación de grabadores españoles, salidos del taller de Vicente Castelló, y encabezados por Bernardo Rico y Carlos Capuz¹⁶, que ya habían asimilado perfectamente las más recientes técnicas europeas del grabado en madera y que supieron aportar a *El Museo Universal* notables y visibles mejorías frente a publicaciones ilustradas anteriores como el *Semanario Pintoresco Español*, *La Ilustración*, o *El Artista*¹⁷.

En las propias páginas de *El Museo Universal* podemos encontrar pruebas del reconocimiento que los grabados de esta publicación recibieron ya en su época, como premios¹⁸ o menciones elogiosas en la prensa extranjera¹⁹, pero incluso mucho después de la extinción de la revista (que tuvo lugar en 1869), y con la debida perspectiva que da el tiempo, siguió hablándose de los excelentes grabados de *El Museo* como su marca más característica: Pedro de Madrazo, con motivo del veinticinco aniversario de *La Ilustración Española y Americana*, publicó en enero de 1882 el artículo “Los periódicos ilustrados de Madrid”, en el que *El Museo Universal* adquiriría voz propia y decía: “yo levanté de repente el arte del grabado en madera, de la vergonzosa postración en que yacía, a la altura y dignidad que goza en los países más adelantados”²⁰. Doce años más tarde, en sus *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Eugenio de Hartzenbusch describía *El Museo Universal* como una “importante publicación, que recuerda el *Semanario pintoresco español*, pero muy mejorado en la parte artística”²¹. Pero distanciándonos aún más en el tiempo, y ya bien adentrados en el siglo XX, nos encontramos con la acreditada opinión de la especialista en iconografía y grabados Elena Páez Ríos, quien, en la breve introducción al catálogo de contenidos de *El Museo Universal*, que ella misma elaboró y publicó en 1952 dentro de la colección de índices de publicaciones periódicas del C.S.I.C., escribe: “Consta cada número de la revista –

quincenal en sus tres primeros años– de ocho páginas, de 304 por 214 mm, magnífica de presentación en cuanto a papel e impresión, y, sobre todo, se da en ella una importancia tal a la parte ilustrativa, que en sus trece años de existencia recogió casi íntegramente el último esplendor del grabado en madera”²². Y apenas tres años después, en el único artículo que se ha escrito hasta hoy con una visión global sobre *El Museo Universal*, John Englekirk insistía en la aventajada calidad gráfica de esta revista afirmando que era “superior in physicall make-up to all earlier and contemporary Spanish illustrated reviews”²³.

En efecto, a pesar del indudable interés de los textos de *El Museo Universal*, de los que pasaremos a hablar enseguida, debemos insistir en su naturaleza de revista ilustrada, pues será esta característica, esta especialidad, lo que le permita destacar entre el marasmo de los ciento cincuenta periódicos (la mitad madrileños) que se publicaban en España hacia 1857²⁴.

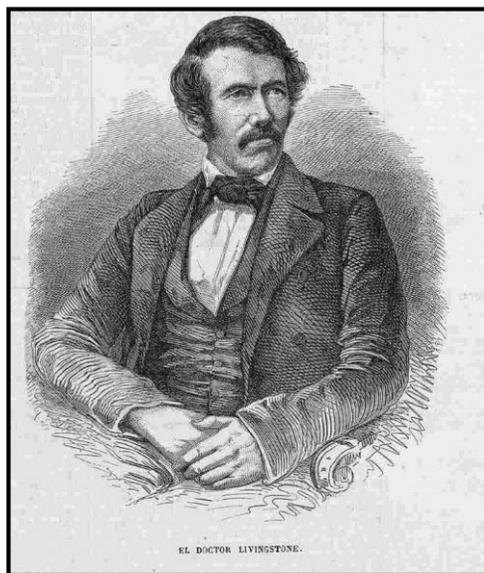
1.1.2 – Tipología de grabados y textos correspondientes

No olvidemos que el propio título de la publicación, *El Museo Universal*, quiere destacar el carácter ilustrado de la revista, siguiendo el ejemplo del *Semanario Pintoresco Español*²⁵, *La Ilustración* o el *Museo de las Familias*, de manera que el nombre de nuestro periódico daría a entender la pretensión de registrar en imágenes todos los lugares y todos los asuntos.

Ahora bien, la opción de los editores por una revista ilustrada suponía al mismo tiempo la exigencia de buscar constantemente “asuntos” susceptibles de ser retratados, temas o materias que pudieran ser reproducidos con imágenes y que fueran además del interés de los lectores. En este sentido, los temas de los grabados de *El Museo Universal*

no difieren de los de las revistas ilustradas anteriores y coinciden además en cierta medida con las categorías en que se dividía entonces la pintura: aunque, a decir verdad, el género de pintura histórica –el más cultivado y de más prestigio en la época²⁶– tendrá muy escasa representatividad en *El Museo*, sí que habrá numerosísimos ejemplos de otros géneros como el retrato, la pintura “de perspectiva y paisaje”, o la pintura “de género”²⁷, que representa escenas de costumbres. Géneros de pintura que, en las páginas de *El Museo Universal*, se verán trasladados al entramado de líneas propio del grabado en madera de la época.

En cuanto a los retratos publicados en *El Museo Universal*, son predominantemente de políticos y militares contemporáneos, tanto españoles como extranjeros, normalmente protagonistas de algún acontecimiento reciente. En segundo lugar también se ofrecen los retratos de compositores, artistas, grandes personajes del pasado o soberanos de reinos exóticos²⁸. Tales retratos están invariablemente acompañados de una biografía más o menos extensa del personaje en cuestión, de manera que el artículo biográfico viene a ser, consecuentemente, uno de los más comunes de *El Museo*, con presencia en la mayoría de los números.



(“El Doctor Livingstone”; n° 42 de 1866)

En relación a los paisajes, tal y como recomendaban los tratadistas de lo “pintoresco”²⁹, los que encontramos en *El Museo* incluyen siempre (o casi siempre) elementos humanos: unas figuras, una construcción, un monumento, unas ruinas... A menudo se pone ante los ojos del lector el escenario donde ha tenido lugar algún importante acontecimiento reciente (como puede ser una batalla) al que se alude en la noticiara “Revista de la semana” del propio número. Son abundantísimos los edificios monumentales retratados en la revista, con claro predominio de los españoles, y también es habitual que se muestre la imagen del perfil de una ciudad (con sus edificios más representativos) en la que se centra, por algún motivo, la atención del momento, o que presenta un interés histórico y artístico más atemporal.

Estos paisajes rurales o urbanos, normalmente protagonizados por una construcción monumental, vienen casi siempre acompañados de un texto que va desde la breve nota explicativa sin firma hasta la narración viajera que se extiende a lo largo de varios números y que puede estar firmada por un escritor de prestigio. A medio camino entre la nota mínima y redundante y la extensa narración viajera, encontramos toda una gama de artículos histórico-descriptivos más elaborados, sin firma o firmados con iniciales o con nombres completos, que a su vez van desde la mera recopilación de informaciones objetivas sobre el lugar retratado hasta el texto mucho más personal y cuidado estéticamente que no se limita a la descripción del monumento, sino que describe también la vivencia y las impresiones subjetivas generadas en el autor por la visita al lugar.

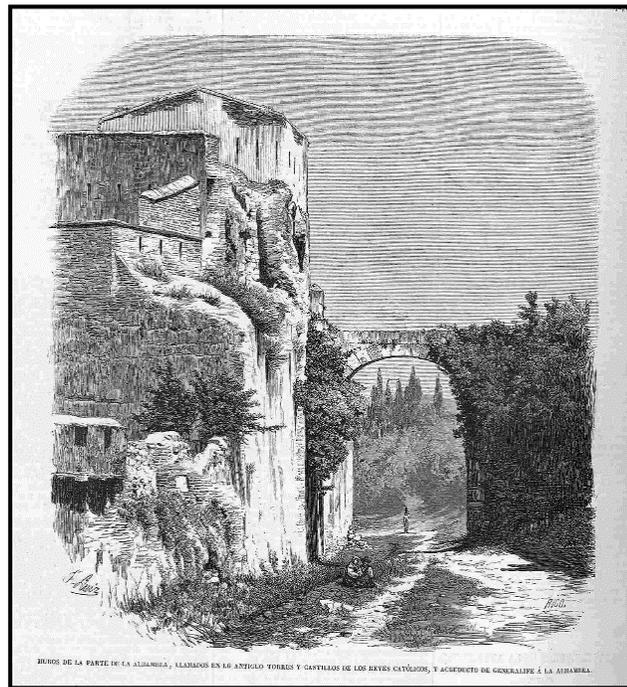
En el caso de los textos más sencillos e impersonales, resulta evidente su subordinación al grabado y el hecho de que es el texto lo que “ilustra la ilustración”, llegando a ser en muchas ocasiones perfectamente prescindible. A medida que este texto

explicativo adquiere complejidad y riqueza, pasará a aparecer firmado y a competir en importancia con el grabado, estableciéndose entre ellos una compleja relación jerárquica no siempre clara³⁰. Incluso en los casos de los artículos más extensos y elaborados cabrá la duda, muchas veces, de si estos fueron en realidad textos encargados para acompañar determinados grabados que querían mostrarse en *El Museo*: esta subordinación del texto extenso y firmado solo se hará explícita en casos excepcionales, como cuando el exitoso escritor de folletines Manuel Fernández y González, en el n° 36 de 1862, concluye la narración de un paseo por las cercanías de la Alhambra reconociendo que “Os hemos dicho cuanto sabíamos, para animar ante vuestra imaginación, la lámina para la cual se han escrito estas líneas”, pero lo cierto es que en incontables ocasiones el grabado se comenta en el texto, lo que evidencia que el dibujo fue anterior a la escritura. Cuando Nemesio Fernández Cuesta, en la “Revista de la semana” del n° 39 de 1862 escribe que “La corte sigue obsequiada en Andalucía. *El Museo* prepara los grabados para comenzar en breve la relación pintoresca y minuciosa de este viaje”, entendemos, en efecto, que el director de la revista tenía por costumbre encargar primero los grabados, que debían de exigir más tiempo de elaboración, para, a continuación, asociarles un texto más o menos cuidado encargado a su vez a una pluma de mayor o menor prestigio.

Encontramos apenas un caso de subordinación explícita de un grabado al texto en “Real monasterio de Nuestra Señora de Pedralbes, en el campo de Barcelona”, de J. Puiggarí (n° 43 de 1862), donde se lee: “Igual interés ofrecen unas figuritas de guerreros y damas esculpidas sobre los antedichos sepulcros, y el notable enterramiento de la reina fundadora, que descuella en el presbiterio a la mano de la epístola [sic], del cual ofrecemos un grabado para ahorrarnos descender a ulteriores menudencias”, lo que, además de sugerir

una conciencia de la posible complementariedad entre textos y grabados, deja entender que es el autor del texto quien ha decidido la inclusión de este grabado en particular.

En cualquier caso, el volumen de ilustraciones y textos dedicados a monumentos es enorme, y basta hojear algunas decenas de ejemplares de *El Museo Universal* o asomarse a los índices de sus trece tomos para confirmar que este tipo de contenido constituye uno de los grandes pilares en los que se sustenta el proyecto editorial de esta publicación³¹.



(“Muros de la parte de la Alhambra, llamados en lo antiguo torres y castillos de los Reyes Católicos, y acueducto de Generalife a la Alhambra”, n°36 de 1862).

Otro gran grupo de grabados, también habituales en la mayoría de los números, es el de los “tipos”: tipos regionales del interior de España o de otros países –casi siempre idealizados y vestidos con sus trajes típicos–, y tipos urbanos –casi siempre caricaturizados, tanto físicamente como en lo que se refiere a sus ropas y accesorios. Aparecen normalmente por pares en la última página, y no tienen más texto asociado que el propio pie de la imagen.

Estos grabados, sobre todo los caricaturescos (especialidad del dibujante Ortego), tienen una estrecha relación con las viñetas cómicas que también se publican muy a menudo en la última página de los números, presentando una escena risible acompañada de pequeños diálogos, a menudo rimados, al pie de las imágenes.

Estamos, por lo tanto, ante dos formas de costumbrismo: una idealizadora, preocupada ante todo por el atractivo estético de los atuendos regionales, que se quieren preservar en una suerte de “museo visual”, y otra dirigida principalmente a castigar las costumbres mediante la risa, y que encuentra sus raíces en la sátira. Lo interesante es que se idealicen los tipos populares rurales, lejanos, mientras se denigra a los tipos populares urbanos, mucho más próximos a los lectores de *El Museo Universal*. Mientras los retratos de tipos regionales, muy ennoblecidos, siguen el proyecto del costumbrismo romántico que siente atracción por lo popular y se aferra al pasado frente a la uniformidad de atuendos y costumbres que traen los tiempos modernos, los retratos satíricos, con tintes goyescos, de las clases populares urbanas, suponen la otra cara de la moneda de un mismo sentimiento de clase, sin duda elitista³², que debían de compartir los lectores de *El Museo Universal*, lujosa publicación que no estaba al alcance de cualquier bolsillo³³.

Ciertamente, a nadie debe extrañarle que el público de *El Museo Universal* estuviese compuesto por las capas más altas de la sociedad desde el momento en que había un 70% de analfabetismo en la sociedad española de la época³⁴, pero incluso entre las clases letradas del país, esta publicación, debido a la gran calidad material a la que venimos aludiendo, resultaba cara³⁵, lo que llevó a los editores a abrir otra línea de negocio con una versión más modesta de *El Museo* que se tituló, muy significativamente, *Semanario*

popular, cuyo principal director fue Florencio Janer, importante colaborador de nuestra revista³⁶.

Regresando al asunto de los grabados de tipos populares diremos que, además de las figuras aisladas que irían conformando esa gran colección de estampas de trajes regionales, a veces estos mismos personajes pintorescos se muestran en escenas colectivas más complejas que en esta ocasión retratan al pueblo en movimiento, en acción, celebrando alguna festividad o apenas trabajando o descansando en un día como cualquier otro. Estos grabados, que serían los que mejor se corresponderían con la “pintura de género” que mencionaba más arriba, sí que aparecen acompañados por un pequeño texto que, en tono evocador, poetiza sobre las dulzuras de la vida en el campo. En este terreno destacó sin lugar a dudas la colaboración entre los hermanos Bécquer, que estudiaron Marie Linda Ortega y Soraya Sádaba³⁷ y que consistía generalmente en un comentario poético por parte de Gustavo Adolfo de un dibujo costumbrista realizado previamente por su hermano Valeriano. Cuando el orden de las creaciones se invierte, y sea el grabado el que se inspire en un texto previo de Gustavo Adolfo, el resultado va a ser sorprendente, como hay razones para sospechar que ocurrió con “La noche de los difuntos”, del n° 44 de 1865, un texto formidable con el que el poeta irrumpió en *El Museo Universal* con su particular universo estético³⁸, muy distante del de sus contemporáneos, inspirando en su hermano Valeriano un dibujo asimismo del todo inusual, que rompía con todo lo que venía publicándose hasta entonces en *El Museo*³⁹.



(“El hogar – costumbres de Aragón: dibujo de don Valeriano Bécquer”; n° 24 de 1865)

En estrecha conexión con los anteriores, nos encontramos con grabados que reflejan las costumbres de otros países, y que también vienen asociados a textos, muchos de ellos de viajes, y otros tantos más generales e impersonales, como puede ser la larga tirada de artículos ilustrados sobre ceremonias nupciales de diversos países que se publicó a lo largo de 1868 y que firmó Pedro F. Monlau⁴⁰. En estos casos, el atractivo principal será el exotismo de los rasgos físicos y los atuendos de las figuras retratadas, pero no faltarán grabados con intenciones caricaturescas cuando los sujetos retratados sean de raza negra⁴¹.

Para encerrar ya el comentario de los grabados de géneros pictóricos reconocidos por la Academia, se hace necesario registrar que en las páginas de *El Museo Universal* de varios años se publicaron reproducciones de pinturas presentadas a la Exposición de Bellas Artes. Tanto es así, que en la nota explicativa del grabado “Madrid – Edificio destinado a la Exposición de Bellas Artes”, del n° 5 de 1867, atribuible a Ventura Ruiz Aguilera, hay

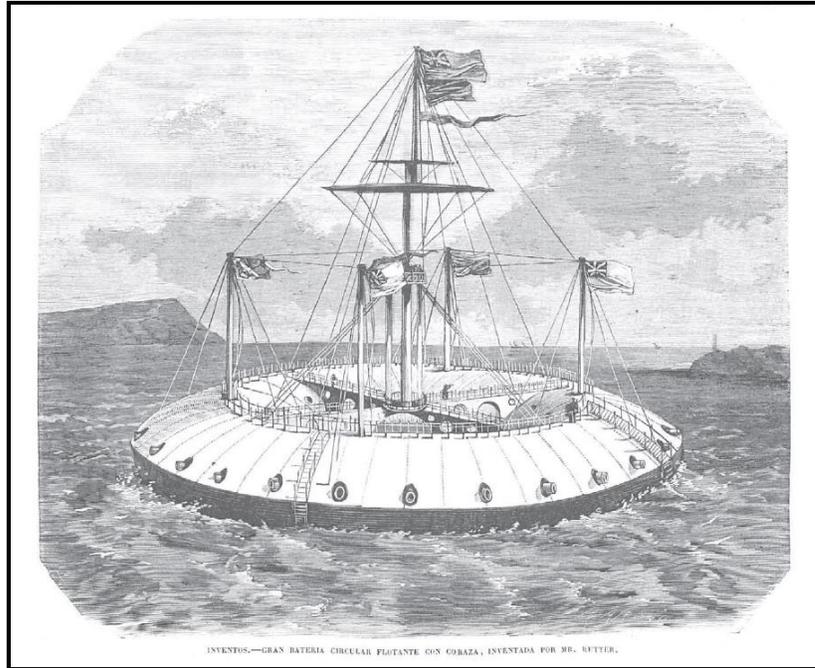
una abierta queja de que *El Museo* no haya sido convidado a la inauguración, “sin duda por creerse que no merecía la pena de acordarse de él, un periódico que en casos análogos ha reproducido y seguirá reproduciendo con gusto, por medio del grabado, las obras más notables, y cuyos números circulan profusamente por todo el mundo”.



(“Exposición de Bellas Artes – Adiós para siempre – Cuadro de D. Victor Manzano”; n° 49 de 1860)⁴²

Dejando, pues, ya de lado, los grabados que se corresponden con los géneros de pintura más extendidos en la época (retratos, paisajes, pintura costumbrista, etc.), encontramos aún en *El Museo* un buen número de reproducciones que no pueden adscribirse a una tradición de prestigio. Destacan entre estas las que podríamos agrupar bajo el epígrafe de “imágenes de industria y progreso”: se retratan en este caso máquinas industriales, cañones y otras armas de última generación, proyectos de máquinas voladoras, dibujos técnicos de barcos acorazados y del Ictíneo (el submarino de Monturiol, muy

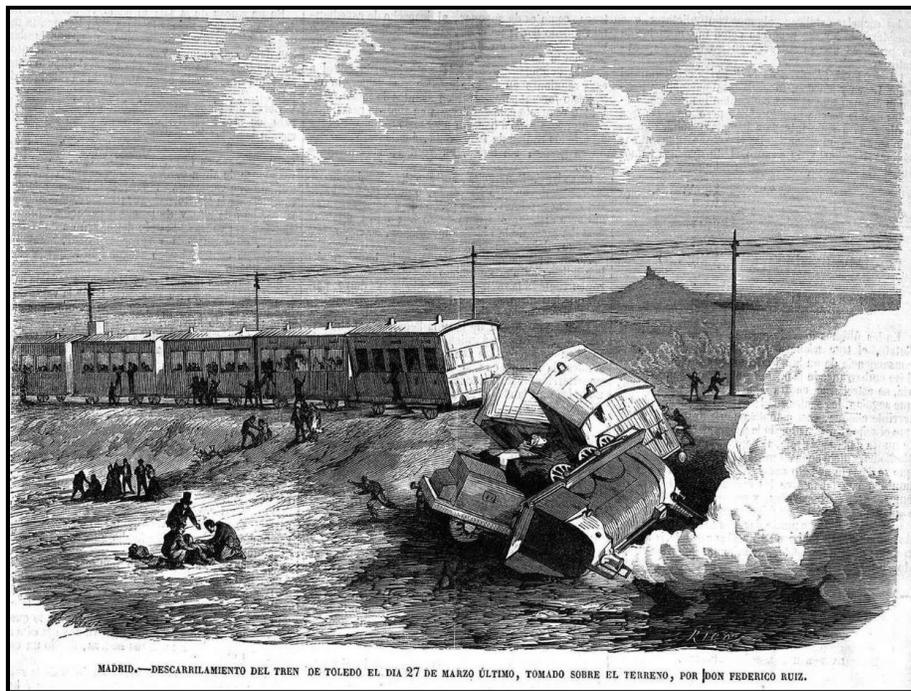
apoyado desde las páginas de *El Museo Universal*), locomotoras para caminos ordinarios, etc., etc. Ciertamente, no suele faltar en ningún número de *El Museo* alguna noticia sobre un invento o un avance de la ciencia con su correspondiente texto informativo, y son muy frecuentes los artículos que explican en profundidad la explotación industrial de algún producto.



(“Inventos – Gran batería circular flotante con coraza, inventada por Mr. Rutter”, n° 16 de 1867)

A mitad de camino entre estos dibujos más técnicos y el arte pictórico tenemos la larga serie de estampas de barcos de la marina española, sin duda demandados por la curiosidad y el nacionalismo a flor de piel que se sentía de forma generalizada en España durante la llamada Guerra del Pacífico contra Chile y Perú (1863-1866). También estos grabados van acompañados de sus respectivas notas explicativas, muy escuetas y anónimas.

El último gran grupo de grabados no adscritos a géneros tradicionales tiene gran interés para la historia del periodismo español porque supone el primer intento de reproducir con imágenes acontecimientos de la actualidad de la misma manera que muy pronto pasaría a hacer la fotografía⁴³: la inauguración de una vía férrea, el baño de multitudes de Isabel II en uno de sus viajes, la erupción de un volcán, un incendio o un descarrilamiento pueden motivar uno de estos grabados noticieros que abundarían especialmente en los últimos años de *El Museo Universal*, sobre todo tras la revolución de 1868, cuando al periódico le será permitido reproducir en sus páginas acontecimientos de la política nacional, como los combates callejeros trabados entre sublevados y tropas gubernamentales en diversas ciudades de España.



(“Madrid.—Descarrilamiento del tren de Toledo el día 27 de marzo último, tomado sobre el terreno, por D. Federico Ruiz”; n° 14 de 1867)

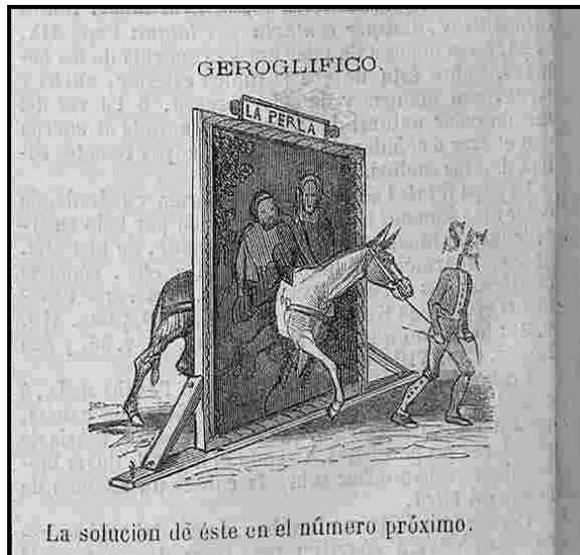
Tras haber enumerado los principales tipos de grabados de *El Museo Universal*, con sus correspondientes textos, conviene ahora, al hilo de estos grabados de actualidad, recopilar todo lo dicho y realizar una primera tentativa de análisis e interpretación global de lo que llevamos visto: desde nuestros tiempos de presencia abrumadora de la imagen, que además no deja de crecer exponencialmente en forma de innumerables canales de televisión y de infinidad de fotografías y vídeos publicados en internet y accesibles desde cualquier teléfono, posiblemente haya que hacer un esfuerzo *imaginativo* para entender que en el tercer cuarto del siglo XIX toda la omnipresente realidad virtual y reflejada que nos rodea prácticamente no existía, a no ser en la rudimentaria e incipiente forma de la pintura y el grabado. Entonces, la reproducción con imágenes era aún algo raro y, como venimos viendo, muy caro. *El Museo Universal*, con sus flamantes imágenes, era una excepción en su tiempo, y además apenas aparecía cada quince días, durante sus tres primeros años, para pasar a ser publicado los domingos a partir de 1860 y hasta su desaparición, en noviembre de 1869.

Debemos, por lo tanto, pensar en *El Museo Universal* como una revista dominical ilustrada que el lector burgués hojeaba por fin sin prisas tras haber leído a lo largo de la semana numerosos periódicos políticos y noticieros repletos de letra impresa, pero sin imágenes⁴⁴. De lunes a sábado, la prensa estaría sumida en una suerte de profundo “silencio visual”. Cada domingo, el lector encontraría en las páginas de *El Museo*, con una forma de placer difícil de entender desde el siglo XXI, los rostros de los grandes protagonistas de la semana, los escenarios de grandes acontecimientos recientes, imágenes de las ciudades situadas en el centro de la actualidad, e incluso representaciones muy vívidas de catástrofes naturales que andaban en boca de todos.

Como periódico dominical, *El Museo Universal* venía precedido de toda la prensa diaria de la semana. Este es su contexto, consabido por los lectores, de manera que una de las misiones no confesadas de *El Museo* sería la de dotar de imágenes al resto de la prensa, o más concretamente, a las noticias más sonadas publicadas por el resto de la prensa durante la semana. Consecuentemente, los textos que acompañan a estos grabados “de actualidad” bien tienen características de artículo de fondo, procurando añadir algo aún no dicho sobre un personaje o acerca de un lugar, o bien son brevísimos y muy deficientes en contenido porque sobreentienden que el lector ya dispone de toda la información sobre el particular.

Claro que no sería esta la única misión periodística de *El Museo Universal*, pues, como hemos ido viendo, importantes grupos de grabados no están tan atados a la actualidad, y se proponen reflejar (e incluso atesorar, como en un museo) las riquezas más durables y atemporales de España: su patrimonio histórico y artístico, su folclore. Aunque, por otro lado, *El Museo* intentará honrar asimismo su apellido de “Universal” y abrirá sus puertas y sus galerías a las joyas arquitectónicas de otros países, y a las curiosidades folclóricas de otros pueblos, mejor cuanto más exóticos y distantes.

No se puede concluir este rápido comentario de los grabados de *El Museo Universal* sin mencionar, aunque sea de pasada, los ingeniosos e imaginativos jeroglíficos que cierran la mayoría de los números, en absoluto comparables al resto de las obras gráficas de la publicación, y que presentan algunos de los rasgos libérrimos que las vanguardias de principios del siglo XX consagrarían muchas décadas después⁴⁵.



(Jeroglífico del nº 50 de 1866)

En resumidas cuentas, en las páginas precedentes se ha podido constatar que la propia naturaleza de revista ilustrada de *El Museo Universal*, con los diversos tipos de grabados que comprende –muchos de los cuales siguen los modelos de prestigio de la pintura de la época–, determina en buena parte el contenido textual del periódico, de manera que la publicación de retratos, paisajes, figuras de monumentos, escenas de costumbres, planos de máquinas, etc., conlleva, y hasta exige, respectivamente, la publicación de biografías, literatura de viaje, artículos histórico-descriptivos, textos costumbristas, artículos de orden técnico, etc.

No obstante, nos daremos cuenta de que la correlación entre textos y grabados en *El Museo Universal* no es permanente ni absoluta, comenzando por el hecho de que hay grabados (pocos) huérfanos de texto, como los jeroglíficos, las estampas de tipos y las viñetas humorísticas, así como hay textos que no vienen ilustrados por grabados, como es el caso, sin ir más lejos, de los poemas⁴⁶ y los relatos de ficción⁴⁷, con presencia constante en todos los números de *El Museo* y con peso relativo tan importante que rivaliza con los

propios grabados, hasta el punto de que, en no pocas ocasiones, *El Museo Universal* se refiere a sí mismo como “periódico literario”, según veremos muy pronto.

Es importante, por lo tanto, llamar la atención sobre cómo el contenido gráfico determina muchas veces el contenido textual en una revista ilustrada como *El Museo Universal*, pero no se puede pretender que esta sea la única clave que explique la selección de contenidos de la revista, pues este determinismo, estas imposiciones de la materialidad de la publicación, han de fundirse y armonizarse con otros vectores de fuerza como son la demanda del público, la censura oficial o, muy particularmente, un definido proyecto editorial, impregnado de ideología, que va a orientar los pasos de *El Museo* a lo largo de sus trece años de existencia, y que en diversas ocasiones mostrará explícitamente sus líneas maestras en las propias páginas de la revista, como vamos a comprobar en el siguiente apartado.

1.2 - *El Museo Universal* pintado por sí mismo: el proyecto editorial declarado y el papel de los diferentes directores literarios

Enlazando con el tema anterior de las ilustraciones, debemos detenernos brevemente en el grabado que apareció en la cabecera de *El Museo Universal* desde su primer número hasta el último, pues se trata de una evidente alegoría de lo que esta publicación pretende ser; una manera de presentarse visualmente a los lectores que se adoptó como una de las señas de identidad más características y permanentes de la revista:



Firmado por Múgica y Capuz, el grabado está presidido por una figura femenina en un trono que representa a la Historia y que toma nota de lo que ve a su alrededor. Esta figura se encuentra rodeada de un buen número de productos culturales, en su mayoría obras de arte, en una disposición un tanto caótica, como son: un tríptico que parece contener pinturas religiosas, edificaciones de diferentes estilos arquitectónicos, (incluyéndose al fondo las pirámides de Egipto y una torre oriental), y esculturas de diversas épocas. Pero también se muestran en el grabado un globo terráqueo, unos legajos antiguos, un instrumento musical (un laúd árabe, en apariencia) o, detrás de este, una máquina con ruedas dentadas, que guarda relación de simetría con otro elemento moderno que encontramos a la misma altura, pero en el extremo derecho de la imagen: lo que parece la alta chimenea humeante de una fábrica.

¿Corresponde este grabado con lo que vamos a encontrar en *El Museo Universal* a lo largo de su historia? Ciertamente, el protagonismo de la arquitectura, frente al resto de las bellas artes, aparece bien reflejado en esta ilustración. Además, la presencia de los adelantos científicos e industriales es también una constante de la revista, así como los artículos de “Geografía y viajes” representados por el globo terráqueo. Por lo demás, se diría por la imagen que pintura, escultura, música y literatura van a tener un tratamiento equilibrado en las páginas de *El Museo*, cuando no va a ser así: la pintura, la escultura y la música van a recibir escasa atención, y raramente serán abordadas como asunto, mientras que la literatura (posiblemente simbolizada por los legajos que quedan a los pies de la figura central) va a tener una importancia crucial en la revista, no menor que la de los artículos histórico-descriptivos que hacen referencia a edificios monumentales.

La literatura se despliega en cada número de *El Museo* en forma de textos de creación (relatos y novelas, poemas, artículos de costumbres) pero también como objeto de análisis, con frecuentes reseñas de novedades, esporádicos artículos eruditos dedicados a clásicos como *El Quijote*, y constantes críticas de las representaciones teatrales madrileñas, comentadas en la “Revista de la semana” o en una específica “Revista de teatros”.

El caso es que *El Museo Universal*, que por su calidad material y por la pericia de sus grabadores no podía dejar de destacar en su faceta gráfica, tampoco descuidó sus contenidos puramente literarios, adquiriendo un rápido prestigio que lo hizo muy atractivo para jóvenes y prometedores escritores como Ricardo Puento y Brañas, quien, en su brillante presentación como colaborador durante el tercer año de andadura de *El Museo*

*Universal*⁴⁸, escribía: “Venimos de otras publicaciones literarias también, siquiera no hayan brillado tanto como *El Museo* en el cielo de nuestra literatura”.

En efecto, hasta ese momento *El Museo Universal* había contado con un equipo de colaboradores asiduos de gran altura, como Manuel Murguía, Ventura Ruiz Aguilera, Antonio Ribot y Fontseré, Juan de Dios de la Rada o un descollante Pedro Antonio de Alarcón⁴⁹, y también se habían podido ver en esos tres primeros años las firmas de Mesonero Romanos, Pi y Margall, Emilio Castelar, Gaspar Nuñez de Arce, Carlos Rubio, Manuel Fernández y González o Eulogio Florentino Sanz, quien en el número 9 de 1857 publicó su histórica traducción de algunos poemas de Heine. Y en los años siguientes irían sumándose otros nombres que han pasado a la historia de la literatura española, como Antonio de Trueba, Rosalía de Castro⁵⁰, Juan Eugenio Hartzenbusch, Ramón de Campoamor, Gustavo Adolfo Bécquer, José Zorrilla o Juan Valera⁵¹.

Esta calidad en los contenidos literarios puede atribuirse a la iniciativa y al buen tino inicial de Nemesio Fernández Cuesta⁵², director de la revista desde 1857 hasta el final de 1864, esto es, durante los ocho primeros años de vida de *El Museo Universal*. En los primeros años, a decir verdad, llega a intuirse una sorda pugna entre los contenidos históricos y los literarios o, en todo caso, una vacilación en la línea editorial que acabará en un equilibrio de fuerzas, en la atribución de una importancia similar a los textos histórico-artísticos y a los textos de creación literaria, cuando a estos últimos no se les había reservado un papel tan esencial en la primera concepción de la revista.

Mientras que a lo largo de la historia de nuestra publicación encontramos innumerables ejemplos de colaboradores que definen *El Museo Universal* como periódico literario, llamativamente, el mismísimo editor y director José Gaspar, en una de sus raras

apariciones, diría en la temprana fecha del 30 de agosto de 1857 que el “especial carácter” de *El Museo* es su “calidad de periódico científico y artístico”⁵³. Si esto aparecía en el n° 16, ya en el número siguiente leemos una nota sin firma que, con el título de “Jarrón árabe”, comienza con las palabras: “Siendo las bellas artes para nuestra publicación si no el único y principal objeto, el de mayor estima e importancia”, etc.⁵⁴ Asimismo, es significativo que, tanto en 1857 como en 1858, los primeros textos del año fueran encargados al historiador del arte José Puiggarí, que hablaba en nombre del conjunto de la revista, dejando sentir claramente el peso de su ascendencia. Posiblemente, tal y como evidencia la figura central del grabado de la cabecera, en un primer momento se había querido que la Historia tuviese un papel crucial en el seno de *El Museo*, y el encargado de aportar esta orientación a la revista sería inicialmente el historiador catalán, que en el n° 1 de 1857 escribía:

[...] solo los españoles podemos apreciar y hacer apreciar lo que España fue, y lo que será algún día, porque nadie cuenta para este objeto con mayores elementos y recursos.

Una publicación consagrada a esta tarea, bien que sin desprenderse de un cierto carácter general, como se quiere en nuestra época de universal propaganda, tiene trazado un noble, anchuroso y curiosísimo camino.

Esta es pues la gran línea maestra trazada originalmente para *El Museo Universal*: un intento de reconstruir la imagen y el prestigio de España desde España, frente a la visión deformada e incompleta extendida en el extranjero, revisando sus episodios históricos gloriosos y destacando todo el patrimonio artístico legado por ese pasado de grandeza; una reacción de orgullo ante la baja autoestima nacional que, ante la imposibilidad de

equipararse a los países más industrializados del momento, acude a otro terreno de batalla en el que España pueda batirse en condiciones de igualdad: el terreno del arte y de la historia.

Solo que la influencia de Nemesio Fernández Cuesta iría creciendo paulatinamente, y con ella la importancia de los contenidos literarios: hasta el número 13 de 1857, la “Revista de la quincena” que cerraba cada entrega de *El Museo* era apenas firmada con las siglas “N. F. C.”, y como director de la publicación figuraba, al final del número, don José Gaspar. A partir del número 14, no obstante, aparece por primera vez el nombre completo de Nemesio Fernández Cuesta, y lo hace precedido de una pequeña nota que dice: “Por esta revista, y por todos los demás artículos no firmados en este número”, lo que da a entender que al periodista se le ha atribuido una mayor responsabilidad. Finalmente, el primer artículo de 1859, en lugar de venir firmado por Puiggarí, aparece sin firma, de manera que deducimos que este relevante artículo ha sido escrito por Fernández Cuesta. Lo mismo ocurrirá en 1860, cuando, además, la publicación empieza a ser semanal y la revista de la quincena que cerraba todos los números se traslada a la portada en forma de “revista de la semana”, pasando a dar máxima relevancia a los últimos acontecimientos, narrados por el director literario, frente a los artículos variados, casi siempre histórico-artísticos, que se habían venido destacando en la portada durante los años precedentes. De esta manera, Fernández Cuesta no realizaba apenas un cambio en la estructura de la publicación, sino que daba un paso importante para alterar su naturaleza, aproximándola a los periódicos políticos, empeño que acabará siendo incompatible con el cargo de director de una revista literaria y que precipitará la salida de Nemesio Fernández Cuesta de *El Museo Universal* tras graves enfrentamientos con los censores.

En efecto, no bastaba con declararse “Periódico de ciencias, literatura, artes, industria y conocimientos útiles” en la portadilla de cada tomo anual, sino que el hecho de sacar a la luz pública una revista “no política” tenía importantes implicaciones legales que suponían la limitación de los contenidos y la aplicación de medidas coercitivas en caso de desvíos.

En el propio *Museo* vamos a encontrar muy pronto indicios de los asuntos que a un periódico literario no le está permitido publicar: ya en el n° 1 de 1858, Pedro Antonio de Alarcón se preguntaba en el artículo “El año nuevo” si en los próximos doce meses se daría alguna novedad de calado, como que la prensa pasase a ser libre, y será el propio Alarcón quien, en el n° 11 de ese mismo año, a propósito del viaje de la corte a Alicante y Valencia, se justifique por extenso ante los lectores por centrarse en asuntos literarios y no tocar los políticos, materia vedada para *El Museo Universal*. Siguiendo con Alarcón, en el artículo “España y los franceses”, publicado en el n° 11 de 1859, escribe estas esclarecedoras líneas:

Pero hemos llegado a los tiempos presentes. Seguir hablando de historia equivaldría a hablar de *política*, y nosotros escribimos en un periódico literario: veamos, pues, de encaminar nuestra cuestión al terreno de las costumbres, abandonando la esfera de los gobiernos.

También Nemesio Fernández Cuesta aludió varias veces en sus revistas a la naturaleza “no política” de *El Museo*⁵⁵, pero, no conformado con la menguada libertad de información, empezó a tensar la cuerda de la censura, opinando sobre la polémica del sufragio universal al hilo de los acontecimientos italianos⁵⁶, afirmando que, como periódico *histórico*, podía limitarse a consignar hechos de la actualidad política mientras no los

comentase⁵⁷, hablando abiertamente sobre política exterior española⁵⁸, incluyendo citas literales de periódicos políticos “autorizados”⁵⁹, o recurriendo a la risa amarga, como cuando en la revista del n° 47 de 1860 escribe:

También el gobierno español ha presentado a las Cortes varios proyectos de reformas que... ¡Pero, guarda Pablo! Ya íbamos a penetrar en terreno vedado. Hablemos de teatro.

La crítica de Fernández Cuesta a la censura es cada vez más abierta y ácida, como demuestra el transparente fragmento que sigue, extraído de la revista del n° 24 de 1862:

Sobre la cuestión mejicana se han presentado al Congreso y al Senado los documentos diplomáticos; y la semana última se empleó en la discusión relativa a este punto en el primero de los cuerpos mencionados. Nada diremos acerca de ella ni de sus resultados por ser asunto prohibido para periódicos que como *El Museo* no tienen carácter político. Nosotros somos un periódico sin carácter de ese género y eso es lo que nos caracteriza. Por lo demás, lo que pudiéramos decir no vale ciertamente los 15.000 duros que costaría el derecho de decirlo.

Nemesio Fernández Cuesta estaba haciendo referencia a la extraordinariamente restrictiva Ley Nocedal, que estuvo en vigor del 13 de julio de 1857 al 22 de junio de 1863, y que exigía una fianza previa de 300.000 reales (15.000 pesos duros, por tanto) para quien quisiera editar un periódico de naturaleza política, además de aumentar drásticamente las penas, y dar amplios poderes a los gobernadores y a jueces de primera instancia para resolver cuestiones de prensa, sin recurso posible para las multas impuestas⁶⁰. Al año

siguiente, Fernández Cuesta volvería a quejarse con amargura de esta normativa, lamentando no poder comentar el discurso de la reina como las publicaciones políticas “en atención a que no habiendo depositado los 15.000 duros en el Banco, no ofrecemos la garantía suficiente ni somos de bastante peso para emitir una opinión”⁶¹.

Finalmente, en una revista de la semana que terminaría siendo decisiva (la del n° 51 de 1863) Fernández Cuesta saluda insólitamente al nuevo “fiscal de imprenta” en una suerte de carta abierta, y reconoce que al saber que el anterior, el Sr. Chacón, que solía mutilarle las revistas, “había pasado a otro destino, bailamos la chacona”. La osadía del director literario de *El Museo Universal* no se vio cohibida cuando Ricardo Chacón recuperó más adelante el puesto de censor, atreviéndose Fernández Cuesta a dirigirse abiertamente a él en el n° 11 de 1864 empleando una vez más un tono burlón totalmente contrario al decoro. En la revista anterior, la del n° 10 de 1864, Fernández Cuesta había pisado en terreno incuestionablemente político al emitir su opinión sobre una crisis ministerial, y a lo largo del resto del año seguirá desafiando a la censura y defendiendo la libertad de expresión, como cuando en el n° 20 “apunta” el hecho de que se hayan prohibido las reuniones y manifestaciones públicas sin autorización, o como cuando en el n° 45 crítica, esta vez abiertamente, una disposición gubernamental que supone de hecho el fin de la libertad de cátedra. En la última revista del año 1864, la del n° 52, volverá a cargar directamente contra la censura, denunciando que la que se aplicó a una obra de Picón no respondía a motivos morales, sino políticos.

En el primer número de 1865, no obstante, encontramos a otra persona, León Galindo y de Vera⁶², firmando la primera revista de la semana del año, en la que ni siquiera se menciona a su antecesor, que durante tantos años había estado al frente de *El Museo*

Universal. Como única pista del posible motivo para la destitución de Fernández Cuesta se anuncia la intención de que la revista sea inocente hasta el punto de que cualquier dama o niño puedan hojearla sin cuidado, lo que podría entenderse como un propósito de enmienda frente a la carga ideológica que el anterior director le estaba imprimiendo a la publicación.

Unas semanas más tarde, concretamente en el número 4 de ese año, aparece una peculiar explicación –cifrada– del editor José Gaspar, que llevaba muchos años sin firmar un texto de *El Museo*. Se trata de la respuesta pública a una carta de Nemesio Fernández Cuesta que, sin embargo, no se incluye en este número. Tampoco se mencionan aquí directamente los motivos del cese, pero se deja entender que este no fue en absoluto voluntario ni pactado, y que fue comunicado por escrito. En su cuidadoso texto, José Gaspar se centra apenas en la protesta de Nemesio Fernández Cuesta, quien habría querido ver en el breve texto de presentación de la nueva “Revista de teatros” un ataque (inexistente, según el editor) a su anterior trabajo como crítico teatral.

En todo caso, hay dos párrafos en el mensaje de José Gaspar que sí parecen apuntar a la cuestión de fondo, y que extracto a continuación:

[...] La rectitud y la imparcialidad, ni pueden ser novedades en los artículos escritos por el señor Cuesta, ni en periódicos de los que nos envanecemos de ser directores.

[...] Lo que le escribimos al privarnos de sus Revistas se lo repetimos ahora: las páginas de *El Museo* siguen siempre abiertas para que las honre con sus artículos; y las páginas del *El Museo* no las hubiera ofrecido, no las ofrecería a persona que se conceptuase parcial y de juicios torcidos el director de *El Museo*.

¿A qué insistir en la necesidad de imparcialidad si se estaba hablando de críticas teatrales? En realidad, esta nota de José Gaspar parece una velada explicación dirigida a todos los suscriptores que, sin duda, debieron echar en falta las bien condimentadas Revistas de Fernández Cuesta: sin poder reconocer abierta y públicamente que *El Museo* había estado albergando a un articulista políticamente “parcial”, algo prohibido para un periódico literario, lo deja entender como si estuviese refiriéndose a un asunto más liviano, si bien el rarísimo acontecimiento de que José Gaspar tomase la palabra en su publicación daba una noción mucho más exacta de la gravedad del momento.

Sin duda Gaspar sentía una gran simpatía hacia Fernández Cuesta, e incluso hacia su postura ideológica, pues en caso contrario este habría sido destituido mucho antes (llevaba cinco años desafiando a la censura)⁶³, pero hay que tener en cuenta que el 12 de abril de 1863 había fallecido José Roig⁶⁴, quien figuraba hasta entonces en todos los números como “Editor responsable”, con lo que los cargos de Director y Editor recayeron a partir de entonces en José Gaspar, concentrándose también sobre él la responsabilidad penal ante todo lo vertido en *El Museo*. Por lo tanto, las declaraciones cada vez más extremadas de Fernández Cuesta, que culminaron en la repetida ridiculización del “fiscal de prensa”, no solo ponían en peligro la continuidad de *El Museo*, sino que podían implicar también graves consecuencias para el editor que las respaldaba.

La salida de Fernández Cuesta de *El Museo Universal* coincidió, según varios estudiosos, con el inicio de la decadencia de este periódico: Elena Páez se fijó en el declive de su calidad material y en la disminución del número de grabados originales, especialmente acentuada en 1869⁶⁵; mucho más evidente resulta la inestabilidad en el cargo de los directores literarios (seis entre 1865 y 1869), y en los últimos años llega a comentarse

en varias ocasiones las dificultades que atraviesa la revista, debido sobre todo a la escasez de suscriptores, como se deja entender en la “Revista de la semana” del nº 46 de 1867, firmada por Ventura Ruiz Aguilera, en la que se habla de la extrema dificultad que encuentra un periódico literario en España para alcanzar los 1.500 suscriptores⁶⁶. Encontramos en la propia publicación algunos indicios más sutiles de estos problemas, como los textos y grabados de autopromoción que menudean en los últimos tiempos⁶⁷, pero la confirmación más transparente de la crisis del periódico la veremos solamente en la nota de despedida del último número de *El Museo Universal*, donde Abelardo de Campos, que había adquirido el periódico al comenzar 1869, no se refería apenas a las difíciles circunstancias políticas de los últimos meses cuando se excusaba de esta manera por la situación crítica que venía arrastrando el periódico:

La empresa, que desde principios de este año adquirió de sus fundadores este periódico, se propuso avanzar en la senda que aquellos ya tenían trazada, y desde luego habría realizado su propósito, si las circunstancias críticas porque [sic] atravesamos se lo hubieran permitido.

Ha hecho no obstante, cuanto le ha sido posible para cubrir el compromiso que contrajo, y si del todo no pudo lograrlo hasta ahora, no ha sido por falta de voluntad ni por restricción en los medios; sin embargo, cree haber aprendido lo bastante en este año de costosísima prueba para poder ofrecer, como hoy lo hace, una publicación que supere en mucho a la que hasta aquí ha dado a luz [...] ⁶⁸

Abelardo de Campos se estaba refiriendo a la *Ilustración Española y Americana*⁶⁹, que ya se venía anunciando en números anteriores⁷⁰ como resultado de una profunda modificación y modernización de *El Museo Universal*. Hasta tal punto la *Ilustración*

Española y Americana se presentó ante los lectores como continuación de nuestro periódico, que se publicaba con el subtítulo de “Museo Universal – Periódico de Ciencias, Artes, Literatura, Industria y Conocimientos útiles”, y en la portada del primer número se indicaba que el año de publicación era el XIV, incluyendo, por lo tanto, los trece años previos de *El Museo*⁷¹. Además, el grabado de cabecera de la nueva revista no parece más que una modernización del que se mostraba en la portada de *El Museo Universal*⁷².

A pesar de la situación crítica de los últimos tiempos de *El Museo Universal* a la que venimos aludiendo, este periódico nunca dejó de tener prestigio y, a decir de Gómez Aparicio, “lo que se proponía don Abelardo de Carlos con esa adquisición era privar de cualquier competencia a esta nueva revista”⁷³ ilustrada que él estaba fundando.

Por esta razón, si bien el último director literario de *El Museo Universal* escondió su nombre tras las iniciales “N.C.” al firmar las Revistas de los catorce últimos números de la publicación, ya abocada al cierre, los anteriores directores de contenidos desempeñaron su cargo con conciencia de estar ocupando un lugar de relevancia en las letras españolas; un hueco, a decir verdad, que había dejado Nemesio Fernández Cuesta tras ocho años en un puesto y una función que él mismo había ido levantando poco a poco a su medida, y en el que, por consiguiente, no terminaría de encajar a la perfección ninguno de sus sucesores.

En 1865, con Galindo y de Vera en la dirección literaria, las novedades en los contenidos de *El Museo* fueron mínimas (la Revista de teatros de la que ya hemos hablado, algunos grabados novedosos con figurines de moda, o los problemas de ajedrez de la última página) manteniendo por lo demás la misma estructura que había fijado Fernández Cuesta, con la “Revista de la semana” abriendo cada número, si bien al nuevo director literario le

tocó la imposible tarea de mantener el atractivo de esta sección noticiera estándole totalmente vedado hacer la más mínima referencia a la actualidad política. Lo intentó durante veintiséis números, pero al número siguiente incluyó la más dura insinuación contra la reina de toda la historia de *El Museo* quejándose del lujo y el despilfarro en tiempos de crisis, y diciendo que eso ocurre cuando gobierna una casa una mujer de moda. Y ya en el nº 28 se permitiría ironizar sobre el bozal de la censura al escribir en la revista: “Y en España no ocurre más por ahora que digno de contar sea... ¿Sonríen mis lectores? Pues rectificaré. No ocurre nada más que a mí me sea lícito referirles”. En esta misma línea, tras hablar en el nº 40 de un caso de censura en Francia en que se condenó al infractor al destierro, Galindo de Vera comenta: “Nos parece bien: a nosotros todo nos parece bien.”

Tal vez fue precisamente la alargada sombra de Fernández Cuesta (junto a la censura) la principal responsable de que León Galindo de Vera, intentando cumplir con las expectativas, no encontrase sin embargo el tono adecuado y acabase naufragando en su labor de “revistero”, dando paso a Gustavo Adolfo Bécquer⁷⁴ en enero de 1866. Este realizó un trabajo sobrio, puramente periodístico, sin pretender competir con la chispa del primer director de *El Museo Universal*, pero confeccionando por eso mismo una sección deslucida que no terminaba de encontrar su sentido: lograr, en efecto, un resumen “no político” de las noticias de la semana era pretender la cuadratura del círculo⁷⁵.

Meses después, al recuperar Bécquer su puesto de censor de novelas, la dirección literaria de *El Museo Universal* recayó en el poeta Ventura Ruiz Aguilera⁷⁶, veterano colaborador del periódico, que se mantendría en el puesto desde el nº 33 de 1866 hasta el nº 41 de 1868, dejando en ese momento la dirección “de la parte literaria” de *El Museo*

para incorporarse a un alto cargo del gobierno revolucionario, según se nos explica en una nota del n° 42.

Ruiz Aguilera, por lo tanto, estaría al frente de *El Museo* algo más de dos años, durante los cuales tampoco se aprecia ninguna novedad importante ni en los contenidos ni en la estructura de la publicación. En todo caso, parece iniciativa de Ruiz Aguilera la voluntad de destacar con epígrafes, a partir de 1868, las secciones fijas (y también las más variables) que componen *El Museo*: “Monumentos artísticos”, “Costumbres populares”, “Geografía y viajes”, “Inventos”, “Historia”, “Literatura”, “Álbum poético”, “Novelas y cuadros de costumbres”, “Tipos”, “Estudios morales”, “Ceremonias religiosas”, “Estudios arqueológicos”, “Apuntes biográficos”, “Bibliografía”, etc., etc.⁷⁷, sin contar la sección fija de la “Revista de la semana”, en la que, curiosamente, Ruiz Aguilera también respetará la estructura interna que le dio Fernández Cuesta, dejando para el final la crítica de las novedades teatrales.

Tampoco aportarían novedades importantes los últimos directores literarios de *El Museo*: Francisco Giner de los Ríos⁷⁸, al que, eso sí, la recién conquistada libertad de prensa le permitirá criticar al gobierno desde la Revista, se hará cargo de la dirección literaria a partir del n° 42 de 1868, y será sustituido en el n° 1 de 1869 por Nicolás Díaz Benjumea⁷⁹, quien permanecerá hasta el n° 34 del mismo año (con la excepción del n° 30, cuya revista la firma Moreno Godino) para dejar ya paso al último “revistero” de *El Museo Universal*: el N. C. al que hemos hecho referencia algo más arriba.

En definitiva, tan solo hubo dos cambios verdaderamente notables en la trayectoria de *El Museo Universal*, y ambos fueron implantados en el n° 1 de 1860: a partir de ese número, como decíamos, la publicación pasó a tener periodicidad semanal, y la “Revista

de la semana” se trasladó a la primera plana. Por lo demás, *El Museo Universal* se presenta como un proyecto compacto y notablemente estable a lo largo del tiempo, a pesar de los numerosos directores literarios que sucedieron a Fernández Cuesta.

Ya con la perspectiva necesaria, y a modo de conclusión, podemos afirmar que *El Museo Universal* no es un periódico sobre artes ni sobre ciencias; tampoco es propiamente un periódico literario, pues da cabida a otros muchos asuntos y a infinidad de textos “no literarios”; tampoco es un periódico noticiero ni político. Diremos, sin embargo, que incluye todos los asuntos anteriores, inclusive la política, evitando la censura mediante diversos subterfugios (alusiones indirectas, lýtotes, etc.) o enfrentándola abiertamente hasta 1868, pues a partir de la revolución los contenidos políticos pasarán a ser permitidos y abiertamente expresados en *El Museo*.

¿Cuál es pues la naturaleza de *El Museo Universal*?

Se trata, ante todo, de una revista “ilustrada”: sus grabados, de una calidad inédita en España, son la esencia de la publicación, la característica que la diferencia del resto de los periódicos de su época. Los asuntos retratados en estos grabados son variadísimos: personalidades, edificios monumentales (especialmente abundantes), inventos y progresos técnicos, hallazgos arqueológicos, acontecimientos de actualidad, tipos regionales, costumbres populares, etc., de manera que el título de la revista acaba siendo su mejor definición: es un verdadero “museo universal” en el sentido de que es un compendio de imágenes variadísimas; una suerte de caótica enciclopedia visual de su tiempo.

En todo caso, los textos que acompañaron a estos grabados, junto a la creación literaria raramente ilustrada, alcanzaron bajo la dirección de Nemesio Fernández Cuesta

una calidad lo bastante notable como para multiplicar el prestigio de *El Museo Universal*, que llegó a ser visto por sus contemporáneos como un importante “periódico literario”.

¿Hubo por detrás de esta enorme masa heterogénea de textos e imágenes alguna directriz o línea editorial o apenas se intentó abarcar todo, como sugiere el propio título de la revista?

La gran línea maestra, declarada en la propia publicación, que orienta la elección de contenidos, es un nacionalismo integrador que pretende sumar, atesorar y conservar (como en un *museo*) todas las riquezas regionales de España: arquitectura, folclore, lenguas, literatura, antigüedades... Resulta curioso notar la coincidencia con el programa del costumbrismo no apenas en el afán de salvar del paso del tiempo todas las realidades españolas amenazadas por la modernidad uniformadora, sino también en el hecho de que *El Museo Universal*, al igual que el costumbrismo descrito por Mesonero Romanos en el prólogo a su *Panorama matritense*, se presenta como reacción ante las opiniones extranjeras sobre España, frecuentemente inexactas, cuando no falaces, que requerirían de una corrección realizada desde la propia España⁸⁰.

Se percibe, en efecto, en la globalidad de *El Museo Universal*, un nacionalismo a la defensiva, junto a un sentimiento de inferioridad frente a los países más poderosos y avanzados de Europa que quiere vencerse. Esto contrasta con una suerte de orgullo u optimismo de época que también envuelve la publicación, si bien posiblemente este otro sentimiento debería restringirse y matizarse: hay una fe sin fisuras en el progreso, que llega a provocar fascinación y entusiasmo a la hora de hablar de los adelantos técnicos, pero no debe olvidarse que este progreso es el provocado apenas en Occidente por la Segunda Revolución Industrial, de manera que el orgullo al que nos referimos se basa en pertenecer

al continente, a la raza e incluso a la clase social que ha protagonizado e impulsado estos avances que se ven como prodigiosos. En España, no obstante, esta euforia tendría sus grandes zonas de sombra, pues la participación del país en todos estos logros fue muy limitada⁸¹, situándose en el furgón de cola del progreso: la repentina aceleración de la Historia que avino con la industrialización dejó a España enseguida muy atrás, de manera que los viajeros extranjeros que cada vez llegaban a España en mayor número siempre se llevaban la impresión de haber visitado un territorio al margen del progreso e incluso, para los más hiperbólicos, al margen de la civilización, lo que, no obstante, para algunos suponía justamente el especial encanto de esta tierra.

El Museo Universal es una compleja manifestación cultural de esta fase de la historia de España y, como tal, tiene de hecho innumerables muestras de ese binomio sentimental que acabo de describir: un optimismo amargo, o una amargura esperanzada y orgullosa. Pero este sentimiento paradójico que reina en *El Museo* no es suficiente para explicar el enorme volumen de textos y grabados publicados de 1857 a 1869: a pesar de tener objetivos ideológicos bien definidos, *El Museo Universal* también estará siempre muy atento al interés y a la demanda de su público, y hará lo posible por satisfacerlo ofreciéndole lo que pide: instrucción, entretenimiento, ciertas dosis de escapismo y, por supuesto, imágenes.

Capítulo 2: El viaje y la literatura de viaje según *El Museo Universal*

2.1 - El progreso modifica las formas de viajar

2.1.1 – *La percepción del progreso*

La fascinación por el progreso, por la industria, por los inventos, por las máquinas y sus engranajes, recorre de punta a punta la historia de *El Museo Universal* en forma de infinidad de artículos técnicos, grabados, noticias y referencias. Recordemos que *El Museo* se definía a sí mismo en la portadilla de cada tomo como “Periódico de ciencias, literatura, artes, industria y conocimientos útiles”⁸², de manera que los adelantos técnicos se veían doblemente reflejados en esta breve descripción a través de las palabras “ciencias” e “industria”, a las que podríamos añadir incluso la muy amplia expresión de “conocimientos útiles”.

A lo largo de los trece años de *El Museo Universal* no hay siquiera una sola voz que discrepe de lo que parece un dogma de época: el mundo avanza y mejora. Se trata de “la ley constante del progreso y la perfectibilidad”, como la denominaría Nemesio Fernández Cuesta en una de sus revistas⁸³. La perfección no reside ya en un remoto pasado mítico como la Edad de Oro de los clásicos, o la Época Clásica de los renacentistas, sino que se sitúa en un futuro tangible. Es la época del evolucionismo de Darwin, de los socialismos utópicos, de las novelas futuristas de Julio Verne. Hegel había defendido recientemente en su obra filosófica que la Historia había alcanzado su perfección cenital precisamente en el siglo XIX. El optimismo y la autoestima reinantes respaldan a los innovadores y visionarios, de manera que tanto en las ciencias como en las artes no dejan de abrirse nuevos caminos y tantearse posibilidades inéditas.

Sintetizando la corriente de opinión dispersa a lo largo de los trece años de recorrido de *El Museo Universal*, J. S. Bazán incluía las siguientes líneas en su artículo “La Esposición Universal de Londres”, publicado en el n° 28 de 1862:

Según ha dicho un filósofo, lo futuro que se invoca se halla cubierto de tinieblas; pero esta máxima escrita en pleno siglo XIX, no parece escrita para nuestro siglo, un siglo que despreciando lo pasado como un mal conocido, busca en lo futuro la realización de sus grandiosas e infinitas aspiraciones. Hasta aquí se ha preguntado que a dónde iba la sociedad, pareciendo en efecto oscuro su porvenir; mas desde que el dominio del vapor y la enseñanza universal de las esposiciones han dado al siglo XIX el sello que le caracteriza, se ha demostrado que nuestro siglo se encamina al objeto más sagrado que tiene la humanidad, a su bienestar y perfeccionamiento.

En este mismo sentido, el artículo “Sobre la luz eléctrica”, que firma Eduardo Guillermo Torres en el n° 7 de 1858, empieza con estas líneas:

La humanidad progresa, la humanidad marcha con paso firme hacia la perfección. En el siglo XIX se cuentan los días por otros tantos adelantos; por mil secretos arrancados a la naturaleza, por mil experimentos [...] ⁸⁴

Los elementos que protagonizan, encarnan y simbolizan este progreso son, sin duda alguna, el vapor y el telégrafo. Y, puesto que la aplicación del vapor que más atención recibe en las páginas de *El Museo Universal* es la de las locomotoras, resulta que en este periódico se establece un paralelismo particularmente estrecho entre el progreso de la Historia y el desarrollo de las comunicaciones que supusieron el ferrocarril ⁸⁵ y el telégrafo.

2.1.2 – La extensión del ferrocarril y el telégrafo españoles a través de las páginas de El Museo

Dos grandes hitos de las comunicaciones tuvieron amplia repercusión en *El Museo Universal* jalonando el principio y el final de su recorrido: las primeras tentativas de tender un cable telegráfico submarino entre Europa y América en 1857⁸⁶, y la apertura del Canal de Suez en 1869. Entre uno y otro punto, es fácil documentar a partir de las noticias del periódico el desarrollo de las comunicaciones españolas: en el artículo sin firma “La telegrafía”, publicado en el nº 6 de 1857, se afirma que en España existen dos líneas de telégrafo: una que va de Barcelona a La Junquera, pasando por Gerona, y otra que va de Madrid a Irún, pasando por Guadalajara, Zaragoza, Pamplona, Vitoria, San Sebastián y Bilbao. En relación al ferrocarril, en 1857 aún no había en España ninguna línea importante, de largo recorrido, pero las obras avanzaban a buen paso por todo el país⁸⁷, y ya en el nº 1 de 1858 pudo anunciarse la inauguración oficial del trayecto Madrid-Alicante, el llamado “Ferrocarril del Mediterráneo”, que tuvo lugar el 3 de enero de ese año con un viaje de autoridades que se alargó algo más de lo previsto (de doce a dieciséis horas) debido a un “leve descarrilamiento”.

Cuando *El Museo Universal* inicia su andadura, las locomotoras (ideadas en Inglaterra cuatro décadas atrás) eran aún una llamativa novedad en España. La forma más común de desplazarse por el interior del país era recorriendo los caminos ordinarios en diversos tipos de carruajes. En relación a los carruajes públicos (sillas de correos, carros de violín de correos, calesa, coche simón, tartana), Manuel Fernández y González explica en los números 3 y 4 de 1860 las numerosas incomodidades y peligros que conllevaba su uso, llegando a afirmar, refiriéndose a las sillas de correos, que “lo mejor que os puede

acontecer es que no las conozcáis nunca por experiencia”, dedicando al resto de los transportes comentarios parecidos. Tan penosos eran estos viajes por tierra, que B. Menéndez, en “Escenas marítimas – Los pasajeros” (nº 4 de 1860) indica que, si alguien se veía en la necesidad de viajar desde Galicia a Cataluña, era mucho más agradable y barato hacerlo dando la vuelta a la península en barco. Al fin y al cabo, hasta hace no mucho, según dice Nemesio Fernández Cuesta en la revista del nº 8 de 1859, quien emprendía un viaje de Madrid a Cádiz o a Asturias antes debía “ponerse bien con Dios y arreglar las cuentas en este mundo”. Aún en 1860, el propio Fernández Cuesta nos informa en el nº 18 que la tartana tuvo un gran protagonismo en la huida de don Carlos de Borbón tras el fracasado levantamiento carlista, y que, asimismo, la guardia civil también lo trasladó en tartana tras su interceptación y captura. Precisamente la guardia civil, que había sido fundada en 1844, se empeñaba en aquella época en la erradicación del bandolerismo de los caminos de España, que en 1869 aún persistía, según leemos en *El Museo*⁸⁸. Recordaré, por último, que en “Un viaje a Pastrana, en recuerdo de Moratín” (nº 7 de 1859), Ramón Mesonero Romanos narra el duro trayecto en mula que realizó entre Alcalá y Pastrana en 1856, empleando entre nueve y diez horas para recorrer ocho leguas, reproduciendo así una manera milenaria de viajar que iba a extinguirse en cuestión de décadas.

En efecto, el “camino de hierro” no dejaba de extenderse y ramificarse por toda España, y durante los primeros años de *El Museo Universal* los avances fueron muy notables: tras la inauguración del Ferrocarril del Mediterráneo y su puesta en funcionamiento a principios de 1858, otros muchos tramos fueron inaugurándose, principalmente en el eje Madrid-Zaragoza-Barcelona, en el Ferrocarril del Norte –que

llevaría a Francia— y en la conexión con Portugal. Resulta habitual encontrar en el periódico noticias sueltas o insertas en la revista sobre estos constantes avances⁸⁹, y no faltan grabados retratando las solemnidades de las inauguraciones con sus respectivos textos explicativos en los que se describen pormenorizadamente estos fastos, desde la bendición de las locomotoras por una autoridad eclesiástica al generoso banquete concedido por la compañía a numerosas personalidades de la política, la industria y la prensa⁹⁰. En cualquier caso, la abundancia de este tipo de noticias en nuestra publicación refleja el gran interés que despertaban en la sociedad de la época.

En el n° 19 de 1864, José María Pulgarín publicó en *El Museo* el artículo “Apuntes acerca de los medios de comunicación en España”, en el que se incluyen datos comparativos del desarrollo del ferrocarril español desde 1847 hasta 1861: según estos datos, en 1857, primer año de publicación de *El Museo*, había en España 673 kilómetros de vías férreas construidas, que cuatro años más tarde, en 1861, prácticamente se habrían cuadruplicado, alcanzando los 2.369 kilómetros. Afirma Tusell en su *Historia de España* que este dinamismo se vio espolcado por una legislación aprobada en 1855, de apertura a las inversiones extranjeras, que permitiría establecer una red ferroviaria de cinco mil kilómetros en tan solo trece años⁹¹, cuando anteriormente el ferrocarril apenas unía las grandes ciudades con sus cercanías.

2.1.3 – Los problemas del primer ferrocarril

No todo era positivo, sin embargo, en este formidable medio de transporte, y a medida que el ferrocarril se expandía, se iban haciendo públicos en *El Museo* los problemas y peligros que se inauguraban junto con el tren, como descarrilamientos⁹², choques de

trenes⁹³, atropellamientos⁹⁴ o asesinatos en el interior de los vagones⁹⁵, modalidad de delincuencia que empezaba a asomar como sustituto de los tradicionales ataques de los salteadores de caminos. Tan habituales se tornaron estos sucesos, que el Ferrocarril del Mediterráneo llegó a instalar telégrafos en todos sus trenes a partir de 1861, de manera que pudieran informar con presteza de cualquier eventualidad⁹⁶. Ventura Ruiz Aguilera, en la “Revista de la semana” del nº 19 de 1868 recoge una noticia que hace balance de los accidentes ferroviarios en España entre 1861 y 1866, afirmando que, según los datos oficiales, el número de muertos en este periodo fue de 340, y el de heridos, 622, mientras que el número total de viajeros fue de 60.233 en el mismo periodo, de manera que hubo un muerto por cada 177 viajeros, y un herido por cada 96 personas que subieron al tren.

Esta nueva realidad cotidiana de los accidentes de tren llegó a ser abordada humorísticamente en varios momentos de *El Museo*: ya en el nº 15 de 1858, al facilitarse la solución del jeroglífico del número anterior, vemos que esta es una suerte de aforismo chistoso: “Para ir en ferro-carril, el hombre que piensa numera sus huesos”, dando a entender que era habitual acabar el viaje con huesos de menos, o tal vez de más... En la revista del nº 46 de 1863, Fernández Cuesta incluye un chiste que debía de andar entonces de boca en boca: un hombre quiere separarse de su mujer, y un amigo artista le recomienda que la envíe a Alar del Rey por el Ferrocarril del Norte, pues de esta manera tiene la seguridad de que la perderá y encima ganará una indemnización. Ante la extrañeza del marido, el amigo acaba explicando: “Hombre, se acaban de perder cinco mil traviesas, según *El Monitor de los Caminos de Hierro*: conqué mira tú si se perderá una mujer, por poca travesura que tenga”.

Apenas dos números después, en el anuncio del almanaque literario para 1864, encontramos otra muestra de humor negro, pero gráfico, esta vez:



Además de los accidentes, también se denunciarán en *El Museo* otros problemas como mala organización⁹⁷, incendios sospechosos en las instalaciones ferroviarias⁹⁸, frío en el interior de los vagones en invierno⁹⁹, recargos en los precios¹⁰⁰ o desvío del dinero público destinado a subvencionar el ferrocarril¹⁰¹. El humor gráfico también abordará críticamente estos otros problemas, como cuando en el anuncio del almanaque literario para 1868 se representan hiperbólicamente los trenes atestados de pasajeros que iban a París para ver la Exposición Universal¹⁰².



A medida que van surgiendo los problemas, en *El Museo Universal* también van apuntándose posibles soluciones: Nemesio Fernández Cuesta insiste en sus revistas en la necesidad de un mayor número de vigilantes recorriendo las vías¹⁰³, y en que debería instalarse inmediatamente en todas las máquinas el freno Castellví, mucho más efectivo e inventado por un español, mecanismo que llega a ser materia de un artículo independiente en el n° 33 de 1860¹⁰⁴. Asimismo, en “Ferrocarriles sin peligro”, del n° 20 de 1861, el periodista “A.” expone un nuevo sistema para disminuir la siniestralidad en los ferrocarriles que consiste en que los vagones irán introducidos en unos cilindros protectores, y en el n° 7 de 1865 se incluye otro artículo sin firma titulado “Nuevo wagon de seguridad de Leprovost” en el que se explica otra propuesta para hacer los trenes más seguros, recubriendo los vagones con planchas de metal.

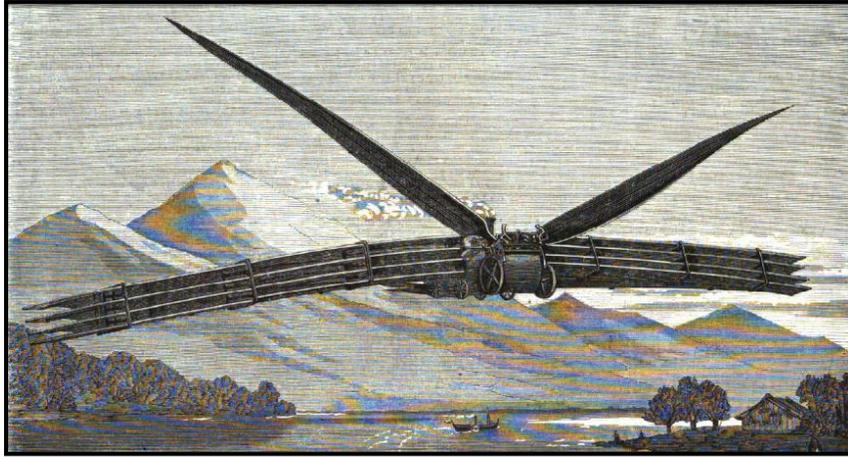
2.1.4 – Noticias sobre el desarrollo global de las comunicaciones y los medios de transporte

Podemos decir, en todo caso, que la vida de *El Museo Universal* (1857-1869) coincide con la eclosión del ferrocarril en España, que se enmarca a su vez en el contexto más amplio de “la unificación del mundo” occidental que Eric Hobsbawm analizó en su obra *La era del capital (1848-1875)*, llegando a afirmar que, “en términos cuantitativos, el tercer cuarto del siglo XIX fue la primera época real del ferrocarril”¹⁰⁵, pues anteriormente no existía fuera de Inglaterra una verdadera red ferroviaria.

Frecuentemente llegan a las páginas de *El Museo* los ecos de los grandes logros en los transportes y en las comunicaciones mundiales, como los denodados esfuerzos por establecer un cable telegráfico transatlántico¹⁰⁶ o los notables progresos del telégrafo

también por tierra firme¹⁰⁷ y en la cuenca mediterránea¹⁰⁸, la construcción épica del ferrocarril que atravesaba el istmo de Panamá, convirtiéndose a partir de 1857 en ruta obligada para mercancías y viajeros que querían ir de un océano al otro¹⁰⁹, la polémica y forzada apertura al comercio occidental de los puertos chinos¹¹⁰, la perforación del gran túnel del monte Cénis, en la frontera de Italia¹¹¹, la inauguración del Ferrocarril del Pacífico, que comunica Estados Unidos de costa a costa¹¹², o los avances en la grandiosa obra del canal de Suez¹¹³.

Los navíos de vapor, que habían aparecido en Inglaterra junto a la locomotora de Stephenson a principios del siglo XIX, no recibieron sin embargo tanta atención en *El Museo Universal*, posiblemente por el hecho de no suponer una novedad para el público, si bien recobraron protagonismo y actualidad cuando empezaron a recubrirse de metal (o “coraza”) con fines militares¹¹⁴. Por su parte, las “locomotoras para caminos ordinarios”, aparatosos ancestros de nuestros automóviles impulsados por el vapor, sí que suscitaron natural curiosidad¹¹⁵, así como también llamaba mucho la atención cualquier noticia relacionada con la vieja aspiración humana de la navegación aérea, entonces en un punto muerto, pues no se lograba evitar que los globos aerostáticos, conocidos desde finales del siglo XVIII¹¹⁶ pero cada vez mayores, fuesen a la deriva, sin más propulsión ni dirección que las que recibían del viento¹¹⁷. Todos estos nuevos medios de transporte en fase experimental, a los que habría que añadir el submarino¹¹⁸, se fueron presentando a los lectores de *El Museo* con sus correspondientes grabados, muchos de ellos muy llamativos, e incluso un punto fantasiosos.



(Máquina de volar de Kaufmann - nº 39 de 1868)

La imaginación era a menudo futurista, y se adelantaba a las consecuencias del tráfico aéreo previendo (hoy sabemos que erradamente) la abolición de las fronteras, los pasaportes¹¹⁹ y los aranceles¹²⁰, proponiendo la construcción de “trenes aéreos”¹²¹, o llegando a concebir próximos viajes interplanetarios a partir de las posibilidades de la atmósfera artificial que se estaba ensayando en los submarinos¹²².

De todas formas, junto a sueños, proyectos y fantasías, había logros muy palpables: en 1869, cuando la trayectoria de *El Museo Universal* llegaba a su fin, el mundo ya podía asombrarse de la noticia de que un comerciante inglés hubiera enviado un telegrama a Calcuta recibiendo contestación en el mismo día¹²³. En cuanto al desarrollo global del “camino de hierro”, en la revista del nº 30 de 1867, Ventura Ruiz Aguilera afirmaba que, mientras “en 1825 no existía en el mundo más que un kilómetro de ferrocarril; hoy sube a 120.000 la longitud de las vías férreas, las cuales pueden rodear tres veces a nuestro globo”. Y en relación al ahorro de tiempo que esto suponía para los viajeros, una nota suelta del nº 11 de 1863 constata que, mientras “en 1793 empleaban los viajeros 15 días para ir de Edimburgo a Londres por camino de herradura”, en 1835 serán ya solo 48 horas “merced a las carreteras y a las diligencias”, y “hoy se emplean nada más que diez horas por el

camino de hierro”, y mientras en 1672 se tardaba un mes para ir de Marsella a París, en 1828 pasó a hacerse el mismo trayecto en “solamente” 60 horas, y 35 años después la duración total del mismo viaje se había reducido a 16 horas¹²⁴.

En el primer número del último año de *El Museo Universal* (1869), Ventura Ruiz Aguilera reaparece con una graciosa fábula de sabor costumbrista titulada “¡Plus Ultra!” que viene a decir lo mismo que las cifras anteriores pero de forma simbólica y literaturizada: una carreta, una tartana y una diligencia, a cual más desvencijada, conversan entre sí sobre sus méritos y acaban enfrentándose con la locomotora, que al final arrolla a las tres y las arroja a un barranco.

2.2 - Expedición versus viaje *de recreo*: la aparición del turismo de masas

2.2.1 – Noticias y relatos de expediciones

Los ferrocarriles y las líneas de telégrafo, no obstante, no llegaban a todas partes. En nuestra época de estudio, el límite de lo desconocido, el *non plus ultra* después del cual no había noticias contrastadas, sino apenas leyendas de peligros innumbrables y riquezas fabulosas, ya no se encontraba en algún nebuloso punto sin retorno del océano, sino en el corazón de los grandes continentes: los mapas contenían grandes zonas en blanco en el interior de África, Asia y América del Sur, pero también había extensas áreas “salvajes” en Norteamérica o Australia. De estos lugares en tinieblas, reductos de un mundo anterior a la civilización y a la velocidad, siguen llegando noticias asombrosas de seres humanos con rabo¹²⁵, o de cierto árbol inmenso, hallado en Brasil, cuya sombra puede cobijar a diez mil personas, y en cuya copa habita el pájaro gigante *Tonyougon*¹²⁶. Es en estos territorios

desconocidos, en los que aún es posible encontrar “maravillas” en el sentido que le diera a la palabra Marco Polo, donde se adentran los exploradores como Livingstone, dejando en suspenso al público mundial, ávido de noticias sobre estos pioneros que se pierden en peligrosas junglas nunca holladas por el hombre blanco.

Precisamente Livingstone es el explorador del que más noticias (verdaderas y falsas) se dan en *El Museo Universal*: Nemesio Fernández Cuesta habla por primera vez de este viajero en la revista de la quincena del n° 3 de 1857 a propósito del posible descubrimiento de las fuentes del Nilo, y se refiere a él como “Liwingston, primer europeo que ha penetrado en las estensas llanuras de África”. Un año después, en la revista del n° 1 de 1858, Fernández Cuesta ya conoce el libro del explorador (“que se lee con gran avidez y curiosidad”, dice), y ya escribe correctamente su apellido (“El doctor Livingstone, el célebre viajero por África”) bosquejando a continuación una breve biografía suya. Después de eso, a lo largo del resto de los años de *El Museo Universal* aparecerán aquí y allá rumores y desmentidos sobre el asesinato del explorador¹²⁷, cuyo retrato se publica en el n° 42 de 1866¹²⁸, y se comentará una misión en su búsqueda, organizada por la Sociedad Geográfica de Londres, para la que se diseñó un barco metálico especial, desmontable, que permitiría remontar el curso de los ríos y reproducir el camino que hizo Livingstone para, de esta manera, intentar encontrarlo, o bien confirmar su muerte¹²⁹.

Esporádicamente, otros exploradores, científicos, y viajeros célebres merecerán la atención de *El Museo Universal*, como Humboldt¹³⁰, el doctor Roth, que realizó una expedición a las orillas del Mar Muerto¹³¹, el naturalista Alcides de Orbigny, autor de *Viaje a América Meridional*¹³², los astrónomos que visitaron España en 1860 para observar un eclipse, y que fueron caricaturizados en un grabado del n° 29 de ese año, el famoso

fotógrafo Clifford¹³³, Mr. Burton¹³⁴, Samuel Baker¹³⁵, el vulcanólogo Selbach de Gottinga¹³⁶, el capitán Hall en su viaje al Ártico¹³⁷, o una expedición militar británica a Abisinia que irá acompañada por una comisión de sabios¹³⁸, hecho que recuerda inevitablemente a la más importante misión científica española de la segunda mitad del siglo XIX, la llamada “Expedición Científica del Pacífico”, que tuvo una gran repercusión en *El Museo Universal*, el cual publicó a lo largo de todo 1863 y 1864, además de abundantes noticias sueltas o insertas en la revista¹³⁹, numerosos artículos extensos del dibujante de la expedición, Rafael Castro y Ordóñez, que analizaré con detenimiento más adelante.

En efecto, junto a las noticias breves sobre científicos exploradores, que también eran muy citados en los artículos “geográficos”, *El Museo Universal* incluyó en sus páginas un número considerable de relaciones de viajes a lugares salvajes o muy remotos, como pueden ser “Espedición en busca de sir John Franklin”, por F. L. M’Clintock (nº 24 de 1859), “Cuatro semanas en el mar glacial del norte: infructuosa expedición de Pablo de Krusenstern, teniente de la marina rusa, para explorar el mar de Kara” (nº 34 de 1863), “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant”, por A. E. (también en el nº 34 de 1863), o “Viaje a Babilonia”, por Guillermo Lejean (números 6 al 19 de 1868), sin olvidar las escenas de célebres cazadores de fieras narradas por Felipe Carrasco de Molina en numerosos textos de los años 1859, 1860, 1863 y 1864 ni los peculiares textos que narran experiencias extremas de ciertos personajes en entornos que se consideraban al margen de la civilización, en territorio dominado por la barbarie, como es el caso de la prisión en terreno confederado del abolicionista norteamericano John Doy narrada en “Aventuras de un abolicionista del Kansas en el Missouri (Estados Unidos) en 1855” (números 28, 30-34

de 1868), y de la extraordinaria historia de la Sra. Libarona en el Gran Chaco (Argentina), narrada en los números 23-26 y 28 de 1866.

El único caso similar sobre un aventurero español que encontramos en *El Museo* (además de la correcta biografía que del espía Domingo Badía y Lebllich publicó Mesonero Romanos en el n° 20 de 1859¹⁴⁰, si bien este texto no es propiamente una relación de viajes) son los pasajes del diario de Manuel de Almagro, zoólogo de la Expedición Científica del Pacífico, que fueron publicados en los números 40, 41 y 42 de 1866 con el título de “Exposición Científica del Pacífico” y que, acompañados de una breve introducción y de un epílogo que hacen referencia a la exposición en el Jardín Botánico de los objetos naturales recogidos, se centran en el penoso viaje a pie entre Tumbaco y Baeza, a través de la nieve andina y la selva amazónica, que realizó Almagro acompañado por un grupo de miserables porteadores indios que son los verdaderos protagonistas de la narración.

2.2.2 – Relación entre los “viajes” de *El Museo* y los de otras publicaciones de la editorial Gaspar y Roig

Parece que no era fácil hallar este tipo de textos, sobre viajes de exploración y aventuras, escritos originalmente en español, de manera que los publicados en *El Museo Universal* son comúnmente traducidos del francés (incluso aquellos que fueron concebidos originalmente en otras lenguas¹⁴¹) y a menudo han sido extraídos, junto con sus correspondientes grabados, de grandes compilaciones de viajes como las que la propia editorial de *El Museo*, Gaspar y Roig, publicaba en España.

A decir verdad, la vinculación entre *El Museo Universal* y los libros y colecciones de viajes que publicaban Gaspar y Roig va bastante más allá:

En primer lugar, la conexión más visible es la de los anuncios que con mucha frecuencia se publicaban en la última página de los números de *El Museo*, a menudo acompañados de llamativos grabados y textos explicativos.

Las obras, publicadas por entregas, son *El Nuevo Viajero Universal*, *La Vuelta al Mundo*, *De Madrid a Nápoles*, de Pedro Antonio de Alarcón, y *Roma en el Centenario de San Pedro*, de José María Carulla (a los que podríamos añadir, por contigüidad, los anuncios de las narraciones de Julio Verne *Los ingleses en el Polo Norte*, *El desierto helado*, *Cinco semanas en Globo*, *Viaje al centro de la Tierra* y *De la Tierra a la Luna*, también editadas por Gaspar y Roig).

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LA VUELTA AL MUNDO

VIAJES INTERESANTES Y NOVÍSIMOS

POR TODOS LOS PAISES,
CON GRABADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS.

Una de las lecturas más instructivas y al mismo tiempo más amenas y deleitables es la de las relaciones de viajes; y cuando están escritas por personas dotadas de fuerza de observación, de conocimientos y de gusto, no hay quien no prefiera una de estas relaciones á cualquiera otro libro de recreo, sobre todo si á los atractivos del original se unen los de las láminas y grabados con el auxiliar poderoso de la fotografía.

Una de estas obras es la que ofrecemos hoy al público con el título de LA VUELTA AL MUNDO, obra de lo mejor que se ha publicado en su clase, descripción de países poco conocidos, de costumbres aun ignoradas por muchos, y todo realzado con vistas, grabados, cuadros de costumbres, paisajes, edificios sacados de fotografía por los mismos artistas viajeros. Una vez cogido en la mano un libro de esta clase, el lector no le suelta hasta haberle recorrido todo. Tal es el interés que halla en sus páginas, donde con vivos colores se pintan los hábitos, religión, estado y social y costumbres de pueblos, entre los cuales no ha penetrado aun sino á duras penas la antorcha del cristianismo.

LA VUELTA AL MUNDO sale á luz por entregas de 8 grandes páginas, ó sean 16 columnas de letra hermosa y clara y papel superior, llenas de preciosos grabados ejecutados por los mejores artistas de Europa.

El precio de cada entrega será diez cuartos en toda España, escusivamente económico, atendido su mérito.

La primera entrega se halla de muestra en los puntos de suscripción, y podrán recibirla desde luego los que deseen suscribirse.

Se suscribe en casa de los corresponsales de Gaspar y Roig.

El exitoso *Diario de un testigo de la Guerra de África*, que encumbraría a Alarcón y que también publicaba por entregas la editorial de Gaspar y Roig, no necesitará un

anuncio en las páginas de *El Museo*, que, no obstante, sí se hace eco de la obra en la revista del nº 2 de 1860, donde se lee que “el *Diario de un testigo de la Guerra de África* sigue publicándose con creciente favor” y que “su autor, el señor Alarcón, salió herido en la acción del 30: sin embargo, tenemos la satisfacción de anunciar que su herida es leve, y que la obra no sufrirá retraso alguno”, de lo que se colige que muchos lectores de *El Museo* lo eran también del *Diario* de Alarcón.

En este mismo sentido, en un anuncio publicado en el nº 8 de 1867 encontramos la evidencia de que estas grandes obras de viajes eran entregadas junto a los ejemplares de *El Museo Universal* cuando así lo requería el suscriptor, que podía optar entre varias obras por entregas para complementar la lectura del semanario. Se lee concretamente en este “Aviso”:

Según las condiciones establecidas, con el presente número se remite el tomo segundo de la *Historia de España* a los suscritores que optaron por esta obra.

La misma advertencia tenemos que hacer a los que respectivamente optaron por la *Santa Biblia* o el *Nuevo Viajero Universal*, a los cuales se envía el tomo segundo de la obra elegida entre estas dos.

Por último, sabemos también que el compilador y organizador del *Nuevo Viajero Universal*¹⁴² fue precisamente Nemesio Fernández Cuesta, director literario de *El Museo* desde 1857 hasta el final de 1864. Es importante tener en cuenta que, durante este periodo, a la hora de elegir los contenidos para *El Museo Universal*, Fernández Cuesta se vería, por tanto, en la tesitura de tener que armonizar dos productos de una misma editorial de manera que no entrasen en mutua competencia: además de invitar a la lectura de las obras de viajes

desde las páginas de *El Museo* con atractivos reclamos publicitarios, los contenidos no deberían solaparse, reservando cierto número de relaciones de viajes de exploración para *El Museo Universal* y reuniendo otras muchas en el *Nuevo Viajero Universal*, tanto unas como otras con calidad e interés suficientes como para satisfacer al público, y al compilador.

Aunque excede los objetivos de esta tesis analizar en profundidad las relaciones entre la literatura de viaje publicada en *El Museo Universal* y la reunida en el *Nuevo Viajero Universal* y en otras colecciones y libros de viajes de Gaspar y Roig, debemos al menos dejar apuntado que la elección de los viajes publicados en *El Museo* se vio condicionada por este factor externo. En todo caso, conviene igualmente señalar desde ya que, mientras el criterio de selección de los viajes de las colecciones era más atemporal (el *Nuevo Viajero Universal* se organizará por continentes, por ejemplo), las relaciones viajeras que van apareciendo en *El Museo* presentan, en la mayoría de los casos, una fuerte ligazón con la actualidad política internacional, dándoseles la función práctica inmediata de ilustrar de una manera más amena “el teatro de los acontecimientos” que están teniendo lugar en Italia, México, Marruecos, Estados Unidos, etc., junto a otros muchos textos informativos y grabados que aúnan sus fuerzas con el objetivo de saciar la curiosidad del lector sobre un lugar del mundo que ha pasado repentinamente a primera plana.

Esta conexión entre la actualidad y muchos artículos de viajes (pero también artículos geográficos, histórico-descriptivos, “de localidad”, etc.) aparece abiertamente formulada en varios lugares de *El Museo*: es lo que ocurre en la nota a pie de página de “La Redacción” al artículo “Méjico” (nº 13 de 1857), de Niceto Zamacois, donde se dice: “Actualmente, cuando la desagradable diferencia entre España y Méjico llama la atención

pública hacia aquel hermoso país [...] creemos que agradará a nuestros lectores la serie de artículos y grabados que hoy comenzamos a insertar acerca de la moderna Méjico”. Es el mismo caso que encontramos en el artículo “Bibliografía china” (nº 53 de 1860), que Florencio Janer inicia reconociendo que “la China ocupa hoy la atención del mundo entero”, y algo análogo vemos en “El Cáucaso” (nº 22 de 1866), materia firmada por “A.”, donde se lee “que países que apenas habían interesado a la generalidad comenzaron a escitar la curiosidad desde el momento en que tuvo lugar en ellos algún acontecimiento de importancia”, lo que justificaría la publicación de ese artículo en particular, por los recientes conflictos internos registrados en Rusia. Aún puede aportarse una prueba más de la circunstancialidad autodeclarada de muchos de los textos geográficos e histórico-descriptivos de *El Museo*: son las palabras con las que da comienzo “El castillo de Sant Angelo y la basílica de San Pedro en Roma” (nº 44 de 1867; firma “S.”), que aluden a la inminente llegada a Roma de las tropas garibaldinas. Allí se lee: “Hoy que todo el mundo tiene fijadas sus miradas en el drama que se está representando en Italia”, etc.

2.2.3 – *Otros motivos para viajar: los viajes oficiales*

Volviendo a las relaciones de viajes publicadas en el propio *Museo Universal*, el motivo del desplazamiento puede ser también, además del científico o exploratorio, una misión oficial de tipo diplomático, militar, administrativo, o incluso médico, como es el singular caso narrado en “Recuerdos de un médico inglés en Marruecos (1789-1790)”¹⁴³ donde se cuenta la historia de un doctor enviado por el gobierno británico para tratar al hijo del sultán, si bien el momento álgido de la narración es la entrada del viajero en un lugar casi mítico para la fantasía erótica de Occidente: el impenetrable serrallo¹⁴⁴. En este

apartado en particular de los viajes oficiales sí que encontraremos, excepcionalmente, algunas relaciones escritas originalmente por españoles, como “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo”, de J.M. Gaviria, Vizconde de San Javier¹⁴⁵, “Recuerdos de mis viajes. Ecuador”, de J. de Avendaño¹⁴⁶, o “Estremo Oriente”, de Serafín Olabe¹⁴⁷. Salvando las distancias, podríamos incluir también en este grupo a los viajeros que se desplazan a los más remotos rincones del planeta con objetivos evangelizadores, como es el caso del español fray Rosendo Salvado, cuyas memorias comenta Florencio Janer en el artículo “Las misiones españolas de la Australia, su importancia y sus adelantos”, del número 22 de 1861.

Sobre misiones diplomáticas y viajes oficiales, además de narraciones extensas, *El Museo* incluye también un extenso catálogo de noticias y breves alusiones, concentrándose particularmente en las embajadas más exóticas, como los emisarios marroquíes recién llegados a España de los que se habla en la revista del n° 35 de 1860 (cuya recepción por parte de los reyes aparece plasmada en un grabado del n° 45 de ese año), los embajadores anamitas, llegados a la corte en 1863 (revistas de los números 46 y 47 de ese año) despertando enorme expectación en personas de todas las condiciones¹⁴⁸, o los embajadores de China que visitaron París en 1869 (nota suelta del n° 10 de ese año).

En no pocas ocasiones, quienes se desplazan en misión oficial son miembros de la realeza, tanto de países exóticos (el príncipe marroquí¹⁴⁹, “el rey negro de Bonny”¹⁵⁰, el sultán del Imperio Otomano¹⁵¹, o el emir de Argelia, Abdelkader¹⁵²) como de países de Europa (don Fernando de Portugal¹⁵³, la emperatriz Eugenia¹⁵⁴, el zar Alejandro¹⁵⁵ u otros¹⁵⁶) generando multitud de noticias destinadas a saciar la curiosidad del público acerca de los movimientos de estos altos personajes. Pero será, sin duda, Isabel II, el personaje

coronado seguido más de cerca por *El Museo Universal* en todos los viajes que emprenda por España como estrategia para intentar incrementar su popularidad: se dará cobertura a su visita a Alicante y Valencia en las revistas de los números 8, 9 y 10 de 1858, al que se envió además a Alarcón como cronista¹⁵⁷; a su viaje por Castilla, Asturias y Galicia ese mismo año (comentarios en las revistas de los números 13, 14 y 15, un artículo extenso sin firma que recorre los números 16, 17 y 18, y otro artículo de Alarcón –“De Madrid a Santander”– en el n° 19); al viaje a Cataluña, Aragón y Baleares que realizó en 1860 (revistas de los números 28, 31, 34, 39, 41 y 42, además de grabados sueltos en los números 47 y 49); al viaje a Santander que realizó al año siguiente (revistas de los números 29, 30, 32 y 33 de 1861 y un artículo independiente de Eduardo Bustillo –“Viaje de SS.MM.”– también en los números 32 y 33); y al viaje que hizo a Andalucía y Murcia en 1862 (revistas de los números 33, 36, 38 y 41 de ese año, más grabados comentados en los números 48 y 50).

Por todos los lugares por los que va pasando la reina y su comitiva se repite el mismo ritual con más o menos exactitud: recepción multitudinaria, salvas de artillería, campanas, arco de triunfo, misa, exhibición del Príncipe de Asturias desde un balcón, toros, música, gigantes y enanos, fuegos artificiales e iluminaciones por la noche, y simulacros de batallas navales o regatas en ciudades marítimas. En uno de sus velados comentarios contra la monarca, Fernández Cuesta dejó caer en la revista del n° 38 de 1862 que los ayuntamientos y Diputaciones de las localidades por donde pasaba la reina, para hacer frente a los gastos de los festejos, se veían obligados a pedir préstamos, endeudándose.

2.2.4 – El “turismo” como neologismo y como nueva (y censurable) realidad

Ahora bien, ni los intrépidos viajes de exploración, ni las misiones diplomáticas, ni los aparatosos viajes de los gobernantes eran propiamente novedades de la época de *El Museo Universal*. Lo verdaderamente característico del tercer cuarto del siglo XIX es el surgimiento del moderno turismo de masas¹⁵⁸: los “viajes de recreo”, sin finalidad práctica, que quien podía permitirse realizaba aprovechando la recién estrenada red de ferrocarriles y la navegación a vapor que conectaba con rapidez y comodidad todo el mundo civilizado. Ni siquiera la costumbre del “Grand Tour” extendida entre los príncipes europeos desde el siglo XVIII, y del que aún encontramos algún ejemplo en *El Museo Universal*¹⁵⁹, compartía la naturaleza de los novedosos desplazamientos contemporáneos “al vapor”, pues el primero era, al fin y al cabo, un viaje de formación en el que primaba la utilidad, mientras que en los últimos la prioridad ya no era la obtención de conocimiento, sino la de placer.

La propia palabra “turismo” empieza a utilizarse como neologismo en el español de esta época¹⁶⁰, sin terminar de fijarse aún en su forma definitiva, según podemos documentar en el propio *Museo Universal*:

La primera vez que encontramos la palabra “turista” es en el artículo de Puiggarí “Una peregrinación a Montserrat”, del nº 10 de 1860, donde se lee: “¡Venid, amables turistas, los de imaginación ardiente y de alma entusiasta!”. Al año siguiente, concretamente en el artículo anónimo “Colegiata de Vitoria” del número 3, lo que encontramos es la variante “touristas”, destacándose la palabra en cursiva como extranjerismo reciente. En el tercer caso que encontramos, incluido en el artículo sin firma “Los sitios reales” (nº 21 de 1862), llega a hacerse explícito que se está aludiendo a una realidad nueva:

[...] los *turistas*, esa nueva especie de hombres desconocida de los antiguos, planta que ha echado en todos los países de Europa hondas raíces, desde que el vapor nos conduce a todas partes con la velocidad del pensamiento, desde que con 50 francos puede pagarse un viaje a Roma, y con 100 visitarse la Palestina y los Santos Lugares.

En el nº 28 de 1864, encontramos la palabra “tourista” en un artículo de Nicolás Díaz de Benjumea, futuro director literario de *El Museo*, que describe críticamente este novedoso “tipo” costumbrista que se extendía rápidamente por Occidente. Merece la pena reproducir aquí algunos pasajes de este artículo, titulado precisamente “El turista”:

El viajero llamado hoy *tourista* nació con la aplicación del vapor a las comunicaciones por mar y tierra. Es hijo del fuego, y como tal, vivo en sus deseos, rápido en acción, fecundo en planes de locomoción. El *tourista* marca solución de continuidad en la serie de los trashumantes. No viaja por necesidad; tampoco por utilidad, pues al contrario, empobrece material y espiritualmente [...]

En efecto, a fuerza de ver, se le va la vista, falta de energía para fijarla en ningún objeto. Mucho menos viaja por amor, o en beneficio de la ciencia. Se le importa un bledo de las antigüedades de Egipto. No pretende estudiar arqueología, ni llenar un libro de paparruchas como *Solino*, ni explorar regiones en busca de gorillas como *Du Chaillon* y el doctor *Livingston*, ni cazar leones como *Gerard*, ni buscar los orígenes del Nilo [...]

Prosigue Benjumea su listado de viajeros célebres y “útiles” con otros naturalistas y exploradores para remarcar el contraste con el viajero moderno, movido apenas por una frivolidad totalmente improductiva:

Ni se mueve por cuenta de la ciencia ni del arte, ni a impulsos de la cabeza ni del corazón. Se mueve porque hay fáciles medios de locomoción, y anda por el mundo como enfermo que cambia de postura por pasarlo mejor: o, en suma, es la segunda edición del vago de la Puerta del Sol, sin más diferencia que ser más poltrón y holgazán y más curioso. El de la Puerta del Sol se tiene al fin sobre sus pies, y el *tourista* es llevado sobre blandos almohadones [...]

En medio de esto, es un ser hidrópico de impresiones. Su mayor carga, fuera de la de no tener mujer, es la del tiempo. Cada hora que pasa para él sin una impresión nueva, es un martirio. Sin duda los *touristas* han creado lo que hoy se llama espectáculo de *sensación*, arte de *sensación* y literatura de *sensación* [...]

Vive entre oleadas de seres humanos como en un desierto. No es filántropo ni misántropo, sino indiferente. Los hombres pasan ante su vista como los montes y los llanos en la velocidad de la locomotora. Rara vez se establece entre él y sus semejantes la relación de unidad con unidad. Mira a las muchedumbres, y su vista no tiene tiempo para fijarse en individualidades.

Concluye Díaz Benjumea su ácido retrato diciendo que por el momento este tipo no es común en España, pero que hay miles de ellos en Europa. Van de conmemoración en conmemoración, de evento en evento, por lo que el autor dice que al menos contribuyen a la cultura y al arte como público cosmopolita, además de desembolsar buenas cantidades allá donde van debido a su afán coleccionista.

A partir de entonces, volveremos a encontrar a menudo variantes de la palabra “turista”, evidenciándose que había surgido una nueva especie de viajero que requería una palabra diferenciada: en la revista del nº 18 de 1865 vemos la palabra “turista” escrita en cursiva y usada como adjetivo (“curiosidad *turista*”); en el nº 34 de ese mismo año, el revistero León Galindo y de Vera escribía “[...] cuatro *turistas* (perdónenme el galicismo

los lectores)”; en el artículo “Costumbres de Valencia”, del nº 22 de 1866, Fermín Gonzalo Morón volvía a escribir “tourista” en cursiva; la misma palabra va a aparecer en plural (“touristas”) y también en cursiva en el artículo sin firma “Real Palacio de Madrid”, del nº 1 de 1867; precisamente en el artículo anterior de ese mismo número, “De Marsella a las costas del Estado pontificio”, por J. F. Quirós, leemos “touristes” en cursiva; y en el año 1869 aparecerán dos variantes de la palabra: “touriste”, en cursiva, en la revista del nº 8, y “touristas” (esta vez sin destacar la palabra en cursiva) en la revista del nº 33.

Observadores contemporáneos del fenómeno considerarían el turismo una moda pasajera, y censurable, a la que, eso sí, se había apuntado con fervor la totalidad de las clases acomodadas, tendencia especialmente acusada y evidente durante los meses de verano, en los que Madrid prácticamente se vaciaba de “personas elegantes”¹⁶¹. En este sentido, Federico Pérez de Molina comienza con las siguientes palabras su artículo “Portugal – Lisboa” (nº 1 de 1862):

La afición a los viajes se ha desarrollado de tal modo entre nosotros, de pocos años a esta parte, que apenas hay persona regularmente acomodada que por recreo, y más aún por rendir este culto a las exigencias de la moda –porque entre nosotros, dicho sea con verdad, pocos son los viajes artísticos y científicos que se emprenden– apenas hay, digo, persona, que deje de hacer su excursión al extranjero, principalmente en la buena estación, eligiendo para su residencia, ya cualquiera de los lindos cantones de la pintoresca y encantadora Suiza, bien una de las infinitas ciudades que pueblan las amenas y deliciosas orillas del Rhin, quién un puerto cualquiera de los que baña el Adriático, siendo, sin embargo, Francia, el punto de reunión de preferencia de nuestra sociedad elegante, bien sea que esta limite sus deseos a bañarse entre las rocas de Biarritz, ora prefiera para sus abluciones las tranquilas aguas del caudaloso Sena.

Nemesio Fernández Cuesta insiste en criticar la nueva costumbre en la revista del nº 30 de 1864:

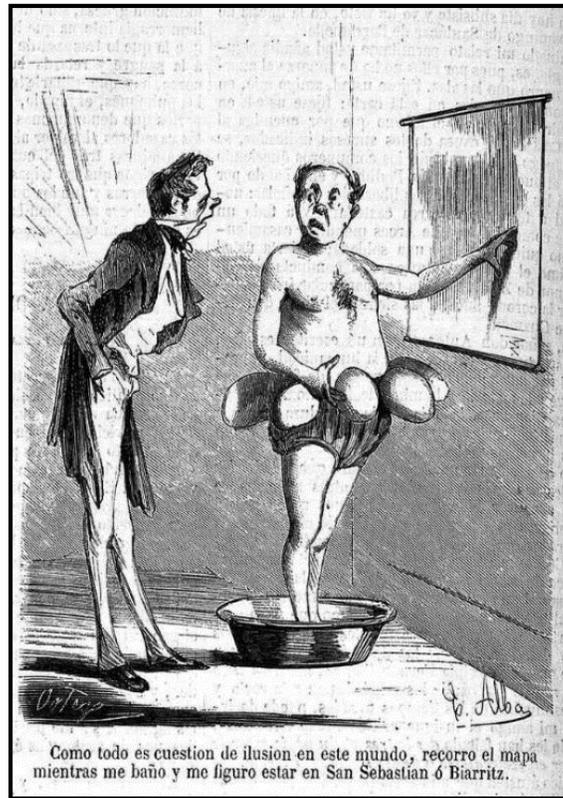
¿Y a qué se debe esta general emigración de gente visible, tan general, que ni con un candil se encuentra hoy en Madrid un hombre de mediana importancia? Ya hemos dicho que no podemos atribuirlo al calor sin calumniarlo. Debemos, pues, hacer responsable de ello a la costumbre, a la moda, moda que se ha exagerado este año como nunca, costumbre moderna tomada de Inglaterra, donde había otras cosas mejores que imitar y que por desgracia no se imitan.

Ventura Ruiz Aguilera sigue la misma línea crítica de los anteriores en las revistas de los números 27 y 38 de 1868 al quejarse con amargura de los muchos españoles (20.000 apenas en Bayona) que en el verano de ese año salieron al extranjero, cuando los recursos que gastaron en otros países habrían sido enormemente necesarios y provechosos en España. Se planteaba de esta manera la opción por un “turismo patriótico” o nacionalista, muy en la línea editorial de *El Museo*, que posiblemente fue uno de los principales motivos políticos para que Isabel II limitase sus viajes al territorio español, arrastrando con ella a la corte, con la segunda intención, quizás, de contrarrestar su fama de pródiga y liviana, o de al menos no alimentarla, mientras, por su parte, la emperatriz Eugenia recorría Europa con fines tanto diplomáticos como de recreo¹⁶². De todas formas, no deja de ser curioso apuntar que mientras Isabel II veraneaba durante su reinado en La Granja y en Zarauz¹⁶³, Prim, cabeza visible del movimiento que la destronó, al año siguiente de la Revolución Gloriosa, siendo Ministro de la Guerra, saldría a tomar baños a Vichy¹⁶⁴.

La tendencia general nacionalista de *El Museo Universal* se manifiesta claramente en este ámbito de los viajes proponiendo, en numerosos artículos, alternativas españolas a los principales destinos turísticos extranjeros, y animando constantemente a viajar por el interior de España, como ocurre en “Mapa poético de España”, de Alarcón (nº 12 de 1859), en “Los sitios reales” (nº21 de 1862), en el muy representativo “¡Vamos a las provincias!” (números 33 y 34 de 1862), en “Real Monasterio de Nuestra Señora de Pedralbes, en el Campo de Barcelona”, de Puiggarí (nº 43 de 1862), en “Dos días en el valle de Arbusias” (nº 5 de 1863), en “Niza”, de M. Pérez (nº 49 de 1868), que propone como balneario alternativo Vélez-Málaga, o en el peculiar artículo sin firma “Baños de Panticosa” (nº29 de 1861) donde se habla del alto valor medicinal de estas aguas, si bien se reconoce la dificultad del trayecto y la inferioridad de las instalaciones frente a otras semejantes de Europa y Estados Unidos. Sobre este particular apartado del turismo medicinal o curativo, también encontramos en *El Museo* el importante artículo para nuestro tema “De los puntos de residencia en invierno para los enfermos” (nº 20 de 1865), firmado por el omnipresente “A.”, que lista los destinos más recomendados por los médicos, por su clima, para los enfermos de pecho y vientre, deteniéndose en Niza, Pisa y Venecia, y proponiendo como alternativa española, una vez más, Vélez-Málaga¹⁶⁵.

El humor gráfico de *El Museo Universal* también se fijará, cada vez con más frecuencia, en la nueva costumbre de los viajes de placer al extranjero, y lo hará asimismo con espíritu crítico y caricaturesco, pero contradiciendo el mensaje de los articulistas que defendían el turismo nacional: la sátira de los dibujantes se centrará en los arribistas, o en los ricos venidos a menos, que no pueden permitirse viajar muy lejos, pero llegan a hacer

lo posible por aparentarlo, recurriendo a menudo a la mentira, o resignándose a viajar con la imaginación.



Como todo es cuestión de ilusión en este mundo, recorro el mapa mientras me baño y me figuro estar en San Sebastian ó Biarritz.

(nº31 de 1869)

Paradójicamente, ridiculizando a quien no podía viajar al extranjero, estos humoristas estaban reforzando la presión social que impulsaba a viajar a destinos europeos apenas como muestra de estatus y de pertenencia a la clase social dominante, con lo que justamente iban en la dirección contraria a la principal corriente ideológica del periódico. Viñetas de este tipo son las series “Los elegantes pobres”, en los números 30 y 31 de 1867, o “Un verano en San Sebastián... de Alcobendas”, que concentra en el nº 32 de 1868 toda una serie de grabados que se mofan del “quiero y no puedo”. La serie “Ventajas de los que salen a veranear” (números 22 y 23 de 1868) se centra en los problemas que encuentran los viajeros, como los precios abusivos, y el dibujo de Valeriano Bécquer “Los bañistas” (nº

40 de 1867) se limita a caricaturizar a un matrimonio de “aguerridos” bañistas dirigiéndose al agua.

2.2.5 – Huellas del turismo como actividad económica. La literatura de viaje como producto para la burguesía

La tendencia a la masificación del turismo, que no tardó en engullir y asimilar las tradicionales peregrinaciones religiosas, se ve corroborada por multitud de noticias publicadas en *El Museo Universal* que hablan de decenas de miles de “visitantes” en diversos destinos turísticos: 60.000 forasteros en el carnaval de Roma de 1857¹⁶⁶, “gran concurrencia” en la Feria de Sevilla de ese mismo año¹⁶⁷, concentración de 28.000 visitantes en Dresde, en 1865, con motivo de una serie de conciertos¹⁶⁸, multitudes en la Exposición Universal de París de 1867¹⁶⁹, cien mil personas de la más diversa procedencia en Roma ese mismo año, con ocasión de los fastos del Aniversario de San Pedro¹⁷⁰, alrededor de diez mil veraneantes en San Sebastián en 1868¹⁷¹, o los 30.000 forasteros que, en 1869, pudieron aprovechar en Roma (una vez más) todo un abanico de ofertas profanas de ocio que complementaban las fiestas religiosas de la Semana Santa¹⁷², a lo que podemos añadir aún el comentario de Bécquer en su artículo “La Feria de Sevilla” (nº17 de 1869), donde afirma que la población de la capital hispalense se duplica durante la Feria con visitantes procedentes de todas las provincias españolas y de las principales ciudades de Europa. Además, el ferrocarril, junto con el barateo de los costes, también facilitaba los pequeños viajes a Toledo¹⁷³ o a La Granja¹⁷⁴, y permitía que los aficionados a los toros pudiesen desplazarse fácilmente por la península para presenciar corridas en Madrid o en Valencia¹⁷⁵.

Todos estos desplazamientos masivos de personas, con todos los gastos que acarreaban, vendrían a conformar naturalmente¹⁷⁶ una actividad económica de primer orden que apenas se estaba gestando. Además de las compañías de transporte de personas, otros agentes se verán directamente beneficiados, como los hoteles y fondas que brindan hospedaje a los viajeros, las cantinas que les ofrecen alimentación o incluso los guías o cicerones que les explican los monumentos históricos.

Acerca de estos últimos, tenemos en *El Museo* una peculiar noticia que habla de la jubilación del guía de El Escorial, Cornelio, un famoso ciego que a sus 75 años va a ser finalmente sustituido por un pastor de memoria prodigiosa¹⁷⁷, y tenemos igualmente constancia de esta actividad por lo que se lee en “Alcázar del rey don Pedro en Toledo” de Antonio Martín Gamero (nº 5 de 1857): “Hace ya mucho tiempo que con los extranjeros que visitan frecuentemente la famosa ciudad, vienen ejerciendo la profesión de cicerones o dragomanes asalariados personas indoctas [...]”. En relación a los hoteles, resulta de gran interés el artículo “Estudios de costumbres extranjeras hechos bajo un punto de vista nacional”, de V. Miranda, concretamente en sus entregas de los números 5 y 6 de 1866, pues en el primero se centra en el Grande Hotel y el Hotel del Louvre, establecimientos parisinos magníficos, y hasta pretenciosos, dotados de todas las comodidades y adelantos de la época (texto que además incluye una aguda reflexión sobre cómo innumerables viajeros acaban siendo víctimas, en estos hoteles, de su vanidad y su afán de aparentar: al rodearlos de un lujo de oropel, los viajeros viven una fantasía aristocrática que los impele a estar a la altura de las circunstancias, desfondando sus bolsillos en el intento) y en el segundo habla de la novedad del alquiler de casas amuebladas en París, que es la mejor opción para los viajeros que pretenden permanecer más de una semana en la Ciudad de la

Luz. Finalmente, son muy numerosas en *El Museo* las noticias y comentarios sobre las medidas y acciones de las compañías de transporte para hacer atractivos determinados viajes, lanzando ofertas imperdibles, como, por ejemplo, la que se anuncia en la revista del nº 21 de 1862, donde se dice que una “empresa de navegación e industria” ofrece la oportunidad de visitar Roma por muy poco con el objetivo de acudir a la canonización de unos mártires japoneses.

Las compañías de transporte, en efecto, estarán muy atentas a los acontecimientos nacionales y europeos que puedan atraer visitantes y, en este sentido, llama especialmente la atención la iniciativa de la que se habla en las revistas de los números 8 y 9 de 1860, cuando las tropas españolas acababan de invadir la ciudad marroquí de Tetuán. En la revista del nº 8 se lee que “gran número de personas acomodadas se disponen a hacer viajes *de recreo* a la ciudad conquistada”, y en el número siguiente se dan detalles como el trayecto (de Madrid a Alicante en ferrocarril, y de allí en vapor a Tetuán), el precio (de 400 a 800 reales, dependiendo de la clase de “carruaje” y camarote) y el alojamiento (el propio barco, anclado en el puerto de Tetuán).

Este “paquete turístico”, que finalmente no fue autorizado por el gobierno, muestra, en todo caso, una tendencia a cierto “turismo de aventura” que querría seguir los pasos de los míticos exploradores de África, si bien con menores y más controladas dosis de peligro, tipo de turismo del que encontramos al menos otros dos casos en nuestra publicación periódica: el de ciertas mujeres aventureras que sufrirán algunas penalidades en África¹⁷⁸, y el de la organización de una cacería de leones, también en África, por un tal señor Pertuiset, que les saldría a los interesados a 4.500 francos por cabeza¹⁷⁹.

En este sentido, el cliché de que “África comienza en los Pirineos”, tan machaconamente repetido en la época, posiblemente supuso para España un inesperado eslogan turístico que atrajo a la península a un tipo de turistas europeos cuya expectativa era precisamente vivir una aventura de baja intensidad en un territorio semisalvaje. Este precursor decimonónico del “Spain is different” del siglo XX, esta etiqueta previa, romántica y fantasiosa, creada, a juicio de Benjumea¹⁸⁰, por la famosa guía de Ford, tendría sin embargo efectos muy negativos en la imagen internacional de España, pues todos los viajeros europeos regresarían a sus países de origen limitándose a narrar todo lo que reforzase la idea de un país salvaje y atrasado, idóneo para las aventuras y las emociones, alimentando de esta manera el prejuicio y la leyenda negra.

Muchos de estos viajeros a menudo llevarán sus narraciones a la imprenta, publicando relaciones de viaje de las que pasaré a hablar enseguida, y logrando que sus historias vuelvan a entrar en el círculo de actividades económicas que giran en torno al turismo, junto a otros productos en papel como las guías de viaje¹⁸¹, los diccionarios geográficos y las revistas especializadas.

En este sentido, el enorme peso que tiene el tema de los viajes en *El Museo Universal* (con noticias de viajeros y expediciones, biografías de marinos y exploradores, relaciones de viajes, artículos de localidad, artículos histórico-descriptivos, grabados, e incluso poemas y narraciones de ficción que tocan el asunto de los viajes¹⁸²) vincula estrechamente este periódico a los productos impresos de los que acabo de hablar, pues, como ellos, explotaba económicamente una fundamental faceta del ámbito de los viajes: el deseo de viajar, que coincide con el impulso de huir de la plácida y sofocante monotonía pequeñoburguesa de esta “Era del Capital”. No por casualidad, Ventura Ruiz Aguilera, en

la revista del n° 4 de 1868 había escrito que los dos principales motivos para viajar que tienen los ingleses son la curiosidad científica y “curarse el *spleen*”, y el joven Ricardo Puente y Brañas, en su relato “Una planta indígena” (n° 1 de 1860), había hecho decir a uno de sus personajes: “Pues a mí nada me gusta tanto como leer artículos de viajes – manifestó un humilde joven–. Vivo enclavado en Madrid como una finca urbana”.

En el mismo sentido, Torcuato Tárrego comenzaba de esta manera su artículo “Un paseo por el Riff” del n° 21 de 1859:

Quando todo el mundo habla de África; quando todos fijan la vista en sus costas; quando el invierno se acerca con sus vientos fríos y negros nubarrones, siendo siquiera un consuelo acordarnos de aquel país tropical, con sus desiertos y montañas, con sus ciudades y aldeas, sus aduares y caravanas; quando tanto gusta recostarse sobre la mesa de un *café* o bien acercarse a la hasta aquí cesante estufa, para tomar un periódico y hacer un viaje hacia allá en alas de nuestra fantasía, etc.

Descubrimos, de esta manera, que la lectura de *El Museo Universal* podía tener también una función terapéutica: vendría a sublimar con viajes imaginarios (más efectivos en esto que los reales) un primario y universal afán de aventura, épica y escapismo, una insaciable aspiración de lejanías idealizadas, de estar precisamente donde no se está, haciendo más vivible la realidad cotidiana de la burguesía, contraponiendo a las inhibiciones de la educación y a los convencionalismos sociales, una vigorosa y libertadora experiencia en tierras salvajes y peligrosas, en las que reina la oscura inconsciencia y los instintos desatados¹⁸³.

Esto en el caso de las lecturas de relaciones de exploración porque, como adelantábamos en el primer capítulo, *El Museo Universal* refleja los gustos e intereses de

una minoría acomodada, y en lo que se refiere a viajes, los lectores de este periódico querrán saberlo todo sobre los exploradores que se adentran en lo desconocido, pero también sobre los viajes de la aristocracia y la realeza, y sobre todos los posibles destinos turísticos que los miembros de su clase empiezan a conocer.

Significativamente, entre toda esa ingente masa textual sobre viajes reunida a lo largo de los trece años de existencia de *El Museo Universal*, apenas tres breves notas¹⁸⁴ harán referencia al más importante fenómeno de desplazamiento de masas que se estaba viviendo en la época: la migración a América de millones de europeos (nueve entre 1846 y 1875¹⁸⁵) la mayoría de los cuales acabaría formando parte de la clase obrera de los Estados Unidos.

Aunque autores como Dickens y Hugo ya empezaban a sensibilizarse en esta época hacia las miserias del proletariado, las experiencias de los más desfavorecidos no formaban parte aún de los temas de la literatura burguesa: tras la desaparición de *El Museo Universal*, aún habrá que esperar algo más de una década para que empiece a debatirse en España la polémica “cuestión palpitante” del naturalismo. En consonancia con esto, no encontramos en *El Museo* ningún relato de emigración¹⁸⁶.

Tampoco será *El Museo Universal* el lugar más adecuado para buscar pruebas que apoyen o refuten si el público no alfabetizado compartía con el burgués la pasión por las narraciones de viajes, hallándose apenas un indicio de que podría, en efecto, ser así, en el artículo “La Feria de Albacete”, de Eduardo López y González (nº 47 de 1866), donde se habla de la existencia de cosmoramas en las ferias populares que permitían fingir emocionantes viajes a lugares muy apartados:

Abandonad tiendas y tenderos, lanzaos al paseo de la feria en busca de fuertes impresiones de viaje, de profundas emociones, de trágicas historias, de horrores de naufragios, guerras navales, etc.: por la mínima cantidad de cuatro cuartos, disfrutáis de tan sabrosos esparcimientos en los ambulantes cosmoramas que os salen al paso.

2.3 - El concepto de literatura de viaje apuntado en *El Museo Universal*

2.3.1 – La literatura de viaje según Ventura Ruiz Aguilera

2.3.1.1 – La demanda del público

Si en el primer capítulo examinábamos algunas características generales de *El Museo Universal* que se alían para abrir las páginas de la publicación a las relaciones de viajes (su constitución legal de revista “no política”, su naturaleza de revista ilustrada, o su línea editorial nacionalista), queremos insistir ahora en la importancia crucial de la poderosa demanda de este tipo de literatura por parte del público lector.

No se trata apenas de una hipótesis plausible, sino que hay un momento clave en la historia de *El Museo* en el que se pone de manifiesto el poder de los lectores para dictar con su gusto los contenidos de la publicación, gusto que se decanta especialmente por los artículos de viajes. Se trata del anuncio del n° 50 de 1867 que lleva por título “El Museo Universal. Año duodécimo - 1868”, posiblemente escrito por Ventura Ruiz Aguilera, director literario en ese momento. Este anuncio resulta extraño por varios motivos: para empezar, por su disposición tipográfica en dos columnas que quiebra las habituales tres columnas de *El Museo*; pero es también extraño por su contenido de autopromoción, que apunta al declive en el que estaba entrando el periódico en esos años, viéndose obligado a estar más atento que nunca a las exigencias e intereses del público. Hacia el final de ese

anuncio, en su mayor parte dedicado a repasar los méritos del pasado de *El Museo Universal*, se leen las siguientes palabras textuales:

No ha de quedar rezagado EL MUSEO en el año duodécimo; lejos de esto, aseguramos y repetimos que dará algún paso más en la vía del progreso, sin perjudicar al plan que se trazó desde su origen; anticipando, por lo demás, su propósito de publicar algunos viajes interesantes y curiosísimos que tiene preparados, ya que la afición del público se dirige hoy en este sentido, correspondiendo así a sus esperanzas y a nuestros propios deseos.

Esta afición a la lectura de viajes, por lo demás, no es exclusiva de España, sino que se trata de un fenómeno extendido por todo occidente, cuando menos en lo que se refiere a los relatos de exploraciones, para los que hubo en nuestra época, a decir de Hobsbawm, una verdadera “edad de oro” editorial, debido a la legión de lectores “dispuestos desde el café a seguir a Burton y Speke, a Stanley y Livingstone a través de montes y bosques primitivos”¹⁸⁷. Una nota suelta del n° 2 de 1869 de *El Museo Universal* corrobora esta información genérica con un dato concreto: apenas en 1868, se dice, fueron publicados en Gran Bretaña 238 libros de “viajes e investigaciones geográficas”.

2.3.1.2 – La respuesta de Ruiz Aguilera: análisis de cinco textos de “Geografía y viajes”

Ahora bien, ¿cuál es concretamente la literatura de viajes que finalmente se presenta como tal en el tomo de 1868 de *El Museo Universal* para cumplir la promesa hecha en el anuncio? Coincidentemente, justo este año Ventura Ruiz Aguilera decidió que todos los textos vinieran con un epígrafe que orientara al lector sobre la naturaleza del artículo, de manera que nos será fácil identificar los artículos que nos interesan, pues vendrán bajo el

rótulo “Geografía y viajes”, o la variante “Viajes y monumentos artísticos”. Hasta el nº 41, tras el cual Ruiz Aguilera deja la dirección en manos de Francisco Giner, los artículos de este tipo que encontramos son: “Filipinas”, por Bernabé España (números 1-5, 7 y 8), “Córdoba”, por Augusto Jerez Perchet (nº 5), “Viaje a Babilonia”, por Guillermo Lejean (números 6-19), “La ciudad de Adowa, en Abisinia”, por M. (nº 17), y “Costa de África”, por Augusto Jerez Perchet (nº 19). Veamos, pues, las características de estos textos:

El primero de ellos, “Filipinas” viene presentado por Ruiz Aguilera en una introducción en la que destaca que, frente a las visiones deformadas de los extranjeros, la “narración” de Bernabé España va a contener informaciones verídicas y detalladas por haber sido el autor alcalde mayor de Cavite. España, por su parte, que insiste en decir que lo que ha escrito son “apuntes”, se va a centrar fundamentalmente en la descripción de “tipos” locales, deteniéndose en diferentes profesiones a las que se dedican los nativos, varias de ellas ilustradas en *El Museo* con grabados, pero incluye también algunas informaciones sobre la actividad económica y la organización administrativa. Su lenguaje es neutro y pretendidamente objetivo, si bien su visión de los indios y los mestizos es negativa, con la sola excepción de los “indios rústicos” de los bosques, que son idealizados. No aparecen experiencias personales del autor, quien además reconoce que muchas de las informaciones las ha extraído del antiguo semanario filipino *La Ilustración*. En ningún momento emplea España la primera persona verbal, ni siquiera para opinar. Los únicos rasgos de subjetividad que encontramos son sus críticas a los nativos y cierta sensualidad al hablar de figuras femeninas.

El segundo texto, “Córdoba”, de Jerez Perchet, es el que viene con el epígrafe “Viajes y monumentos artísticos”. Presenta además bajo el título un resumen o índice de

contenidos que frecuentemente acompaña a las narraciones de viajes al inicio de cada capítulo. Desde la primera frase (“A las cinco de la tarde salí de Sevilla para Córdoba”) nos encontramos con una narración en primera persona de un viaje concreto, situado con exactitud en el tiempo. Predomina la subjetividad y el sentimentalismo (aparece repetidamente la palabra “impresiones”), principalmente en la descripción del paisaje, que el autor pinta con lenguaje literario, si bien el fragmento IV, dedicado a la descripción de la catedral, se limita a la objetiva consignación de datos. El último fragmento es una digresión emotiva e íntima a partir de la muerte de la hermana del autor. De este mismo fragmento se desprende que el artículo forma parte de las “páginas” de un viaje más amplio por Andalucía¹⁸⁸.

El tercer texto, “Viaje a Babilonia”, muy extenso (repartido a lo largo de catorce números), ha sido traducido muy meritoriamente del francés a partir de *Le Tour du Monde* (Édouard Charton, París, 1867), comenzando *in medias res* y concluyendo igual de abruptamente. Le preceden unas líneas “promocionales”, atribuibles a Ruiz Aguilera, que dejan entender que este texto va a seguir en la línea del de Filipinas, reemplazándolo y tomando el relevo de la literatura de viaje en *El Museo*. Concretamente, se lee: “Próxima a terminar la publicación del viaje a Filipinas, damos hoy principio al de Babilonia, que, como verán nuestros lectores, es curioso e interesantísimo en todos los conceptos” (nº 6 de 1868). Se trata, en fin, de la narración en primera persona de un viaje reciente (1866) de exploración de naturaleza principalmente arqueológica. Se establece un constante diálogo erudito del autor con viajeros modernos y de la antigüedad que recorrieron la zona, interesándole especialmente a Guillermo Lejean lo que aún no ha sido descrito por exploradores anteriores, o lo que fue reflejado con inexactitudes, lo que le concede al autor

“el gusto” de corregirlos. Predomina en el tono el humor y cierta socarronería, rotos por algunos pasajes más áridos de erudición y otros muchos de recreación histórica. Ante las ruinas de Babilonia, Lejean se detiene en las sensaciones sublimes e inefables que tal visión le despierta, sin que su lenguaje se eleve de lo coloquial ni persiga objetivos puramente estéticos. No obstante, el autor tiene conciencia de escribir para un público, y para avivar su narración sabrá omitir los detalles tediosos e innecesarios. Desde el punto de vista ideológico, llama la atención el moderno relativismo cultural del autor, que en varias ocasiones defenderá las costumbres de los locales frente a las de los europeos. Resulta también llamativa su frontal oposición a los monumentos inútiles, como las Pirámides de Egipto o los jardines colgantes de Babilonia, insistiendo en que lo más formidable que se hizo en la antigua Babilonia fue la red de canales que unían el Tigris y el Éufrates. Para terminar, el autor tiene conciencia de pertenecer a cierto tipo de viajero que es el “explorador”, para quien viajar portando camas de hierro es un “sibaritismo” impropio de un viajero que se precie de serlo. Sin embargo, no hay en todo el viaje ninguna situación de verdadero peligro o aventura, con la excepción de un conato de accidente en un río, y cuando al autor se le proponga internarse en el territorio de los beduinos, rechazará “con pena” esta oportunidad por no disponer de su tiempo.

El cuarto texto, “La ciudad de Adowa, en Abisinia”, firmado con la inicial “M.”, y también bajo el epígrafe de “Geografía y viajes”, no pasa, sin embargo, de una breve nota explicativa a un grabado publicado en el mismo número. Es un comentario impersonal que, al no haber edificios notables en Adowa, se centra en la población y en la actividad económica de la ciudad. Nota y grabado están muy vinculados a la actualidad del momento,

pues en esos días una expedición militar británica se adentraba en Abisinia para liberar a los diplomáticos secuestrados por el emperador Teodoro.

El quinto y último texto que viene con el epígrafe de “Geografía y viajes” es “Costa de África” (nº 19 de 1868), también de Augusto Jerez Perchet, quien presenta su escrito como una nadería “escasa de interés” y sin más pretensiones que la de entretener al lector por un instante. Se trata, en efecto, de un texto irregular y desaliñado que hace pensar en apuntes de viaje en bruto, sin pulir. Comienza como una narración en primera persona situada en el tiempo con exactitud: el 3 de febrero de 1867 (domingo de carnestolendas) a las dos de la tarde, embarca el autor en el vapor-correo. Tras su llegada a Chafarinas, le llama la atención cómo un moro afeita a todos los otros, y se fija también en cierta masa con la que se alimentan. Después desaparece el punto de vista subjetivo, la experiencia de viaje concreto, y el autor pasa a recoger datos y generalidades sobre las costas del norte de África, la actividad agrícola, las comunicaciones, etc. El segundo capítulo se centra en la organización social y política de las tribus árabes. Dice que el pueblo es muy bárbaro, de escasas y poco refinadas diversiones (armas y caballos). En el tercer capitulillo reaparece el escritor como personaje, observando unas golondrinas, que le provocan algunas reflexiones. Termina el texto con una velocísima relación de los lugares visitados, sin describirlos, y anunciando que el sábado 9 ya está de regreso en Málaga. No llega a aclararse el motivo del viaje.

Estos son, en fin, los cinco textos a los que se asignó el epígrafe de “Geografía y viajes” en la primera mitad de 1868, etiquetando para su fácil reconocimiento un “producto” que el público reclamaba con ahínco. Pretender, sin embargo, establecer un corpus de los textos de “geografía y viajes” de *El Museo Universal* con artículos similares

en sus características a los cinco anteriormente comentados, nos llevaría a reunir una masa informe e inasible de escritos que apenas tendrían en común el *hacer referencia a un lugar*, característica tan vaga y circunstancial que no justificaría separar tales textos en un grupo para transformarlos en objeto de estudio.

Ahora bien, el sentido común nos dice que entre estos cinco textos hay uno que presenta diferencias tan groseras que nos hacen pensar en un elemento intruso, forzado, que no encaja y no debería estar allí: solo uno de los textos es brevísimo, completamente subordinado a una ilustración, y firmado apenas con una inicial Solo uno de estos textos, además, y sobre todo, no recoge la voz directa de un viajero. Se trata de “La ciudad de Adowa, en Abisinia”. Apenas se puede entender la agrupación de este pequeño texto junto a los otros cuatro porque, en efecto, su contenido pertenece al ámbito de la “Geografía”, aunque no tenga relación aparente con los “viajes”.

2.3.1.3 – Algo más sobre el vínculo entre Geografía y viajes

De todas formas, el rótulo de “Geografía y viajes” al que vengo haciendo referencia sí que puede darnos algunas coordenadas útiles para comenzar a situar la literatura de viaje en su época, y en el contexto específico de *El Museo Universal*: si bien la masa textual que comprendería el grupo de “Geografía y viajes” es, en principio, demasiado heterogénea como para intentar acotarla y definirla, podemos, sin embargo, empezar procediendo negativamente, por contraste, reconociendo los textos que no se incluían en este grupo, sino en otros con sus propios epígrafes. En este sentido, recordemos que otras etiquetas que se emplearon en *El Museo* durante la primera mitad de 1868 fueron “Monumentos artísticos”, “Costumbres populares”, “Inventos”, “Historia”, “Literatura”, “Álbum

poético”, “Novelas y cuadros de costumbres”, “Tipos”, “Estudios morales”, “Ceremonias religiosas”, “Estudios arqueológicos”, “Apuntes biográficos”, o “Bibliografía”¹⁸⁹.

Puesto que varios de los textos de “Geografía y viajes” que acabo de comentar incluían descripción de monumentos, costumbres y tipos, así como nociones de historia y otras informaciones sobre el lugar en cuestión, el primer rasgo característico y diferenciador de un posible género de viajes sería su carácter aglutinador frente a la exclusividad o especialización temática de los demás grupos de textos, teniendo además en cuenta que las variadas y heterogéneas informaciones incluidas en las relaciones de viajes aparecen hilvanadas por la voz del viajero (con la excepción siempre del texto sobre Adowa). Por otro lado, en la amalgama de los viajes no todo tendría cabida, y ni los “apuntes biográficos” ni las “novelas y cuadros de costumbres”, por poner dos casos, podrían confundirse con los textos de “Geografía y viajes”: ni siquiera la biografía de un explorador cumpliría las expectativas del lector de viajes¹⁹⁰, quien sabría diferenciar un distanciado relato biográfico que comenzase por la infancia del viajero e incluyese una sucinta relación de todos sus viajes, de una trepidante narración en primera persona de un viaje concreto reciente, repleto de digresiones subjetivas y detalles de una realidad vivida. Porque esa parece ser justamente la característica fundamental de los cuatro textos de “viajes” que he descrito más arriba (y dejando ya de lado el texto de “geografía” sobre Adowa): su naturaleza testimonial, la autoridad que proviene de una experiencia individual, concreta y real, junto al atractivo de poder visitar otro lugar, mejor cuanto más alejado, a través de los ojos de un viajero con el que el lector pueda identificarse para vivir vicariamente las experiencias y emociones que aquel vivió, sin perder nunca de vista que la fuerza y el interés de la narración se apoyan principalmente en la verosimilitud de unos

acontecimientos que se presentan como reales. Y si no hay narración, sino apenas descripción, porque el viajero prefiere no implicarse personalmente en el texto, como ocurre en el artículo sobre Filipinas, al menos el lector sabe que lo que se le cuenta son informaciones fiables de primera mano, en lugar de chascarrillos periodísticos o invenciones novelescas. En efecto, la narrativa de ficción, aunque pueda incluir viajes en su trama, viene recogida en el tomo de 1868 de *El Museo Universal* bajo otro epígrafe, el de “Novelas y cuadros de costumbres”, y además se le reserva en cada número un espacio físico diferente: las páginas de cierre, mientras a las relaciones de viaje les corresponden normalmente las páginas centrales.

Conviene volver a fijarse desde esta perspectiva en la significativa vinculación que se establece en el epígrafe entre las palabras “geografía” y “viajes”, porque este emparejamiento (que también encontramos en épocas anteriores del periódico¹⁹¹) viene a incluir las narraciones de viajes en el terreno de la ciencia, junto a la historia y la geografía, o *dentro* de la geografía, separándolas de la ficción e incluso de la Literatura en su acepción de arte.

Por lo demás, la clasificación que estableció Ruiz Aguilera de los contenidos de *El Museo Universal* guarda una notable correspondencia con las clasificaciones que del saber en general se realizaban en las bibliotecas de la época, como podemos comprobar en varias noticias publicadas en nuestro propio periódico: así, en el artículo “Las bibliotecas públicas de París y los manuscritos españoles que en ellas se conservan” (nº 25 de 1860), Florencio Janer habla de un trabajo de catalogación que publicó Eugenio Ochoa en 1844 estableciendo seis grupos de manuscritos españoles albergados en las mencionadas bibliotecas. El segundo grupo, o sección, lleva el título de “Historia” y “abraza todos los

manuscritos que tratan de esta ciencia y de la geografía, como *Viajes, Cronología, Antigüedades, Vidas de hombres célebres, Descubrimientos por mar y tierra, etc.*”. Este segundo grupo, en definitiva, reuniría obras que recogen hechos *realmente ocurridos*, y se opondría en este sentido a la sección quinta, “que trata, con la denominación de *Amena literatura*, de las producciones u obras de mera imaginación, como *Poesías, Fábulas, Novelas, Dramas, etc.*”. Asimismo, entre las notas misceláneas del nº 4 de 1861, encontramos una que habla de la clasificación realizada por el inglés M. Neumann de los libros de la Biblioteca Imperial de Pekín, quien también estableció un grupo de “Geografía, viajes y descripciones de países extranjeros” (de los que encontró 4.768 volúmenes) diferenciándolo de otros apartados entre los que están el de “Historias maravillosas, variedades” y el de “Poemas y colecciones literarias”. Por último, en una nota suelta del nº 2 de 1869 encontramos una evidencia más de que en la época las relaciones de viajes no se consideraban obras literarias, sino que se asociaban a la geografía: se trata de una serie de cifras de los libros publicados en Gran Bretaña en 1868, diferenciándolos también por asuntos y separando los de “viajes e investigaciones geográficas” de otros grupos como el de las “novelas” o el de “poesía y obras dramáticas”.

2.3.1.4 – Contraste entre los rótulos “Geografía y viajes” y “Geografía e Historia”

Sin dejar aún el periodo de la dirección literaria de Ventura Ruiz Aguilera, podemos seguir enriqueciendo el concepto de literatura de viaje diluido en las páginas de *El Museo Universal* con nuevos indicios que vamos encontrando: a partir del nº 19 de 1868 (que es donde está publicado el artículo “Costa de África”, de Jerez Perchet) ya no volverá a emplearse el vago y problemático epígrafe de “Geografía y viajes”. En todo caso, en el nº

21, leemos el artículo “La Coruña y el Castillo de San Antón”, del Dr. López de la Vega, que viene con el rótulo de “Geografía e Historia”. ¿Cómo justificar el uso de este epígrafe en lugar del de “Geografía y viajes”?

Comprobamos, en efecto, que en el texto no hay viaje, ni narración, ni personajes, si bien se menciona en una ocasión a un viajero genérico, impersonal o potencial que podría visitar el lugar descrito. En todo caso, está lejos de ser un frío artículo de tipo enciclopédico. Tiene un estilo peculiar, personal, y selecciona unas informaciones tan ricas como imprevisibles, o poco convencionales. También se aprecia la subjetividad en diversas opiniones vertidas al texto, y hasta alguna exclamación. Da la impresión de ser un escrito de un coruñés letrado, de un autor culto que habla de su propia tierra. En él se describe un lugar de la España peninsular, así como en “Córdoba”, de Jerez Perchet, que es el artículo que se publicaba en el nº 5 de 1868 con el epígrafe de “Viajes y monumentos artísticos”, y la diferencia fundamental entre ambos textos sería la ausencia del personaje viajero en el texto de López de la Vega, que resulta predominantemente descriptivo, mientras que las descripciones del texto sobre Córdoba están insertas en una estructura narrativa. Ahora bien, las diferencias entre “La Coruña y el Castillo de San Antón” y “Filipinas”, de Bernabé España, que es también un texto descriptivo, no son formales sino apenas circunstanciales: no existiendo llamativas diferencias entre la naturaleza de ambos artículos, hemos de convenir que el único motivo para incluir el artículo de Filipinas entre los de “Geografía y viajes” es extratextual, y se apoya fundamentalmente en el hecho de haber sido escrito por un “verdadero viajero”, por alguien que ha vivido en un lugar que no es su tierra de origen.

Llegados a este punto, ya podemos concluir provisionalmente que, de los cinco textos etiquetados como de “Geografía y viajes” en 1868, nada menos que dos nos

incomodan mucho a la hora de pretender abstraer un modelo de lo que se consideraba un artículo de viajes en la época de *El Museo Universal*. Para admitir los cinco, incluyendo “La ciudad de Adowa, en Abisinia”, bajo una única definición de “artículo de geografía y viajes”, esta apenas podría ser la de “texto que se centra en la descripción de un lugar real”, concepto apropiado para un texto geográfico, pero que no contempla las singularidades de los artículos de viajes. Desconsiderando el texto sobre Adowa, la definición varía de la siguiente manera: “texto escrito por un viajero que se centra en la descripción de un lugar real que ha visitado”. Como vemos, la diferencia entre la primera y la segunda definición no radica en las características formales de los textos, sino en un elemento circunstancial y extraliterario como es la vida del autor: si este ha viajado o no al lugar que describe, aunque este hecho pueda no tener reflejo alguno en el texto. Suprimiendo también del conjunto el estorbo que supone el texto sobre Filipinas de Bernabé España, y concentrándonos apenas en los escritos de Augusto Jerez Perchet y Guillermo Lejean, las modificaciones en la definición van a ser bastante más acusadas, pudiendo quedarnos con “narración en primera persona de un viaje real”. La definición, como vemos, ha variado de forma sustancial, pues hemos pasado de hablar de textos descriptivos a referirnos a textos narrativos.

2.3.1.5 – *Un caso fronterizo: la narración de John Doy*

Sigamos, en todo caso, examinando las características de otros textos que se presentan en 1868 como artículos de viajes:

Entre los números 22 y 27 de ese año no encontramos ningún artículo con estas características, pero en el nº 28 aparece un texto peculiar que, sin epígrafe, viene precedido, no obstante, por una pequeña introducción que lo vincula inequívocamente al género. Se

trata de “Aventuras de un abolicionista del Kansas, en el Missouri (Estados Unidos) en 1855”, que viene firmado por John Doy (el propio abolicionista), y cuya introducción conviene reproducir, pues insiste en vincular los viajes a la geografía, englobándolos indirectamente, por tanto, en el grupo más amplio de la literatura científica:

El doctor John Doy no es un gran viajero; no ha dado la vuelta al mundo. Ciudadano de los Estados-Unidos, domiciliado en el Kansas, únicamente ha visitado, y aún esto muy contra su voluntad, el Estado vecino del Missouri: pues apenas le han permitido los esclavistas visitar las prisiones. Sin embargo, su narración, dramática y curiosa, interesa a la geografía, al menos en la parte de esta ciencia que se llama etnográfica. El doctor pinta con viveza costumbres que, sobre todo en las actuales circunstancias, debe desearse conocerlas bien.

Esta introducción, así como el título y todo el resto del artículo, es traducción literal del texto publicado en *Le Tour du monde*, de Édouard Charton (Hachette, París, 1862, pp. 369-384), que a su vez es un extracto y adaptación del libro *The Narrative of John Doy, of Lawrence, Kansas “A plain unvarnished tale”* (Thomas Holman, New York, 1860, 132 pp.). Estamos, por lo tanto, ante un texto que había sido incluido en la misma compilación de viajes de la que fue tomado el “Viaje a Babilonia” de Lejean. La interesante historia de John Doy, por consiguiente, ya había sido presentada al público como literatura de viaje con anterioridad, y es lógico suponer que como tal se incluyó en *El Museo*, a pesar de no venir con el epígrafe de “Geografía y viajes”. En común con los textos que venían con este epígrafe (excepto “La ciudad de Adowa, en Abisinia”) tiene el basarse en una experiencia real de viaje. Al igual que los textos de Lejean y Jerez Perchet, se trata de un texto narrativo,

con lo que esto supone de localización espaciotemporal de las acciones de unos personajes. Se diferencia de los textos anteriores, por una parte, en la alternancia de la narración en primera y en tercera persona, escorando hacia el texto biográfico, pues en la adaptación al francés, muy resumida, se introdujo un narrador en tercera persona que de cuando en cuando (y especialmente en los momentos más patéticos) cede la palabra al protagonista, John Doy. Por otro lado, este texto se aleja de los analizados hasta ahora en la naturaleza de la experiencia de viaje: los hechos narrados (muy significativa muestra intrahistórica de la extraordinaria tensión inmediatamente previa a la Guerra Civil estadounidense) se centran en la estancia del abolicionista John Doy en cárceles sureñas, hasta su fuga, acusado de robar, esconder y liberar esclavos. Perteneciente John Doy a los civilizados estados del Norte, su particular experiencia de viaje se va a reducir a sus vivencias en las cárceles de Missouri entre hordas de seres animalizados: los esclavistas.

Esta narración, sacada de su contexto norteamericano, adaptada y traducida al francés (y luego al español) perdería su carácter propagandístico, concentrándose en sus cualidades novelescas, si bien el producto final no sería tan redondo como el resultado del complejo proceso textual observable en “Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco (América Meridional)”¹⁹², publicado en *El Museo* en 1866, cuando el periódico estaba bajo la dirección literaria de Gustavo Adolfo Bécquer. Entre las aventuras de John Doy y las de la señora Libarona se pueden establecer varios paralelismos (además de la coincidencia de compartir la palabra “aventuras” en el título): ambos textos fueron extraídos de la colección *Le Tour du Monde*, publicada posteriormente en español por Gaspar y Roig, ambos son extraordinariamente novelescos y centrados en las penalidades sufridas por los protagonistas en territorios “salvajes”, más que en la descripción de

paisajes, monumentos y costumbres, y ambos han pasado por una elaboración que transformó los testimonios originales en primera persona en complejos relatos con varios niveles de narradores.

Estos dos últimos textos fuerzan los límites de la literatura de viaje, empujándolos un poco más allá, con su juego de narradores y al suprimir prácticamente la descripción, subordinándola claramente a la fluidez de la acción narrativa, al drama humano. En todo caso, y aunque las singularidades de la historia de la Sra. Libarona no permiten presentarlo como un texto representativo, el hecho cierto es que esta poderosa narración constituye una de las obras más logradas y perdurables dentro del corpus de la literatura de viaje de *El Museo Universal*.

Recordemos, en todo caso, que ambos textos encajan sin violencia en el gran grupo de viajes de expedición del que hablaba más arriba, cuya característica principal es narrar experiencias reales en lugares inexplorados o salvajes, al margen de la civilización occidental. Como adelantábamos, los textos de este tipo incluidos en *El Museo* son casi siempre traducciones del francés, y con mucha frecuencia ya habían sido preseleccionados para formar parte de una compilación de narrativas viajeras. Entendemos que todos estos relatos de exploración se consideraban en la época la literatura de viaje por antonomasia, por lo menos hasta la aparición del *tourismo*, que, con sus consecuencias textuales, vendría a enturbiar considerablemente el panorama, según vamos a ver enseguida.

2.3.2 – *La literatura de viaje según Nicolás Díaz Benjumea*

Aún en la época de Ventura Ruiz Aguilera como director literario, empezó a publicarse en *El Museo* un artículo de importancia capital para nuestro tema de estudio que

expone con claridad las diferentes producciones textuales sobre viajes que podían encontrarse en el tercer cuarto del siglo XIX. Se trata de “Viajeros ingleses por España”, extenso artículo (números 33-38, 40, 43, 44, 48, 49 y 52 de 1868) del mismo autor que había analizado críticamente la novedosa figura del *tourista*: Nicolás Díaz de Benjumea.

Es un documentado trabajo dedicado principalmente a denunciar las falsedades y exageraciones que sobre España diversos autores ingleses habían vertido en sus libros de viajes, pero a modo de preámbulo realiza una abreviada historia de la literatura de viaje que, cuando menos, nos será de gran valía para aproximarnos a la percepción que se tenía en la época de este tipo de obras: aunque convendría, por su importancia documental, que los interesados en el tema acudiesen al texto original, leyendo cuando menos los fragmentos de los números 33 y 34 de 1868, lo resumiré aquí diciendo que, evidentemente, Benjumea consideraba que la reciente facilidad y baratura de los desplazamientos había tenido como consecuencia indeseable la proliferación de textos infames, de pésima calidad y nula utilidad, escritos por personas que no tenían más mérito que el de poseer cierta fortuna. Por contraste, Benjumea habla de los admirables viajeros del pasado, muchos de los cuales dieron heroicamente sus vidas en tierras extrañas. A estos les movía el patriotismo y el afán de engrandecer el conocimiento humano, mientras que aquellos, al poner sus ligeras impresiones en letras de molde, apenas pretendían alimentar su vanidad. Los viajeros antiguos solo publicaban una obra tras concienzudos años de estudio, mientras los actuales se apresuraban a sacar a la luz los superficiales apuntes tomados durante un fugaz viaje de quince días. En el pasado, los viajeros no se detenían a comentar largamente sus impresiones sentimentales ante un lánguido atardecer, sino que se limitaban a consignar sobriamente las informaciones útiles y objetivas obtenidas durante su viaje.

En realidad, Benjumea reconoce que en la actualidad continúa habiendo viajeros de mérito; que aún existen viajeros heroicos, exploradores que se adentran en *terra incognita*, y sabios que recorren lugares ya conocidos dedicándoles estudios necesarios. Estas formas anteriores y admirables de viajar coexisten en el presente con el novedoso y condenable fenómeno del turismo. Los viajes modernos, y las abominables obras que engendran, son fruto de los tiempos: de la comodidad y velocidad del vapor y del individualismo, la vanidad y el engrimiento contemporáneos, que florecen como en ningún otro lugar en Inglaterra.

La severa censura que Benjumea realiza de la literatura de viaje contemporánea contrasta con el favor que el público profesaba a este tipo de obras. Ante la evidencia de los miles y miles de ejemplares de literatura de viaje de ínfima calidad que se vendían en Inglaterra, Benjumea solo puede contraponer su perplejidad. Conviene resaltar, no obstante, que la condena de Benjumea es más moral que estética o estilística: critica ante todo la gratuidad y superficialidad de estos escritos, y toda la presunción que implican al considerar el punto de vista individual y las más insignificantes experiencias personales como dignas de la atención de todo el género humano.

Para Benjumea, por lo tanto, una relación de viajes modélica sería la que parte de un conocimiento profundo del lugar descrito, fruto de años de vivencia y estudios, y que no desciende a la anécdota personal ni al sentimentalismo, manteniéndose en la transmisión de informaciones fiables y objetivas, lo que nos hace pensar en el artículo “Filipinas”, de Bernabé España, que he comentado anteriormente. Por lo demás, cuando Nicolás Díaz de Benjumea pase a ser director literario de *El Museo Universal* en 1869, tendrá la oportunidad de aplicar sus criterios, y lo hará a rajatabla publicando el texto “Méjico”

(números 2-4, 6 y 7 de 1869), que firma “Z.”, y que es, al igual que “Filipinas”, un texto puramente descriptivo, sin personajes ni anécdotas concretas, si bien se aprecia en muchos detalles que ha sido escrito por un profundo conocedor del país, que de cuando en cuando emite sus opiniones personales y que, en todo caso, se expresa con un estilo muy cuidado.

Sin embargo, parece que con el paso del tiempo el nuevo director acabará cediendo al gusto del público por las narraciones viajeras más subjetivas, volviendo a abrir las páginas del periódico a Jerez Perchet (que publica este año “Gibraltar (notas de mi cartera)” en los números 23 y 24, “La Cartuja de Granada” en el nº 25 y “Cuatro días en el Riff” en el nº 37), y dando cabida, entre otras¹⁹³, a dos de las piezas de viaje de mayor valor literario de *El Museo Universal*: el “Libro de Ben-or-ban-ar — impresiones de viaje”, de Cecilio Navarro¹⁹⁴ (números 22-24 de 1869), y “Recuerdos de Italia”, de Emilio Castelar (números 29-32 de 1869).

El “Libro de Ben-or-ban-ar” (siendo muy posiblemente “or-ban-ar” anagrama de “Navarro”, y por lo tanto máscara o alter ego del autor) irrumpe en *El Museo* con sorprendente originalidad, presentando un discurso poemático y orientalizante que imita las traducciones de la literatura árabe, trufando el texto de arabismos y de imágenes exóticas y llamativas, de manera que la función estética del lenguaje ocupa un primerísimo plano, junto a la transmisión de una emoción muy concreta: la nostalgia, explotada a partir del tópico del *ubi sunt*, que lamenta las glorias perdidas de la cultura árabe en Andalucía. El primer texto se dedica a Córdoba y el segundo, aún más redondo, a Almería. El tercer texto, no tan logrado, y ya un tanto repetitivo, se dedica al sepulcro de Almanzor, y en números posteriores Cecilio Navarro continuará explotando el filón orientalista con los

relatos de ficción “Del Libro de la Espuma — II La Mariposa” (nº 35 de 1869), y “El secreto y el Kajiar — La ley es la luz” (nº 38 de 1869).

Los textos del “Libro de Ben-or-ban-ar”, en los que prima la subjetividad y la estética, están en las antípodas de lo que Benjumea esperaba de un artículo de viajes, pero, al parecer, la calidad literaria y la originalidad de estos escritos acabaron venciendo sus reticencias. Entre sus novedosas propuestas para el género, no es la menor la figura del narrador: como en la mayoría de los textos de viajes, se adopta la primera persona, tras la que sabemos que se esconde el propio Navarro por el juego del anagrama, pero a su vez este ha asumido un papel, una máscara, que es lo que justifica su exótica voz, de manera que nos encontramos con el singular caso de un artículo de viajes narrado por un heterónimo. Con esto hemos alcanzado otro límite, pues si Ben-or-ban-ar hubiera sido un personaje de ficción, habríamos traspasado una de las pocas fronteras bien definidas de la literatura de viaje de la época.

En relación a los “Recuerdos de Italia”, de Castelar, suponen un adelanto (concretamente el capítulo sobre Venecia, pp. 170-199) del libro que se publicaría en 1872 con el mismo título (Imprenta de T. Fortanet, Madrid). Se trata de un texto de un estilo muy cuidado, que en ocasiones adquiere la cadencia y los recursos de un poema en prosa y que emplea a menudo tropos arriesgados y nada convencionales. El discurso, lleno de referencias culturales y literarias, se deja llevar por largas y variadas digresiones que pueden llevarnos incluso a un viaje anterior, como cuando Castelar se demora en sus recuerdos de su primera visita a la Alhambra. Hay en este pasaje unas líneas que podrían servir de poética para todo el texto: “Siempre recordaré el día en que por vez primera vi la Alhambra. Corrí a buscarla, sin guía, sin ningún compañero, deseando un coloquio a solas,

como todos los coloquios de amor”. Lo importante, por tanto, es la impresión emotiva causada por el monumento, lo “romántico” y lo “sublime”, no las informaciones históricas que pueda darnos un/una guía. Emilio Castelar hablará mucho de la historia de Venecia, pero lo hará más como poeta que como historiador, más preocupado en la emoción que en la exactitud. Al final del texto, es cierto, dará un giro inesperado hacia lo político, concluyendo que toda la grandeza pasada de Venecia se explica por la descentralización y la libertad que la Perla del Adriático disfrutó.

2.3.3 – *La literatura de viaje según Emilio Castelar, Gustavo Adolfo Bécquer y otros escritores de “impresiones”: confrontación con el anterior paradigma*

Con la excusa de entender mejor este texto de Castelar, y su concepto de la literatura de viaje, podemos salir por un momento del contexto inmediato de *El Museo Universal* y echar un vistazo al prólogo del libro *Recuerdos de Italia*, que lleva por título “Al que leyere”. El primer párrafo dice así:

Este libro reúne las emociones más vivas despertadas en mi ánimo por los maravillosos espectáculos de Italia. No es en realidad un libro de viajes. Yo no he intentado añadir una obra más a las excelentes que tenemos en castellano sobre la nación artística, y que andan entre las manos de todos. Cuando un pueblo, un monumento, un paisaje, han producido honda impresión en mi ánimo, he tomado la pluma y he puesto empeño en comunicar a mis lectores con toda fidelidad esta impresión. No sigo, pues, orden alguno ni itinerario regular en mi libro. Pongo mis cuadros donde mejor me parece, por lo mismo que no tienen unos relación con los otros. Vuelvo a ciudades de donde parecía haber salido. Y creo que cada capítulo forma un librito aparte.

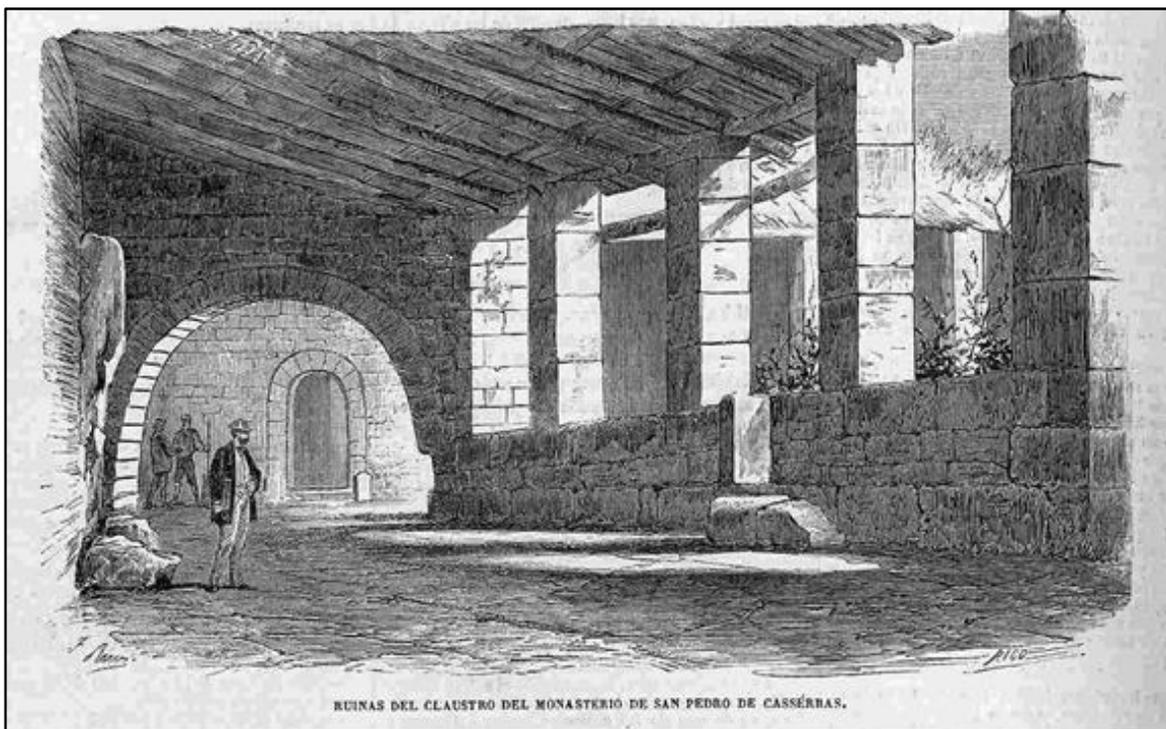
Por lo que llevamos visto, entendemos que la afirmación que hace Castelar de que *Recuerdos de Italia* “no es en realidad un libro de viajes” no está motivada, como se ha dicho¹⁹⁵, por la falsa modestia, sino que supone la conciencia de estar rompiendo un paradigma previo, un modelo consagrado —y posiblemente gastado— de literatura de viaje. Por las primeras líneas del prólogo podemos colegir cuál era para Castelar el libro de viajes prototípico y cuál es su propuesta novedosa: su libro sería esencialmente de “emociones” y solo ha escrito sobre los monumentos que le han causado “honda impresión”, sin orden ni itinerario, volviendo en su discurso a ciudades “de las que parecía haber salido”. “Poco se encontrará en estas páginas de la vida corriente y de las costumbres actuales de Italia”, dice más adelante. Y justo a continuación, leemos: “En esta nación, más que se vive, se recuerda. Es necesario mirarla histórica y estéticamente”. Y su última afirmación sobre su nueva poética es “Por eso un escrito sobre Italia, más que descripción, debe ser, en mi concepto, resurrección”.

Por contraste, entendemos que, para Castelar, un libro de viajes dentro de la ortodoxia debería ser ante todo descriptivo y objetivo, debería recoger las costumbres de los habitantes del lugar, y debería ser escrito con un orden lineal que siguiese el itinerario efectivamente realizado. Además, debería describir los principales monumentos de cada lugar, y no apenas los que emocionasen al viajero. Tampoco le parece propio del género a Castelar el remontarse con la imaginación a tiempos pasados, en lugar de limitarse a describir lo que se ve y existe en la actualidad.

En todo caso, no hay que olvidar que Castelar opina que su estilo va a ser apropiado en particular para hablar de Italia, saturada de arte, cultura e historia. Posiblemente este

autor considerase que para narrar un viaje a un territorio salvaje y despoblado el estilo debiese ser otro.

Diferente es que, como venimos viendo, la propuesta de Castelar no sea de hecho tan novedosa y coincida con una poderosa tendencia de su tiempo, una vanguardia que parece no ser aún visible para sus protagonistas, quienes se revuelven contra los viejos cánones y, a pesar de saberse deudores de la literatura anterior, tensan la relación y proponen una ruptura. Frente a los anteriores relatos de exploración y las objetivas e impersonales guías para viajeros, los creadores que, como parte de las nuevas corrientes masivas de turistas, visitan algún lugar ya perfectamente conocido y descrito por estar dentro del alcance del ferrocarril, la civilización, y el progreso, reivindican expresar artísticamente las impresiones íntimas que dicho lugar les ha causado, narrar su experiencia única e irrepetible, dando un valor prioritario e inédito al punto de vista individual. Los escritores y artistas plásticos que empiezan a aprovechar la malla ferroviaria que se extiende por Europa, salen de viaje a la caza de “impresiones” estéticas que puedan llevar al papel en forma de dibujos, poemas o apuntes en prosa. Buscan, en definitiva, estímulos para su creatividad, materia prima para sus obras, incentivos para la actividad espiritual, chispazos que esfumen el *spleen* y enciendan las más variadas emociones. Son viajes artísticos¹⁹⁶, literarios, sentimentales, protagonizados por un subgrupo de turistas, no pequeño, que se caracteriza por andar con su cartera de apuntes bajo el brazo, alguno de cuyos representantes aparecerá retratado casi accidentalmente, aquí y allá, en los grabados de *El Museo Universal*.



(Ruinas del claustro del Monasterio de San Pedro de Caserras - nº 36 de 1866)

La tensión entre los antiguos y los nuevos moldes de la literatura de viaje es uno de tantos frentes de batalla abiertos entre el espíritu ilustrado y el romántico, entre las dos caras que presenta la *modernidad*¹⁹⁷: se enfrentan el pragmatismo dieciochesco, su aspiración a un saber ordenado y objetivo, y su mofa del pueril sentimentalismo en literatura¹⁹⁸, al encumbramiento de las emociones, el misterio, el Yo y el genio creador que proponen los rebeldes románticos.

En *El Museo* encontramos otros momentos en los que este conflicto de fondo sale a flote y se hace explícito. Murguía, por ejemplo, en su “Viaje pintoresco por la Ría de Vigo” (nº 7 de 1858) quiso dejar claro que el discurso del poeta, al hablar de un viaje, puede y debe ser distinto del discurso del historiador, y lo hizo con estas palabras:

No sabemos por qué Vereá y Aguiar niega estos sucesos, parece increíble que persona de tantos conocimientos en la historia antigua cayese en tan lamentable error; pero nosotros, que no hacemos más que narrar

impresiones, dejaremos al historiador que se ocupe más detalladamente de estos asuntos.

Y en otro lugar (“Un viaje a Portugal”, nº 14 de 1861), el propio Manuel de Murguía va a dejar clara su oposición a incluir áridas descripciones de monumentos cuando escribe: “Entré...; pero en verdad lector que no quiero molestarte con una descripción de la catedral de Tuy [...]”.

Alarcón, por su parte, en “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos” (nº 11 de 1858) defiende abiertamente su intención de ceñirse a su punto de vista subjetivo cuando afirma: “Pero mi artículo ha de tratar solamente de lo que sentí en ambas poblaciones, de mis impresiones de viaje, de las mías, no de las de la gente que me rodeaba”. Algunas líneas más arriba, además, había empleado bastante energía para justificarse por no incluir informaciones históricas eruditas, pudiendo resumirse su postura en la afirmación: “Cuando en Segovia, en Granada, en Sevilla, en Burgos o en otras viejas poblaciones he fijado mis ojos en los monumentos de otros siglos, casi me han estorbado mis escasísimos conocimientos de lo pasado”. En su siguiente artículo de viajes, “Toledo – inauguración del ferrocarril, bellas artes”, publicado en el siguiente número (nº 12 de 1858), Alarcón reconoce que lo que de verdad le gustaría es hablar de sí mismo y de sus sentimientos, pero acepta a regañadientes “poner [su] pluma a servicio de acontecimientos grandes y trascendentales, a fin de no pasar por egotista y sugetivo”.

Sin dejar aún a Alarcón, llamemos la atención sobre la intuición que tuvo este escritor de haber escrito una obra a caballo entre la geografía y la literatura cuando, al referirse en “Historia de mis libros”¹⁹⁹ a “Descubrimiento y paso del cabo de Buena Esperanza”, artículo publicado en el nº 12 de 1857 de *El Museo Universal*, lo llamó, por

una lado, “trabajillo geográfico”, y se refirió a él, por otro, como “mi primer trabajo literario en Prosa”, y terminó incluyéndolo en sus *Obras Completas* entre las “novelas cortas”²⁰⁰.

También Torcuato Tárrego, en el artículo “Pedro Lagarto” (nº51 de 1860) reivindica, frente a las explicaciones impersonales de las guías, una forma de expresión poética para hablar de lugares:

Los que no conozcáis esta ciudad, básteos saber una cosa. Que ni Miñano en su diccionario geográfico, ni Mellado en el suyo, ni en el más moderno de Madoz, se dice lo que es Guadix. Pero como mi ánimo está muy lejos de hacer un artículo de localidad, me contentaré a deciros que Guadix es una vieja sultana recostada en un campo de esmeraldas.

Justo en el extremo contrario a los anteriores, y compartiendo por tanto las opiniones de Benjumea, en el nº 27 de 1861 Sidi-Zularab escribe lo siguiente en su artículo “Impresiones de viaje”:

Es lo cierto, que están en boga las impresiones de viaje; que no hay zascandil que ponga el pie fuera de su casa, sin ir armado de su correspondiente libro de memorias y sin que halle árbol, ni choza, ni barranco, ni pared medio derruida que escapen a la furia descriptiva de su lápiz; de suerte que al término de su peregrinación, aunque solo sea de algunos centenares de pasos, ya necesita una acémila que cargue con las sandeces que le inspiraron la choza y el árbol, y el barranco y la pared.

Si Sidi-Zularab ridiculiza a los escritores de impresiones, en otro lugar de *El Museo* encontramos la caricatura del viajero opuesto: el erudito que ante cualquier ruina,

monumento o paisaje aporta interminables y soporíferas ristas de datos históricos o científicos sin el menor rastro de emoción. Se trata de “Un paseo por el campo”, que firma Antonio Campos y Carreras en el nº 24 de 1868, singular texto en el que el pedante señorito R. es evidentemente un personaje ficticio con la función de introducir las necesarias y canónicas “informaciones útiles”. Esta técnica de recurrir a un personaje ficticio como fuente documental para insertar las informaciones en diálogos que no interrumpen la narración no la encontramos solo en este texto, pero sí que es novedosa la distanciamiento y ridiculización de este personaje, que se pinta como alguien engolado y aburrido, salvaguardando la imagen leve y divertida, mucho más cordial, del narrador-autor. Es curioso apuntar que en el artículo no dejan de incluirse las largas parrafadas informativas del amigo erudito, cumpliendo por tanto con cierta preceptiva del género viajero, pero al mismo tiempo estas secas informaciones se critican desde dentro, configurando de esta manera un texto autoparódico.

J. Ortega, por su parte, se muestra ecléctico en un interesante párrafo en el que reflexiona metaliterariamente sobre el hibridismo de ciencia y poesía que habría de presentar el texto ideal que hablase de ciertos lugares como Cuba:

Para llenar cumplidamente nuestro objeto, en lo relativo a la majestad imponente de la naturaleza y los campos de aquel país tropical, necesitábamos ser mitad naturalistas, mitad poetas, y engalanar nuestra pobre narración con todos los encantos que las metáforas más brillantes y atrevidas nos suministrasen y con la enumeración de todos los fenómenos físicos que en aquellas latitudes se observan²⁰¹.

Otro caso más es el de Dolores Gómez de Cádiz, que en “La semana santa en Alhucín el Grande” (nº 14 de 1862) muestra conocer bien las expectativas de los lectores ante los artículos de viajes convencionales, y parece justificarse por limitarse apenas a las impresiones poéticas:

Pasemos por alto los recuerdos históricos que se conservan de dominaciones poderosas siempre, en toda tierra fecunda. Dejemos al anticuario las inscripciones fenicias o romanas; al historiógrafo el recuerdo de los grandes sucesos, al geólogo el estudio de tan preciosos elementos de vida vegetal [sic], al botánico el de tan abundantes plantas, el labrador y el comerciante, alégrese al cálculo, que les dan el valor de las frutas y de los olivares. Describa el poeta el panorama que se presenta a la vista del que contempla aquella cuenca de tierra, regada por manantiales, y abrigada de los huracanes.

Es una declaración de principios, un aviso de que va a centrarse en la poesía, pero indirectamente está describiendo la naturaleza miscelánea de los textos histórico-descriptivos y de viajes más comunes. De alguna manera, para centrarse en la descripción poética de paisajes obviando todo lo demás, es necesario advertir al lector de que se trata de una opción personal, y defenderla, para que no quepa la sospecha de que estamos ante un texto mutilado o deficiente.

De la misma forma, Augusto Jerez Perchet, que, como venimos comprobando, es un recurrente autor de “impresiones de viaje” en los últimos años de *El Museo Universal*, en el artículo “De Granada a Málaga” del nº 36 de 1867 se justifica ante el lector por no detenerse a narrar la historia de la ciudad de Loja aun a riesgo de poder parecer “ligero”, dándonos una nueva prueba de quiebra consciente de un paradigma de prestigio anterior.

Gustavo Adolfo Bécquer es otro autor que reconoce viajar como turista a la caza de impresiones que exciten su sensibilidad y le despierten poderosas emociones²⁰²: en su artículo “Roncesvalles”, publicado en el nº 4 de 1866, en su época de director literario de *El Museo*, Bécquer se pregunta: “¿Por qué me fatigo evocando recuerdos de tiempos pasados para tratar de sentir una emoción grande y profunda [...]?” Y algunas líneas después dice que no le han traído motivos religiosos ni guerreros, “sino que, guiado por la fama, y de la manera más cómoda posible, llego hasta este confín de la península a satisfacer una curiosidad de artista o un capricho de desocupado”. Este texto, de considerable altura literaria, va a alcanzar su cima de emotividad recurriendo al horror gótico del que tan a menudo se vale Bécquer en sus leyendas:

Por el fondo de la galería atravesaba en aquel momento uno de los religiosos con su luenga capa oscura ornada de la histórica cruz verde. Sea prestigio de la imaginación, sea efecto del fantástico cuadro en que la vi destacarse, aquella figura me trajo a la memoria no sé qué recuerdos confusos de siglos y de gentes que han pasado; generaciones de las que solo he visto un trasunto en las severas estatuas que duermen inmóviles sobre las losas de sus tumbas, pero que entonces me pareció verlas levantarse como evocadas por un conjuro para poblar aquellas ruinas.

La atmósfera de la tradición que aún se respira allí en átomos impalpables, comenzaba a embriagar mi alma, cada vez más dispuesta a sentir sin razonar, a creer sin discutir.

Una aparición casi fantasmal, vaguedades, misterios, visiones fantásticas de una imaginación exaltada, estatuas que cobran vida y, ante todo, un ferviente deseo de creer en lo sobrenatural y de dejarse llevar por la fe y el sentimiento. Todos ellos, elementos

característicos de la literatura posromántica becqueriana que, a la hora de relatar un viaje, encajan fácilmente en la escritura de “impresiones” que venimos estudiando. Y en todos ellos volverá a insistir Bécquer en el cierre del escrito, persiguiendo una vez más el escalofrío del lector:

Aún me duraba la impresión recibida en el claustro del santuario; aún sentía abiertos los poros del alma y dispuesta la fantasía a exaltarse y a dar crédito a todo lo más extraordinario y maravilloso [...]

¿Qué extraño, es pues, si de tal modo impresionan los sitios que guardan la memoria de las tradiciones, que los habitantes de aquellas comarcas, cuando la tempestad rueda por la falda del Pirineo y ensordece los angostos valles, crean ver en los girones de niebla que flotan sobre los precipicios, ejércitos de blancos fantasmas que combaten, y piensen oír en el zumbido del viento y el fragor del trueno, el eco de la encantada trompa de Roldán que aún pide socorro en su agonía?

En el segundo viaje que publica en *El Museo*, “Castillo real de Olite. Notas de un viaje por Navarra” (nº 10 de 1866), Gustavo Adolfo Bécquer acaba tomando abierto partido por el poeta frente al arqueólogo, sosteniendo que mientras este apenas ve restos de otros tiempos, el poeta reconstruye y enriquece lo que queda ante la vista: “Para el soñador, para el poeta, suponen poco los estragos del tiempo; lo que está caído lo levanta, lo que no se ve lo adivina, lo que ha muerto lo saca del sepulcro y lo manda que ande, como Cristo a Lázaro”.

Se trata, en definitiva, de un argumento más a favor de una nueva forma de viajar, de una experiencia distinta de viaje, aunque, tal vez, lo que se persigue ante todo es realizar

una defensa de los productos literarios que se desprenden de este novedoso “turismo poético”.

Finalmente, en “La semana santa en Toledo”, del nº 13 de 1869, texto en el que Bécquer vuelve a recurrir al horror sobrenatural imaginando difuntos que desfilan dentro de armaduras o imágenes religiosas que adquieren una vida momentánea sobre las andas, durante las tétricas procesiones nocturnas de la semana santa toledana, en este artículo, digo, Bécquer sintetiza en pocas palabras la nueva poética de los viajes literarios a ciudades monumentales, en los que el componente sentimental adquiere un peso igual o superior al de las fehacientes informaciones históricas: “[...] el arte nos va explicando la historia escrita por él en páginas de piedra, que hablan a un tiempo a la razón y al sentimiento”.

2.3.4 – “Debate” entre Nemesio Fernández Cuesta y Rafael Castro y Ordóñez acerca de la escritura de viajes

Siguiendo con el debate interno entre relaciones objetivas e impresiones posrománticas, contamos además con un caso en el que dos representativos autores *dialogarán* en el seno de *El Museo*, confrontando sus diferentes concepciones de lo que debe ser un artículo de viajes: son Nemesio Fernández Cuesta, director literario del periódico durante sus ocho primeros años, y Rafael Castro y Ordóñez, autor de la más larga tirada de artículos de viaje de la historia de *El Museo Universal*²⁰³, centrada en la Expedición Científica del Pacífico, de la que Castro era el dibujante y fotógrafo oficial, con lo que era el menos “científico” y el más “artista” de la expedición, muy a pesar de lo que le hubiera gustado a Fernández Cuesta.

A partir del nº 7 de 1863, *El Museo* empezó a publicar las simpáticas cartas de Castro y Ordoñez, quien, a modo de polizón entre los sesudos tripulantes, va desgranando sus variopintas y livianas opiniones de ciudadano común sobre todo lo que se le pone frente a los ojos. De un edificio monumental al que *El Museo* normalmente dedicaría dos páginas completas de minuciosa descripción y de datos históricos, Castro se limitará a decir si le gustó o no le gustó, si era grande o pequeño, y aún defenderá su punto de vista frente a lo que dicen las guías, cuyo estilo grandilocuente encuentra presuntuoso y falso²⁰⁴. De estilo llano y conversacional, que sigue la tradición de la epistolaridad de la literatura de viaje²⁰⁵, Castro llega a mofarse en varias ocasiones de la retórica manida del lenguaje literario muy subido, como cuando dice “[...] y de hermosísimos naranjos llenos de dorada fruta; (esto de dorada fruta no debe de ser mío, lo he leído en alguna parte)” (nº 40 de 1863), o como cuando escribe:

La mañana estaba hermosa como las que se leen continuamente en las novelas: mucho de reverberaciones en las juguetonas aguas de las cascadas, mucho de canto de pájaros y de toda la *murguería* poética tan sabida hasta por los chiquillos de escuela que se ensayan en infantiles periódicos²⁰⁶.

Esta “antirretórica” que viene a reforzar la autenticidad y sinceridad que son marcas de estilo de Castro, no impiden que este deslice aquí y allá, y dentro de su habitual tono burlón, alguna acertada imagen poética, como la del arroyo que es un “aprendiz de río” (nº 39 de 1863), o la del barco que surge en la niebla como si apareciese en una fotografía que se está revelando (nº 5 de 1864), original y certera comparación que remite al oficio de fotógrafo de Castro, o como la que se lee en el nº 14 de 1864, donde se refiere de esta manera al denso tedio que se vive en el mar: “[...] no encuentro nada que pueda

reproducirse. Si pudiera les dibujaría a ustedes el infinito calor que pasamos y la gran humedad que maltrata nuestros efectos y sobre todo nuestras personas; mas esto no es posible por carecer de contornos”.

Los monumentos que realmente le interesan a Castro son las limeñas (“andaluzas de América”) y otros personajes femeninos que los expedicionarios españoles conocen fugazmente en las ciudades costeras, en las fiestas con que son recibidos, o en las calles, en encuentros fortuitos; relaciones efímeras que, tras la despedida y el regreso al mar, sumen al conjunto de la tripulación en una prolongada melancolía. Los estados de ánimo y las emociones del autor, que a menudo coinciden con los de la marinería, son el principal objeto de descripción de estos textos. El resto de los asuntos, sean poblaciones, edificios monumentales, paisajes, actividades económicas, etc., apenas merecen unas rápidas pinceladas “impresionistas”.

Castro acaba teniendo plena conciencia de su estilo, justificándolo en varios lugares, como en el nº 21 de 1864, donde escribe: “Pero advierto que voy tomando un estilo de artículo de fondo, que me sienta como a un santo Cristo un par de pistolas”, reconociendo que no es propio de su ágil y revoloteante estilo el detenerse en profundidades. Y en el mismo lugar, un poco más abajo, se extiende de esta manera sobre su manera de escribir:

[...] confieso que no sé escribir con galanura, y por no saber, ni el Cristus; pero sí tengo la conciencia de decir verdad, porque no me propongo lisonjear a nadie, y mis cartas están escritas sin pretensión alguna, como sabe muy bien mi querido amigo, siendo notables solo por la importancia que aquí se les ha dado, a pesar de afectar desdén, y por su adorable desorden, no pudiendo menos de ser así, proviniendo de un agitado cerebro, y hasta que este se pose no será

fácil ordenar las ideas, si es que las hay, porque por dudar, dudo de mí mismo: principio para filosofar.

Tenemos constancia, no obstante, de que al director literario de *El Museo Universal*, Nemesio Fernández Cuesta, no le agradaban ni el estilo ni las opiniones de Rafael Castro y Ordóñez, quien a menudo criticaba la realidad española al compararla con lo que encontraba en los países americanos, chocando frontalmente con la línea nacionalista de la publicación. Castro, en efecto, emitirá comentarios inéditamente descarnados, como el que le inspira el contraste entre España y los florecientes Estados Unidos (nº 7 de 1864):

Largos fuera de enumerar tantos adelantos, que repito veo con alegría y con dolor, porque desearía verlos en nuestra España; necesitamos convencernos de que si fuimos, hoy no somos nada; que aunque progresamos, es a paso de galera; y en fin, de otra multitud de consideraciones que dejo por ahora en el tintero.

Uno de estos comentarios, incluido en una de las cartas publicadas en el nº 38 de 1863, que critica la costumbre española de sentarse en el suelo para escuchar misa, frente a las sillas que se emplean en Chile, provocó una insólita reacción por parte de “la redacción” de *El Museo* (léase “Fernández Cuesta”), que insertó una nota a pie de página para manifestar su disconformidad con la opinión defendida por Castro y Ordóñez, argumentando que las sillas son “invención molesta de la sociedad moderna, siendo tomada de los orientales”.

Pero el contraste entre las concepciones de la literatura de viaje del director de *El Museo* y del dibujante de la expedición se hace explícito justo en la carta publicada en el número siguiente, que comienza así:

Mi querido amigo: me dice en su amable carta que recibí en Valparaíso, que sea más extenso en mis descripciones; así lo haré seguramente, aunque mi pluma no es la máquina, y que para coordinar las ideas tengo que hacer un esfuerzo supremo; más en el desorden que en mi mente introduce la variedad de escenas que recorreremos, hoy estamos a merced de las olas del cabo de Hornos, mañana en tierra en un baile o convite, al otro en una choza, y al otro cargado con los instrumentos, manejando los colodions y los nitratos; así, *pues*, como dicen en esta tierra, apenas queda lugar para apuntar impresiones, por ligeramente que se apunten.

Se hace evidente, por tanto, que Nemesio Fernández Cuesta consideraba que los textos de Castro (y, por lo tanto, los artículos de viaje en general) deberían incluir descripciones elaboradas, y le parece una característica lo bastante importante como para pretender corregir la impetuosa prosa del dibujante con una “amable” reconvención enviada a Valparaíso, algo que, de paso, también pone de relieve la relación jerárquica de ambos personajes, no apenas como miembros del periódico, sino también en el mundo de las letras, pues una petición de este tipo nunca la habría enviado el director literario a un escritor de reconocido prestigio, por mucho que este estuviese escribiendo artículos de encargo para *El Museo*.

Por las primeras líneas de su respuesta, sin embargo, así como por el resto de la carta, Rafael Castro no parece tener propósito de enmienda: tras justificar al principio su estilo “impresionista” por la naturaleza del viaje (experiencias apretadas en el tiempo,

breves estancias en cada destino), en las siguientes líneas Castro continúa defendiéndose solapadamente, afirmando que en las ciudades de Chile hay poco reseñable, aparte de las mujeres, y cuando un poco más abajo, acerca de un cóndor que ha adquirido la comisión, afirma que “No describo al cóndor por demasiado conocido”, se adivina cierta rebeldía contra las indicaciones del director literario, además de una crítica de raspón a las descripciones ociosas que se incluyen en tantos textos. Por si esto fuera poco, Castro incluye algo después un párrafo que seguramente terminaría de irritar a Fernández Cuesta, pues desobedece radicalmente su petición de alargarse en las descripciones:

Tiene Santiago edificios bastante buenos, debidos a nosotros. La catedral, la moneda, el correo, obras españolas; las modernas son el cuartel de artillería, la penitenciaría y el teatro: este en su exterior no se halla terminado; su interior es bastante bonito.

Lo cierto es que Nemesio Fernández Cuesta decidió inicialmente no publicar esta carta tan contraria a sus preceptos, y que parecía contener indicios de desafío o insubordinación, si bien acabó reconsiderando la cuestión e incluyéndola en las páginas de *El Museo*. No otra parece la explicación de que las cartas publicadas en el nº 38 de 1863 estuvieran fechadas en el 30 de junio, la primera, y en el 7 de julio, la segunda, mientras que la carta que se publica en el número siguiente vuelve atrás en el tiempo, al 4 de julio, causando un notable desconcierto en el lector que está siguiendo los pasos de Castro por el continente americano. Claro que esta discontinuidad en el orden cronológico de las cartas de Castro pudo deberse también a un error accidental, pero no deja de ser llamativo que la carta que Fernández Cuesta “olvidó” incluir en su lugar fuese precisamente esta que

ventilaba cuestiones internas del periódico: las directrices estilísticas de la dirección literaria y la resistencia a seguirlas del dibujante de la expedición científica.

No hay más huellas en las cartas de Castro de nuevas “amonestaciones” del director, pero el hecho es que a partir de este momento se establece en los textos del expedicionario una tensión entre su natural tendencia a la dispersión y los criterios de Fernández Cuesta, quien exige la inclusión de informaciones útiles, rigurosas y abundantes en las relaciones de su redactor. No serán pocas las concesiones de Rafael Castro en este sentido, que en los números siguientes se detendrá algo más en la descripción de los edificios, aportando detalles arquitectónicos, y llegará a insertar pasajes llenos de datos objetivos copiados de guías o diccionarios geográficos sobre ciudades como Lima o Guayaquil. En todo caso, no deja de revolve, sin abandonar el buen humor, contra la obligatoriedad de incluir frías informaciones, como cuando, hablando sobre Lima, ya desde el mar, seleccionando datos de alguna guía que tiene delante, parece mofarse de la exactitud de ciertas noticias al escribir: “Este paseo ha costado 119.047 pesos 7 reales. Este pico de los 7 reales es delicioso y me hace dichoso saber este detalle” (nº 41 de 1863). También parece haber cierto retintín en la chocante y larguísima “enumeración de las plantas del Ecuador” que incluye Castro en una de sus “Cartas no científicas” (la del nº 51 de 1864) a propósito de una excursión por el río Guayaquil. En otras ocasiones, sin embargo, Castro parece querer justificarse de la falta de profundidad de sus escritos culpando al mando militar de la expedición, el cual, cada vez más abiertamente enfrentado a la comisión científica, es quien impone el constante cambio de destinos y el excesivo tiempo pasado en el mar. En este sentido, en el nº 14 de 1864, Castro llega a apoyarse en la autoridad de Jaime Balmes y su *Criterio* para afirmar que los escasos veinte días a los que se ha limitado

su estancia en California no es tiempo suficiente para obtener un buen conocimiento de un lugar.

En efecto, Balmes había dedicado el capítulo X de su prestigiosa obra de 1845 a “las relaciones de viajes”²⁰⁷ criticándolas con asumida “severidad”²⁰⁸ y desacreditándolas como fuente fiable de conocimiento por apoyarse en una experiencia del lugar muy superficial, fruto de un veloz viaje de escasos meses, a la que se añadían ingentes cantidades de información copiada de guías y periódicos para componer el texto definitivo. Frente a estas relaciones en las que abundan las falsedades, las exageraciones y las generalizaciones inadecuadas, el “modo de estudiar un país” que propone Balmes parte de la necesidad de conocer la lengua nativa y de vivir una larga temporada en el lugar, en lo que coincide con uno de los dos grandes modelos de literatura de viaje que se enfrentan en las páginas de *El Museo Universal*: el que defienden los directores literarios Benjumea y Fernández Cuesta.

2.3.5 – *La literatura de viaje según Nemesio Fernández Cuesta*

En relación a este último, además de la exigencia de descripciones detalladas que, como hemos visto, le hizo por carta a Rafael Castro y Ordoñez, tenemos en *El Museo* al menos otro momento en el que este director literario se extendió en una de sus revistas sobre una producción de literatura de viaje: se trata de una reseña positiva de un libro de viajes, incluida en el nº 6 de 1858, que nos da varias pistas de lo que Nemesio Fernández Cuesta esperaba de una obra de este tipo:

Con el título de *Impresiones de un viaje a Barcelona*, ha publicado don Francisco de Paula Madrazo, un agradable librito en forma de cartas. El señor

Madrazo, conocido ya ventajosamente por otras producciones de este género, es un narrador afluente, gracioso y de buen tono, que sabe mezclar la tradición y la historia con la anécdota y enlazar felizmente los hechos actuales con los recuerdos pasados. Su *viaje* no se limita a Barcelona: describe los baños de Alhama, las danzas aragonesas y los tipos del país; la ciudad de Zaragoza, sus templos y casas de campo; y últimamente se detiene a admirar los monumentos.

Entendemos, por lo tanto, que Fernández Cuesta también valoraba la amenidad, la lectura agradable y el humor en los textos de viajes, los cuales le parecían una manera muy apropiada de cumplir el viejo ideal literario de enseñar deleitando: “Una de las lecturas más instructivas y al mismo tiempo más amenas y deleitables es la de las relaciones de viajes” se lee en un anuncio de *La Vuelta al Mundo* (nº 25 de 1864) que muy probablemente redactó el propio Nemesio Fernández Cuesta. Pretendía, pues, un equilibrio entre las informaciones útiles y las anécdotas galantes, interpolando “lo seco y lo jugoso”, como en 1869 diría otro autor: el corresponsal de *La Época* que cubría la inauguración del canal de Suez con cartas que *El Museo* reprodujo en sus últimos números.

Tendremos un par de oportunidades excepcionales para comprobar cómo Fernández Cuesta aplicaba en la práctica su *poética*: el relato de su viaje veraniego a las Provincias Vascongadas que incluyó en las revistas de los números 29, 31 y 32 de 1863, y el escrito que elaboró poco después a partir de su visita al teatro romano de Sagunto, que también insertó en sus revistas, concretamente las de los números 38 y 40 de ese mismo año²⁰⁹.

En relación al primer viaje podemos decir que, en efecto, siguiendo su preceptiva, el humor conceptista del director de *El Museo* brilla a lo largo de toda la narración²¹⁰, y que además Fernández Cuesta se interesa por las infraestructuras y las actividades

económicas de la región, y muy particularmente por la historia, remontándose al pasado una y otra vez con la fantasía, especialmente al tiempo de las Guerras Carlistas, en las que Fernández Cuesta participó pasando una temporada preso en esa zona. Además, evita la primera persona del singular sustituyéndola por un plural de modestia, y llega a decir que “la relación de nuestras emociones particulares no interesa al lector”²¹¹, si bien esta afirmación parece una manera de afirmar negando, un truco para revelar públicamente que por detrás de aquellas visitas debe adivinarse una honda emoción. En lo relativo a las descripciones, Fernández Cuesta no predica con el ejemplo en su primer escrito, optando por la agilidad y la amenidad de la narración en detrimento de las “informaciones útiles”, que se limitan a unas pocas pinceladas veloces sobre las poblaciones que va visitando, deteniéndose apenas con más detalle en el monasterio jesuita de Azpeitia. Por otro lado, en un momento del fragmento publicado en el nº 31, Fernández Cuesta tiene un arranque plenamente romántico al describir una extraña visión que lo asalta: una multitud de espectros de la Guerra Civil levantan un altísimo monumento de huesos a la inutilidad de tantas muertes. Cuando la visión se disipa, un personaje que parece salido de un grabado de Goya le hace la burla al autor en unas líneas magníficas:

Entonces, sobre aquellas tablas se nos aparece la figura de un hombre rubio cubierta la cabeza con una boina descomunal, por debajo de la cual brillan dos ojillos grises divididos por una enorme nariz. En la punta de aquella nariz tenía apoyado el dedo pulgar de la mano izquierda, estendida hacia nosotros, y en el dedo pequeño de la misma mano apoyaba el pulgar de la derecha, mirándonos con expresión burlona, mientras su boca se dilataba hasta servir de presilla a las orejas. —Vámonos de aquí, dijimos a nuestro guía, porque la broma comienza a ser pesada.

Este oscuro delirio, que hace pensar en el Larra más amargo, y que sitúa el relato en los lindes de la narración fantástica o extraña, supone la mayor efusión de subjetividad de este escrito de Fernández Cuesta, y por lo mismo, la más extraordinaria contravención de su propia preceptiva declarada.

En las dos revistas que dedica a su viaje a Sagunto, sin embargo, Fernández Cuesta lleva al extremo la contención de la subjetividad, prácticamente anulada mediante la reproducción de informaciones “útiles” y el desarrollo de extensas descripciones técnicas. En el número 38, comienza con la descripción de una serie de monumentos valencianos. La descripción es impersonal, sin personajes que se desplacen, enumerativa, con elogios formularios, sin figuras retóricas, incluyendo cifras y noticias históricas que aproximan el texto a lo enciclopédico. Nemesio Fernández termina revelando que visitó tanto en tan poco tiempo porque estuvo acompañado por un catedrático de la Universidad de Valencia, Eduardo Pérez Pujol, que guio e ilustró el paseo, con lo que parece querer afirmar indirectamente que esta fue su fuente documental para los datos recogidos en las líneas precedentes. A continuación, como ocurre en tantos textos descriptivos, Fernández Cuesta transcribe y traduce un gran número de inscripciones encontradas en Sagunto. El texto no tiene pretensiones literarias, sino que quiere ser científico, propio de historiadores o “anticuarios”, como se llama habitualmente en *El Museo* a los historiadores que se ocupan de la antigüedad. La revista del número 40, por su parte, resulta abrumadoramente histórica en su comienzo, e incluye más tarde una detallada y objetiva descripción de los restos del teatro de Sagunto. Tan solo hay un párrafo, bien avanzada la revista, que puede considerarse narrativo, que muestra a tres viajeros bajando en la estación de Murviedro en una hermosa mañana de septiembre, y la habitual brillantez conceptista de Fernández

Cuesta se limita a un pequeño detalle que es el único ornato literario que encuentro en el texto: dice Nemesio Fernández que, para comprobar las propiedades acústicas del teatro, recitaron sobre el proscenio algunas frases en latín, “rotas memorias de nuestros estudios clásicos propias de aquel destrozado teatro”.

El peso de Fernández Cuesta en *El Museo Universal*, que, como director literario, determinó los contenidos de esta publicación durante más de la mitad de su historia, justifica volver a salir por un momento del contexto inmediato del periódico y retroceder un poco en el tiempo para ampliar y afianzar su concepción de la literatura de viaje a partir de un artículo de su autoría que Borja Rodríguez Gutiérrez²¹² descubrió en *El Siglo Pintoresco*. Este artículo, titulado “Impresiones de viaje”, y publicado en el mismo año que vio la luz *El Criterio* de Balmes (1845; pp. 185-186), demuestra que Nemesio Fernández Cuesta ya había emprendido su particular cruzada contra los textos superficiales de viajes mucho antes de asumir la dirección literaria de *El Museo Universal*.

El texto consiste básicamente en la ridiculización de un liviano escritor de “impresiones” que dialoga con un amigo “grave y reflexivo” que, entendemos, encarna las verdaderas opiniones de Fernández Cuesta al decir:

Veamos qué descripción haces de los puntos pintorescos de nuestro bello país, de las costumbres de sus habitantes, de sus artes e industria. Supongo que en esa obra se hallarán consideraciones profundas acerca de todos estos puntos; que rectificarás los errores en que han incurrido los extranjeros al hablar de nuestra España; que presentarás tal como es el carácter de nuestros pueblos. Ante todo, habrás hecho un estudio serio y minucioso de los países que vas a describir. ¿Cuánto tiempo has estado en cada uno de ellos?, ¿has consultado su historia?, ¿qué autores has leído?

Posiblemente, al seleccionar los *viajes* que se publicarían en *El Museo Universal* durante su primera época, Fernández Cuesta los pasaría por el tamiz de esta preceptiva para quedarse apenas con los que cumplieran con las condiciones que él consideraba modélicas, si bien en otras ocasiones no podría dejar de publicar algunos textos de encargo que no se ajustaban a su poética, o incluso se rebelaban contra ella. Debemos tener esta precaución a la hora de considerar el corpus de literatura de viaje de *El Museo Universal*: las conclusiones que extraigamos sobre la literatura de viaje de *El Museo* serán apenas representativas del tercer cuarto del siglo XIX, necesitando ser corroboradas por otros estudios que aborden libros y colecciones de viajes publicados en la época así como los artículos de viajes comprendidos en otras publicaciones periódicas contemporáneas. Esto porque, tal y como venimos viendo, la selección de la literatura de viaje de *El Museo Universal* estuvo determinada por una larga serie de condicionantes que pudieron dar al corpus un perfil muy particular, no universalizable. Estos factores, no obstante, a menudo se enfrentan entre sí en unos juegos de fuerza que terminan enriqueciendo el corpus, como es el caso del criterio de los directores literarios (conservador en el caso de Fernández Cuesta y Benjumea, adscrito al modelo de prestigio de los textos instructivos y bien documentados) que en no pocas ocasiones entra en pugna con el gusto de los redactores y con la demanda del público lector.

2.3.6 – *Las pistas falsas: los títulos de los textos y las narraciones de caza*

No hemos encontrado en *El Museo*, fuera de las antedichas, más declaraciones metaliterarias significativas acerca del género de la literatura de viaje, y sería muy arriesgado, y fuente de muchos errores, recurrir a otros indicios de lo que se consideraba,

o dejaba de considerarse, literatura de viaje en *El Museo Universal*, como pueden ser los títulos de los textos, pues el hecho de que estos contengan palabras como “viaje”, “paseo”, “visita” o “excursión” no garantiza que lo que viene a continuación sea propiamente un artículo de viajes²¹³, mientras que es común encontrar verdaderas relaciones de viaje tituladas apenas con un nombre de lugar, igual que los objetivos y meramente informativos “artículos de localidad”, o incluso con otras fórmulas que esconden el género del texto y lo hacen irreconocible a no ser que se lea el artículo, como es el caso ya comentado de los pasajes del diario de Manuel de Almagro, de la Expedición del Pacífico, que fueron publicados con el título de “Exposición Científica del Pacífico” (números 40-42 de 1866), o del artículo “La pesca del trepang” (nº 47 de 1862) en el que el periodista “A.” inserta varios pasajes de viajeros que comentan la pesca del cohombro o pepino de mar en los confines del planeta.

Al hilo de este último texto, no quisiera cerrar este capítulo sin llamar la atención sobre un hecho que no se puede dar por sobreentendido: la pesca y la caza aparecen en *El Museo Universal* como actividades estrechamente vinculadas a los viajes, y todo indica que las narraciones de caza se leían como una modalidad de literatura de viaje, y una modalidad, además, de prestigio, como los viajes de exploración, según lo que parece apuntar Nicolás Díaz Benjumea en su artículo ya comentado “El turista” (nº 28 de 1864), donde, entre los viajeros admirables que precedieron a los banales turistas modernos, se cita a los cazadores Gerard y de Chaillu como naturalistas que engrandecieron los horizontes de la ciencia. Por lo tanto, los numerosos textos y grabados sobre caza y pesca publicados en *El Museo Universal*²¹⁴ venían a ocupar el espacio reservado en el periódico a la literatura de viaje, y a satisfacer la demanda de la misma.

Capítulo 3: Cerco a la literatura de viaje de *El Museo Universal*: propuesta de un corpus.

3.1 - Consideraciones teóricas:

Sin duda, el de “literatura de viaje” es un concepto actualmente operativo, en uso, es un hecho innegable en nuestra lengua, de manera que no nos cabe a nosotros cuestionar su justificación y carecería de sentido pretender negar su existencia evidente o querer abolirla desde estas líneas. Como concepto, es una realidad, y como todo concepto, supone una generalización necesaria para hacer posible la comunicación y la transmisión de conocimiento. De la misma forma, está inevitablemente sujeto a las limitaciones propias del lenguaje que vehicula todos los conceptos: la expresión “literatura de viaje” es un signo o significante convencional que apunta a un referente o significado que también tiene mucho de convencional. En ningún caso un término *es* la realidad, sino que, al igual que un fragmento de espejo, la palabra recoge un reflejo inexacto y recortado del *continuum* que supone la realidad. El recorte muy bien podría ser otro, presentar contornos ligeros o acusadamente diferentes, algo que se evidencia cuando, al traducir, sustituimos un término en una lengua por el más aproximado de otra, sin poder evitar que ciertos matices y detalles resulten *lost in translation*. En un mismo idioma, además, los conceptos evolucionan con el tiempo, como documentan ampliamente los diccionarios históricos, y en los propios hablantes de una misma época los conceptos maduran y van cargándose de significado a lo largo de la vida del individuo, de manera que lo vagamente intuido por el niño irá aproximándose progresivamente al sentido consensuado entre los adultos de ese tiempo.

Nos parecen oportunas estas *advertencias* teóricas al filo de lo obvio²¹⁵ pues no queremos esconder los fundamentos primeros en que se ha apoyado y va a apoyarse nuestro

empleo del concepto de “literatura de viaje”: asumimos que se trata de una noción convencional y cambiante, lo que explica el contraste entre la expectativa del investigador de nuestros días y los conceptos de “literatura de viaje” que manejan los redactores de *El Museo Universal*.

Existe un considerable consenso entre los grandes estudiosos contemporáneos de la literatura de viaje universal en no cuestionar su pertenencia al campo de lo literario, en no rechazar los viajes imaginarios, y en definirla como un género narrativo en el que, no obstante, predomina lo descriptivo²¹⁶. Sin embargo, la concepción de la literatura de viaje que se desprende de *El Museo Universal* no coincide en estos tres puntos clave con la visión moderna del fenómeno: por un lado, la opinión más extendida en *El Museo* sitúa los textos de viaje en el terreno de la Geografía y de la Historia, y posiblemente por esta razón se excluyen de este grupo de textos las narraciones ficticias de viajes imaginarios. Por otro lado, en *El Museo Universal* se presentan inequívocamente como artículos de viaje (modélicos, además) textos puramente descriptivos, en los que no hay huella de narración.

Ante esta manifiesta disparidad de conceptos, se da la circunstancia de que si quisiéramos aplicar sobre la masa textual de *El Museo Universal* los criterios delimitadores que emplea la crítica moderna, estaríamos dejando fuera del corpus una serie de textos que en *El Museo* no solo se admitían como literatura de viaje, sino que llegaban a presentarse como modelos de prestigio: los descriptivos. Si, por el contrario, asumimos el concepto de literatura de viaje que se apunta en *El Museo*, habremos de dejar fuera del corpus todos los relatos de ficción de la revista en los que el viaje juega un papel importante.

La convencionalidad de los conceptos justifica ambas vías de estudio, pero en esta tesis va a optarse por una perspectiva fundamentalmente histórica²¹⁷, conformando un

corpus basado en criterios presentes o deducibles de la misma publicación. Esta vía de estudio presenta la ventaja de poder arrojar conclusiones estables, ancladas en la realidad de la revista, y tiene como contrapartida una serie de limitaciones que se resumen en la imposibilidad de extrapolar cualquier conclusión fuera de lo que es *El Museo Universal*, no pudiendo ni siquiera realizar generalizaciones sobre la literatura de viaje de la época de nuestra revista, algo que solo permitirán estudios ulteriores.

De aquí en adelante, por lo tanto, renunciamos al empleo de un concepto atemporal y universal de “literatura de viaje” y, para proseguir con nuestro estudio, partiremos de la concretización de un nuevo concepto: el de la “literatura de viaje de *El Museo Universal*”.

3.2 - El concepto:

Debemos comenzar advirtiéndolo que en ninguno de los trece volúmenes de *El Museo* se emplea la expresión “literatura de viaje”, de manera que estamos acuñando conscientemente esta terminología en principio anacrónica para encerrar en un nuevo recipiente una noción nada clara y muy poco concreta que en las páginas de nuestro periódico aparecía repartida entre una serie de palabras y expresiones del mismo ámbito pero no sinónimas, como son: “libros de viajes”, “relaciones”, “obras sobre geografía y viajes”, “apuntes” o “impresiones” de viaje, o simplemente “*viajes*”, palabra que en muchos lugares de *El Museo* aparece en cursiva para evitar la confusión entre el viaje escrito y el viaje real.

Podemos intuir algunas diferencias entre las realidades designadas por los diversos términos empleados en *El Museo Universal* para hacer referencia a la literatura de viaje: la principal particularidad de los “libros de viaje” es su formato, su publicación en forma de libro, de manera que, como es lógico, a pesar de que encontraremos algunas reseñas de este

tipo de obras en nuestro periódico, no se puede hablar de “libros de viaje” en *El Museo Universal*. Como vimos en el capítulo anterior, los libros de viajes propiamente dichos, así como las compilaciones, llegaban a estar anunciados en las páginas de *El Museo* y podían venderse junto con la revista como otros productos de la editorial Gaspar y Roig, pero las características materiales del periódico obligarán a que apenas se puedan reproducir (o adelantar) en él trechos de estos libros, que a su vez tendrán que fragmentarse a lo largo de varios números.

El término “relaciones”, por su parte, remite a los informes oficiales de los viajes de descubrimiento y exploración, de manera que está especialmente vinculado a la Geografía y a la Historia, pudiendo presumirse que las “relaciones” serían entendidas ante todo como documentos informativos. Las “obras de geografía y viajes” están muy próximas, por tanto, a las “relaciones”, tratándose de expresiones prácticamente intercambiables. En el polo opuesto, las “impresiones” serían escritos más novedosos centrados en los registros estéticos y sentimentales de visitas a lugares situados en Europa, dentro de los márgenes del mundo civilizado. La palabra “apuntes” guarda estrecha relación con la anterior porque, aunque juega con la falsa modestia, suele indicar de hecho que no estamos ante un estudio riguroso y profundo de un lugar, sino ante pinceladas “impresionistas” que conforman un boceto provisional que deberá ser sometido posteriormente a una elaboración definitiva. Por último, el término “*viajes*”, en cursiva, es el más genérico y vago de todos; carece de atributos diferenciadores y sería un buen candidato de la época de *El Museo* para englobar al conjunto de la literatura de viaje publicada en el periódico. Mantendremos, no obstante, en esta tesis, la expresión de “literatura de viaje”, consagrada por el uso en nuestros días, para empezar a establecer un

distanciamiento necesario que nos permita construir de manera objetiva un concepto científico.

La gran variedad de escritos que se presentan en *El Museo* como literatura de viaje se resiste a ser encerrada en una definición sencilla y muestra que en la época había una gran inconcreción sobre el asunto y faltaban criterios claros para delimitar el “género”²¹⁸. Las pocas coordenadas aproximativas que hemos visto en el capítulo 2 resultan muy insuficientes para acotar el terreno: sabemos, por una parte, que la opinión más extendida en la época incluía los *viajes* en el terreno de la Geografía y de la Historia (aunque había escritores que empezaban a hacer de los viajes materia literaria) de manera que, en el contexto de *El Museo Universal*, no podemos entender la literatura de viaje como un género *literario*, sino como un amplio grupo de escritos, literarios o no, que tienen por objeto común el viaje, de la misma manera que la literatura médica reúne los documentos que tratan de asuntos de medicina. Para conservar, por lo tanto, el término de “literatura de viaje”, como queremos, sin incurrir en contradicción con el objeto descrito, debemos adoptar *también* la acepción de “literatura” como “conjunto de obras que versan sobre un arte o una ciencia”²¹⁹, usual en el siglo XVIII pero que aún pervive hoy, y no limitarnos al sentido más extendido en nuestros días de “arte que emplea como medio de expresión una lengua”²²⁰, pues la literatura de viaje de *El Museo Universal*, adoptando criterios contemporáneos a la revista, tomados incluso de la propia revista, va a incluir muchos textos literarios (artísticos) y otros muchos que no lo son. Asumiendo la referida ambigüedad del término “literatura”, se aclara la aparente paradoja de que el corpus de la literatura de viaje de *El Museo Universal* incluya textos no literarios.

Ahora bien, en *El Museo Universal* no se encuadran en este grupo o categoría de textos los artículos que hacen referencia a viajes o viajeros en general, de manera abstracta y argumentativa, ni las noticias y notas sueltas que informan escuetamente sobre algún viaje en particular, aunque sea incuestionable el estrecho contacto de todos estos textos con la literatura de viaje. Lo que se nos presenta como literatura de viaje (o *viajes*) en *El Museo Universal* son consecuencias textuales de viajes concretos y reales que en ningún caso ocupan apenas algunas líneas, sino que se extienden a lo largo de varias columnas, y habitualmente a lo largo de varios números. Alcanzamos de esta manera un criterio para identificar la literatura de viaje de *El Museo* que se basa en la extensión de los textos: si bien no existe un límite máximo definido, los textos siempre ocuparán al menos varias columnas, no existiendo casos de producciones muy breves²²¹.

Insistiremos nuevamente en que en *El Museo Universal* resulta inequívoca la separación clara entre literatura de viaje y narrativa de ficción, con lo que los relatos “de imaginación” quedan fuera de la categoría, por mucho que incluyan en su trama viajes más o menos desarrollados.

No nos será muy útil, sin embargo, el eje narración-descripción para demarcar los límites de la categoría, pues en *El Museo* se nos presentan como literatura de viaje casos que se encuentran en ambos extremos: desde narraciones aventureras que apenas dan cabida a las descripciones que se pongan al servicio de la intriga, hasta descripciones puras de lugares o costumbres en las que no hay rastro de narración ni de personajes. En todo caso, la aventura será verídica y habrá ocurrido en una tierra extraña, y la descripción será fruto de una experiencia real de viaje, con lo que volvemos una vez más al apetito de verdad que entraña la literatura de viaje como rasgo inherente a este tipo de escritos.

Posiblemente, el principal atractivo de la literatura de viaje más descriptiva frente a los artículos puramente informativos sea la autoridad y la fuerza que le confiere el hecho de ser fruto de una experiencia real de viaje. Como vimos en el segundo capítulo, en *El Museo* se publican como literatura de viaje textos puramente descriptivos y con pretensión de objetividad que muy bien podrían haber sido escritos desde una biblioteca, sin necesidad de pisar el lugar que se describe, pero se da la circunstancia de que estos textos solo serán considerados *viajes* genuinos cuando el autor haya conocido personalmente el lugar del que habla. Para que exista literatura de viaje, es condición *sine qua non* que el autor parta de una vivencia real, y en el texto (o cuando menos en los paratextos) debe haber alguna marca, por mínima que sea, que informe al lector de esta circunstancia: en los casos más radicalmente objetivos e impersonales esta información clave puede darse en una introducción escrita por otro autor o en una nota a pie de página, mientras que en el extremo opuesto las marcas de subjetividad que evidencian la experiencia real y personal serán múltiples, siendo la prueba más patente la aparición de la primera persona verbal.

El artículo histórico-descriptivo que no presente ninguna de estas marcas o huellas formales ya no podrá ser leído como literatura de viaje, pues el lector no tendrá manera de identificar el texto como producto de una experiencia real de viaje.

Llegados a este punto, ya estamos en condiciones de aportar una definición de la literatura de viaje de *El Museo Universal* que, aunque amplia, nos resulte operativa: *categoría de textos en prosa, de al menos varias columnas de extensión, literarios o no, que presentan alguna evidencia formal de que su contenido parte de una vivencia real de viaje.*

3.3 – Problemas de frontera:

Según veíamos en el primer capítulo, los contenidos de *El Museo Universal* son muy heterogéneos, abarcando desde artículos de divulgación científica a poemas líricos, desde noticias de actualidad a cuadros de costumbres. Estos amplios y variados contenidos raramente están organizados en secciones o identificados con marbetes que orienten sobre la naturaleza del texto. En todo caso, a lo largo de los años se observa cierta regularidad en el orden de las materias: las noticias de la revista de la semana abren cada número, y los contenidos de creación (poemas, relatos y cuadros de costumbres) se sitúan al final, reservándose las páginas centrales para temas muy diversos, predominando la descripción de monumentos españoles, los artículos científicos, los relacionados a la industria y a las invenciones recientes, la descripción de costumbres, los artículos geográficos y las narraciones de viajes. Estas últimas no siempre se reconocen por sus títulos y, además, es muy frecuente que el relato de un viaje lleve por título un nombre de país, de ciudad o de monumento, o incluso la denominación de alguna fiesta folclórica o religiosa local. Además, como veíamos en el capítulo anterior, en nuestra época de estudio también se consideraba literatura de viaje la puramente descriptiva, con tal de que hubiera sido producto de una estancia del autor en el lugar descrito, mejor cuanto más larga.

Esta realidad obliga a que, para alcanzar un conocimiento fehaciente de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, tengamos que examinar no solo los textos que incluyen en su título alguna referencia al viaje, sino también todos los artículos titulados con nombres de monumentos, ciudades, países o costumbres locales, a la búsqueda de indicios que comprueben la visita real al lugar que se describe.

Analizamos, consecuentemente, alrededor de 600 textos publicados a lo largo de los trece tomos de *El Museo Universal*, entre los que, aplicando la definición de literatura de viaje que acabamos de dar, fueron seleccionados 193, que pasaron a constituir nuestro corpus.

La gran mayoría de los (más de) 600 textos estudiados están estrechamente vinculados al ámbito de los viajes, de manera que criterios de selección diferentes al nuestro podrían delimitar otros conjuntos de textos a partir de la misma masa documental. Por este motivo, los textos analizados y finalmente no incluidos en nuestro corpus han sido listados y comentados en el Apéndice Bibliográfico A, que podrá ser de utilidad a futuros investigadores de la materia o a cualquiera que desee conocer el más inmediato contexto de la literatura de viaje de *El Museo Universal*.

El estudio de la literatura de viaje incluida en una publicación periódica requiere un deslinde inicial del resto de los contenidos, recorte que no se hace necesario en el análisis de los libros de viajes, que ya han sido presentados y comercializados como tales, y que están incluso físicamente separados de otros productos literarios, obviedad que tal vez solo resulte patente a la hora de lidiar con los heterogéneos contenidos de un periódico literario conformado mediante la agregación de retales de la más diversa naturaleza.

Antes de tomar el escalpelo y comenzar a tajar sobre este tejido vivo, se hace, pues, necesario, contar con una teoría “anatómica” previa que guíe la mano sin excesivos titubeos, teoría que he venido exponiendo en las páginas iniciales de este tercer capítulo y que ha sido inducida a partir del estudio de *El Museo Universal* en su conjunto, como un todo. Nuestra teoría, el criterio de corte que aplicamos es, por tanto, a posteriori, no está basado en poéticas previas del género, exteriores o ajenas a nuestra revista, sino que se ha

pretendido deducir de la propia publicación, vislumbrar de manera directa las líneas divisorias principales con el objetivo de que el inevitable corte no resulte *contra natura* ni excesivamente traumático.

En cualquier caso, la noción de corte no deja de estar presente a la hora de tener que separar unos textos de otros. Al manejar la masa textual de un periódico literario, reunida bajo una misma cabecera, y pretender aplicar sobre ella una parrilla clasificatoria que torne el fenómeno más comprensible para la razón analítica, no se deja de estar imponiendo artificialmente entre los textos unas fronteras que no estaban allí originalmente, que no se corresponden con la realidad, pues en el medioambiente de una revista como *El Museo Universal* se observan infinidad de hibridismos y mestizajes entre subgéneros literarios, periodísticos y científicos que refuerzan la visión de un periódico literario como un entorno vivo en el que los géneros, que participan más de lo líquido que de lo sólido, fluyen de un lugar a otro en gran libertad, entremezclándose entre ellos constantemente.

Lo cierto es que, más que fronteras definidas como las que se muestran en los mapas de geografía política, lo que encontramos entre los géneros y subgéneros de *El Museo Universal* son áreas fronterizas similares a las que aparecen en los mapas de dialectología: zonas de encuentro, transición y mezcla, de solapamiento y convivencia.

El problema de las fronteras adquiere una nueva dimensión al considerar que la literatura de viaje de *El Museo Universal* no es propiamente un género literario con características formales definidas, sino que se trata más bien de una categoría de textos que pertenecen a su vez a diversos subgéneros notablemente diferentes los unos de los otros. Estos subgéneros, además de combinarse a menudo entre sí conformando una gran

variedad de textos híbridos, comparten con la literatura de viaje una zona de intersección: dichos subgéneros entran y salen del terreno de la literatura de viaje sin coincidir exactamente con ella; entran en contacto entre sí en una zona de confluencia que pertenece a la literatura de viaje a partir de una nueva frontera, de naturaleza diferente, no formal, que los atraviesa a todos: la línea más o menos diáfana que rodea y engloba los textos que fueron fruto de experiencias reales de viaje. Como consecuencia, a los problemas propios de las zonas de frontera *intergenéricas*, en el interior del corpus, hay que añadir los que surgen al paso en el área de corte de la literatura de viaje, a medida que procuramos establecer la frontera de esta al atravesar el territorio de diversos subgéneros presentes en el periódico.

Los subgéneros que pertenecen parcialmente a la literatura de viaje de *El Museo Universal* son, cuando menos, el artículo histórico-descriptivo, el artículo de costumbres, el artículo histórico-geográfico de tipo enciclopédico, la semblanza biográfica y el relato. En *El Museo Universal* encontraremos multitud de ejemplos de los cinco tipos, puros o combinados, tanto dentro como fuera de la literatura de viaje que hemos delimitado. Los diferentes subgéneros, al igual que colores puros distribuidos alrededor de una paleta, van a permitir formar en el interior de la misma innumerables combinaciones, pero tampoco todas ellas podrán considerarse literatura de viaje.

El principal factor que determina la pertenencia o no a la literatura de viaje es la existencia de una experiencia auténtica verificable en el texto, pero no podemos perder de vista que no basta una narración autobiográfica ni una descripción de una realidad que el autor ha visto con sus propios ojos para que incluyamos un texto en el corpus: la experiencia auténtica debe ser, además, experiencia de viaje, de manera que el texto

autobiográfico o biográfico deberá centrarse en la visita a un lugar, el artículo histórico-descriptivo no podrá tratar de la ciudad natal del autor, el artículo histórico-geográfico ha de describir un lugar en el que se haya vivido, y el artículo de costumbres deberá asimismo retratar un uso social observado en el transcurso de un viaje.

3.3.1 – *Artículos histórico-descriptivos:*

A diferencia de las proteicas características formales de los textos de literatura de viaje de *El Museo Universal* apreciados globalmente, el subconjunto de los artículos histórico-descriptivos (también denominados “reseñas” o “memorias” histórico-descriptivas o “histórico-artísticas”) presentan una notable homogeneidad formal que permite identificarlos fácilmente como un subgénero periodístico muy reglado.

Su objeto es generalmente un edificio monumental como una iglesia, una catedral, un convento, un palacio o un castillo, pero en no pocas ocasiones el artículo se fija en varios monumentos de una misma localidad. Como su nombre indica, todos estos artículos abordan, por un lado, la historia del monumento en cuestión, y por otra parte describen físicamente el edificio, a veces también interiormente, incluyendo la descripción o la mención de las obras de arte o los tesoros que el edificio contiene. Generalmente la parte histórica precede a la parte descriptiva, y muchas veces las dos partes están claramente delimitadas en apartados. Las partes a menudo no guardan proporción en cuanto a sus tamaños, siendo frecuentes los desequilibrios en este sentido. Un rasgo típico de la parte descriptiva es la transcripción y traducción de inscripciones, detalle que vincula los textos a la historiografía y a la arqueología. Por regla general no se citan las fuentes documentales, pero no son raros los artículos que sí lo hacen, incluyéndose en ocasiones citas a pie de

página, nuevo detalle que aproxima estos artículos a los géneros académicos. El estilo es pretendidamente neutro y objetivo, con adjetivación casi siempre elogiosa, formularia, que no llama la atención sobre sí misma, reservándose las críticas unánimes a la arquitectura barroca y a los añadidos a la obra original. Es común en estos artículos, prácticamente un tópico, lamentar el estado de abandono del monumento que se describe. La extensión total de los textos es muy variable, yendo desde la mínima nota de unas pocas líneas al artículo extenso y muy trabajado que se publica a lo largo de varios números. Lo normal es que estos artículos vayan acompañados de uno o varios grabados, y es muy habitual que sean trabajos de encargo para acompañar a grabados realizados previamente.

Los artículos histórico-descriptivos tienen un enorme peso en la configuración de *El Museo Universal*, tratándose de uno de los grandes pilares de sustentación del periódico tanto por el número de páginas que ocupan como por su función: por un lado, este tipo de artículos resulta idóneo para una publicación ilustrada porque los edificios monumentales son particularmente “pintorescos”, dignos de ser pintados, y por otro lado, la patente acumulación de reseñas histórico-descriptivas responde perfectamente a la línea editorial declarada de *El Museo*: el propósito de restaurar el prestigio de España recordando las glorias y los méritos del pasado y dando a conocer todo el patrimonio artístico y monumental reunido en España a lo largo de sus siglos de grandeza. Finalmente, al recoger en este *Museo* las imágenes y las descripciones detalladas de tantos y tantos monumentos, junto con su historia, se está realizando un esfuerzo por salvarlos del tiempo, por eternizarlos antes de que desaparezcan, junto a todo lo demás, frente al embate de la modernidad.

El vínculo de los artículos histórico-descriptivos con los viajes es muy estrecho: frecuentemente en ellos se anima a viajar, sobre todo por España, y muchas veces parecen asumir la función de guía para viajeros, reproduciendo incluso el estilo neutro y estereotipado de este tipo de obras. Cuando se citan fuentes documentales, estas son con mucha frecuencia libros de viaje²²², y es muy común que en estos artículos se describa cierto recorrido por el exterior o el interior del edificio monumental recurriendo a un viajero abstracto o genérico que se materializa con la fórmula “el viajero que” + Presente de Indicativo (“el viajero que llega”, “el viajero que recorre”, “el viajero que contempla”, etc.)²²³, fórmula en la que “el viajero” aparece a veces sustituido por “el curioso”, “el observador” e incluso “el inteligente” o “el artista”. Si en lugar de Presente de Indicativo se emplea el Presente de Subjuntivo (“el viajero que llegue”, “el viajero que recorra”, etc.) estaremos, en lugar de ante un viajero genérico, ante un viajero potencial, y podremos considerar que el artículo incluye una invitación al viaje. En otras ocasiones, en la fórmula desaparece el relativo “que” (“el viajero llega”, “el viajero recorre”, etc.) algo que puede ser un recurso de modestia del autor para evitar la primera persona, lo que supondría una marca de viaje real y, por lo tanto, de literatura de viaje según el concepto que hemos acuñado²²⁴. Por otro lado, no hay que olvidar que los *viajes* canónicos a ciudades monumentales incluyen siempre los pasajes histórico-descriptivos de rigor, muy a menudo copiados de guías para viajeros o de diccionarios geográficos, con lo que podemos afirmar que las narraciones extensas de viajes por Europa comúnmente insertan artículos histórico-descriptivos en su seno para aportar las obligadas informaciones sobre los monumentos visitados.

Además del recurso del viajero genérico (que por su frecuencia puede considerarse un rasgo formal característico de los artículos histórico-descriptivos), habitualmente se emplean también formas impersonales (“se llega”, “se recorre”, etc.), lo cual es en ocasiones otra vía para evitar el uso del “yo”, ampliamente censurado en la época en ciertos sectores intelectuales, según veíamos en el capítulo anterior. En otros artículos histórico-descriptivos se plantea un viaje imaginario, de gabinete, en el que el lector va a acompañar al autor por los lugares descritos, lo que conlleva un uso de la primera persona del plural (“llegamos”, “recorremos”, etc.) que no hay que confundir con una marca de viaje real ni de literatura de viaje.

Los artículos histórico-descriptivos no se consideran en principio literatura en *El Museo Universal*, limitándose estos normalmente al acopio de datos objetivos sobre la historia y la apariencia del monumento, de manera que pueden entenderse esencialmente como textos informativos, en todo caso vinculados a la Historia del Arte. Lo cierto es que podría llegar a afirmarse que la inmensa mayoría de estos numerosos textos tiene escaso o ningún valor desde un punto de vista literario, limitándose a reproducir datos enciclopédicos sobre el monumento que se muestra en un grabado. Por este motivo, es muy frecuente que estos artículos vayan sin firma o firmados con iniciales o asteriscos, algo particularmente común entre los textos más breves. En este sentido, debemos recordar que, a partir del nº 14 de 1857, el director literario pasa a responsabilizarse “por la revista y por todos los demás artículos no firmados” del número, pero que esta declaración es una formalidad legal, de manera que no se pueden atribuir los textos sin firma al director literario sin riesgo de equivocarse. Por otra parte, aunque lo normal es que todos los grabados de *El Museo* vayan acompañados al menos por un texto explicativo, esta

convención se incumple por doquier, especialmente en los últimos años de la publicación, lo que refuerza la idea de que muchas de las pequeñas notas histórico-descriptivas subordinadas a los grabados eran prescindibles, podrían haber sido más o menos de las que de hecho son, así como podrían haber sido más extensas o más breves. Teniendo en cuenta que cada número de *El Museo Universal* constaba de ocho páginas que debían ser completamente ocupadas, sin incluir más publicidad que algún anuncio de la editorial Gaspar y Roig en la contraportada, a la hora de maquetar el periódico, después de acomodar los grabados y los artículos importantes de cada número, sobrarían una serie de espacios de diferentes tamaños que serían completados por notas explicativas escritas a medida para estos huecos o bien por otras materias breves, como noticias misceláneas tomadas de los telégrafos, es decir, de las agencias de noticias recién creadas en la época. Otro argumento a favor de que las notas histórico-descriptivas más breves y sin firma se empleaban muchas veces como comodines para rellenar espacios en blanco en el periódico, es que, por regla general, las notas explicativas nunca vienen en la misma página del grabado correspondiente, sino allí donde el maquetador ha encontrado un espacio.

No quiere decir esto que no haya textos de mérito entre los artículos histórico-descriptivos, destacando por su cuidado estilo y por su rigor documental la mayoría de los muchos que escribió José Puiggarí, autor fundamental en los primeros años de la publicación, que, no obstante, seguirá colaborando a lo largo de toda la historia de *El Museo* con artículos de este tipo. Otras firmas de peso suscribirán artículos histórico-descriptivos en *El Museo Universal* como Juan de Dios de la Rada y Delgado, Manuel Murguía, Manuel Fernández y González, Ramón de Mesonero Romanos, o José Pastor de la Roca. Además, Pascual Pérez firmará en los primeros tomos una serie de artículos que podrían considerarse

el canon del subgénero histórico-descriptivo, siendo, por consiguiente, textos neutros que rehúyen del brillo en el estilo.

El hecho de que un artículo histórico-descriptivo vaya firmado, de que alguien asuma la autoría del texto, es ya indicio de una mayor elaboración y de un estilo más cuidado, e incluso de un tratamiento más personal y subjetivo de la materia, lo que también puede ser señal de que el autor visitó personalmente el lugar que describe, con lo que el artículo histórico-descriptivo pasaría a formar parte de la literatura de viaje.

Un artículo histórico-descriptivo cruza la frontera de la literatura de viaje cuando presenta alguna evidencia de que el autor ha visitado personalmente el monumento descrito, bastando una declaración, en algún punto del texto, de que el viaje se produjo de hecho: una mínima localización temporal de cuando ocurrió la excursión, por ejemplo. También son pruebas suficientes de viaje real la aparición de la primera persona del singular, o su sustitución por el pronombre indefinido “uno”. Sin embargo, la acusada tendencia a la ocultación de la primera persona tras máscaras ambiguas como el viajero genérico, la impersonalidad, o el plural de modestia, hacen que se tenga que recurrir a otras pruebas de que el autor ha estado en el lugar descrito: son todas las marcas de subjetividad que puedan encontrarse en el texto, como expresión de emociones, frases exclamativas, interrogaciones retóricas, digresiones, viajes al pasado con la imaginación, críticas al mal gusto de algún monumento descrito, registro de experiencias sensoriales relacionadas con la vista, el olfato o el oído, mención de detalles mínimos impropios de una guía, empleo de figuras retóricas o de una adjetivación original, e incluso el empleo del tópico de la inefabilidad: la afirmación de que determinada vista es indescriptible, y que las sensaciones que despierta no pueden transmitirse con palabras, haciéndose necesaria la vivencia directa

del paisaje o de la obra de arte para sentir la misma emoción. Aisladas, estas marcas de subjetividad no suelen ser concluyentes para demostrar el viaje real, pero acumuladas sí que pueden constituir un indicio suficiente. De todas formas, se hará necesario analizar caso por caso para determinar su pertenencia o no al corpus de literatura de viaje.

Cuando al describir un edificio o una ciudad monumental los rasgos de subjetividad no se limitan a pinceladas aisladas, sino que las emociones se apoderan del texto y llegan a reconocerse como motor del viaje, por encima de motivos científicos o de formación, entonces se ha cruzado otra frontera, penetrando en el terreno de las “impresiones de viaje”, en las que los monumentos no tienen interés por su valor histórico o artístico intrínseco, sino por su capacidad para provocar sentimientos en el viajero, lo que no impide apreciar la estrecha vinculación que presentan artículos histórico-descriptivos e “impresiones”.

Por último, los artículos histórico-descriptivos también comparten frontera con las noticias de descubrimientos arqueológicos, si bien estas no presentan la clara estructura bipartita que hemos descrito, sino que tienen un carácter más noticioso, más “periodístico”, limitándose normalmente a anunciar brevemente la novedad.

3.3.2 – *Artículos de costumbres:*

Aunque no tan numerosos como los histórico-descriptivos, los artículos de costumbres conforman otro de los grandes grupos de textos de *El Museo Universal*.

Distinguir una línea divisoria entre costumbrismo y literatura de viaje es una tarea especialmente ardua, pues la fusión entre ambos, evidente en *El Museo Universal*, no parece, sin embargo, haber dejado cicatriz. Sin lugar a dudas, hay artículos de costumbres sin relación directa con los viajes, y hay literatura de viaje que no describe costumbres,

pero el terreno compartido es notoriamente grande. Una vez más, al igual que ocurría con los artículos histórico-descriptivos, se observa que ciertos artículos de costumbres pertenecen a la literatura de viaje, mientras que otros se quedan al margen de la categoría.

Recordemos, además, con el estudioso Joaquín Marco²²⁵, que este vínculo ya fue apuntado claramente desde el mismo texto inaugural del costumbrismo español: el artículo "Las costumbres de Madrid", introducción a las *Escenas matritenses*, donde Mesonero Romanos explica el género nuevo de los cuadros de costumbres como una reacción personal ante las opiniones superficiales sobre España vertidas por los viajeros europeos en sus escritos. También Larra había hecho explícita esta vinculación en su artículo "Panorama matritense", de 1836, dedicado precisamente a la obra del Curioso Parlante y al movimiento costumbrista en general, donde se lee: "[...] las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse a sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas*, etc."²²⁶. Según esta interpretación, a la primera fase del costumbrismo, en la que destacaron Addison y Jouy y que se centró en la descripción satírica de costumbres de las grandes ciudades, siguió una segunda fase que se fijó en las costumbres de otros países observadas en el transcurso de viajes. El costumbrismo español, por tanto, sería una tercera fase surgida como reacción defensiva frente a la descripción de costumbres españolas realizadas por extranjeros²²⁷.

Admitiendo que puede haber en esto algo de verdad, es preciso advertir también que en *El Museo Universal* los artículos de costumbres no presentan necesariamente espíritu satírico, sino que los hay también objetivos, próximos a la etnografía (como puede

ser “Corrida propiciatoria de los patagones en derredor de los animales domésticos”, del nº 1 de 1869) y otros más líricos que suponen una apropiación muy personal y subjetiva de una determinada costumbre popular, como “La romería de San Isidro”, de Ventura Ruiz Aguilera, del nº 9 de 1857. Además, la literatura de viaje no se restringe a la descripción de costumbres de pueblos extranjeros (o de provincias españolas), pues hay otros elementos que pueden conformarla, como la descripción geográfica, la descripción histórico-artística de monumentos, o la narración de las peripecias del viajero, con lo que queda claro que en ningún caso la literatura de viaje es una forma del costumbrismo sino que, muy por el contrario, la descripción de costumbres es un importante elemento presente en buena parte de la literatura de viaje, la cual además, no lo olvidemos, es una constante (cambiante) de la literatura universal de todos los tiempos, y no un fenómeno literario circunscrito al siglo XIX como el costumbrismo. En todo caso, lo que sí parece demostrable es que el costumbrismo en sentido amplio ejerció sobre la literatura de viaje una influencia decisiva que merecería la pena estudiar en detalle.

También es oportuno recordar que en *El Museo Universal* se separan y diferencian los cuadros de costumbres de las “Costumbres” en general: mientras los cuadros de costumbres, tal y como los fijó Mesonero, se conciben al lado de los relatos, conformando el bloque de las narraciones de ficción que en la época de Ruiz Aguilera como director se identificaban con el marbete de “Novelas y cuadros de costumbres”, la sección de “Costumbres populares” que se publicaba en la misma época pertenece, sin embargo, al grupo de materias misceláneas que tratan de la realidad, como los artículos sobre geografía, historia, ciencia o industria. Por lo tanto, aunque los cuadros de costumbres pertenezcan al costumbrismo, su naturaleza de obras de ficción los separa diáfananamente de la literatura de

viaje, en la que sí que entrarán otros artículos que aborden la descripción de costumbres sin intermedio de la ficción.

Hay un texto clave en *El Museo Universal* en el que se hace explícita la trabazón que se da entre “viajes” y “costumbres”, y es el artículo “Impresiones de viaje. El domingo de Pascua de Resurrección en Benidorm”, de Juan de Dios de la Rada y Delgado, publicado en el nº 7 de 1858. En él, aunque el título nos lo presenta inequívocamente como “impresiones de viaje”, los primeros párrafos son una justificación de lo que va a hacerse en el resto del artículo, que es retratar las costumbres locales antes de que desaparezcan por el paso del tiempo y las invasiones de modas extranjeras, idea que ya aparece sintetizada en las primeras palabras del escrito: “Difícil empresa acometemos hoy, queriendo escribir de costumbres de nuestra patria, cuando estas van desapareciendo con la misma rapidez que avanzan invadiéndolo todo las de otros países”, etc. En este artículo, en definitiva, escritura de costumbres y literatura de viaje se identifican significativamente, y abren el camino a que nosotros hagamos una equiparación similar cuando encontremos textos con características parecidas: en no pocas ocasiones, *El Museo* publicará el texto de un viajero que se desplazó a otra localidad para presenciar y describir una celebración religiosa como una procesión, una peregrinación, una romería, etc., objetivos prototípicos del costumbrismo. En temporada de semana santa y Navidades, acaba convirtiéndose en una regla de *El Museo* incluir algún artículo de este tipo.

En otros lugares de *El Museo Universal* resulta igualmente patente la alianza entre costumbrismo y viajes, como cuando Pedro Alonso de Alarcón en “Mapa poético de España” (nº 12 de 1859), insta a los artistas a viajar por España recogiendo con pluma y pincel la realidad más profunda y genuina del país antes de que esta se vea barrida por la

“globalización” de las costumbres que ya se barrunta. Algo muy similar se dice en la nota explicativa al grabado “El Hogar – Costumbres de Aragón – Dibujo de Don Valeriano Bécquer”, del nº 24 de 1865, en la que, además, la profesión del pintor de costumbres se presenta como indisolublemente asociada a los viajes. Este es el primer grabado, se dice, de una serie basada en dibujos costumbristas salidos de la “cartera de viaje” de Valeriano Bécquer, comisionado para “recorrer [...] las diferentes provincias de España” con el objeto de plasmar en imágenes toda la diversidad y riqueza que aún existe en muchos lugares difícilmente accesibles para los habitantes de las grandes ciudades, desde las que se extiende por doquier un manto de “prosaica monotonía” que amenaza con acabar con toda la “pintoresca originalidad” de los pueblos de España. Los grabados de esta serie vendrán a menudo con notas explicativas escritas por el hermano poeta del dibujante, Gustavo Adolfo, a veces sugerentes textos que inciden en este singular oficio itinerante, que se describe con más detenimiento en la nota sin firma titulada “Costumbres de Aragón – La salida de la escuela – Dibujo de don Valeriano Bécquer”, del nº 42 de 1865²²⁸.

No hay, por tanto, solución de continuidad entre literatura de viaje, artículos de costumbres y grabados costumbristas, ilustraciones que retratan tanto “escenas” como “tipos” y que pueden ser publicados sin un texto correspondiente. Cada vez que *El Museo* publique el grabado de una escena de costumbres propia de la España profunda o de algún otro país remoto, el lector madrileño se verá trasladado inmediatamente a aquel lugar, aunque la imagen no venga acompañada por el texto de un viajero²²⁹.

Los artículos de costumbres también resultan idóneos para una revista ilustrada como *El Museo Universal* (como los histórico-descriptivos) precisamente por poder asociarse fácilmente a imágenes, que en este caso se corresponden con la extendida

“pintura de género” de la época. Otro punto en común entre artículos histórico-descriptivos y los de costumbres es que ambos subgéneros se suman al gran objetivo de *El Museo Universal* de contribuir a la conservación del patrimonio cultural de España, que se percibe como amenazado.

Al igual que ocurría también con los artículos histórico-descriptivos, un artículo de costumbres puede considerarse literatura de viaje cuando haya en el texto evidencias de que lo que se describe es fruto de la observación directa, de la experiencia personal de un viajero. Quedarán fuera de la literatura de viaje los artículos de costumbres elaborados a partir de fuentes documentales, aunque estas hayan sido creadas por viajeros, y también excluirémos del corpus los artículos que, a pesar de ser fruto de una vivencia real, no hayan requerido un viaje para su elaboración, sino que se centren en los usos y costumbres de la ciudad del autor.

Entre los textos costumbristas que dejamos fuera del corpus por este motivo, vale la pena destacar por sus cualidades estéticas y literarias, cuando menos, “Las lavanderas del Manzanares”, de Ventura Ruiz Aguilera (nº 7 de 1859), que contiene magníficas e inusuales imágenes, y que se sitúa exactamente en el límite de la literatura de viaje, pues el autor, aunque no llega a salir de la ciudad en la que reside (Madrid), sí que se desplaza a las afueras de esta ciudad para retratar con palabras la actividad de las lavanderas. También es destacable el par de brillantes y personalísimas cartas de Fermín Gonzalo Morón publicadas en los números 20 y 22 de 1866 y tituladas “Costumbres de Valencia – Cartas escritas por un caballero muy particular a la señora doña N. Y.”, las cuales, además de por su temática costumbrista, se aproximan a la literatura de viaje por su forma epistolar, que es uno de los moldes canónicos de la narrativa de viajes.

Entre los textos costumbristas fronterizos con la literatura de viaje recogidos en el Apéndice Bibliográfico A también resulta singular “Viaje a las Américas, el Rastro”, de Fernando Fulgosio (nº 30 de 1865), que narra una visita al Rastro madrileño parodiando las relaciones de viajes, y en otro orden de cosas, no ya por sus características formales sino por su contenido ideológico, al lector de hoy también le llamará la atención el descarnado racismo contenido en “Cuadro de costumbres – El día de Reyes en la Habana”, de Aurelio Pérez Zamora (nº 1 de 1866), cuya publicación en *El Museo Universal* viene a indicar lo tópico y usual que era el desprecio al negro en nuestra época de estudio.

Finalmente, conviene reforzar la idea de que a menudo la descripción de costumbres no constituye un artículo aislado, sino que es muy común que se integre como un elemento más en artículos más complejos sobre un país o una ciudad, sean estos de tipo enciclopédico y objetivo, o bien, se muestren vertebrados por la narración de un viaje.

3.3.3 – Artículos histórico-geográficos:

Mucho menos numerosos que los artículos histórico-descriptivos y que los artículos de costumbres, como puede observarse en el Apéndice Bibliográfico A, los artículos histórico-geográficos no se confundirían en la época (y aventuro que tampoco hoy) con textos literarios, tratándose de materias muy objetivas probablemente copiadas literalmente de fuentes que no se citan, como enciclopedias o diccionarios geográficos. Si una de las concepciones de literatura más extendidas en nuestros días es la del discurso anómalo, la del lenguaje que se aparta del habitual²³⁰, los artículos histórico-geográficos nos parecerán perfectamente antiliterarios, pues son neutros y planos, evitando llamar la atención sobre el estilo. Por esta misma razón, por su impersonalidad y homogeneidad, no podemos

destacar aquí ninguno de estos textos en concreto, muchos de los cuales son obra del periodista “A.”, viniendo otros muchos sin firma.

Cuando el título de un artículo es el nombre de un país, vamos a encontrarnos con un artículo histórico-geográfico de tipo enciclopédico, o bien con la narración de un viaje. Cuando el título sea el nombre de una ciudad, normalmente estaremos ante un artículo histórico-geográfico o ante uno histórico-descriptivo, teniendo en cuenta que mientras el artículo histórico-descriptivo se limita a los principales edificios monumentales de la ciudad, el histórico-geográfico habla de las principales actividades económicas del lugar, de su situación geográfica, de su población, sus infraestructuras, y sus opciones de ocio. En todo caso, a diferencia de los artículos histórico-descriptivos, que siempre tienen una parte dedicada a la historia y otra dedicada a la descripción del monumento, los histórico-geográficos con frecuencia serán apenas “históricos” o apenas “geográficos”, si bien tampoco faltan los que reúnen los dos tipos de informaciones “útiles”.

Generalmente, *El Museo Universal* publica uno de estos artículos histórico-geográficos sobre un país o una ciudad cuando ha ocurrido recientemente en este lugar algún acontecimiento de relevancia, como una batalla o un desastre natural, pero en algunas ocasiones se publican artículos histórico-geográficos desconectados de la actualidad, cuando el exotismo del país descrito suscita por sí mismo el interés suficiente.

Debemos recordar que las informaciones transmitidas por este tipo de artículos eran muy bien valoradas por intelectuales como el director literario de *El Museo* Nemesio Fernández Cuesta, quienes las consideraban el meollo, lo verdaderamente instructivo, de los artículos de viajes, que en todo caso tenían la virtud de presentar estos datos de manera más atractiva para el lector medio. Según esta corriente de opinión, estas informaciones

eran imprescindibles en un escrito de viajes mínimamente serio (con pretensión de instruir o de describir científicamente) condenándose abiertamente que el “yo” narcisista del viajero llegase a eclipsar con su presencia y sus emociones subjetivas los contenidos que se consideraban esenciales en esta clase de artículos. Siguiendo esta tendencia, tal y como vimos en el segundo capítulo, habrá viajeros que, a pesar de haber vivido una larga temporada en el lugar que describen, optarán por suprimir toda subjetividad, relegando cualquier experiencia personal en favor de las fuentes documentales que han consultado. Estos casos, aunque raros, se presentan en *El Museo* como literatura de viaje modélica, por lo que deben entrar en un corpus elaborado con criterios historicistas.

Los artículos histórico-geográficos no exigen la presencia de un grabado correspondiente, pero pueden venir acompañados por un mapa del país o por una vista panorámica de una ciudad.

En cuanto a las fronteras entre subgéneros periodísticos, ocurre que cuando un artículo histórico-geográfico se centra en la población de un lugar, deriva naturalmente hacia la descripción de costumbres, estableciéndose una difusa zona de transición entre ambos tipos de textos. Por lo demás, incluso los artículos de viajes más radicalmente subjetivos incluirán siempre informaciones histórico-geográficas de los lugares que se visitan, por mucho que estas puedan ser incompletas o asistemáticas.

3.3.4 – *La semblanza biográfica:*

Más raramente, digamos que en una franja menor de terreno, el artículo biográfico hace frontera con la literatura de viaje o, para ser más exactos, un pequeño número de artículos biográficos entra de lleno en el territorio de la literatura de viaje, mientras otros,

tampoco muchos, se sitúan en una zona fronteriza y otros, más alejados y mucho más numerosos, no guardan relación alguna con los viajes.

Según lo que veíamos en el primer capítulo, el artículo biográfico es uno de los subgéneros más comunes en *El Museo Universal*, tal vez porque el texto viene generalmente asociado a uno de los grandes géneros de representación gráfica de todos los tiempos, que, como es lógico, no podía faltar en una revista ilustrada: el retrato.

El Museo Universal, a lo largo de sus trece años de andadura, recogió entre sus páginas una importante galería de retratos de personajes contemporáneos relevantes, tanto españoles como extranjeros, predominando políticos, militares y gobernantes, pero sin olvidar personajes del mundo de las artes y las ciencias, y reproduciendo en no pocas ocasiones los retratos de figuras importantes del pasado. Dichos retratos vienen generalmente acompañados por textos de diversa extensión, con datos biográficos, que se adivinan subordinados a la imagen.

Estos retratos y estos artículos biográficos se aproximan a la literatura de viaje cuando el retratado es un expedicionario, un viajero o un descubridor o conquistador de tierras. Entrarán en el terreno de la literatura de viaje cuando el texto biográfico, incompleto, se concentre en un viaje realizado por el personaje, que se narre con cierto detalle. Permanecerán en zona de frontera los artículos que presenten la biografía completa, remontándose al nacimiento o infancia del personaje, y se limiten a enumerar sus viajes sin narrar sus vicisitudes.

A diferencia de los artículos limítrofes de costumbres e histórico-descriptivos, que para ser listados exigen, por su gran número, un apartado propio (razón principal del Apéndice Bibliográfico A), los artículos biográficos que tienen relación con los viajes sin

llegar a entrar en el corpus sí que pueden tener cabida aquí, pues son apenas siete: “D. Alonso de Ercilla y Zúñiga”, de G. Cruzada Villaamil (nº 22 de 1857); “Hernán Cortés”, por F. Pi y Margall (nº 9 de 1858); “Colón”, de Felipe Picatoste (nº 18 y 19 de 1858); el pasaje dedicado a la biografía de Humboldt en la Revista del nº 10 de 1859, de Nemesio Fernández Cuesta; “Marruecos. El príncipe Aly-Bey-el-Abbassi (Domingo Badía y Lebllich)”, de Mesonero Romanos (nº 20 de 1859); “Vasco Nuñez de Balboa”, de Manuel Juan Diana (nº 41 de 1860); y “El doctor Livingstone”, sin firma (nº 42 de 1866).

Las semblanzas biográficas, especialmente aquellas centradas en un periodo viajero de la vida del personaje retratado, comparten una de sus fronteras con los relatos, y más específicamente con los relatos en tercera persona sobre acontecimientos verídicos, que son minoría en el conjunto de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, en la que predomina la narración en primera persona. En la zona de contacto entre artículos biográficos y relatos verídicos en tercera persona, los subgéneros se confunden una vez más, no siendo posible establecer un límite preciso entre el fragmento biográfico y la narración sobre hechos reales. Tanto la biografía como las relaciones de viaje se consideraban en la época parte de la historiografía, y no parece justificable una separación entre viajeros antiguos y modernos, aunque sí pueden distinguirse claramente los viajeros de mayor relevancia histórica, protagonistas de grandes hazañas o de importantes descubrimientos geográficos, frente a los personajes que protagonizan anécdotas o aventuras de gran interés para el lector pero irrelevantes desde un punto de vista histórico.

Existe incluso una zona de transición entre la biografía o narración en tercera persona y los relatos de viajes en primera persona, pues *El Museo Universal* va a presentar en algunas ocasiones, como sucede en los episodios de caza narrados por Felipe Carrasco

de Molina, una reelaboración de textos escritos originalmente por los viajeros en primera persona, llegando a incluir citas textuales de la narración original, de manera que se alternan la tercera y la primera persona en el relato.

Por otro lado, los retratos y sus correspondientes textos biográficos, cuando reproducen la imagen de algún importante personaje de otro continente, resultan contiguos a los tipos exóticos del costumbrismo, con la diferencia de que mientras estos suelen aparecer retratados de cuerpo entero y son personajes anónimos, a veces incluso idealizados, en los retratos normalmente se reproduce con gran realismo el busto de personas de relieve en su país de origen, por mucho que al lector de *El Museo* lo que más le llame la atención sean los rasgos raciales del retratado y los inusuales atuendos con que este se viste, extraña mezcla, a veces, de ropajes locales y europeos.

3.3.5 – *El relato:*

Según los criterios que hemos asumido aquí, presentes en el propio *Museo Universal*, para distinguir la literatura de viaje no basta con narrar las peripecias de un desplazamiento por tierras extrañas, sino que el viaje que se relata tiene que haber sido real, “histórico”. Como hemos visto en el segundo capítulo, las narraciones de viajes verídicos se englobaban en el campo de la Historia y la Geografía, junto con los textos biográficos, y en *El Museo Universal* estas aparecían físicamente separadas de los relatos de ficción, que se situaban en las últimas páginas de cada número.

Los relatos de viajeros se consideraban, desde Heródoto, fuentes primarias de conocimientos muy variados sobre las tierras descritas: geografía, historia, zoología, botánica, etnografía, etc., etc. El hecho de haber presenciado personalmente estas

realidades confería a estas narraciones autoridad y fiabilidad, adoptándose como documentos de referencia para hablar de otros países. En *El Museo* tenemos aún una huella del crédito del que gozaban los viajeros como testigos de realidades lejanas: en el artículo “La India y los indios”, firmado por F. P. y M. (nº 6 de 1865) se lee:

Imposibles parecen en nuestros tiempos esas expiaciones tremendas: no las creería de seguro el lector, si no supiese que están consignadas en libros de viajeros que han visitado nuevamente la India y visto con horror tan repugnantes espectáculos.

Además, en el artículo “Marruecos” del nº 21 de 1859, firmado con asteriscos, también se presume de partir de fuentes autorizadas al reproducir lo que “hablan los viajeros”, y otros artículos histórico-geográficos e histórico-descriptivos publicados en *El Museo* reconocen basarse en libros de viajes.

No obstante, también se ponían importantes reparos a este extendido prestigio de los viajeros, hasta el punto de que la denuncia de las falsedades e inexactitudes de las relaciones de viajes puede considerarse un importante y extendido tópico de *El Museo Universal*, que repiten sus directores literarios²³¹ y que se registra también en artículos como “España y los franceses”, de Alarcón (nº 11 de 1859), “Consideraciones sobre la revolución de las comunidades de Castilla”, de Abdón de Paz (nº 13 de 1864), o “Viajeros ingleses en España”, de Nicolás Díaz de Benjumea (números 33-38, 40, 43, 44, 48, 49 y 52 de 1868), en el que ya nos hemos detenido en el apartado 2.3.2 del capítulo anterior.

Debemos anotar, no obstante, que lo que se hace en la gran mayoría de esos casos es criticar a los viajeros extranjeros que escriben “disparates” sobre España a partir de fugaces viajes de pocos días. Además, aun cuando no aflora expresamente la condena a las

ligeras opiniones de los turistas, en *El Museo Universal* se aprecia por doquier una postura defensiva ante las críticas de los extranjeros hacia España, masa oscura y latente de opinión que se adivina envolviendo contextualmente al *Museo*, con la que se dialoga y ante la que se reacciona contraatacando a lo extranjero y ensalzando lo nacional. Como veíamos en el primer capítulo, el conjunto de *El Museo Universal* puede entenderse como un esfuerzo por contrarrestar la leyenda negra sobre España alimentada y propagada por los viajeros extranjeros en sus escritos, una operación de prestigio nacional protagonizada por intelectuales y artistas en una época en la que la política adoptaría la vía militar con el mismo fin, emprendiendo campañas contra Marruecos y contra repúblicas americanas con el objetivo prioritario de recuperar prestigio internacional.

En otras ocasiones, sin embargo, la crítica a los viajeros es más general y abstracta, sin tintes nacionales, considerando habitual la inclusión, consciente o no, de mentiras en las relaciones de viajes. Eso cuando lo que es mentira no es el viaje en sí, y el supuesto “viajero” apenas se ha desplazado hasta la biblioteca más próxima para recabar los datos necesarios, algo que no debía de ser raro en la época, según se colige de las palabras de Nemesio Fernández Cuesta en la Revista del nº 4 de 1858, donde, como quien hace referencia a un lugar común, el director de *El Museo* desliza el siguiente comentario: “[es] semejante en esto a muchos autores de viajes que no han salido de su gabinete, refiere lo que le han contado, no siempre como se lo han contado, y añadiendo de su cosecha lo que le parece que debe haber sucedido”.

Era común, en definitiva, que “viajeros de gabinete” se hicieran pasar por verdaderos viajeros apoyándose en obras escritas anteriores y llegando a recurrir al plagio, pues para llevar a cabo con éxito su fingimiento no tenían más salida que ocultar sus fuentes

documentales. Algo aproximado a esto sucedió al menos en dos ocasiones en *El Museo Universal*: es el caso de “Recuerdos de una estación en los mares indo-chinos”, de Federico Pérez Molina (1860, n° 50, 51) donde, aunque el autor afirma haber escuchado la historia de un marino que conoció en París, del que no da el nombre, el texto es fiel traducción (encubierta) de pasajes del libro de Jean Pierre Edmond Jurien de la Graviere titulado *Voyage de la corvette La Bayonnaise dans les mers de Chine*, de 1854; y algo muy similar ocurre con el texto “Ignacio Correa, cazador de tigres”, firmado por L. S. (1867, n° 40), cuyo autor se presenta como viajero que conoció personalmente al cazador brasileño, cuando varios indicios prueban que el texto es una adaptación de “Ignácio Correa, o caçador de onças (typo nacional)”, de Henrique Cesar Muzzio, incluido en su obra *Typos nacionales*, incluida a su vez en la *Bibliotheca Brasileira* (1863). Si hay más falsos viajes como estos en *El Museo Universal*, lo cual es muy posible, no los hemos podido reconocer. En cualquier caso, podemos entender estos plagios como una consecuencia directa de la gran demanda que había por parte del público de este tipo de obras, y tal vez sea esta misma la explicación de muchos textos que juegan con la ambigüedad confundiendo al lector y no llegando a declarar abiertamente si hubo, o no, una experiencia de viaje real como origen de la escritura.

Un caso diferente es el de las narraciones de cacerías firmadas por Felipe Carrasco de Molina a lo largo de muchos años (1859-1866), quien cita abiertamente sus fuentes (por ejemplo, los escritos de los cazadores Jules Gerard y Pablo Chaillu) solo que, para hacer las historias más novelescas, las adapta con gran libertad, no solo seleccionando las escenas más impactantes, sino también añadiendo elementos, pasajes, diálogos, etc. que no estaban en el original, y que son por tanto falsedades o ficciones intercaladas por Molina.

Los diálogos, en general, incluidos en los relatos de viajes, son elementos novelescos que, introducidos en narraciones pretendidamente verídicas, pueden comportarse como cuñas de ficción que resquebrajen la verosimilitud del conjunto, al menos desde nuestro punto de vista, pues al lector exigente puede no resultarle creíble el registro exacto, palabra por palabra, del discurso directo de los personajes, cuando lo que ocurre no es que un personaje se expresa con un registro literario tan cuidado como poco natural²³². Este recurso es habitual en novelas y relatos, donde normalmente pasa desapercibido para el lector, que lo asume como una de tantas cláusulas del gran pacto de ficcionalidad que suscribe con el autor al iniciar la lectura, pero en narraciones verídicas se presenta como problemático al evidenciar que el texto tiene mucho de manipulación artificiosa de la realidad, lo cual ataca a la raíz esencial del relato de viaje, a la fuerza de su autenticidad, revelando en este tipo de escritos una complejidad inesperada. Además, parece claro que en varias narraciones de viajes, como en las de Manuel Murguía (y más en concreto en “Viaje pintoresco por la ría de Vigo”, de los números 5-7 de 1858) se introducen personajes ficticios con alguna función narrativa, como puede ser dialogar con el autor-personaje sobre el lugar que se está visitando, sirviéndole incluso de guía, presentando las obligadas informaciones históricas, geográficas o artísticas de una manera más dinámica y amena, incorporándolas con el diálogo a la acción y al tiempo narrativo. Dando un paso más allá, tenemos el texto fronterizo “Un paseo por el campo (la escena pasa en Alicante)”, de Antonio Campos y Carreras (nº 24 de 1868), en el que el interlocutor erudito e informador es una franca caricatura, un personaje abiertamente ficticio que contagia de su irrealidad al conjunto del texto.

En otras ocasiones, el interlocutor inventado que se introduce es el destinatario de la falsa carta en que se vehicula la narración del viaje, como el “Pepe” al que se dirige Jiménez Serrano en “De París a Londres” (nº 2 de 1858). También a “Pepe” se dirige Pedro Antonio de Alarcón en su carta-artículo “De Madrid a Santander” (nº 19 de 1858), dando a entender que la forma epistolar es una convención, un molde falso para contenidos verdaderos. El propio Alarcón, que en *El Museo* se muestra dado a la experimentación formal, da un paso más allá, que lo lleva fuera de lo que consideramos literatura de viaje, en “El Buen Retiro”, del nº 10 de 1858, que es otra “carta de viajes” modélica, con la particularidad de que no solo el destinatario es inventado (Mariquita), sino también el remitente, Juan, un personaje recién llegado a Madrid. Un caso más de supuestas cartas de viaje escritas por un remitente ficticio lo tenemos en “Nuevas cartas marruecas” (nº 7, 12, 17, 20, 23 y 24 de 1860), presentadas por una nota a pie de página de la redacción que da a entender que el escritor de estas cartas no es en realidad marroquí, sino un autor español realizando un ejercicio de literatura oriental. Por otro lado, no sabemos si el Manuel Rodríguez, el Francisco Rueda López o el Luis Borbujo a los que se dirige Augusto Jerez Perchet en sus “cartas de viaje” son personajes reales o inventados, pero de lo que no nos cabe duda es de que estas cartas son fingidamente íntimas, pues desde su creación estaban destinadas a ser cartas abiertas al público.

Entendemos que por detrás de todos estos destinatarios ficticios se encuentra el lector del periódico, al que los autores de viajes se dirigen a menudo directamente, invitándolo a pasear a su lado por los lugares que recorren, y llegando a transformarlo en un personaje de ficción, en una entidad que llega a ser corpórea y a ocupar un espacio en

el mundo narrativo, una suerte de compañero de viaje ciego al que hay que ir describiéndole todo lo que sale al paso.

Por otro lado, e insistiendo en los problemas de verosimilitud, el relato del viaje del vizconde de San Javier al África Central que se publica a lo largo de 1864²³³ resulta de vez en cuando sospechoso por su concentración de *mirabilia* apenas en el viaje de ida (fosforescencia de las aguas, peces voladores, manga de agua, tiburones que saltan, etc.) Da la sensación de que el autor, como es costumbre en los relatos de tantos viajeros, “enriquece” su viaje con las experiencias de otros para hacerlo más atractivo. Y aún hablaré de otro texto de verosimilitud cuestionable: “El rancharo mejicano”, de Niceto de Zamacois (nº 35 y 37 de 1863), que más que una experiencia real concreta, parece confeccionar una narración ficticia a partir de varias vivencias verdaderas que han sido unificadas en un relato quintaesenciado, abstracto, que posiblemente tiene la intención de retratar al rancharo mejicano “ideal”, al tipo costumbrista²³⁴.

Los relatos comentados hasta ahora son los casos más patentes de la falsedad o ficción que entrañan muchas de las historias que cuentan los viajeros, pero lo cierto es que ningún texto puede librarse de nuestra desconfianza, siéndonos imposible determinar cuántas y cuáles de las informaciones vertidas en estas narraciones son erróneas, parciales, falsas o manipuladas, y menos aún sabremos qué y cuánta realidad fue omitida, censurada, ignorada o escamoteada. Cada miembro de una expedición relatará *su* viaje, y sin duda ninguna de las versiones se corresponderá plenamente con la realidad, siendo cada una un recorte subjetivo de la misma.

Llegados a este punto, y tras constatar que entre relatos de ficción y relatos verídicos o históricos²³⁵ no hay diferencia de fondo, cabe preguntarse cómo vamos a

diferenciar entonces unos de otros y si es de hecho posible separar la narrativa de ficción de la literatura de viaje tal y como se entiende en *El Museo Universal*. La solución que observamos resulta considerablemente simple, y consiste en la autodeclaración de la veracidad o ficcionalidad de lo que se narra: lo determinante para pertenecer a la literatura de viaje no es que el texto no contenga ninguna falsedad, sino que se presente explícitamente ante el público como una experiencia real, estableciendo con el lector una suerte de pacto de veracidad inverso al pacto de ficcionalidad de novelas y relatos. El pacto de ficcionalidad es sin duda psicológicamente más complicado, pues consiste en saber que lo que se lee es mentira, pero se finge que no se sabe, mientras que el pacto de veracidad no es otra cosa que el acto de fe que se hace cada vez que se intercambia información. En ambos casos, desde luego, al menos para disfrutar con la lectura, se hace necesaria una buena dosis de inocencia, pues el exceso de desconfianza arruinará el goce que puede sentirse con una narración abiertamente ficticia o con la relación de un viaje repleto de maravillas. En definitiva, aunque no se pueda decir que los relatos de viajes no sean también ficticios, el hecho es que se leen de una manera diferente, sin aplicar el pacto de ficcionalidad, sino el bien diferente pacto de veracidad, que confiere a un relato un enorme poder de convicción, de verosimilitud y de empatía, lo que posiblemente basta para explicar el gran éxito de la literatura de viaje en el siglo XIX, que no se debe tanto a la calidad estética de los textos, ni a lo instructivo de sus informaciones, sino, sobre todo a la autenticidad de las emociones expresadas.

Tras estas consideraciones generales sobre la falta de frontera entre la ficción y la no ficción, podemos pasar a tratar de problemas más puntuales, pero también representativos, que nos hemos encontrado a la hora de configurar el corpus:

A uno de ellos ya aludíamos en el apartado 2.3.6 del anterior capítulo, y es el grupo de relatos de ficción (a los que se suman otros textos) que presentan un título engañoso que parece adscribirlos a la literatura de viaje, posiblemente por el gancho que esta tenía entre el público, si bien más tarde o más temprano se pone de manifiesto la naturaleza ficticia del relato: son “Recuerdos de un viaje”, de Benigno Rezusta (nº 42 de 1862), “Un episodio de viaje”, de L. de la Vega (nº 50-51 de 1863), “A las Indias”, de José María de Pereda (nº 48 de 1864), “La estrella de los valles, impresiones de un viaje”, de Eugenio G. Ruiz (nº 22, 25, 26, 28, 30, 33, 34, 36, 37 de 1865), “La prueba de amor (nota de viaje)”, de J. P. de la Roca (números 48, 49 y 51 de 1866), “Del Ferrol a Cartagena – novela viaje”, por Manuel González de Guevara (nº 50-52 de 1868), además del comentado un poco más arriba “Un paseo por el campo (la escena pasa en Alicante)”, de Antonio Campos y Carreras (nº 24 de 1868).

Además de estos relatos, hay otros dos en *El Museo Universal* que se confunden con literatura de viaje no tanto por su título como por su contenido. Son “Una conversación en la Alhambra”, de Alarcón (nº 20 de 1859), y “Una pasión en alta mar”, por A. (tal vez Augusto Ferrán), publicado en el nº 46 de 1861. El primero es particularmente interesante porque se trata de una prototípica narración en primera persona en la que autor y narrador coinciden, cuando, además, al lector de *El Museo Universal* ya empezaba a serle familiar el nombre de Alarcón por sus peculiares crónicas viajeras, de manera que no se sospecha estar ante una ficción hasta bien entrada la historia, cuando Alarcón empieza a conversar con un misterioso personaje que ha subido a la diligencia. El segundo texto ya se adivina como un relato sentimental desde su mismo título, pero tiene de peculiar (además de su

tono desencantado) que se nos presenta como una historia verídica, y que se aportan detalles muy concretos del viaje transatlántico.

En todo caso, varias características separan las narraciones ficticias como las anteriores del relato de viajes prototípico: en los relatos de “creación”, el paisaje se describe para ambientar previamente la acción de los personajes, mientras en los relatos de viajes la descripción tiene valor en sí misma, y la acción de los personajes se reduce a menudo a observar lo que se describe. La acción y la complejidad psicológica de los personajes se desarrollan mucho más en los relatos de ficción, cuyo núcleo es un conflicto humano, generalmente sentimental. Por su parte, el narrador viajero suele envolver en su subjetividad todo el relato de viaje, pero lo habitual es que no intervenga ni interactúe gran cosa con el medio, comportándose pasivamente, recogiendo impresiones como una película sensible, o en todo caso criticando en sus apuntes lo que ve. Sin embargo, no hay constancia de que lo observado modifique interiormente al viajero, de manera que este es, narrativamente, un personaje plano. El resto de personajes del relato de viajes (además del narrador viajero) tienen aún menor desarrollo, describiéndose con unos pocos trazos físicos y psicológicos, deteniéndose algo más en las figuras más exóticas. Una particularidad de los relatos de viajes es que suelen incluir en sus páginas a personajes históricos contemporáneos, a los que se trata con la debida cautela; frente a esto, la ridiculización de alguno de los compañeros de viaje del narrador-autor es un fuerte indicio de que estamos ante una narrativa ficticia. Por otro lado, la localización espaciotemporal de los relatos literarios es frecuentemente vaga o aproximada, mientras que en las narrativas viajeras se observa un prurito por localizar geográfica y temporalmente la historia con gran exactitud, facilitándose muchas veces, además de la fecha, la hora de salida y de llegada al destino, e

incluso la hora exacta a la que se pasa por destinos intermedios. Finalmente, mientras en la narrativa de ficción lo común es crear artificialmente ciertos vacíos de información que el lector, una vez despertada su curiosidad, va a querer completar avanzando en la lectura, de manera que la satisfacción de este deseo se sitúa siempre en el futuro, no siendo raro que se aplase en varias ocasiones su cumplimiento, alimentándose una especie de “ansiedad por el desenlace”, en las narraciones de viajes, por su parte, no existe (normalmente) intriga ni suelen crearse expectativas para el futuro, existiendo apenas el presente, teniendo cada momento la misma importancia, no estando ninguno de ellos subordinado a un inexistente desenlace que diera sentido retrospectivamente a todos los elementos aparecidos en la narración. Por lo tanto, en las relaciones de viajes no se cumple el famoso precepto del clavo (o la pistola) de Chejov, pues los elementos que aparecen no tienen una funcionalidad narrativa, y el hecho de seleccionar ciertas informaciones tendrá otros objetivos, como puede ser la defensa de una tesis determinada que pretenda incluso provocar reacciones políticas concretas: la restauración de un monumento u obra pública, el desarrollo económico de una región, la declaración de guerra contra un determinado país, el establecimiento de relaciones comerciales con otro, la conquista de un territorio, etc. En todo caso, esa misma ausencia de intriga, esa “falta de prisa” de las narraciones de viajes, explica la frecuencia, y las dimensiones, de los remansos descriptivos, algo en principio impensable en las narraciones ficticias al uso, en las que la descripción está al servicio de la trama, y no puede extenderse más allá de lo indispensable pues tal cosa entorpecería la fluidez de la acción, que goza de prioridad absoluta.

El anterior contraste entre narrativas de ficción y narrativas de viaje no puede entenderse, en todo caso, como una regla general, pues en *El Museo Universal* vamos a

encontrar un importante número de textos que la incumplen al presentar todas o la mayoría de las características de la narrativa de ficción antedichas, cuando, sin embargo, a la vez se declara explícitamente que estamos ante historias verídicas. Se trata de algunos textos que al ser adaptados por terceros han recibido un trato especialmente novelesco, ajustándose a moldes más propios de la ficción. Son relatos de los que ya hemos hablado: “Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco (América Meridional)” (nº23-26, 28 de 1866), “Aventuras de un abolicionista del Kansas, en el Missouri (Estados Unidos) en 1855” (nº 28, 30-34 de 1868), y luego todos los abundantes relatos de cacerías incluidos en *El Museo*, comenzando por las numerosas que publicó Felipe Carrasco de Molina, autor que, como decíamos un poco más arriba, disponía con gran libertad de los materiales originales, recortándolos, reorganizándolos e incluso añadiéndoles pasajes nuevos, todo con el fin de hacer la acción más trepidante.

Otro problema detectado al intentar deslindar la narrativa de ficción de la narrativa de viajes para conformar nuestro corpus es que en no pocas ocasiones encontramos relatos con un prólogo en el que se nos muestra al autor desplazándose a una determinada población donde escuchará de boca de algún lugareño una leyenda local, que el autor, a modo de folclorista, llevará al papel de una forma más o menos literaturizada. Este tipo de narraciones presenta un vínculo evidente con el costumbrismo, y con la atracción por lo popular de los románticos, y la aparición en ellas del viaje como asunto es asimismo innegable. Su pertenencia a la literatura de viaje tal y como la hemos definido, sin embargo, requerirá la constancia de que el viaje al que se hace alusión ocurrió de hecho, y que la historia recogida fue fruto de este viaje, no siendo este prólogo viajero un artificio literario para dotar de mayor credibilidad a la leyenda que introduce. Por este motivo, al no haber

cómo confirmar por el texto si el viaje mencionado ocurrió de hecho o si forma parte de la ficción, el artículo “Recuerdos fantásticos de Galicia. El monasterio de Meira”, de M. Lerroux (nº 30 de 1867) se ha dejado al margen de nuestro corpus.

Por lo demás, pasando a hablar ya de problemas fronterizos entre subgéneros, diremos que el relato de viajes linda por un lado con el artículo biográfico, como apuntábamos en el apartado 3.3.4, pero advertiremos por otra parte que la narración viajera tiene a menudo carácter aglutinante, acogiendo de manera natural otros subgéneros que aparecen ensartados por el hilo del relato. Concretamente, es raro encontrar relatos de viajes que no incluyan pasajes histórico-descriptivos, histórico-geográficos y de descripción de costumbres que, llegado el caso, no pudieran conformar artículos independientes, e incluso es bien sabido que estos pasajes normalmente provienen de hecho de fuentes documentales como diccionarios geográficos o guías para viajeros, de donde se copian más o menos literalmente.

Por último, es curioso apuntar que mientras los relatos de ficción raramente van acompañados de ilustraciones, los relatos de viajes sí que vienen a menudo con grabados ilustrativos, que pueden representar unas ruinas, un edificio monumental, una escena de caza, un paisaje, una escena dramática, una escena de costumbres, unos “tipos” locales, etc.

3.3.6 – *Otros textos fronterizos:*

Además de los cinco subgéneros periodísticos cuya relación con la literatura de viaje acabamos de comentar, encontramos aún en *El Museo Universal* otras materias aisladas vinculadas a los viajes que se mantendrán, no obstante, al margen del corpus por

no ser frutos directos de viajes reales. Tenemos, por un lado, multitud de breves noticias sueltas o incluidas en la Revista de la Semana sobre expediciones, descubrimientos geográficos, viajes de gobernantes, descubrimientos arqueológicos, etc., muchas de ellas incorporadas al capítulo anterior, que por su escaso desarrollo no pueden considerarse narraciones de viajes en tercera persona, sino apenas escuetas informaciones con los datos fundamentales del acontecimiento novedoso.

Otro pequeño grupo de artículos estrechamente relacionados a los viajes es el de las reseñas de guías para viajeros y de libros de viajes recién publicados, productos indirectos que tampoco hemos incluido en el corpus. Bastante más ambicioso que una reseña de libros de viajes es el artículo “Viajeros ingleses en España”, de Nicolás Díaz de Benjumea (números 33-38, 40, 43, 44, 48, 49 y 52 de 1868) en el que ya nos detuvimos en el apartado 2.3.2 y que, aunque difícil de clasificar, es sin duda un artículo clave para comprender la literatura de viaje de la época.

Entre los artículos excluidos que también podrían confundirse por su título con artículos de viaje, encontramos unos pocos que, titulados con el nombre de un país o región, son por encima de todo artículos de opinión que explican la situación del lugar descrito y cómo habría que actuar en consecuencia. Ejemplos de este tipo de artículos son “Santo Domingo y la península de Samaná”, de José María Autran (nº 9 de 1864) o “Islas Canarias”, que firma “S.S.” en el nº 21 de 1865.

Por último, también encontraremos algún que otro texto relacionado con los viajes que no termina de encajar en ninguno de los grupos anteriores, como “Cascada de Huachinango”, del Conde de la Cortina (nº 24 de 1857) que habla de este accidente natural con objetividad científica y sin huellas de haberlo presenciado personalmente, o

“Instrucciones de un artesano a su hijo al partir para un viaje por países extranjeros (nº 15 de 1860), una lista de consejos para viajar que parece un documento antiguo, tal vez medieval, rescatado de alguna obra que no se cita.

3.4 – Características del corpus de literatura de viaje de *El Museo Universal*

Tras aplicar la definición de literatura de viaje propuesta en apartado 3.2 sobre los más de 600 textos vinculados a los viajes que hemos encontrado en *El Museo Universal*, con las particularidades para cada subgénero apuntadas en las páginas anteriores, seleccionamos un corpus de 193 textos que ordenamos por autor en el Apéndice Bibliográfico B.

En todo caso, a pesar de cumplir con los criterios mínimos de nuestro concepto de literatura de viaje, estas dos centenas de textos presentan una notable heterogeneidad formal en todos los demás aspectos: tamaño, estilo, finalidad, mayor o menor peso de la descripción, mayor o menor narratividad, etc. En cuanto a su extensión, los textos pueden ir de dos o tres columnas en un único número a estar fragmentados en varios números, extendiéndose su publicación en algunas ocasiones a lo largo de muchos meses, siendo el caso intermedio el de los textos que ocupan varias de las páginas centrales de un solo número. En relación al estilo, encontraremos textos planos de estilo muy neutro y objetivo, otros que preferirán un tono coloquial e informal, y aún otros que presenten un estilo muy cuidado, con abundancia de figuras retóricas. En lo referente a la finalidad del texto, muchos querrán apenas informar al lector, o instruirlo, otros pretenderán, además, entretenerlo, y habrá otros que hagan del lector un confidente, transmitiéndole emociones y pensamientos muy personales inspirados por el lugar visitado. En cuanto a la descripción

(de monumentos, territorios, paisajes y costumbres), aunque la regla general es que tenga un gran peso, este varía de un texto a otro, pudiendo, en casos extremos, estar subordinada a la trama narrativa. Por último, podemos llegar a encontrar casos opuestos, que sean puramente descriptivos, sin asomo de narración, si bien generalmente la literatura de viaje de *El Museo Universal* se construye empleando unas mínimas coordenadas narrativas como son el tiempo y los personajes.

Toda esta variedad se debe, en primer lugar, a que la literatura de viaje de *El Museo Universal* no es un género literario formal ni definido, sino una categoría de textos que comprende toda una serie de subgéneros periodísticos apropiados para plasmar la experiencia de un viaje (personal o de otros): el artículo histórico-descriptivo, el artículo de costumbres, el artículo histórico-geográfico, el artículo biográfico y el relato, a los que hay que añadir subgéneros híbridos formados por múltiples combinaciones de todos ellos y que vienen a conformar la masa textual más importante de la literatura de viaje de nuestra revista.

En efecto, en el corpus hay artículos de subgéneros puros (cuyas características hemos descrito a lo largo de este capítulo), pero son los menos. En este sentido, llama la atención que la abrumadora predominancia de los artículos histórico-descriptivos que observábamos en *El Museo* como un todo, entre las materias vinculadas a los viajes, no tiene correspondencia con el relativamente escaso número de artículos de este tipo que encontramos en el corpus, a lo cual intentaremos dar una explicación en este mismo capítulo.

Por lo demás, la gran masa de textos híbridos que conforman la mayoría del corpus, a pesar de su enorme variedad, parecen polarizar en torno a dos modelos abstractos a los

que denominaremos, respectivamente, “relaciones” e “impresiones de viaje”, apropiándonos de una terminología ya empleada en *El Museo Universal*, modelos que pasaremos a describir y a contrastar enseguida.

Pero antes, no podemos dejar de señalar que la gran diversidad del corpus de literatura de viaje de *El Museo Universal* no se explica apenas por la variedad de sus componentes constitutivos (los subgéneros), sino que es preciso recurrir también a un rasgo mucho más amplio de la cultura de la época de nuestra publicación, en la que estaba en plena vigencia el paradigma romántico de la creatividad, que rechazaba la reproducción de modelos y alentaba la originalidad, la libertad, la experimentación, la genialidad, y la creación de mundos nuevos mediante el arte.

En semejante contexto, en el que cada autor buscaba singularizarse con propuestas novedosas, no podía dejar de darse una tensión dialógica entre los géneros constituidos y las constantes rupturas de los mismos que tendría como consecuencia la máxima fragmentación posible, la configuración de todo un mosaico genérico que tan solo observado con la distancia suficiente permitiría vislumbrar grupos de textos con un contorno más o menos definido.

Aunque, ante la heterogeneidad de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, el investigador pueda tener una primera impresión de encontrarse ante una acumulación de excepciones, sin que termine de aparecer “la regla” ni ningún texto que pueda considerarse prototípico, poco a poco van distinguiéndose rasgos que se repiten, perfilándose finalmente dos grandes modelos con características comunes que denominaremos “relaciones” e “impresiones de viaje”, respectivamente, si bien estos dos grupos de textos no logran abarcar la totalidad del corpus.

3.4.1 – Relaciones de viaje

Llamaremos aquí “relaciones” a los textos más narrativos de nuestro corpus, en los que las descripciones de las tierras recorridas (generalmente distantes y poco conocidas en Occidente) aparecen engarzadas en el sostén estructural que supone la acción del viajero protagonista y sus peripecias, acción que suele coincidir con el desplazamiento y que se dispone cronológicamente, conformando una estructura narrativa muy sencilla. El lenguaje de las relaciones es denotativo, volcado hacia el mundo exterior, y su estilo es neutro o coloquial, sin alardes, muy austero en cuanto al uso de recursos literarios. Las escasas analogías que encontramos tienen la función de aproximar una realidad extraña al lector occidental, haciéndosela comprensible, de manera que el término imaginario es un elemento común de la realidad o la cultura de Occidente que se pone en contacto con el elemento nuevo con fines prácticos: por un lado, para facilitar la comunicación con el lector que no tiene la realidad extranjera ante sus propios ojos, pero, además, también va a serle de utilidad al propio viajero para integrar cognitivamente el elemento nuevo en su universo conocido²³⁶. Por lo demás, algunas relaciones recurrirán a algún truco narrativo como el del interlocutor ficticio que introduce informaciones imprescindibles sobre el lugar visitado sin frenar la acción ni salirse del cauce temporal, o como la selección y dosificación de los acontecimientos para que la narración resulte más vivaz y entretenida²³⁷. Por último, en las relaciones se da cabida habitualmente al humor, que desde el punto de vista estilístico va de la sorna sutil y casi indetectable de un Lejean a la ironía gruesa de un Gaviria, pasando por el mantenido tono jovial de Jiménez Serrano o por la descripción de escenas grotescas de Speke²³⁸.

El interés de las relaciones, por tanto, no radica en el estilo (refractario o incluso invisible, como digo) sino en los contenidos, en la sucesión de realidades inusuales y asombrosas, de *mirabilia*, que el viajero describe, sin olvidar la importancia narrativa del peligro, el cual, manifiesto o latente, es un elemento habitual en las relaciones que llega a emplearse para crear expectativas en el lector y generar una mínima intriga. En efecto, en no pocas ocasiones, el viajero protagonista se enfrenta a serios peligros (precipicios, hielos eternos, mangas de agua, fieras, puentes colgantes, pestilencias, aborígenes, etc.) aproximándose en tales casos estos textos a los relatos de aventuras, con la particularidad de que en las relaciones los acontecimientos se presentan como hechos reales, potenciándose de esta forma extraordinariamente la verosimilitud y el interés del relato. En todo caso, como veíamos al explorar las fronteras con el relato de ficción, en las relaciones no se profundiza psicológicamente en los personajes ni suele haber conflicto o drama humano, y la descripción del entorno no tiene la función de ambientar la acción de los personajes, sino que es el objeto principal del escrito, con las importantes excepciones ya apuntadas²³⁹.

En las relaciones, el viajero es un explorador, un militar o un científico que en la narración pasa a ser inevitablemente un personaje literario en toda regla que reproduce cierto perfil anterior prototípico, ciertos rasgos característicos propios de los protagonistas de este tipo de literatura, reforzando el tópico e influyendo en los futuros viajeros, que también asumirán el personaje y procurarán actuar de acuerdo a este perfil tanto en su viaje real como en el que posteriormente se lleve al papel. Se trata del “tipo” del aventurero, que en los retratos fotográficos de la época se muestra con una apariencia bastante definida: con rostro curtido y serio, grandes barbas, botas y armas de fuego, estos personajes no

tienen ningún reparo en posar sentados en el suelo, y serían la antítesis del atildado caballero burgués, o en todo caso, su versión feroz y libre, que podría encarnar los anhelos íntimos del lector de las civilizadas, confortables y regladas ciudades de Occidente. Prueba de que el “viajero” es un personaje predefinido es el comentario de Guillermo Lejean en su “Viaje a Babilonia” donde dice que viajar con camas de hierro es “un sibaritismo indigno de viajeros merecedores de este nombre” (nº 9 de 1868), que ya mencionamos en el capítulo anterior. Por su parte, el expedicionario español Manuel de Almagro, pensando en los que en España y en otros lugares del mundo celebran en ese momento el carnaval, da inicio a la entrada del 26 de febrero de su diario con esta suerte de autorretrato del explorador:

Seguramente, ninguna máscara se presentará en parte alguna con un traje tan extravagante como el nuestro. Únase a la descripción de él, ocho días de uso, mucho barro; el sombrero, de color desconocido, abriga en su ala algunos rasguños; las alpargatas rotas, los pies y las piernas despedazados, así como el diminuto pantalón y la camisa. Nosotros, que nunca nos hemos vestido de máscara, lo hemos hecho, sin pensar, en estas australes latitudes. ¡Cuántas fiestas y regocijos habrá hoy en las tres cuartas partes del mundo, y cuán pocas personas pensarán que en medio de estos bosques salvajes hay hombres que en aras de la ciencia sacrifican sus mejores años, sus más caras afecciones, y esponen sus vidas cien veces cada día!²⁴⁰

Las relaciones narran un viaje con un propósito práctico determinado, sea diplomático, científico o militar, coincidiendo en esto con los viajes ilustrados y con las antiguas cartas de relación sobre descubrimientos geográficos y exploración de nuevas tierras. Sin embargo, lo cierto es que el motivo real y práctico del viaje a menudo se relega o incluso se omite, concentrándose el relato en las vicisitudes del desplazamiento, y

seleccionando cuidadosamente las informaciones que se van a hacer públicas (pienso concretamente en “Recuerdos de mis viajes. Ecuador” de J. Avendaño , y “Extracto del diario de un ruso en Pekín en 1858”, de M. de Abella protagonizadas ambas por diplomáticos, y en “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo”, de J.M. Gaviria, Vizconde de San Javier, quien realiza el viaje para cumplir una misión administrativa de dos o tres años encargada por la reina, pero en su escrito se concentra particularmente en el trayecto de ida y en la descripción de la isla). Por otro lado, la regla general es que el viaje narrado sea reciente, de manera que el lector pueda conocer la situación actual del lugar descrito. A decir verdad, estos viajes a lugares distantes a menudo aparecen publicados en *El Museo* cuando el país o la ciudad descrita ha saltado a la primera plana de la actualidad, de manera que, en el seno de la revista, las relaciones adquieren muchas veces la función de informar de manera amena sobre alguna región que ha adquirido recientemente relevancia política por algún motivo. Los viajes alejados en el tiempo son excepción, pero vienen a confirmar el interés por el viaje en sí, desvinculado de la utilidad del texto para comprender el mundo contemporáneo. Los viajes antiguos incluidos en *El Museo Universal* son, además de los medievales que rescata Puiggari²⁴¹ y del también medieval “El Purgatorio de San Patricio”, que firma A., (nº 8 de 1865)²⁴², otras dos materias firmadas por este mismo periodista (“De las expediciones en busca del Dorado”, del nº 7 de 1862, centrado en las expediciones de Sir Walter Raleigh²⁴³, y “De las expediciones de los normandos a América en los siglos X y XI” del nº5 de 1864²⁴⁴), el artículo “Descubrimiento y paso del cabo de Buena Esperanza”, de Alarcón (nº 12 de 1857), los textos biográficos, centrados viajes “Juan Sebastián Elcano”, de Juan Cotarelo (nº 2, 3, 4 de 1861) y “Apuntes biográficos – Fernando Magallanes”, de Bernabé España

(nº 20 de 1868), además del peculiar texto “Viajes por Europa -apuntes inéditos de D. L. F. Moratín- Los banquetes públicos en Londres a últimos del siglo XVIII”, del nº 19 de 1863, un extracto de un viaje de Leandro Fernández de Moratín centrado en una costumbre inglesa que se diría que Nemesio Fernández Cuesta introdujo en *El Museo* como forma de burlar la censura y defender indirectamente la libertad de expresión, que es el asunto central del texto de Moratín.

Recordemos, por otro lado, que, en la época de *El Museo Universal*, las relaciones no se consideraban textos literarios sino que se englobaban, como documentos verídicos, en la historiografía, y se consideraban fuentes primarias del conocimiento geográfico, citándose constantemente cuando había que hacer referencia a algún país poco conocido por Occidente. En este sentido, las relaciones llegan a compartir muchas veces un rasgo formal con los tratados científicos, que es una breve síntesis de contenidos al inicio de cada capítulo. Esto no es óbice para que existiera la conciencia de que los relatos de viajeros no eran fuentes completamente fidedignas, siendo proverbiales las noticias falsas y sin contrastar que se incluían en estos textos. Por lo demás, el enorme éxito que este tipo de *viajes* tenía en el siglo XIX entre el público lector, es un fuerte indicio de que se leían principalmente como fuente de entretenimiento, más que como documentos de consulta o referencia, o como fuente de instrucción. También los autores de relaciones, y más aún los “adaptadores” de las mismas, tendrán conciencia de estar escribiendo textos divulgativos, destinados a un público amplio y no especializado, evitando cansar al lector con prolijidad de datos y adoptando algunas técnicas propias de la narrativa de ficción. Muy representativas son, en este sentido, las palabras del corresponsal que *La Época* envió a la inauguración del Canal de Suez en 1869, y que *El Museo* reprodujo en el nº48 de aquel

año, pues este viajero, que también se llama a sí mismo cronista e historiador, dice escribir como escribe “por dar cierto placer al lector, interpolándole lo seco con lo jugoso”. Incluso un científico como el zoólogo Manuel de Almagro, miembro de la Expedición del Pacífico, del que acabamos de hablar, a la hora de escribir para el gran público rehuirá los tecnicismos y se centrará en las penalidades del viaje²⁴⁵. De la misma forma, en “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant”, de A. E. (1863, nº 34), poco se dice del descubrimiento geográfico (la demostración de que el lago Nyanza, actual lago Victoria, es la fuente del Nilo), concentrándose la mayor parte del texto en las relaciones de los exploradores británicos con los nativos del lugar, y especialmente con los reyes de Ruanda y Uganda.

En otras ocasiones, sin embargo, la relación está desprovista de cualquier pretensión estética o de agradar o entretener a los lectores, limitándose a un informe considerablemente técnico y frío del viaje realizado, como ocurre en “Expedición en busca de sir John Franklin”, de F.L. M’Clintock (nº 24 de 1859), “El globo Nadar” (nº 44 de 1863), o en “Primera ascensión a Les Diablons” (nº 4 de 1864), textos que, a pesar de su desnudez estilística, resultan de gran interés para el lector por los hechos extremos, verídicos, que narran.

Otra característica de las relaciones es que los viajeros suelen citar en sus escritos a otros viajeros para corroborar o refutar lo que se dijo anteriormente sobre el lugar visitado, estableciendo una intrincada maraña de relaciones endogámicas que viene a reforzar la identidad de este subgénero al tender numerosos lazos entre las obras de este tipo. Muchas veces no se cita el nombre del autor que ha servido de fuente, limitándose a emplear fórmulas como “un célebre viajero que visitó el país”, etc., y en otras ocasiones se

incurre directamente en plagio, siendo tradicional en este tipo de escritos apropiarse de las vivencias de otros para enriquecer la narración, fenómeno que, en todo caso, acaba creando poderosos vínculos intertextuales entre este tipo de obras.

Además de los textos más aventureros, en los que me he centrado hasta ahora, también incluiremos en el subgrupo de las relaciones otras narraciones de viajes en las que el peligro no es un elemento tan presente, pero que se caracterizan asimismo por la objetividad y desnudez de las descripciones y por su pretensión de *utilidad*: tenemos, en este sentido, en *El Museo Universal*, tres relaciones imbuidas del espíritu ilustrado que ponen el acento en la actividad económica de los territorios visitados o en grandes infraestructuras proyectadas en esas áreas. Son: “Viaje a Lisboa por el Tajo”, de F. Montemar (1857, nº 8, 9, 10); “El canal de Suez”, de Federico George (1863, nº 13), y “Una excursión a Zeitun” (1866, nº 7), que firma “A”, pero que es fiel traducción del escrito de algún viajero inglés. Por último, también consideramos relaciones los diversos textos recogidos en *El Museo* que se limitan a informar puntualmente de los movimientos de la reina Isabel II por la geografía española evitando todo juicio de valor y cualquier efusión de emotividad por parte del cronista²⁴⁶.

Los viajeros que escriben relaciones son, por lo general, muy sobrios y discretos a la hora de manifestar sus emociones, rehuendo todo rastro de sentimentalismo, contención que abunda en la pretendida objetividad científica de estos escritos, y que, paradójicamente, en las narraciones de hechos extremos potencia el dramatismo de los textos al, tal vez, distanciarse del estilo propio de novelas y folletines, marcando de esta manera el terreno de lo verídico. Hay, sin embargo, una emoción característica de las relaciones, vinculada a los grandes peligros y a los paisajes desmesurados de la alta montaña, los hielos polares o

los elementos desatados de la naturaleza, que es el horror sublime vinculado al sentimiento religioso: la insignificancia del individuo ante ciertas inmensas soledades o ante la prodigiosa fuerza de la naturaleza, hace que el viajero dirija indefectiblemente su pensamiento hacia lo trascendente. Es lo que le ocurre a Avendaño en los Andes, a Cléveland en los Alpes²⁴⁷, a Gaviria ante el Teide al amanecer, a Krusenstern en medio de una tempestad nocturna en las aguas, llenas de icebergs, del Ártico²⁴⁸, e incluso a Lejean al contemplar la extrema soledad de las ruinas de Babilonia. Sin embargo, es preciso advertir que el haber vivido una experiencia sublime no garantiza la escritura de un texto excelso o, dicho de otra forma, son raros los viajeros que consiguen fijar en palabras y transmitir al lector los sentimientos exacerbados vividos en estas experiencias singulares, recurriéndose a menudo en estos casos al tópico de lo inefable para zanjar el asunto.

Las relaciones de viaje son, a priori, realistas, prestándose atención en ellas a detalles prácticos del trayecto como las horas de salida y de llegada, la velocidad del vapor o del tren, los trámites de las aduanas, las características de los hoteles o posadas, y describiéndose con especial esmero las comidas. Tan habitual era detenerse minuciosamente en los platos de las fondas, que Jiménez Serrano reacciona en “De París a Londres” (nº 2 de 1858) contra este tópico de la literatura de viaje interpolando en el momento de la cena una narración histórica con la justificación de que “[...] mi breve relato será más agradable a tu ánimo que la descripción de estas cenas al vapor de las hosterías de los ferro-carriles”. Por otro lado, sería necesario estudiar con mayor profundidad hasta qué punto la literatura de viaje alimentó el realismo, e incluso el naturalismo, en literatura, asunto que solo últimamente ha empezado a apuntar la crítica²⁴⁹.

En cuanto al proceso de escritura de las relaciones, diré que en textos como “Recuerdos de mis viajes. Ecuador”, de Avendaño, se aprecia una conciencia del viajero de que su viaje va a ser publicado, o al menos una intención de hacerlo, por lo que este va tomando notas durante el trayecto, que al final reelabora, antes de llevar a la imprenta. Esta reescritura final termina haciéndose explícita en el siguiente pasaje del nº 45 de 1861: “En los apuntes de mi viaje hay consignada una plegaria al Altísimo, hecha en este apartado templo del catolicismo, en favor de un ángel ausente. Aquel recuerdo estaba entonces rodeado de una brillante aureola de felicidad, hoy llena de amargura la triste vida del que para siempre ha perdido, al menos en este mundo sublunar, el objeto predilecto de su cariño”. También José Fernández Bremón, en “Viaje a Matamoros” (nº40 de 1866), deja entender que ha emprendido su viaje con la intención de escribir sobre él: llega a repetir al menos en dos ocasiones que le gustaría vivenciar un naufragio, o al menos una tempestad, para tener algo que contar, y afirma incluso que tuvo la tentación de inventarse un naufragio para amenizar su narración. En “Razonamientos de un salvaje”, por otro lado, el autor dice que transcribió en su diario las palabras del jefe indio esa misma noche, lo que incide en lo que venimos diciendo de que las relaciones, cuando menos en una primera versión, hecha de apuntes, se escriben en el transcurso del propio viaje.

Diré, para terminar, que las relaciones son textos misceláneos y aglutinadores que encadenan pasajes histórico-descriptivos centrados en construcciones monumentales con otros que describen costumbres o tipos del país visitado, y en *El Museo* se publican en ocasiones extractos que seleccionan una costumbre extranjera peculiar o un singular tipo costumbrista, algo que vemos en “Tamo, judía de Tetuán”, de Alarcón (nº 24 de 1860), que es un pasaje de la exitosa obra *Diario de un testigo de la guerra de África* centrado en un

tipo local, o en “Una representación teatral en las indias neerlandesas” (nº 10 de 1863), título que se le da a unas líneas escogidas del viajero M. J. Kegel que describen una costumbre específica.

3.4.2 – *Impresiones de viaje*

El importante subgénero de las “impresiones”²⁵⁰, que es como se autodenominan un buen número de textos publicados en *El Museo Universal*, puede entenderse en buena medida mediante el contraste con el subgénero de las relaciones: si estas hablan de tierras extrañas y salvajes, de barbarie, las impresiones se circunscriben a la civilizada Europa; si el protagonista de las relaciones es un aventurero, quien viaja a la caza de impresiones es un poeta; por consiguiente, como obras de poetas, las impresiones cuidan mucho su estilo, que resulta muy literario tanto en su cadencia²⁵¹ como en la abundancia de tropos, frente al estilo neutro y objetivo de las relaciones; asimismo, mientras en las relaciones se cita a otros viajeros, en las impresiones de viaje se cita a literatos²⁵², incluyendo a menudo versos de otros autores y otras muchas referencias cultas que parecen reivindicar una progenie literaria para este subgénero, cuando las relaciones se consideraban ramas de la ciencia historiográfica.

Mientras los viajes de las relaciones tenían un fin práctico, las impresiones persiguen objetivos primordialmente estéticos y son fruto de viajes de placer, de una modalidad de turismo²⁵³. Por lo tanto, como consecuencias literarias del turismo (es decir, del vapor), las impresiones de viaje constituyen un subgénero reciente²⁵⁴, mientras que las relaciones cuentan con una tradición multiseccular. Además, mientras las relaciones pretenden la objetividad, en las impresiones prima el sentimentalismo y los recortes

subjetivos de la realidad. Por lo demás, frente a la extendida jovialidad de las relaciones, en las impresiones predomina el sentimiento melancólico²⁵⁵ y evocador (potenciado por las frases largas, llenas de meandros) posiblemente vinculado a las vetustas localidades que se visitan, que invitan a pensar en el inexorable paso del tiempo y en la caducidad de toda grandeza, meditación que llega a tornarse dolorosa cuando se está frente a los ruinosos monumentos de los siglos de gloria de España²⁵⁶. También el paisaje va a despertar en el poeta que viaja una melancolía serena, una “dulcísima tristeza”, según se lee en “Baños de Panticosa”²⁵⁷, e incluso el sentimiento religioso que invade al viajero en el interior de ciertos templos o en algunas ceremonias religiosas va a ser descrito como una “tristeza entusiasta” (Pastor de la Roca²⁵⁸).

Por otro lado, si en las relaciones predominan los autores extranjeros sobre los españoles, en las impresiones de viaje ocurrirá a la inversa, existiendo un único texto de este tipo traducido al español: “Recuerdos del Oberland”, de Cléveland (1863, n° 3), que además no es un ejemplo puro de impresiones de viaje, pues junto a los pasajes líricos incluye otros más aventureros propios de las relaciones. Tampoco Sidi Zularab, que firma “Impresiones de viaje” (1861, n° 27), es un autor extranjero, sino que se trata de un escritor de Baza escondido tras un pseudónimo, como se aprecia al leer el texto. En todo caso, el cien por cien de los textos que hablan sobre España están escritos por españoles, cumpliéndose a rajatabla el programa original del periódico de recontar la historia de España desde España, a partir de sus monumentos, para procurar contrarrestar todo el daño que los viajeros extranjeros habían infligido a España desde sus libros. Aunque en las páginas del propio *Museo Universal* hay constancia de los numerosos extranjeros que escribían sobre España tras haberla visitado, nunca se les va a dar voz en el periódico, a no

ser indirectamente y para criticarlos, como ocurre en “Viajeros ingleses en España”, de Benjumea, y en otras noticias sueltas. Muchos de estos viajeros extranjeros, por cierto, al apoyar la tesis de que África comienza en los Pirineos, no solo forzaban las fronteras geográficas, sino también las que dividen los géneros literarios, pues si viajar por España era como hacerlo por África, los libros de viajes por España serían de la estirpe de las relaciones más aventureras. En *El Museo Universal*, sin embargo, no se da esta confusión entre subgéneros de literatura de viaje, no habiendo ningún caso de relación situada en España, exceptuando los muy poco aventureros desplazamientos de la reina que hemos incluido en este subgénero.

Puesto que el objetivo más habitual de las impresiones de viaje son edificios monumentales, se entiende que estos textos guardan una muy estrecha relación con los artículos histórico-descriptivos de los que hemos hablado más arriba, mucho más estrecha si cabe que la que los une a las relaciones de viaje, pues mientras relaciones e impresiones, como acabamos de ver, guardan una relación de complementariedad, sin que se solapen ni confundan, entre artículos histórico-descriptivos e impresiones la diferencia es de matiz: a pesar de poder compartir el objeto que se describe, los artículos histórico-descriptivos son ante todo informativos, mientras que en las impresiones lo que importa es la fruición estética del monumento por parte del viajero. Las impresiones de viaje suelen incluir también descripción e informaciones históricas, pero estas no son ni sistemáticas ni exhaustivas, y a la transmisión de datos se añade una carga emotiva y una asimilación muy personal del monumento artístico visitado, por mucho que, al igual que en los artículos histórico-descriptivos, en las impresiones de viaje también se condene unánimemente el arte barroco y se lamente el mal estado de conservación del patrimonio artístico español.

Más allá de esto, la acusada subjetividad de las impresiones de viaje deja su huella en críticas a monumentos que no pertenecen al Barroco, algo impensable en las guías turísticas y en los artículos histórico-descriptivos más ortodoxos, que se limitan a realizar descripciones previsiblemente elogiosas. Las críticas no se detienen ante los monumentos españoles que no resultan del gusto del autor, como ocurre en “Vergara”, que firma F.P. en el nº 7 de 1857²⁵⁹, aunque para ello se contradiga el gran programa nacionalista de *El Museo Universal*.

El punto de vista subjetivo, la experiencia personal, única e irrepetible, es la esencia de las impresiones de viaje. Puesto que se habla de caminos muy trillados y de ciudades mil veces descritas y fácilmente accesibles para cualquier persona con los medios necesarios, la novedad de las impresiones de viaje ya no radica en el objeto descrito, sino en *cómo* se describe este archiconocido objeto para redescubrirlo, buscándole ángulos insólitos y desempolvándolo de viejas capas de estereotipos para refundarlo con la mirada limpia e ingenua del que observa algo por primera vez. Si la realidad física es la misma para todos los viajeros, el poeta se nos presenta como un ser privilegiado con cierta capacidad visionaria poco común frente a las viejas piedras; es un zahorí sentimental de los monumentos que penetra el doble fondo de las ruinas y de las antiguas construcciones extrayendo los restos de viejísimas emociones allí sedimentadas, reviviéndolas²⁶⁰. No importa la descripción exacta y verificable del monumento, sino los efectos emocionales que la obra de arte despierta en el viajero, sentimientos y sensaciones estéticas que son precisamente lo que el poeta fue a buscar cuando emprendió su viaje.

Esta vivencia singular tiene un reflejo inmediato sobre el estilo, en el que se materializa la subjetividad del viajero: si en las relaciones el estilo era transparente y la

escritura era reflejo fiel de la realidad exterior y objetiva, recurriendo a comparaciones “didácticas” que pretendían acercar al lector las realidades extrañas y lejanas, en las impresiones de viaje lo que se describe es el mundo interior del artista que viaja, “impresionado” por ciertos elementos de lo que va viendo, elementos que generan figuras literarias originales y audaces²⁶¹ cuyo efecto es el alejamiento, el extrañamiento y la recreación del objeto observado, que de esta manera se convierte en un elemento completamente nuevo, apenas existente en el interior del artista. Además, la subjetividad va a afectar a la adjetivación que se aplica sobre monumentos y paisajes, pues la alta frecuencia de adjetivos como “poético”, “melancólico”, “misterioso” o “fantástico” para calificar los lugares visitados hace referencia directa a la impresión emocional provocada en el viajero. Otras huellas de la subjetividad en el estilo son la abundancia de digresiones, de oraciones exclamativas (e incluso de interjecciones como “¡Ah!”, “¡Ay!” u “¡Oh!”) y de interrogaciones retóricas. La más profunda intimidad, sin embargo, la subjetividad más radical, resulta a menudo incommunicable con palabras, por lo que en las impresiones se recurre con frecuencia al tópico de la inefabilidad²⁶².

Las impresiones muchas veces no se apoyan en la brillantez del sintagma, sino que su cualidad literaria radica en el tono evocador, intimista, confesional incluso, que se da en textos como “La Alhambra” de Manuel Fernández y González (nº27 de 1860), donde se lee:

Perdonadme la pasada digresión.

Es la primera vez que al hablar al público le hablo de mí mismo.

Pero al ocuparme para el público de la Alhambra he recordado mucho, he sentido mucho y no he podido hacerme fuerte contra una dolorosa necesidad de espasión.

Adviértase, además, cómo el autor se dirige directamente a los lectores empleando una segunda persona del plural, algo habitual en las impresiones de viaje²⁶³, que en otras ocasiones envuelven al lector con una primera persona del plural²⁶⁴ o adoptan la forma de falsas cartas personales para hacer partícipe al lector de la intimidad del viajero²⁶⁵. También llaman la atención los saltos de párrafo de este autor, que es su manera de imprimir silencios, ralentizar la lectura e imponer un ritmo lento y meditativo. Si este último es un rasgo propio de Fernández y González, otros autores emplean otras técnicas rítmicas que aproximan la prosa al poema, como amplios paralelismos o repetición de estructuras, recurriendo en ocasiones a la anáfora. Textos en los que el ritmo se pone al servicio del intimismo son “Recuerdos de Italia”, de Castelar, el “Libro de Ben-or-ban-ar, impresiones de viaje”, de Cecilio Navarro (1869, nº 22, 23, 28), el texto sin firma “Nuestra señora de la mar” (nº 37 de 1860), “Las noches del padre Lachaise: los cementerios de París”, de Pastor de la Roca (1863, nº 11), algunos pasajes de los escritos de Bécquer, y la mayoría de los de Murguía, así como el fragmento de “Roma en 1860”, de Fernández de los Ríos, recogido en el nº 42 de 1860. Apreciados estos autores “en globo”, parecen conformar una escuela que representa la nueva sensibilidad posromántica, especialmente atenta al tono evocador, a la ambientación melancólica y a la plasmación de estados de ánimo que se logran más con recursos rítmicos que con el uso de brillantes figuras conceptistas al modo de otros autores de *El Museo* como Puente y Brañas, Ribot y Fontseré, Ventura Ruiz

Aguilera o Nemesio Fernández Cuesta, que encarnan otra corriente literaria y otra sensibilidad.

Recojo a continuación un ejemplo de la habilidad para tejer atmósferas del representativo autor Manuel Murguía extraído de su artículo “Bayona de Galicia y su colegiata” (nº 20 de 1864):

Tendida a la falda de una hermosa colina, el mar rompe sus olas en la orilla solitaria; las pobres lanchas de los pescadores se mecen en las aguas turbulentas, y la ciudadela, hoy defensor inútil, se adelanta sobre el mar como para guardar lo que ya nadie codicia. Tan mudas y desiertas las calles de la villa como las de la fortaleza, si las recorréis de noche creeréis visitar una ciudad de tumbas, entre las cuales soplase una brisa embalsamada: los altos álamos mezclan su sordo y apacible rumor con el rumor de nuestros pasos, y hacen más triste la soledad y más melancólica la meditación.

Aunque la atención al estilo que vengo señalando presenta como consecuencia natural que entre las impresiones se cuenten varios de los textos más meritorios de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, la adscripción al subgénero de las impresiones de viaje no garantiza necesariamente calidad literaria: en ciertas ocasiones, la naturaleza o pretensión literaria del escrito se identificará apenas por un abuso del epíteto, por un artificioso engolamiento²⁶⁶, o por recurrir a gastadas analogías como la comparación de las montañas con gigantescos centinelas, sin presentar tampoco esa fluidez ni esa cadencia que explotan los autores más hábiles. Es lo que ocurre en “Una visita a Numancia”, de Antonio Pérez Rioja (1864, nº 29) o en “Impresiones de un viaje a Toledo” (1863, nº9), firmado con las iniciales C.J., cuyo estilo resulta, dentro de lo literario, convencional, sin propuestas

innovadoras. Este último autor tacha su artículo de “ligeros apuntes”, expresión tópica en estos escritos que a veces supone una declaración de falsa modestia y un indicio de la baja autoestima del género, y en otras ocasiones describe fielmente la esencia de algunos textos contruidos mediante la acumulación de notas deslavazadas, como ocurre en “Un viaje a la isla de Mallorca”, de F. Vallduví (nº 2 de 1866), o en algunas de las numerosas colaboraciones de Augusto Jerez Perchet, que parecen haberse presentado al público en bruto, sin ser sometidas a un proceso de reescritura (algo particularmente acentuado en “Gibraltar (notas de mi cartera)” de los nº 23, 24 de 1869 y en “Granada”, del nº 49 de 1868), si bien presentan en compensación espontaneidad y cierto desaliñado encanto que comparten con las cartas del dibujante y fotógrafo Castro y Ordóñez, de la Expedición del Pacífico, sobre el que ya nos hemos extendido en el apartado 2.3.4.

Entendemos que este último tipo de obras (sin ambición científica y con escasos valores literarios) serían el blanco de preferencia de las invectivas de los autores más graves, especialmente cuando el autor de impresiones no perteneciera previamente al mundo de las letras y no tuviera más mérito que el de disponer de los recursos necesarios para viajar.

Como vimos en el segundo capítulo, las impresiones fueron severamente censuradas y ridiculizadas por el sector “grave” de los intelectuales contemporáneos, que criticaron por un lado la falta de rigor de estos *viajes*, y en segundo lugar la vanidad que suponía querer hacer públicas las particularidades de un viaje inane y sin méritos, cuando no se denunciaba la falta de pudor de los autores que exhibían públicamente sentimientos que a nadie interesaban. Este fenómeno de censura fue posiblemente más acentuado en España, donde hubo una especial resistencia al Romanticismo en general que propició la

corta vida de este movimiento en nuestras letras. En *El Museo Universal*, en todo caso, se aprecia en la abundancia de las impresiones publicadas que esta corriente subjetiva y sentimental era lo bastante poderosa como para sobreponerse a las críticas y reclamar su lugar, no entre las obras historiográficas, entre las que las impresiones lógicamente chirriaban, sino entre la tradición literaria más reconocida. En los autores de impresiones se va gestando una conciencia de género que asume las supuestas deficiencias como características esenciales de esta nueva forma de escribir sobre viajes, y, de esta manera, por ejemplo, se defiende la consigna de escribir apenas sobre lo que se ha visto personalmente, rebelándose contra el precepto anterior, más propio de guías, que obligaba a comentar los principales monumentos de una ciudad, recurriendo, a falta de experiencia personal, a bibliografía raramente citada. Como vimos en el capítulo anterior, Castelar defendió abiertamente su propósito de escribir tan solo sobre los lugares que lo impresionaron, y Alarcón también se adscribe a esta poética al comentar en “De Madrid a Santander” (nº 19 de 1858) que “Nada puedo decirte de las 18 o 20 leguas que hay de Palencia a Alar. Las pasé durmiendo”²⁶⁷. Asimismo, también Jiménez Serrano, en “De París a Londres” (nº 2 de 1858), se desmarca de la obligatoriedad de incluir informaciones sobre todos los lugares por los que se pasa al decir:

La hora de partir ha llegado y he de hablarte del resto del viaje; perdona que nada te diga de las famosas industrias de esta ciudad, de su catedral, una de las mejores de Francia, y de otras cosas que si bien no he visto, a usanza de otros viajeros, pudiera copiar de las Guías y de los Diccionarios, cuya fidelidad es notoria.

También Jerez Perchet, aunque muchas otras veces recurrirá a fuentes documentales para proveer de datos sus escritos, concretamente en “Granada”, del nº 49 de 1868, se adscribe a esta línea de escribir apenas sobre lo observado directamente al decir:

Así, pues, para no incurrir en inexactitudes, acaso demasiado considerables, me limitaré a consignar lo que he visto y oído, sin añadir comentarios de ninguna especie y dejando a la tradición la responsabilidad de mis palabras.

En cuanto a la descripción del edificio, debo seguir el orden que observé el día de mi visita al colegio [de Sacro-Monte], según las breves notas que aparecen en mi cartera, porque el tiempo transcurrido no me permite dar estensos detalles.

Los autores de impresiones de viaje, insistiendo en su desobediencia a las guías y a los recorridos obligatorios por las ciudades monumentales, y persiguiendo su experiencia individual irrepetible, buscarán la sorpresa estética vagando al azar y a solas por las calles, como se comprueba en este significativo pasaje de “El Canto de Tinieblas en la Capilla Sixtina”, de José Pastor de la Roca (nº 15 de 1867):

Solo y como al acaso me propuse recorrer una parte cualquiera de la ciudad, con tal que ofreciese a mi curiosidad la satisfacción de un estímulo, que era el tema obligado de mi viaje.

Para terminar, diré que el elevado número de impresiones publicadas en nuestro periódico sugiere también una buena acogida por parte del público, compitiendo, por tanto,

los “viajes literarios” con las relaciones aventureras por la atención de los lectores, quienes, a pesar de las críticas, gracias precisamente a la carga emocional de las impresiones de viaje (y tal vez también por sus destinos posibilistas) encontrarían especial facilidad en identificarse con estos viajeros sentimentales.

3.4.3 – *Otros subgéneros del corpus*

Antes de seguir adelante, conviene recordar que las descripciones que he realizado en los apartados previos son modelos teóricos o abstracciones de los subgéneros de literatura de viaje que he denominado “relaciones” e “impresiones” apropiándome de dos términos muy empleados en *El Museo Universal*, pero que ningún texto del corpus puede considerarse prototípico en un sentido o en otro: no hay una relación o un texto de impresiones que podamos considerar ejemplos puros de cada tipo y, examinados individualmente, los textos de nuestro corpus podrán identificarse en mayor o menor grado con estos grandes modelos, pero lo habitual será que no cumplan todas las características apuntadas para cada subgénero, presentando rasgos aislados de otros e incluso peculiaridades que no se pueden adscribir a grupo alguno.

Al igual que fuera de las fronteras de la literatura de viaje, dentro también es común el hibridismo, la movilidad, y la falta de rigidez en los contornos genéricos. Para empezar, aunque he presentado relaciones e impresiones de viaje como grupos complementarios e incluso incompatibles, lo cierto es que algunos textos del corpus conjugan las características de ambos subgéneros, lo que normalmente se logra con la sucesión de pasajes de distinta naturaleza: en relaciones predominantemente épicas y aventureras pueden intercalarse pasajes líricos y contemplativos en los que se eche mano de figuras

retóricas con función puramente estética, y en relatos fundamentalmente de impresiones puede tener cierta cabida la amenaza de algún peligro que tiña de aventura lo que se cuenta.

Tanto relaciones como impresiones tienen carácter aglutinador, componiéndose a menudo con trechos de otros subgéneros que no necesariamente han sido bien asimilados. Por eso, los textos de nuestro corpus presentan habitualmente una sucesión de pasajes que pueden ser: histórico-descriptivos, de impresiones, de descripción geográfica, de aventuras, de descripción de costumbres, etc. Y lo singular es que no es raro que de un pasaje a otro se altere también el estilo, que puede pasar de muy literario en la introducción a muy neutro y objetivo en el núcleo, habitualmente centrado en la descripción. Conociendo lo usual que es en este tipo de obras el préstamo de trechos ajenos, se puede presumir que en los textos menos trabajados, en los que no se ha hecho el esfuerzo de pulir, difuminar o uniformizar los diferentes elementos que componen el texto, deben de existir pasajes enteros copiados de guías y diccionarios de viajes literalmente, sin retocar, incorporándolos directamente con su particular estilo neutro y estereotipado, y dando lugar a los contrastes estilísticos de los que vengo hablando.

Tras advertir de que la mezcla o concatenación de subgéneros es una realidad muy común en nuestro corpus, sobre todo entre relaciones e impresiones, especialmente dadas al hibridismo y a la aglutinación, comentaré ahora que entre la literatura de viaje de *El Museo Universal* también contamos con artículos de subgéneros más puros (histórico-descriptivos, histórico-geográficos, descripción de costumbres) cuyas características generales ya describí a lo largo del apartado 3.3, “Problemas de frontera”. Son precisamente estos casos los más problemáticos para el investigador del siglo XXI, que llega a *El Museo Universal* con la idea previa de que la literatura de viaje ha de tener

naturaleza narrativa, y tras el análisis del conjunto de la revista se ve forzado a admitir que, en este contexto, hay abundancia de artículos puramente descriptivos, cuadros fijos en los que no transcurre el tiempo (de hecho se emplea en ellos el presente atemporal en lugar del pretérito histórico), que no obstante se anuncian en nuestra publicación como productos incuestionables de literatura de viaje.

En relación a los artículos histórico-descriptivos (que recordemos se centran en edificios monumentales) llama en principio la atención que el suyo no sea el subgénero predominante en la literatura de viaje de *El Museo Universal*, cuando en el conjunto de la revista los artículos de este tipo son numerosísimos. En efecto, son relativamente pocos²⁶⁸ los artículos histórico-descriptivos que caen dentro del terreno de la literatura de viaje, esto es, que se nos presentan como fruto de un viaje real del autor al monumento que se describe. La explicación más plausible para esta relativa escasez radica en la contigüidad entre artículos histórico-descriptivos e impresiones de viaje, estas sí muy abundantes en nuestro corpus: puesto que hemos asumido que un rasgo esencial de la literatura de viaje es que resulte evidente para el lector que el texto parte de un desplazamiento real del autor, sucede que las marcas de subjetividad de la mirada que sirven para identificar la literatura de viaje también nos separan del modelo más puro de artículo histórico-descriptivo, que quiere ser neutro, objetivo y fiel, erradicando en lo posible los rastros de subjetividad, que no obstante, son indispensables en los textos de impresiones. Por lo tanto, para incluir un artículo histórico-descriptivo en nuestro corpus, es necesario que conste en este que para su elaboración se partió de una visita real, y no apenas de fuentes bibliográficas, pero este viaje del autor apenas puede dejar huellas subjetivas, pues en el caso de que la subjetividad

esté muy presente habremos cruzado una frontera entre subgéneros, deslizándonos en el territorio de las impresiones de viaje.

Los artículos histórico-descriptivos, como ya sabemos, tienen una función puramente informativa, y en consecuencia emplean un estilo neutro que evita cualquier brillo literario, por mucho que podamos encontrar textos escritos con una prosa rica y elegante como la de Puiggarí. Lo mismo podemos decir de los textos de descripción geográfica, de estilo igualmente plano e igual de cuidadosos a la hora de evitar los relumbrones del “yo” que deslucirían la seriedad y el crédito de estos textos que pretenden retratar la realidad de un país tal y como es, y cuyos ejemplos más radicales son “Estremo Oriente”, de Serafín Olabe (1865, nº 24) y “Filipinas”, de Bernabé España (1868, nº 1-5, 7, 8), ambos escritos por funcionarios españoles en tierras de Asia que, no obstante, no incluyen ninguna anécdota personal en sus escritos y dosifican bastante sus opiniones entre los datos objetivos. A estos dos textos podríamos añadir “Descripción de Méjico” (1862, nº 23), que presenta características muy similares o “Guayaquil y el guano del Perú”, de Rafael Castro y Ordóñez (1864, nº 46), artículo aparentemente de encargo en el que el fotógrafo de la Expedición del Pacífico se aparta de su habitual estilo de carta amistosa para ceñirse a los datos objetivos.

Entre los artículos de descripción de costumbres, no obstante, además de algunos más pretendidamente objetivos y científicos, de tipo etnográfico, y emparentados con las relaciones, encontramos muchos otros abiertamente literarios, que podemos adscribir al costumbrismo y que guardan vecindad con las impresiones de viaje, en los que la subjetividad, así como todo tipo de figuras retóricas, tienen perfecta cabida.

Ejemplos del primer grupo son “La pesca del trepang” (1862, nº 47), sobre el consumo del cohombro o pepino de mar en Oriente, o “La fiesta del Nauruz (año nuevo) en Persia” (1863, nº 8), minuciosa descripción de las fiestas públicas ofrecidas por el Sha, ambos firmados por el periodista “A.” y compuestos a partir de noticias de viajeros. También en el grupo de las descripciones más objetivas se incluyen “Costumbres de las indias de Veracruz”, de Alfonso Calderón (1863, nº 13), que, a pesar del título, se centra en la fiel descripción física, de naturalista, de estas mujeres mexicanas, y “Las misiones españolas de la Australia, su importancia y sus adelantos” (1861, nº 22), en el que Florencio Janer se centra en las costumbres de los aborígenes australianos a partir de los relatos de misioneros españoles, principalmente de las memorias de Fray Rosendo Salvado.

En el segundo grupo, el de los textos más subjetivos, predomina la descripción de fiestas religiosas (“Impresiones de viaje. El domingo de Pascua de Resurrección en Benidorm”, de Juan de Dios de la Rada y Delgado (1858, nº 7), “La semana santa en Alhaurín el Grande”, de Dolores Gómez de Cádiz (1862, nº 14), “Fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro”, de Julio Álvarez y Adé (1863, nº37), “La semana santa en Bogotá. Recuerdos de un viaje a América por un emigrado, y escritos al vapor”, de José Pastor de la Roca (1864, nº 12, 13, 14), etc.), pero también vamos a encontrar aquí textos singulares como el brillante y polémico “Escenas de mi vida – Bailes en la Isla de Pinos”, de Ribot y Fontseré (1860, nº 17, 18, 20), el naturalista *avant la lettre* “Fumadores de anfión en Manila” (nº 21 de 1861, sin firma), o los descarnadamente racistas para la sensibilidad actual “El día de Reyes en la Habana” (1867, nº 3), de F. Gallego y “Costumbres populares – la fiesta del rey Congo”, de Alfonso Calderón y Roca (1868, nº 1), sobre los que volveré a hablar enseguida, y en los que la subjetividad, más que por el lirismo o por las imágenes

insólitas, se aprecia por el espejo deformante que se aplica sobre la realidad del negro cubano para ridiculizarla mediante comparaciones denigrantes e hipérboles negativas.

En el grupo de los artículos de descripción de costumbres tenemos también las largas tiradas de textos de Niceto de Zamacois, sobre México²⁶⁹, y de Antonio de San Martín, sobre Marruecos²⁷⁰, que además de su temática costumbrista y de su larga extensión, presentan en común un artificio que los aproxima a la narración: aunque los muchos artículos de estos autores no están ordenados cronológicamente, incluyen a menudo episodios o anécdotas puramente narrativas que, no obstante, no tienen textura de relato verídico pues les falta la detallada situación espaciotemporal característica, retratando más bien situaciones abstractas que quieren ser representativas de costumbres o personajes típicos del país descrito, cuadros en movimiento separados del tiempo real, constructos ficticios (compuestos a partir de diversas experiencias auténticas) que se presentan al lector como experiencias verdaderamente vividas por el autor en sus viajes. Estas situaciones prototípicas, frutos de la abstracción, requieren una serie de vivencias concretas previas de las que se pretende extraer la esencia, lo que implica una estancia prolongada en el país que se describe.

Por último, junto a los subgéneros comentados (y sus combinaciones), en el corpus de la literatura de viaje de *El Museo Universal* tenemos otros muchos textos singulares que no terminan de encajar en ningún grupo, y que en todo caso tienen en común el hecho de ser artículos fundamentalmente descriptivos, sin ser propiamente descripción geográfica ni de costumbres, consistiendo básicamente en descripción de lugares no acompañada de informaciones históricas como ocurre en “Catedral de Astorga” (nº 51 de 1865), que se declara fruto de la “inspección” directa del edificio y que se niega a describir el retablo

porque ya lo hizo Ponz, en “Una visita al campo de Waterloo” (nº 2 de 1864), donde el anónimo autor recorre a pie “los monumentos y curiosidades que se enseñan”, en “Bethlehem y sus alrededores” (1863, nº 51), de A. E., o en “El reino de Dahomey y las amazonas” (1865, nº 40), de A.. Otros textos de difícil clasificación son “Los andrajosos de Londres, vistas tomadas a la luz del gas” (1865, nº 35, 37, 39, 40), firmado por J.A.A. pero que está elaborado a partir de “Une excursion dans les quartiers pauvres de Londres”, de Louis-Laurent Simonin, interesante materia que describe la vida nocturna de los barrios más degradados de Londres desvelando la cara siniestra de la brillante capital del mundo, que muestra su faceta más cosmopolita en la larga tirada de artículos “La exposición Universal de Londres” (1862, nº 28, 38-52), en los que el corresponsal de *El Museo* J.S. Bazán se dedicó a describir los departamentos de cada país participante, con los productos presentados. También Castro y Ordóñez, hacia el final de su largo viaje por América, dedicó a Nueva York algunos artículos puramente descriptivos como “El parque central de Nueva York” (1865, nº 17), y entre los textos dedicados a España merece la pena citar “La China en España”, de Pío Gullón (1860, nº 47), que se centra en la pobreza, idealizada, del pueblo de Cabrera.

No quisiera encerrar esta visión panorámica de los subgéneros de literatura de viaje de *El Museo Universal* sin reseñar mínimamente uno de los textos más memorables del corpus, situado, como los últimos, en tierra de nadie, equidistante entre las impresiones de viaje, el costumbrismo y la descripción de lugar: se trata de “El Rastro de Madrid”, de Ventura Ruiz Aguilera (1859, nº 2), artículo en el que el poeta se retrotrae a su primera visita al rastro madrileño, cuando él era un joven forastero recién llegado a la corte, absorto ante tanta novedad. Este texto, que el autor incluiría en el libro *Limonas agrios*, de 1866,

va *in crescendo* en amargura, recordando al mejor Larra, recurriendo a una cascada de enumeraciones caóticas e imágenes negativas que terminan transformando el Rastro visible en un símbolo abstracto de decadencia y muerte que impregna la retina del autor, quien, prosiguiendo con su paseo, va a manchar de pesimismo todo lo que mira, de manera que un hospital le despertará la tétrica idea de que “Los hospitales son el Rastro de la salud”, al pararse junto a un teatro se le ocurrirá que “Los teatros son el Rastro de la literatura dramática”, o un edificio del Estado le sugerirá que “La ambición es el Rastro de la moralidad”. El Rastro es una idea oscura que, como una sombra, se extiende imparable, y acaba alcanzándolo todo, incluso el oficio de escritor y el propio artículo que Ruiz Aguilera está escribiendo, que termina con estas desoladas líneas:

La posteridad vendrá mañana como una traperera a la puerta de mi casa, y escarbando y revolviendo con gancho seguro los montones con que tropiece, encontrará en ellos mis pobres borradores, harapos de gloria soñada, que tantas vigiliyas y tantas privaciones, y tantas lágrimas me han costado, y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felicidad y de la desgracia.

3.4.4 – *La ideología de la literatura de viaje de El Museo Universal*

Frente a la notable heterogeneidad formal de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, que abarca diversos subgéneros periodísticos y múltiples combinaciones entre ellos, la ideología que encierra este grupo de textos es marcadamente uniforme.

Precisamente cuando se abandona la descripción neutral de un territorio o de un edificio, cuando se va más allá de la reproducción mimética, hecha con palabras, de un

monumento o de un área geográfica, cuando, en definitiva, entra en juego la subjetividad, esta lo hace en forma de juicios de valor que descansan necesariamente sobre una ideología, y *El Museo Universal*, como no podía dejar de ser en una revista burguesa, refleja a lo largo de su existencia la ideología dominante de su tiempo, de la Era del Capital, una época en la que la burguesía, tras las sucesivas revoluciones liberales del siglo XIX, termina por desbancar a la aristocracia afianzándose en el poder, desde el que dicta sus nuevos valores: el trabajo, el progreso, la nación.

Por un lado, la burguesía va a revertir la consigna aristocrática de que el trabajo aplebeya y degrada, imponiendo la idea de que el trabajo dignifica y ennoblece. Desde este nuevo prisma se juzga y se condena éticamente la economía de subsistencia de los territorios que no han sido alcanzados por la Revolución Industrial, y el hecho de que un grupo humano se limite a trabajar la tierra lo mínimo indispensable para garantizar su sustento, sin generar excedentes para el comercio, se achaca a la invencible pereza y molicie de las razas “inferiores” como los marroquíes²⁷¹, los indios americanos²⁷² o los nativos de las Filipinas²⁷³, que no pocas veces vivían en condiciones edénicas, según puede entenderse de las siguientes palabras de J.M. Gaviria, vizconde de San Javier, incluidas en el fragmento del nº 31 de 1864 de su “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo”:

Los bubíes son la raza de la creación más ociosa y perezosa que existe en el mundo. Ni dinero, ni promesas, ni castigos, los mueven a trabajar y cultivar el terreno. Tendidos a la larga durante todo el día, apenas se toman el trabajo de arrancar ñames y frutos que con gran repugnancia cultivan para su alimento.

Por otra parte, la inquebrantable fe en el progreso²⁷⁴, sustentada en los incuestionables avances materiales y tecnológicos de la época, comporta toda una serie de conclusiones que interpretan el mundo según esta clave: puesto que el tiempo todo lo mejora, nunca ha habido un siglo mejor que el XIX, si bien, lógicamente, este será superado por el XX. De todas formas, hay amplias zonas del mundo “atrasadas” pues el progreso, aunque imparable, va alcanzando a diferentes velocidades las regiones del mundo. En todo caso, el progreso material se asocia automáticamente al progreso moral y cultural, de manera que la civilización occidental se ve a sí misma como la más avanzada y mejor, en todos los aspectos, del planeta. Esto redundaba en una formidable autoestima de los europeos, cuya mirada sobre los otros pueblos vendrá cargada de suficiencia. Todo lo europeo será superior y excelso, fruto de la evolución histórica: la industria, el armamento, el arte, la moda²⁷⁵, el sistema político, el monoteísmo cristiano o la raza blanca. Occidente representa la vanguardia de la humanidad en su camino hacia la perfección, la civilización más elevada que ha dado la Historia, frente a los pueblos más salvajes, menos espirituales, más próximos a las bestias, como son los indios americanos, las tribus negras de África o los aborígenes australianos. Hará falta que los avanzados pueblos de occidente se sumerjan en la barbarie de dos guerras mundiales muy próximas para que comience a vacilar su autoestima y su fe en el progreso y en la tecnología, y surja el moderno relativismo cultural. Pero para esto aún tendrían que pasar muchas décadas.

El caso de los viajeros españoles es peculiar, pues, como España había sido descrita como una nación atrasada por viajeros de los países más industrializados de Europa, a la fascinación general por el progreso y al sentimiento de superioridad frente a los pueblos más salvajes, los viajeros españoles añaden con frecuencia notas de revanchismo en sus

escritos, criticando en lo que les es posible a Inglaterra y a Francia, principalmente. En el caso de los viajeros españoles que viajan por “territorio hostil” europeo, como Jiménez Serrano en “De París a Londres” (nº 2 de 1858), el extendido sentimiento de inferioridad frente a Francia e Inglaterra fuerza a volver la vista a las glorias pasadas para sostener la autoestima de la nación, pero también los autores que viajan por España tendrán recuerdos para los europeos que califican el suelo español de territorio bárbaro, devolviendo la acusación, como hace Manuel Fernández y González en “La Alhambra” (nº 27 de 1860) donde vierte comentarios antifranceses por los destrozos ocasionados por las tropas napoleónicas sobre el complejo monumental, así como Manuel Murguía, en “Viaje pintoresco por la ría de Vigo” (1858, nº 6), se queja de los desmanes de normandos, ingleses y holandeses en las costas de Galicia.

En el contexto de *El Museo Universal*, la publicación de textos como “Los andrajosos de Londres, vistas tomadas a la luz del gas”, que firma J.A.A. (1865, nº 35, 37, 39, 40), o “De las expediciones en busca del Dorado”, por A. (1862, nº 7), centrado en atacar a la figura de Sir Walter Raleigh, se entienden como tibios intentos de mermar el prestigio de Inglaterra contraatacando tímidamente, haciendo frente al aluvión de informaciones denigrantes sobre España que las prensas de la nueva potencia mundial producían sin parar. Por otro lado, los numerosos viajes por España, escritos por españoles, que publica *El Museo Universal* a lo largo de su historia, responden asimismo al esfuerzo nacionalista (hoy sabemos que vano) de contrarrestar la poderosa corriente de opinión generada en Inglaterra y Francia que pinta España como un país exótico, oriental, semisalvaje, primitivo, peligroso, apasionado y definitivamente romántico, imagen

novelesca que se quiso corregir desde *El Museo* reemplazándola por otra marcada por la Historia y por el legado de esta, en forma de rico patrimonio monumental²⁷⁶.

Además de este recelo contra las naciones europeas (especialmente contra Inglaterra y Francia), en algunos de los españoles que viajan por las ex colonias americanas (Avendaño, Zamacois, Castro y Ordóñez) se deja sentir una clara tensión defensiva y revanchista contra las nuevas repúblicas, que construían su identidad y su cohesión interna en oposición a la antigua metrópoli, prolongando indefinidamente la animadversión contra el enemigo externo para mantener el *statu quo* interior, aleccionando a la población en este sentido y llegando a generar un clima de violencia contra colonos españoles que se concretizará en varios asesinatos, *casus belli* que permitirá que la Escuadra del Pacífico se quite su disfraz de Comisión Científica, con la que pudo acercarse a las costas americanas, y emprenda las acciones militares que tanto ansiaban Avendaño y un buen sector de la población española, azuzada a su vez por la prensa, contra las antiguas colonias, con lo que, en resumidas cuentas, se puede concluir que la Guerra del Pacífico estalló impulsada por los nacionalismos reinantes a ambos lados del Atlántico, nacionalismos que el enfrentamiento exacerbaría aún más.

Precisamente, el siglo XIX es la época de surgimiento y efervescencia de los nacionalismos, tanto integradores como autonomistas, en Europa y América. Se forjan las identidades nacionales bajo el doble signo de la defensa de lo propio y del ataque a lo ajeno, y los viajeros no escapan a esta ley general: el viaje supone un conflicto de identidad en el que, como reacción automática de autodefensa, se alaba lo propio y se critica lo extraño, siendo muy rara²⁷⁷ la apertura a lo otro, que podría socavar los cimientos de la personalidad del viajero, quien se desplaza por la geografía como una mónada impermeable a las

costumbres y a las perspectivas extranjeras, como una pieza de un puzle que ha salido de su lugar y, debido a su rigidez, no logra ajustarse en otro sitio que no sea su lugar de origen, generando continuos choques culturales allá por donde pasa²⁷⁸. Por esto, ateniéndonos a lo que vemos en *El Museo Universal*, no parece que la muy citada idea atribuida a Pío Baroja de que el nacionalismo se cura viajando pueda considerarse una constante histórica, sino que, muy por el contrario, en nuestra época de estudio el viaje al extranjero era a menudo una experiencia de hostilidades mutuas entre visitante y habitantes del país que podía tener como consecuencia (como “venganza” final) la escritura de un libro en el que despacharse contra el país que no supo adaptarse al autor viajero, libro que vendrá a apuntalar los prejuicios ya existentes contra el país visitado y que reforzará la presupuesta superioridad del país de origen del visitante.

Estamos aún muy lejos de conceptos muy habituales en la política del siglo XXI como el diálogo intercultural o el pluriculturalismo²⁷⁹, que la Unión Europea abrazó en estas últimas décadas con decisión como medio para hacer de Europa un espacio de convivencia en el que fuera común y deseable la movilidad de los ciudadanos²⁸⁰. Desde los parámetros actuales, la literatura de viaje de *El Museo Universal* se distingue, sin embargo, como una poderosa herramienta ideológica para reforzar los nacionalismos locales, y confrontarlos, siendo esto posiblemente todo lo contrario de lo que comúnmente se espera hoy de la experiencia del viaje, que se entiende principalmente como un salir de uno mismo para ir al encuentro de lo otro, y regresar cambiado, mejorado. Contradiendo estas expectativas, lo frecuente entre los viajeros nacionalistas del siglo XIX es que fuera de su tierra, sobre todo cuando recorren países europeos, busquen apenas confirmación para sus ideas previas, con lo que se concluye que el posible efecto transformador del viaje depende

de la actitud con la que se viaja, y la actitud cerrada de muchos viajeros los convierte, desde un punto de vista narrativo, en personajes planos, que no evolucionan, que vuelven intactos al punto de partida.

Cuando el objeto de la descripción del viajero es un paisaje o un monumento antiguo, los juicios emitidos son más estéticos que ideológicos²⁸¹, pero en cuanto entra en el escrito la descripción de costumbres, el factor humano, cuando se trata de juzgar el comportamiento de personas, la ideología del viajero se activa para condenar todo lo diferente, a no ser que se esté viajando por el propio país, circunstancia en la que las costumbres populares y campesinas (el campesino también es “el otro” para el viajero burgués) tienden a idealizarse y a transformarse en objeto estético, al menos en los viajes por España.

Como el punto de vista en la literatura de viaje es abrumadoramente masculino, “el otro” es también la mujer, que se describe por doquier como un atractivo turístico más, comentando en qué regiones las mujeres son más hermosas y dónde no lo son tanto, introduciendo algunos autores (Alarcón, Zamacois, Gaviria) una no disimulada sensualidad. Llama la atención que *El Museo* dé cabida a dos *viajes* que prometen hablar del Serrallo (además del ya comentado del médico Lemprière, Mme. X. firma “Una visita al serrallo en 1860” en los números 15-21 de 1864, texto que enseguida deriva hacia una sucesión de biografías de las principales favoritas de los sultanes turcos a lo largo de la historia), lugar mítico para el erotismo de occidente que recuerda a las regiones fabulosas del *Libro de las maravillas* de Marco Polo en las que las costumbres sexuales no estaban regidas por las restricciones del catolicismo. Bécquer, por su parte, en “Castillo real de Olite. Notas de un viaje por Navarra” (1866, nº10) aporta otra visión de la mujer, menos

carnal, más idealizada e espiritual: en efecto, aparece en este texto el motivo becqueriano de la mujer entrevista, tal vez soñada, fantasmal, que pasa frente a una ventana. Esta mujer ideal, este ángel del hogar, ha de ser necesariamente blanca, y preferentemente rubia, según declara otro autor, José Fernández Bremón, en “Viaje a Matamoros”, donde leemos (nº41 de 1866):

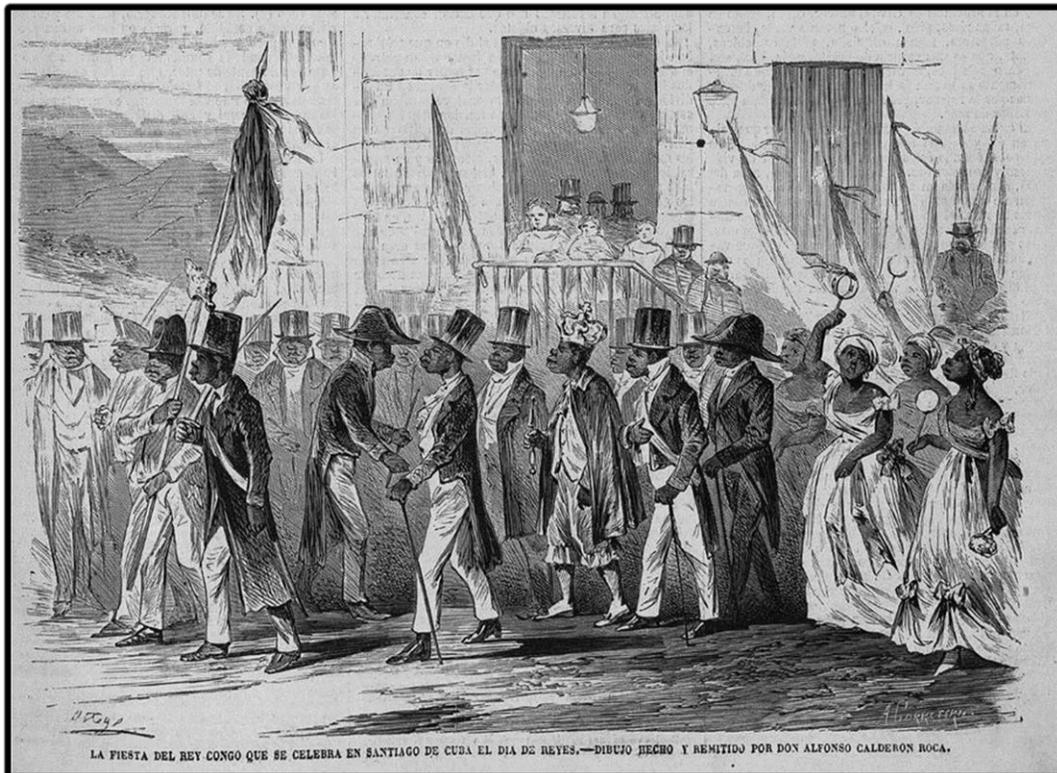
En el *comptoir* vimos una muchacha rubia, de lindos ojos azules, cuyo aspecto alegró nuestros ánimos, por ser la única mujer que habíamos contemplado desde nuestra salida de la Habana. No porque faltasen algunos seres con faldas en las riberas del río Grande, sino porque mi modo de considerar a la mujer excluye de ese sexo a ciertas criaturas, que dignas, sin embargo, de particular aprecio, por su educación, costumbre y aspecto físico difieren mucho de la elevada idea que de esa compañera del hombre he concebido.

La mujer modélica, por tanto, tenía que ser además de clase elevada, y es curioso reseñar que mientras la ideología burguesa sostiene que el trabajo dignifica, esta premisa se aplica únicamente a los hombres, pues a esta mujer ideal y etérea hay que salvaguardarla del trabajo, especialmente del manual y de las labores del campo, que embrutecen, degradan y afean²⁸². También resulta singular el asombro del médico Lemprière ante la belleza de una africana en particular: la última favorita del emperador de Marruecos, cuya hermosura el viajero solo terminará de comprender al averiguar que la joven es de origen italiano, y que vive en Marruecos desde los ocho años.

En general, la descripción de costumbres casi nunca es inocente, encerrando a menudo una denuncia o una crítica de lo que se describe, como ocurre en “El tráfico negrero en Richmond, Virginia” (nº 11 de 1861) y en “Fumadores de afión en Manila” (nº

21 de 1861), el primero de los cuales, escrito por el corresponsal de un periódico inglés, se escandaliza ante una subasta de esclavos en Estados Unidos, mientras el segundo censura severamente la connivencia de ciertas personas, de las que se dan nombre y apellidos, para facilitar el pernicioso comercio de opio en Filipinas.

La supuesta descripción fiel, etnográfica, de costumbres, llega a sustituirse a veces por un espejo deformante, satírico, que pretende ridiculizar la costumbre retratada y que se extiende incluso a los grabados, algo particularmente evidente en los textos “Costumbres populares – la fiesta del rey Congo”, de Alfonso Calderón y Roca (1868, nº 1), y “El día de Reyes en la Habana”, de F. Gallego (1867, nº 3), en los que las imágenes caricaturescas de los negros cubanos vienen acompañadas de unos textos en los que se desarrolla ampliamente la idea del “descenso a los infiernos” para describir el ambiente de estas fiestas populares²⁸³.



Por lo que llevamos visto, se entiende que las diferentes formas de racismo expresadas en la literatura de viaje de *El Museo Universal* son síntomas de un fenómeno mucho más amplio basado en el sentimiento de superioridad europeo, en el reinante nacionalismo ofensivo-defensivo, y en otras convicciones ideológicas como la del progreso, que vendría a cerrar el círculo confirmando la superioridad de los blancos europeos, factores específicos del siglo XIX que vendrían a sumarse a otros de alcance más universal, como es el rechazo y el miedo a lo diferente y a lo desconocido. En consecuencia, en *El Museo* se critica al indio de la cordillera andina (Avendaño), al indio pobre mexicano (Zamacois), al filipino (España), al japonés (Bazán), al judío (San Martín, Jerez Perchet), al árabe (Lemprière, San Martín, Tárrago), pero sobre todo al negro, libre o esclavo.

En este contexto se publican en *El Museo*, como si se tratase de obviedades o de lugares comunes, opiniones que en nuestros días nunca podrían salir a la luz pública, bien por autocensura o bien por haberse prohibido las manifestaciones racistas por legislación, como cuando F. Gallego, en el citado hace poco “Día de reyes en la Habana” (nº 3 de 1867), afirma con pretendida objetividad: “Pero reflexionando filosóficamente sobre la condición de esta raza, se explica su embriaguez, por las mismas razones que explican su abyección”, de donde se colige que para el autor (y para buena parte del público lector) la raza negra era intrínsecamente abyecta, o cuando San Martín, en su serie de artículos “Costumbres de Marruecos”, y más concretamente en el fragmento del nº 39 de 1867, publica estas líneas crudamente antisemitas: “Los hebreos son la gente más ruin que habita nuestro globo, y su perenne y falsa sonrisa, la desfachatez con que se arrastran ante todo el que creen poderoso, y la avaricia repugnante que demuestran en todas las ocasiones, son bastantes a darlos a conocer enseguida que se les trata”.

Los elogios dirigidos a los negros y a miembros de otras razas se presentan, entre críticas y burlas, como concesiones, ponderando el valor guerrero de ciertas razas²⁸⁴, la belleza de determinadas mujeres, el encanto indefinible de su música²⁸⁵, o aportando datos curiosos que sorprenderán al lector al mostrarle que los salvajes no tienen una inteligencia tan limitada como cabría esperar, y que en casos aislados pueden ser incluso cultos y educados, como vemos en “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant”²⁸⁶, que firma A. E. (1863, n° 34), donde se incluyen comentarios como: “el rey [de Ruanda], con la finura de un caballero, le estrechaba la mano siempre que su tiro había sido certero”, o “Speke se sorprendió al ver la limpieza y el traje nacional de estas gentes [en Uganda], que según su opinión, no desmerecían de un paseo elegante de Londres”, o incluso “Speke da a los negros de Uganda el lisonjero nombre de franceses por sus costumbres cortesanas”.

El texto “Escenas de mi vida – Bailes en la Isla de Pinos”, de Antonio Ribot y Fontseré (1860, n° 17, 18, 20), es un caso aparte, pues por un lado incluye una serie de declaraciones que parecen las muestras de más abierta simpatía hacia los negros de todo el corpus, afirmando:

Una hora antes que el de los blancos concluía el baile de la gente de color que me merecía una predilección marcada. En general no asistía al de los blancos hasta que había terminado el de los negros, es decir a la última hora, y esta preferencia que daba al de estos sobre el de aquellos me convertía en objeto de muchas murmuraciones. Los blancos me llamaban apóstata y decían que había hecho defección a mi raza. Pero yo me sobreponía a la preocupación que no consentía que hubiese entre las dos razas más relaciones e intimidades que las del látigo y la carne, y el apasionado de la revolución francesa, que era de mi mismo modo de pensar, cuando oía decir que se menoscababa la reputación del blanco que trataba a los negros como si fuesen hombres, se acordaba de

Danton y repetía las famosas frases con que apostrofaba el convencional terrible a los que le llamaban bebedor de sangre —«¿Qué me importa a mí la reputación? ¡Que la libertad se salve aunque mi nombre sea maldito!»

Anteriormente, además, el autor había dicho que se vestía como los campesinos del lugar para no destacarse, había defendido la forma de vestir de las mujeres del pueblo, y había sido muy crítico con las lánguidas blancas del Caribe. Sin embargo, aunque elogia el gusto con que se visten, a Ribot solo le resultan aceptables físicamente dos negras que parecen, por sus rasgos, blancas pintadas, mientras que todo el resto no se diferencia de los “orangutanes”. Este comentario, junto a toda una serie de chistes que ridiculizan a los negros, anula la anterior imagen de filántropo transmitida por el autor y la sustituye por otra de provocador *bon vivant* y bohemio, sin verdadera empatía por lo que ve, que caricaturiza tanto a los blancos como a los negros de la Isla de Pinos para despertar la risa de sus compatriotas en Madrid, y cuya insólita presencia en los bailes de los negros se explica ante todo por un carácter rebelde y proclive a la polémica y el escándalo, como apuntaba Ovilo y Otero en 1859 en la entrada biográfica de este autor, donde se leen fragmentos como: “Lo mucho que se había distinguido en el periódico-libelo el *Látigo* y otras por este estilo, le han valido una reputación no muy lisonjera entre la buena sociedad de la corte. [...] Por sostener sus ideas políticas progresistas, muy avanzadas, ha faltado a todas las consideraciones sociales y al respeto que merece la familia y la vida privada”²⁸⁷. En cualquier caso, a pesar de estas incoherencias ideológicas internas, “Escenas de mi vida – Bailes en la Isla de Pinos” es un texto literariamente magnífico que destaca como uno de los más brillantes de nuestro corpus.

Por su corte racista, también merecen comentario aparte, para concluir este apartado sobre la ideología de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, las largas tiradas de artículos sobre cazadores escritos por Felipe Carrasco de Molina, que es uno de los autores más importantes del corpus, al menos por el gran número de narraciones de aventuras que publica, y que presenta como un subtipo de literatura de viaje emparentada con las expediciones de los naturalistas que estudian las costumbres y el hábitat de los animales²⁸⁸.

En la entrega del nº 40 de 1863, último artículo de la serie “Las cacerías en el África Ecuatorial”, Carrasco de Molina expone el amplio proyecto sobre aventuras de caza que está publicando en varias revistas:

Con el presente doy fin a la serie de artículos en que me propuse referir las diferentes maneras de que los indígenas se valen en aquellas ignoradas regiones para librarse de las fieras que pueblan sus bosques, y las temerarias empresas de Pablo Chaillu, el primer hombre civilizado que se ha atrevido a pisar aquellas soledades.

Comprende esta serie de artículos los titulados *El gorilla*, *El elefante*, *El búfalo*, *El leopardo*, *La serpiente*, *El jabalí saltador*, y finalmente, *El cocodrilo*, al cual sirven de introito estas líneas.

Desde que empecé a escribir y publicar *Las cacerías en la Argelia* y *Las cacerías en la India*, formé la idea de completar dos volúmenes, añadiendo *Las cacerías en el África Ecuatorial*, que hoy termino, *Las cacerías en la América del Norte* (que tengo empezadas), y *Las cacerías en Méjico y en el Perú*, que seguirán a aquellas.

Pero como no es lo mismo escribir un libro, capítulo por capítulo, que escribir artículos para los periódicos ilustrados (EL MUSEO UNIVERSAL y *La Moda Ilustrada*), resulta de esa diferencia, que la espontaneidad del escritor tiene que atenerse y limitarse muchas veces a las condiciones, de una publicación periódica, o al gusto del editor, cosas que no siempre están acordes.

Felipe Carrasco de Molina, en efecto, había comenzado a colaborar con *El Museo Universal* ya en 1859 con la serie “Las cacerías en Argelia”, que tuvo cinco entregas, adentrándose en 1860, todas basadas en la obra *La Chasse au Lion* (1855), de Jules Gerard, cazador al que Carrasco de Molina aún dedicaría otros dos artículos en 1860. En 1863, Carrasco retomaría la colaboración con *El Museo* publicando la serie “Las cacerías en el África Ecuatorial”, de doce entregas, basada en la obra de Pablo Chaillu *Explorations and Adventures in Equatorial Africa, with Accounts of the Manners and Customs of the People, and of the Chace of the Gorilla, Crocodile, and other Animals*, (Londres, 1861)²⁸⁹, cazador que también protagoniza la serie “Costumbres africanas”, que ocupan otras ocho entregas a lo largo de 1863 y 1864. De la prometida serie de “Las cacerías en América del Norte”, Carrasco de Molina publicaría en *El Museo* apenas dos narraciones de aventuras: “Dos noches toledanas”²⁹⁰ (1864, nº 25 y 26) y “Los pantanos de la Luisiana”, (1866, nº 17, 18), interrumpiendo después definitivamente esta larga colaboración con *El Museo Universal* que se había prolongado siete años²⁹¹.

Dice Carrasco de Molina en el nº 46 de 1863 que “todo el mérito que por estos escritos pueda atribuírsenos se reduce al orden y buen acierto con que sepamos elegir y condensar en artículos de ciertas dimensiones, los datos que acerca del particular debemos a Chaillu, primero, y a varios europeos que antes y después que él han frecuentado el litoral de esa parte de África”, y, en efecto, los textos de Carrasco de Molina son hábiles adaptaciones de obras anteriores, normalmente autobiográficas, que el autor, con indudables dotes narrativas, transforma en relatos de aventuras trepidantes, sintetizando o suprimiendo²⁹² los pasajes más tediosos, potenciando la sensación de peligro,

administrando el consiguiente suspense, dosificando detalles truculentos sobre las víctimas de las fieras, alternando la narración en tercera y en primera persona, incluyendo discurso directo en forma de diálogos, alterando el orden de los sucesos originales para que la historia obedezca a una lógica narrativa interna, e incluso añadiendo pasajes o detalles que no aparecen en el original, pero que aumentan el atractivo del conjunto.

Por ejemplo, en el nº 50 de 1863, para dar vivacidad a la narración, Carrasco de Molina introduce los pensamientos del cazador cuando le sale al paso un guerrero del pueblo caníbal de los Fan, pensamientos que no aparecen en el texto original. En el nº 32 de 1863, Carrasco destroza a un personaje que ha inventado, Abokó, bajo las patas de un elefante, sin escatimar detalles escabrosos, y en el nº 31 del mismo año se dice de cierto cazador que se movía “con la agilidad de un mono o de un negro, que viene a ser lo mismo”, equiparación degradante que tampoco escribió Chaillu en el original.

Los numerosos chistes racistas que intercala Carrasco de Molina en sus escritos, que en ocasiones descienden a lo burdo²⁹³, deben entenderse como un recurso más para agradar a los lectores despertando su hilaridad. El número y el tono de los comentarios racistas de Carrasco de Molina, no censurados por *El Museo Universal*, y por lo tanto tolerados, y tal vez aplaudidos, son indicio nada halagüeño de lo extendido y asumido que debía de estar el desprecio por el negro en la sociedad española de la época.

El texto original de Chaillu es mucho más respetuoso, si bien hay que considerar además que el autor se dirigía primeramente al público de Nueva York, ciudad que se encontraba entonces en el lado abolicionista de un país inmerso en una guerra civil motivada, en parte, por el esclavismo de los estados del sur. Esta sensibilidad del cazador hacia los esclavos de cuando en cuando aflora en la adaptación de Carrasco de Molina, lo

que explica ciertas incoherencias ideológicas de los textos, como cuando en el nº 48 de 1863, poco después de haberse comparado los negros con los cerdos²⁹⁴, se muestra compasión por los esclavos llamándolos “desdichados”, e incluso, hablando de los que son conducidos al navío negrero, se dice que “Es imposible imaginar espectáculo más triste y desgarrador”. En todo caso, aunque el ámbito anglosajón lideraba mundialmente el movimiento para abolir la esclavitud, en “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant”, (nº 34 de 1863), al que nos hemos referido antes, la actitud hacia los negros presenta fuertes trazos de suficiencia, paternalismo y eventual sorna que en ningún momento transmiten la idea de una relación de igual a igual, muestra de que hasta en los más tolerantes escritos de blancos europeos, al hablar de otras razas se aprecia un talante de superioridad más o menos acusado. Incluso en “El tráfico negrero en Richmond, Virginia” (nº 11 de 1861), texto escrito por un periodista británico y abiertamente opuesto a la esclavitud, aquí y allá se deslizan concesiones elogiosas hacia los negros que, al señalar el carácter excepcional de las virtudes que se destacan, sugieren que la regla de la raza es precisamente lo opuesto de lo que se alaba: la fealdad y la escasa inteligencia. Sobre un esclavo a la venta se dice que “Era hombre de buenas proporciones, y aunque enteramente negro, tenía una cabeza muy bien formada, frente espaciosa y erguida, y sus facciones, en las que se advertía gran regularidad, presentaban muy poca semejanza con el tipo común del negro”, y algo después se lee que “Los negros dotados de valor y penetración no escasean ciertamente en los Estados esclavistas”, y a modo de ejemplo da inicio a una anécdota diciendo: “Mucho me sorprendieron la perspicacia y la capacidad de un negro a quien encontré en Missouri”²⁹⁵.

En resumidas cuentas, lo que llama principalmente la atención de la ideología de la literatura de viaje de *El Museo Universal* es la relación conflictiva con los extranjeros, previsible en una época de auge de los nacionalismos. Individualismo y nacionalismo promueven una gran preocupación por la autoestima individual y nacional, ambas muy imbricadas, y la hostilidad contra el otro es a la vez una forma de defender y enaltecer lo propio. En este sentido, la literatura de viaje escrita por españoles que publica *El Museo Universal* tiene este claro objetivo nacionalista que se integra perfectamente en los grandes propósitos del periódico. La eterna consigna de “no ser menos que el vecino” impulsó el conjunto de la revista desde su misma concepción, pues al fundar *El Museo Universal* sus editores quisieron emular las mejores revistas ilustradas europeas de su tiempo.

Pero la literatura de viaje es mucho más que nacionalismo agresor, que al fin y al cabo es una variable de nuestra época de estudio, y su cultivo y su lectura implican siempre otros valores latentes como la libertad (palabra sagrada en el XIX) y la verdad. La libertad se relaciona además con el escapismo, con la aventura, y con el puro goce de viajar, que suele englobar el placer estético, e incluso la espiritualidad. La verdad se relaciona con la curiosidad y con el afán de saber, con el instinto de dar siempre un paso más hacia lo desconocido. En la atracción por la verdad hay una invitación universal a la aventura que puede concretizarse, por ejemplo, viajando.

Conclusiones: un alto en el camino.

“Lo objetivo – que varía en cada país – no puede ser universal. Sólo es universal el alma del hombre. Así, la poesía subjetiva es la única que llena el universo”.
(Juan Ramón Jiménez)

Aprovechando la inercia del tema de la caza que ha ocupado las últimas páginas, diré que el investigador del siglo XXI que se aproxima a *El Museo Universal* con la intención de *atrapar* el concepto de literatura de viaje que se manejaba en la España del tercer cuarto del siglo XIX, pronto se dará cuenta de que la *jaula* que ha traído consigo es demasiado pequeña para encerrar la espantosa e inesperada entidad que tiene delante, que no cumple en absoluto con sus expectativas de cazador moderno.

Ante todo, el estudioso estaba preparado para reconocer la literatura de viaje como un tipo de relatos de sucesos verídicos, bien anclados en el tiempo, vivenciados por personajes muy concretos, de carne y hueso, a lo largo de un recorrido por países o ciudades. Sin embargo, para su estupor, verá cómo en *El Museo Universal*, además, se presentan repetidas veces al lector *viajes* sin rastro de “viaje”, sin desplazamiento, sin viajero que mire y toque a ras del suelo; *viajes* que se limitan a describir lugares desde una extraña, fría, distante, atemporal y aérea omnisciencia, exactamente igual que si el autor nunca hubiese estado en el lugar y en la elaboración de su texto se hubiese limitado a usar fuentes documentales. Y sin embargo, el autor *debe* haber estado en el lugar, y este matiz es definitivo para poder hablar de *viajes*. Cuando estas circunstancias confluyen, estos *viajes* van a concitar el aplauso de los intelectuales graves, que valoran por encima de todo la profundidad, la objetividad, el conocimiento científico, fiable, la verdad. Consideran los mismos que hay que ser pudorosos con las banalidades del “yo”, suprimirlas por completo, si es posible, borrando toda huella de subjetividad, de manera que solo reste “ciencia”.

Hasta tal punto se logrará la invisibilidad del “yo” en algunos *viajes*, que el lector apenas sabrá que el autor del texto ha estado efectivamente en el lugar que describe porque así lo afirma quien prologa el artículo. No hay, por lo tanto, en estos textos, diferencias formales entre el *viaje* y el *no viaje*, a no ser que nos aferremos a estos prólogos y afirmemos que, a pesar de escritos por otro autor, son catalizadores que transforman la naturaleza del artículo, que a partir de entonces pasa a ser leído de otra manera, como otra cosa. El artículo de viajes, tal y como se presenta en *El Museo Universal*, no es un género literario en el sentido formal, y su esencia radicaría en una actitud lectora que debe provocarse desde los paratextos o desde el propio texto. Frente al pacto de ficcionalidad de relatos, novelas y obras dramáticas, en los *viajes* se establece con el lector un *pacto de veracidad* que es el mismo que se exige en la literatura científica o en el periodismo, y también en la poesía lírica. Este pacto es el único elemento integrador en la heterogénea masa de textos que se presentan como “viajes” en *El Museo Universal*.

En efecto, el investigador del siglo XXI que remonta el tiempo en busca de las fuentes de la literatura de viaje, atravesando primero las frondosas obras del siglo XX, pobladas por el voraz *ego*, llegará un momento, ya en el siglo XIX, en el que tenga la impresión de que ha llegado a un río que ya no es el mismo, que debe recibir otro nombre; que durante un tiempo estuvo navegando por un afluente y en algún punto entró en un curso mayor, más caudaloso, y anterior al que estaba recorriendo. A esa altura, se pierde la palabra “literatura”, y el gran río primigenio pasa a llamarse “geografía” en el más amplio sentido posible: escritura sobre la tierra y los hombres que la pueblan, con todas sus actividades y producciones. O tal vez haya que cambiar la metáfora y pasar a hablar de dos antiguos ríos, la Geografía y la Literatura, que a la altura del Romanticismo confluyen con

virulencia y mezclan sus aguas durante algunos kilómetros. A partir de ese punto de confluencia, geografía y literatura seguirán ya entremezclados conformando la moderna literatura de viaje. De las aguas de la geografía se habrá tomado la veracidad y el objeto de descripción, y de la literatura se arrastrará el componente del yo romántico, la sentimentalidad y la prioridad de la función estética del lenguaje.

El Museo Universal recogería precisamente una muestra de las turbulentas aguas del tramo de confluencia, que parecen trabar batalla y contaminarse mutuamente en un riquísimo abanico de mestizajes. Ante este caos original, el historiador de la literatura debe admitir que lo que tiene delante no tiene contornos nítidos, no conforma una unidad diferenciable. En estos momentos no existe un grupo homogéneo de textos que podamos aislar y considerar un género literario. En todo caso, empleando los reactivos adecuados, podremos diferenciar los distintos componentes de la masa textual de la revista y tal vez reconocer la presencia de varios subgéneros de literatura de viaje.

Los escritores se apropian en esta época de los artículos de viaje como vehículo literario, llevándolos a su terreno, ganándolos para la literatura, cuando antes se consideraban dentro del ámbito de la geografía y de la historia, y eran escritos por hombres de ciencia con pretensiones científicas, por exploradores, pioneros y navegantes, o en todo caso por militares o diplomáticos. Frente a las modernas “impresiones de viaje”, abrumadoramente estéticas y sentimentales, lo habitual en el pasado eran las “relaciones de viaje”, término que remite a los usos oficiales e informativos. De estas se esperaba el orden, la claridad y la objetividad, mientras en aquellas se seleccionaba apenas la realidad con alguna carga de emoción para el viajero.

De todas maneras, podemos afirmar que los componentes aparentemente irreconciliables de la literatura de viaje de *El Museo Universal*, los dos grandes modelos opuestos por el vértice que supone el “yo” (su manifestación o supresión; su presencia o ausencia), tienen al fin y al cabo cierta querencia entre sí, cierta atracción que es lo que hará eventualmente posible la fusión de las tendencias: tanto “relaciones” como “impresiones” de viajes tienen el objetivo común de reflejar la verdad, solo que unas reflejan la realidad exterior y las otras la realidad interior al yo; las primeras recogen datos externos fidedignos, y las segundas registran emociones íntimas auténticas, de manera que, aunque opuestas, resultan complementarias: dos perspectivas de la misma experiencia de viaje. Será este punto de encuentro lo que permita un cruce de ambos modelos puros que dará lugar a una amplia y variada progenie mestiza, toda ella sujeta, en todo caso, al gran pacto de veracidad original. De la amplia paleta resultante, los autores de viajes escogerán intuitivamente las tonalidades más apropiadas para retratar su destino y sus experiencias: para hablar de lugares sobradamente conocidos, accesibles a cualquier turista moderno gracias a la expansión del ferrocarril, será conveniente hacer uso de una rica gama de emociones que renueven el lugar, lo asimilen subjetivamente, convirtiéndolo en desconocido para el resto de la humanidad, no pretendiendo, como las guías, mostrar unos pasos que todo viajero debería seguir, sino todo lo contrario: plasmar una experiencia de viaje única e irrepetible y, en todo caso, animar a cada cual a emprender su personalísimo viaje a su Granada, su Roma o su París particular. Sin embargo, a medida que nos alejemos de la civilización occidental y nos adentremos en territorios donde no ha penetrado el ferrocarril, convendrá ir cerrando las esclusas de la emoción y ceñirse a una realidad sensible que el hombre blanco puede estar observando entonces por primera vez; realidad

que, para hacer comprensible a sus congéneres, el viajero intentará describir con exactitud, buscando en todo caso similitudes con la realidad de Occidente, para que la imaginación del lector consiga una idea lo más próxima posible a la extraña realidad que el viajero tiene ante los ojos.

Por lo demás, las relaciones existían desde hacía siglos, mientras la gran novedad de la época son las impresiones de viaje, flamante subgénero literario que nace como consecuencia del desarrollo del ferrocarril y del turismo, pero que también procede del espíritu romántico, y que, como todo lo nuevo, no va a ser bien entendido por buena parte de sus contemporáneos, que tacharán estos escritos sentimentales de obras geográficas poco serias, ligeras notas cuya única utilidad práctica es alimentar la vanidad del autor.

Pero no había cómo escapar del curso de los tiempos, y las impresiones se irían extendiendo como concepto creativo a diferentes ámbitos: en pintura, el influyente John Ruskin, defendiendo a Turner en *Modern Painters*, de 1843, había abierto el paso a las vanguardias pictóricas calificando la mera imitación como despreciable y asegurando que el artista debía buscar y plasmar su verdad individual y subjetiva, y exactamente treinta años después (1873), cuando hacía muy poco que *El Museo Universal* había dejado de publicarse, estas ideas precursoras encontraban eco en Claude Monet, que pintaba entonces “*Impression, soleil levant*”, cuadro que daría nombre al movimiento impresionista y que, al igual que las impresiones de viaje (mucho más allá de la mera coincidencia terminológica) consistía en unos apuntes subjetivos y sentimentales de un paisaje, solo que realizados con colores en lugar de con palabras. Mientras Turner y los impresionistas desobedecían las reglas pictóricas imperantes y desvanecían los contornos para alcanzar el fondo de permanencia, la verdad misma de las cosas, que está tanto en ellas mismas como

en el observador, los escritores de impresiones de viaje también contrariaban los preceptos de la literatura de viaje precedente desentendiéndose de la realidad visible tal y como se presenta, e interesándose apenas por la realidad exterior que establece misteriosos vínculos con la intimidad del artista, en la que lo exterior *imprime* una imagen única e irrepetible que es el verdadero objeto de descripción del autor de impresiones. No es azaroso que en esa misma época, en poesía, Mallarmé, fundador del simbolismo, hubiera emprendido una poética nueva con el proyecto de *Herodías*, donde se disponía a describir “no la cosa, sino el efecto que esta produce”, según le explicaba a Cazalis en una carta fechada en octubre de 1864.

Al dotar a la literatura de viaje de emociones y subjetividad, las impresiones abandonaban el terreno de la ciencia que busca la descripción objetiva del mundo, y reclamaban su lugar entre las formas de creación artística. Dejaban de ser obras instructivas, transmisoras de datos y particularidades locales, para convertirse en medios de introspección, de exploración de sentimientos humanos universales provocados, eso sí, por estímulos proporcionados por el viaje.

La literatura de viaje presente en *El Museo Universal*, en definitiva, permite levantar la siguiente hipótesis: que las impresiones de viaje surgen hacia la mitad del siglo XIX junto con el Romanticismo y la aplicación del vapor a los transportes, pero no toman el relevo de la literatura de viaje anterior, sustituyéndola de manera inmediata, sino que se añaden a los subgéneros preexistentes (relaciones, artículos histórico-descriptivos, histórico-geográficos y de costumbres) conviviendo con ellos durante décadas, generando incluso variadas amalgamas mediante las cuales el punto de vista subjetivo se irá extendiendo progresivamente a toda la literatura de viaje posterior.

Puesto que el análisis de esta tesis se circunscribe a *El Museo Universal*, la corroboración de la hipótesis anterior requerirá el estudio de la literatura de viaje presente en publicaciones periódicas y libros de viajes de la segunda mitad del siglo XIX. Tras analizar un número suficiente de periódicos y de libros de viajes, será posible también comparar ambos medios de publicación y determinar si hay subgéneros de literatura de viaje exclusivos de la prensa periódica, o cuán a menudo los libros de viajes están compuestos por textos publicados previamente en revistas (o viceversa). En una segunda instancia, será necesario contrastar diferentes literaturas nacionales para identificar tendencias globales, si las hay.

En cuanto a la literatura de viaje publicada en *El Museo Universal*, estamos en condiciones de afirmar que no hay un único factor que la explique en su totalidad, siendo el resultado de una conjunción de fuerzas a menudo antagónicas, lo que facilita la comprensión de la formidable variedad de los textos recogidos en el corpus. Estos vectores de fuerza son, al menos:

- La poderosa demanda del público.
- Las preferencias de los directores literarios.
- Las preferencias de los autores.
- La línea editorial nacionalista de *El Museo Universal*.
- El sentimiento de inferioridad español.
- El desarrollo de los medios de transporte gracias al vapor, y el surgimiento del turismo de masas.
- La fascinación por el progreso.
- La autoestima occidental de la época.

- La innovación creadora surgida con el Romanticismo, que busca la originalidad y la ruptura de moldes anteriores.
- La resistencia cultural española al egotismo romántico, y la prolongación del prestigio del espíritu ilustrado.
- La naturaleza legal de revista “no política” de *El Museo Universal*.
- Su naturaleza de revista ilustrada, que implica publicar textos acompañados por grabados (o viceversa).
- Sus características materiales (limitación de espacio).
- El conjunto de libros y colecciones de viaje publicados por la editorial de *El Museo Universal*, Gaspar y Roig.
- La actualidad política internacional.

El tema de la literatura de viaje en *El Museo Universal*, sin embargo, no está completamente agotado: aún puede profundizarse bastante el estudio de textos particulares, de grupos de textos, de autores y de asuntos. A la crítica poscolonial le interesará el estudio de los viajes de europeos por otros continentes. Los Estudios de Mujeres podrán abordar la imagen de la mujer proyectada en la literatura de viaje escrita por hombres, o analizar los textos escritos por mujeres. El psicoanálisis podrá profundizar en la línea de investigación que ve en los viajes por tierras lejanas una sublimación de las represiones, o una realización de las fantasías infantiles, pues allá donde acaba el conocimiento del hombre todo se torna posible²⁹⁶.

En relación a otros contenidos de nuestra revista, las obras de autores como Nemesio Fernández Cuesta o Ventura Ruiz Aguilera bien merecen sendos estudios monográficos. Convendría profundizar también en las inteligentes apreciaciones de

Englekirk²⁹⁷ sobre la obra en verso de *El Museo Universal*, pues este crítico apenas se detuvo en los poetas más relevantes. Desde luego, queda también por hacer el cruce de informaciones entre esta tesis y el trabajo del grupo GICES sobre la narrativa de ficción de *El Museo Universal*, contraste que necesariamente ha de arrojar interesantes conclusiones.

Tras estas páginas, sabemos más sobre una de las más importantes revistas españolas del tercer cuarto del siglo XIX, y hemos recogido información significativa sobre la literatura de viaje de la época, pero aún queda mucho por recorrer. Estas conclusiones no son más que un alto en el camino.

Apéndice Bibliográfico A: Índice cronológico de textos del ámbito de los viajes excluidos del corpus.

Se incluyen en este Apéndice Bibliográfico los textos analizados de *El Museo Universal* que, a pesar de pertenecer al ámbito de los viajes, no fueron incorporados al corpus por no cumplir los criterios propuestos en el tercer capítulo. Debido al gran número de textos anónimos o firmados apenas con iniciales, será más provechoso un índice cronológico del que podrán extraerse informaciones como la abundancia y regularidad de estos escritos año tras año, cuán a menudo un mismo número contenía más de un artículo de este tipo, o con qué frecuencia un artículo se dividía en varias entregas y se publicaba a lo largo de varios números. Además, se ha añadido a los títulos una breve nota que apunta su naturaleza y las marcas que lo vinculan a los viajes, junto a otras características relevantes.

1857

Nº 1:

“Covadonga”, por F. Navarro Villoslada (artículo principalmente histórico, centrado en la gesta de Pelayo, pero que también describe la localización y el estado actual del monumento, con figuras literarias que van más allá de la descripción objetiva. Acompaña un grabado)

“Ispahan y el sha de Persia” (Sin firma. Pequeña síntesis de la historia de Persia hasta la actualidad)

“Escavaciones en Menfis” (Sin firma. Noticia arqueológica)

Nº 3

“Detalles sobre los claustros de la catedral de Tarragona”, por J. P. (José Puiggarí; texto descriptivo. Acompañan varios grabados)

“Sepulcros en Covadonga” (Sin firma. Pequeña nota explicativa para acompañar a un grabado)

“Monumento en memoria de Argüelles, Calatrava y Mendizábal” (Sin firma. Historia de este mausoleo de próxima inauguración. Acompaña a un grabado).

Nº 4

“Monumentos de Toledo – La Puerta del Sol”, por Manuel Fernández y González (Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado, al que se alude dos veces en el texto, evidenciando que este es posterior. Incluye un primer apartado muy literario y encendido, de espíritu romántico, pero en ningún momento hay pruebas conclusivas de un viaje real).

Nº 5

“Alcázar del rey don Pedro en Toledo”, por Antonio Martín Gamero (Artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado).

Nº 6

“San Juan del Mercado en Valencia”, por P. P. (Pascual Pérez. Artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado).

Nº 7

“Puente del diablo en Martorell”, por J. P. (José Puiggarí. Artículo histórico-descriptivo de estilo muy cuidado y literario, con abundancia de figuras retóricas. No presenta pruebas conclusivas de viaje real. Acompaña a un grabado).

“El vientre de la ballena – Fantasía, por Luciano, autor griego” (Sin firma. Comienza como un texto de ficción en el que unos navegantes son tragados por una ballena, en cuyo interior encuentran un mundo nuevo, poblado incluso. El relato se interrumpe y el reseñador informa de que se acaba de resumir el primer capítulo de la *Historia verdadera* de Luciano de Samosata, que se presenta como el precedente de los grandes viajes fantásticos de la literatura universal posterior, como *Utopía*, de Moro, *Los viajes de Gulliver*, de Swift, *El viaje a la Luna* de Cyrano de Bergerac, o del capítulo del *Pantagruel*, de Rabelais, en el que se viaja por el interior del gigante.

Nº 8:

“Pilas de San Justo” (Sin firmar. Breve artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado).

Nº 9:

“La romería de San Isidro”, por Ventura Ruiz Aguilera (de estilo muy literario, este escrito acaba desvelándose como un cuadro de costumbres en toda regla, con personajes que dialogan).

Nº 11:

“S. Antonio de la Florida” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo que entra también en el terreno del costumbrismo al describir la verbena y la romería de la fiesta del santo. Hay huellas de la presencia real del autor en el lugar, pero no podemos hablar de experiencia de viaje, pues la ermita se encontraba a las afueras de Madrid).

Nº 12:

“Teatro de Sagunto” (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente centrada en la historia).

Nº 16:

“Catedral de Valencia –Puerta de los apóstoles”, por Pascual Pérez (artículo fundamentalmente descriptivo para acompañar al grabado correspondiente. Va más allá de la descripción objetiva, lamentándose de que este monumento no haya sido aún restaurado).

Nº 22

“Barcelona – Palacio de los duques de Medinaceli”, por José Puiggarí. (Artículo descriptivo de un monumento que ya no existe, pero que va más allá de la descripción objetiva, opinando y empleando la primera persona del plural).

“D. Alonso de Ercilla y Zúñiga”, por G. Cruzada Villaamil (artículo biográfico que menciona los numerosos viajes realizados por este personaje histórico).

Nº 23

“Catedral de Valencia – Puerta del arzobispo”, por Pascual Pérez (Artículo histórico-descriptivo).

Nº 24

“Cascada de Huachinango”, por el conde de la Cortina (Se trata de un breve artículo descriptivo, pero de un paraje natural en lugar de un monumento. No viene con grabado. Tiene pretensiones científicas y quiere defender la importancia de este salto de agua. No hay pruebas conclusivas de visita real).

1858

Nº 3

“El castillo de San Antón”, por Manuel Murguía (Artículo histórico-descriptivo con una primera parte muy literaria centrada en la ciudad de La Coruña, y una segunda parte más objetiva, centrada en el castillo. Varias apariciones del viajero genérico)

Nº 4

“Valencia – Puerta y torres de Serranos”, por Pascual Pérez (Artículo histórico-descriptivo)

Nº 7

“El artificio de Juanelo”, por Manuel Murguía (artículo histórico-descriptivo, acompañado por un grabado, que entra también en el terreno de lo biográfico, hablando del inventor Juanelo. Tiene una introducción y un cierre con descripción poética del paisaje. Aparece el viajero genérico. No hay pruebas conclusivas de visita real)

Nº 9

“Monumentos celtas descubiertos en la provincia de Granada”, por Manuel Murguía (artículo sobre descubrimientos arqueológicos. Aparece el viajero genérico. El autor reconoce no haber visitado personalmente estos lugares).

“Hernán Cortés”, por F. Pi y Margall (artículo biográfico. Acompaña a un grabado).

Nº 10

“El Buen-Retiro”, por Pedro Alonso de Alarcón. (Interesante artículo descriptivo en el límite de la literatura de viaje, pues presenta a un personaje ficticio llamado Juan, forastero en Madrid, que escribe una carta a su amada Mariquita en la que le cuenta, en estilo coloquial, su paseo por el parque del Buen Retiro acompañado por un anciano guía. Es en todo igual a tantos artículos de viajes en forma de carta, solo que el narrador es ficticio, con lo que se cruza la frontera de la literatura de viaje. Se centra en la descripción de monumentos y de espacios verdes, y no tanto en las costumbres de la población. Se incluyen constantes diálogos. Acompañan varios grabados)

Nº 11

“Capilla de San Isidro” (Sin firma. Artículo descriptivo para acompañar a un grabado).

Nº 14

“La fuente de la Alcachofa”, (Sin firma. Artículo descriptivo. Aparece el viajero genérico. Acompaña a un grabado).

“El Miquelete, campanario de la catedral de Valencia”, por P. Pérez (Pascual Pérez. Artículo histórico-descriptivo. Aparece el viajero genérico. Acompaña a un grabado)

Nº 15

“Baños árabes en Gerona”, por N. Blanch e Illa (largo artículo histórico-descriptivo que defiende además la tesis de que el monumento es de origen árabe, frente a la opinión de Jaime Villanueva, del que se cita un largo pasaje de la carta XCVIII de su *Viaje literario a las iglesias de España*, que es propiamente literatura de viaje en primera persona. Además, el texto de Blanch menciona al viajero genérico. No hay pruebas conclusivas de una visita real de Blanch).

“Monumentos árabes españoles-I: Alcázar de Sevilla.- El patio de las muñecas”, por Manuel Fernández y González (texto fundamentalmente descriptivo que se presenta como el primero de una serie que se irá dedicando a los monumentos árabes españoles a medida que *El Museo Universal* vaya consiguiendo los correspondientes grabados. La primera parte es de historia del arte y a continuación viene una apasionada comparación entre el Alcázar de Sevilla y la Alhambra, con descripciones muy literarias que recurren en ocasiones a figuras audaces. Aunque se intuye, por la subjetividad de las imágenes, que el autor conoce personalmente ambos monumentos, el artículo no se presenta como fruto de una experiencia real de viaje).

Nº 18

“Colón”, por Felipe Picatoste (artículo biográfico)

Nº 19

“Colón”, por Felipe Picatoste (artículo biográfico)

Nº 21

“Escenas marítimas”, por B. Menéndez (Recreación del primer viaje prototípico de un aprendiz de marinero, encarnado por un personaje).

Nº 22

“Escenas marítimas”, por B. Menéndez (Continuación).

Nº 24

“El Acueducto de Segovia”, por Manuel Murguía (Artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado. Aparece una vez el viajero genérico).

1859**Nº1**

“Madrid a vista de búho”, por Pedro Antonio de Alarcón (a pesar de lo que pudiera sugerir el título, no vamos a encontrarnos aquí con el fingimiento de una descripción de Madrid desde el aire, en la línea de los artículos costumbristas que comenta Romero Tobar en “El viaje vertical”²⁹⁸, sino con una digresión desencantada, decididamente literaria, que trae a la memoria al Larra más amargo. No hay recorridos ni lugares concretos, reconocibles; apenas una serie de personajes, representantes de los seres humanos, a los que se critica por su vanidad. Podríamos calificarlo de artículo de circunstancias, pues estas oscuras reflexiones parecen apoyarse en la fecha en la que se publica este número: el uno de enero, año nuevo).

“Arco de Santa María en Burgos” por Manuel Murguía (Artículo histórico-descriptivo acompañado por un grabado).

Nº 3

“La Cibeles” (Sin firma. Breve artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado).

Nº 4

“Monumentos romanos en Mérida”, por Manuel Murguía (extenso artículo histórico-descriptivo con pretensiones literarias pero libre de lirismo y de figuras arriesgadas. Aparece en diversos momentos el viajero genérico. Murguía cita sus fuentes documentales: principalmente Ponz y el historiador de Mérida Moreno Vargas. Acompaña un grabado del Acueducto de los Milagros).

Nº 5

“El carnaval de Madrid”, por Pedro Alonso de Alarcón (Artículo de costumbres, si bien el segundo fragmento, que habla de “Los bailes de Capellanes”, comparte cierta técnica con

algunos artículos de viajes: el autor se dirige al lector y a partir de entonces, empleando la primera persona del plural, le va guiando y mostrando los diferentes salones del baile).

Nº 7

“Las lavanderas del Manzanares”, por Ventura Ruiz Aguilera (artículo costumbrista muy meritorio literariamente que limita con la literatura de viaje porque el autor se desplaza a las afueras de Madrid para observar la actividad de las lavanderas, que describe encadenando brillantes imágenes).

“Fuente de Apolo o de las cuatro estaciones” (Sin firma. Sigue la serie de fuentes madrileñas del paseo del Prado. Artículo puramente descriptivo para acompañar el grabado de la página siguiente).

Nº 8

“Valencia, Casa-Lonja”, por P. Pérez (Pascual Pérez. Artículo histórico-descriptivo, extenso, para acompañar a un grabado).

“Campamento de Turana” (Sin firma. Pequeña nota que, además de acompañar un grabado de un campamento militar de la expedición hispano-francesa en la Cochinchina, relata una curiosa batalla en la que se vieron envueltos los soldados españoles contra un batallón de cochinchinos provistos de dos elefantes de guerra. El autor llama a esta campaña de “gloriosa”).

Nº 9

“El Monasterio de las Huelgas” (Sin firma. Extenso y elaborado artículo histórico-descriptivo que hace uso de figuras literarias y digresiones, y que habla de emociones que despierta el lugar, pero que no presenta pruebas conclusivas de un viaje real. Menciona las fuentes documentales —el padre Flórez, don Rodrigo y Benero—. Varias apariciones del viajero genérico).

Nº 10

En la revista de este número se incluye una pequeña biografía de Humboldt.

“Italia” (Sin firma. Artículo de geografía política que describe la fragmentación de la península italiana. Es circunstancial, pues Italia acaba de entrar en guerra. Acompaña una vista de Génova y un mapa muy completo de Italia).

“Ejército de ultramar en el golfo de Guinea” (Sin firma. Breve nota que se limita a enumerar las profesiones y las regiones de procedencia de los soldados españoles en Fernando Poo, tras lo que se describen los atuendos militares de los distintos grupos).

Nº 11

“España y los franceses”, por Pedro Alonso de Alarcón (Artículo de opinión que es prácticamente un manifiesto nacionalista que, ante el desprecio rayano en la compasión que muestran los franceses hacia España en sus libros y periódicos, propone asumir aquello de que África comienza en los Pirineos con tal de asumir una identidad propia que se aleje

de la imitación servil de Francia, y aprovecha para contraatacar tachando a los franceses de superficiales e hipócritas con gran prosapia. Tiene relación con los artículos de viaje, sin ser uno, pues se plantea como una respuesta a las burlas de los viajeros franceses).

Nº 12

“Mapa poético de España”, por Pedro Alonso de Alarcón (No hay viaje, pero se invita a los artistas a viajar por toda España para plasmar las realidades que se están perdiendo en una suerte de manifiesto costumbrista).

“La antigua catedral de Lérida” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado. Aparece el viajero genérico en el primer párrafo. Hay transcripción de inscripciones).

Nº 14

“La boda de lugar”, por Torcuato Tárrego. (Aparente cuadro de costumbres, con personajes y profusión de diálogos, que comienza así: “Los viajes pequeños tienen a veces más atractivos que los viajes grandes”, etc.).

“Milán, su catedral y el arco de la paz”, (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo que acompaña a dos pequeños grabados).

Nº 16

“San Gerónimo del Paso”, por Juan de Dios de la Rada (Artículo histórico-descriptivo que insta a que se retomen las obras de restauración de este monumento).

“Venecia”, (Sin firma. Pequeño artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado con una vista global de la ciudad).

Nº 17

“Valencia –Cimborrio de la catedral”, por Juan Pérez (artículo más descriptivo que histórico que, sobre todo en su inicio, da bastante rienda a la subjetividad, con críticas a la catedral de Valencia como conjunto, recurriendo a la metáfora de joya con valiosos diamantes pero engastados sin atender a la armonía, y con varias personificaciones de las partes de la catedral en las líneas siguientes).

Nº 18

“Verona” (Sin firma. Pequeña nota histórico-descriptiva para acompañar a la vista general de esta ciudad que aparece en la página anterior. Es un escrito circunstancial para ilustrar el conflicto entre Austria e Italia).

Nº 19

“Cuba – La Habana”, por N. Fernández Cuesta (Nemesio Fernández Cuesta. Artículo histórico-geográfico que también se detiene en las actividades económicas. Aparece el viajero genérico. Algunas descripciones parecen sugerir experiencia real, sin ser conclusivas. En la página siguiente hay un grabado a doble página con una vista general de la Habana).

Nº 20

“Marruecos. El príncipe Aly-Bey-el-Abbassi (Domingo Badía y Leblích)”, por D. R. de M. Romanos (Ramón de Mesonero Romanos. Muy correcta biografía del más célebre de los viajeros españoles, Domingo Badía y Leblích, viajero y espía de enorme talento al que se ha llamado en ocasiones el Lawrence de Arabia español. Mesonero realiza un impecable trabajo de síntesis a partir de varias fuentes: menciona el capítulo XX de las memorias de Godoy, las memorias del funcionario francés Mr. Bausset, el propio libro escrito por Badía, publicado en francés en 1814 y traducido al español en 1836, y algunas biografías no mencionadas. Se incluyen varias notas a pie de página. Se trata de un texto circunstancial pues se avecina una guerra contra Marruecos. Limita con la literatura de viaje porque se trata de la biografía de un viajero, si bien se narra su vida completa, desde su nacimiento e infancia, no concentrándose en un viaje específico. Incluye, eso sí, anécdotas reales extraídas de sus viajes. Acompaña un retrato del aventurero con indumentaria árabe).

“Una conversación en la Alhambra”, por Pedro Antonio de Alarcón (El principio es idéntico a los relatos de viajes en primera persona, coincidiendo autor y narrador y llegando a describirse en detalle la festividad del Corpus, pero se trata de un truco literario para dotar de mayor verosimilitud a esta narración ficticia centrada en la conversación con un misterioso personaje que sube a la diligencia cerca de Granada).

Nº 21

“Marruecos”, por *** (Extenso artículo histórico-geográfico sobre Marruecos y su capital. Cita al viajero Mr. Washington para rebatirlo y se hace explícito que las informaciones se han obtenido de lo que “hablan los viajeros”. Artículo circunstancial motivado por la inminente guerra con Marruecos).

Nº 22

“Tánger” (Sin firma. Nota histórico-descriptiva que en ocasiones desciende a detalles que van más allá de lo que parece propio de un diccionario geográfico, como que el actual cónsul inglés es hijo del anterior. En todo caso, nada definitivo que pueda probar la presencia del autor en la ciudad. Acompaña una “Vista de Tánger”. Artículo circunstancial motivado por la inminente guerra con Marruecos).

Nº 23

“Salé” (Sin firma. Nota explicativa del grabado “Vista de Salé – África”. Incluye opiniones como “La población consta de unos veinte mil habitantes moros y árabes, feroces por el poco trato con los europeos”. El autor deja sentir además sus deseos de que España se anexionara esta plaza a lo largo de la campaña militar).

1860

Nº 1

“El Real Hospital de Santiago”, por Manuel Murguía (Extenso artículo histórico-descriptivo con varias evidencias de experiencia real y directa del autor. No se puede considerar literatura de viaje, sin embargo, porque Murguía habla de su propia ciudad, del

lugar donde pasó su infancia y juventud, como se pone además de manifiesto en el propio texto: “Recordamos haber visto en nuestra niñez [...]”. Se recurre al plural de modestia y aparece una vez el viajero genérico. Acompaña un grabado de la portada del Hospital).

Nº 2

“Arquitectura egipcia”, por J. de Dios de la Rada y Delgado (Este artículo incluye la descripción de multitud de monumentos egipcios sin presentar evidencias de viaje personal. En una ocasión cita y transcribe una fuente documental: Cantú).

Nº 3

“Tumbas árabes cerca del Cairo”, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado (introducción histórica y enumeración de monumentos árabes antiguos que no llegan a describirse. Se citan fuentes documentales. Acompaña un grabado).

“Escenas marítimas”, por B. Menéndez (continuación de un viaje prototípico de la marina mercante, iniciado en los números 21 y 22 de 1858, dándose ahora entrada a nuevos personajes).

Nº 4

Marruecos, por * (Artículo de descripción geográfica --límites, las cadenas montañosas y las principales ciudades-- para acompañar a un gran mapa de Marruecos que se publica en este número. El texto ha recibido, no obstante, tratamiento literario, y además de las informaciones objetivas presenta el país como un territorio lleno de peligros y propicio a las aventuras. Artículo de circunstancias motivado por la guerra con Marruecos).

“Escenas marítimas”, por B. Menéndez (continuación).

Nº 5

“La cartuja de Pavía” por ***. (Artículo histórico descriptivo para acompañar un grabado. Cita a sus fuentes. Critica la imitación de los clásicos por parte de los renacentistas).

“Tradiciones de Galicia”, por Ricardo Puente y Brañas (Tiene conexión con los viajes pues se invita a viajar a Galicia, aparece varias veces el viajero genérico, y se habla de romerías y del Camino de Santiago).

Nº 7

“Nuevas Cartas Marruecas” (Sin firma. Textos orientalizantes escritos por un ficticio prisionero marroquí llevado a España, desde donde se fija en la huella árabe en la península. Va a extenderse a los números 12, 17, 20, 23, 24. En la primera entrega, una nota a pie de página de la redacción desvela la impostura hablando de “cartas escritas *al parecer* por un árabe”, realizando un guiño al lector destacando en cursiva ese “al parecer”, y concluyendo que “las tres primeras cartas que podemos publicar de este viajero escritor, sea o no árabe, que su procedencia local poco debe importar a nuestros lectores, son por de pronto una curiosa y elegante muestra de literatura oriental”).

“Tetuán cristiana”, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado (Exaltado artículo que celebra la toma de Tetuán. No hay viaje ni descripción)

“A África: por la toma de Tetuán”, por D. M. Fernández y González (poema).

“Tetuán por España. El genio de la guerra”, por don Eduardo Bustillo (poema).

Nº 8

“A la toma de Tetuán (oda)”, por D. Zacarías Acosta y Lozano

“La catedral de Toledo” (Sin firma. Mínima nota explicativa de un grabado. Se anuncia una serie de artículos destinados a esta catedral).

Nº 9

“Santa María del Mar, en Barcelona”, de J. Puiggarí (José Puiggarí. Extenso artículo histórico-descriptivo que comienza con una introducción sobre Barcelona en general y sus varias iglesias. Estilo discreto, que no busca llamar la atención sobre sí mismo. Presencia de algunas frases exclamativas. Se dice “nuestra ciudad”, de manera que el autor se reconoce barcelonés, con lo que, además, se entiende que no ha habido viaje. Acompaña un grabado).

Nº 12

“Palacio Ducal de Venecia” por R. (Artículo histórico-descriptivo que incluye varios pasajes en los que se da rienda suelta a la emotividad, sugiriendo experiencia auténtica y vinculando el texto a la literatura de impresiones. Llega a decirse “[...] más se puede ante su majestuosa mole sentir que analizar”. Sin embargo, no hay pruebas conclusivas de la presencia del autor en el lugar. Se incluye una cita de Byron).

Nº 15

“La torre del Clavero” (Sin firma. Breve artículo histórico-descriptivo que acompaña a un grabado. Aparece el viajero genérico. Se desliza en el texto la opinión personal del autor).

“Instrucciones de un artesano a su hijo al partir para un viaje por países extranjeros” (Sin firma. Texto muy breve, que parece traducción de un documento antiguo. Se trata de una lista de consejos para reconocer la mejor ciudad en la que vivir a partir de sus construcciones).

Nº 16

“Puerta del vino (Granada)” por R. (Breve artículo descriptivo para acompañar a un grabado. Se incluye traducción de las inscripciones encontradas, nombrando en este caso al traductor, el joven arabista don Emilio Lafuente Alcántara. Aparece el viajero genérico).

Nº 18

“El castillo de San Servando, o San Cervantes (Toledo)”, por J. de Dios de la Rada y Delgado (Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado).

Nº 19

“Observatorio de Madrid”, por R. Artículo histórico-descriptivo sobre el observatorio meteorológico de Madrid, situado en el Buen Retiro. Acompaña a un grabado.

Nº 24

“El sepulcro de los Escipiones”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado. (Artículo histórico-descriptivo de un monumento romano próximo a Tarragona, escrito con voluntad de estilo, con figuras literarias, y con una insólita crítica al arte romano como rastrero y vanidoso, sin rastro de espíritu (romántico). Sin embargo no hay indicios de que el autor haya presenciado el monumento en persona, y se cita repetidamente una fuente documental: Piferrer. Acompaña a un grabado).

Nº 26

“Puerta y torres de Cuarte en Valencia” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo, se insiste en que el mérito artístico del monumento no es tanto como su significado histórico y emotivo, pues las puertas protagonizan un acontecimiento importante de la guerra de la Independencia).

Nº 28

“El Alcázar de Segovia”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado (Artículo histórico-descriptivo escrito con elegancia. Incluye una larga lista de alcaldes de la fortaleza. Se anuncia una continuación. Se cita una fuente: *Descripción de la ciudad de Segovia*, de don Joaquín de Góngora. Hay un grabado en la página siguiente).

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid” (Sin firma, pero la continuación del número siguiente sí que viene firmada por José María de Eguren. Artículo histórico-descriptivo extenso. Incluye la transcripción de una inscripción y citas de varios autores (Mariana y padre Flórez) al primero para desautorizarlo severamente aportando un tercer testimonio que lo contradice, de Argote de Molina.

Nº 29

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid”, por José María de Eguren (Continuación. Se cita a Ponz y su *Viaje por España*. También otros autores. Es un artículo predominantemente histórico).

Nº 30

“El Alcázar de Segovia”, por Juan de Dios de la Rada. (Continuación. Incluye transcripciones de inscripciones. Estilo neutro, informativo, sin pretensiones literarias. Cita incluso un inventario de 1661 como documento histórico con las armas que contenía el Alcázar entonces. En el último párrafo aparece el viajero genérico, además de una curiosa valoración del texto: pesado para artículo, leve para lo que merece un monumento tan importante).

“Casas consistoriales de Sevilla”, por *** (Artículo histórico-descriptivo, con transcripción de inscripciones y adjetivación convencional. También se desea la buena conservación de este monumento. Una peculiaridad estilística de este artículo son las

enumeraciones sin verbo, que transmiten una sensación de apretadísima síntesis. Acompaña a un grabado).

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid”, por José María de Eguren (Continuación. Artículo muy documentado, que cita diversas fuentes).

Nº 31

“Iglesia de San Marcos (Sevilla)”, por *** (Artículo histórico-descriptivo. Dos apariciones del viajero genérico. Voluntad de estilo acusada. Tópico de la arquitectura gótica como cumbre del arte. Por último se pasa a hablar de españoles célebres, artistas, que vivieron en esa parroquia. Acompaña a un grabado).

Nº 33

“Santa Paula de Sevilla” (Sin firma. Breve artículo histórico-descriptivo. Incluye la transcripción de un epitafio. Aparece el viajero genérico. Acompaña a un grabado).

Nº 34

“Los drusos y los maronitas del Líbano” (Sin firma. Artículo informativo sobre los pueblos que habitan en el Líbano siriaco, al hilo de los últimos acontecimientos. Se cita al viajero Burckhardt como fuente. Sigue una relación de los últimos conflictos entre drusos y maronitas, o más bien, una relación de las últimas matanzas de maronitas en manos de los drusos, a veces ayudados por el ejército turco. Acompañan dos grabados: “Vista de Beirut y el Monte Líbano” y “Los cedros del Líbano”).

“Baños de Alhama de Aragón”, por ** (Artículo que se declara descriptivo, si bien evitará la descripción de los edificios de los baños. Acompaña a un grabado. Hay detalles que parecen indicar experiencia personal, pero no hay marcas conclusivas de viaje).

Nº 35

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid”, por José María de Eguren. (Continuación. Acompañan dos grabados).

“Medina, la ciudad del Profeta” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que fuerza la conexión de este lugar fundamental del islam con los acontecimientos de Siria. Se menciona a Burckhardt como fuente documental).

Nº 36

“Nápoles”, por *** (Artículo histórico-descriptivo muy breve y superficial motivado por las noticias del desembarco de Garibaldi).

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid”, de Jose María Eguren. (Continuación. Termina la historia del convento y comienza su descripción).

“Baños de Arechavaleta” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. Hay detalles que parecen indicar experiencia personal, pero no hay marcas conclusivas de viaje. El autor insiste en que los baños de Arechavaleta están a la altura de los mejores de Europa).

Nº 37

“Memoria histórica y descriptiva del convento de San Francisco el Grande de Madrid” por José María Eguren. (Continuación. Descripción muy detallada. Se trata del último fragmento).

Nº 38

“Casa del embajador Vich en Valencia”, (Sin firma. Nota muy breve que se lamenta del derribo de esta edificación renacentista en Valencia, y de tantas otras que no se han sabido apreciar. Acompaña a un grabado).

Nº 39

“Gaeta”, (Sin firma. Artículo histórico descriptivo muy breve para acompañar a un grabado de la ciudad donde se encuentra el rey Francisco II de Nápoles, a la espera de Garibaldi).

“Castillo de Sant Angiolo”, por *** (Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado. Aparece el viajero genérico).

Nº 41

“La plazuela de la Paja”, por R. Robert (Artículo costumbrista centrado en la feria al por mayor que se organiza en esta plaza madrileña, de la que también se describen los edificios colindantes).

“Vasco Nuñez de Balboa”, por Manuel Juan Diana (artículo biográfico).

Nº 42

“El Alcázar de Mallorca”, por ***. (Artículo descriptivo para acompañar a un grabado. Se incluye una larga cita del “eminente historiador” José María Quadrado. Es artículo de circunstancias, pues la reina ha pernoctado en este Alcázar).

Nº 43

“Valencia – convento de las monjas de la Trinidad”, por P. Pérez (Pascual Pérez. Breve artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado. Aparece el viajero genérico).

1861

Nº 1

“Descripción de Peking y apuntes biográficos del actual emperador” (Sin firma. Comienza resumiendo los últimos acontecimientos de la expedición anglo-francesa y las condiciones de paz. Se dice que “el pueblo chino ganará en civilización por su trato con extranjeros”. Sigue una descripción muy detallada del Pekín contemporáneo, y del actual emperador de

los chinos sin citar fuentes. Se dice que acompaña un grabado del emperador en este número, y se promete para el próximo un plano de esta capital).

“La catedral de Sevilla”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado (extenso artículo histórico-descriptivo acompañado por un grabado).

Nº 2

“La catedral de Sevilla”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado. (Conclusión. Aparece un viajero genérico. Hay transcripción de inscripciones. Hay también notas a pie de página para aclaraciones históricas).

“El casino de Rafael”, por J. (Breve nota explicativa de un grabado. Se lamenta del abandono de esta casa de campo del artista Rafael).

Nº 3

“Colegiata de Vitoria”, por ***. (Fórmula original para comentar un grabado: una serie de personajes conversan sobre posibles destinos para visitar en verano, y la conversación acaba centrándose en la Colegiata de Vitoria, que se describe con rápidas pinceladas).

Nº 7

“El hospital de la Latina”, por ***. (Nota histórico-descriptiva para acompañar a dos grabados. Incluye transcripción de una inscripción. Una mención del viajero genérico. Varias críticas a ciertos gustos arquitectónicos del pasado. Descripción del monumento y breve comentario sobre el personaje histórico de Beatriz Galindo, La Latina).

Nº 8

“El Palacio-Castillo de Jarandilla”, por ** (Nota histórico-descriptiva para acompañar a un grabado diferente a las habituales pues las informaciones son muy escasas y es ante todo una divagación imaginativa sobre la vida del emperador Carlos V en los tres meses que vivió en ese palacio, antes de retirarse a Yuste, seguido de una digresión sobre el peso de las coronas, y el nada envidiable destino de la realeza. Aparece el viajero genérico).

Nº 10

“Salamanca”, por * (Extenso artículo histórico-descriptivo en el que se reproducen largos pasajes de dos fuentes: la *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*, de Gil González de Ávila y el *Diccionario Geográfico de España* de Pascual Madoz. Dice el autor que prefiere ser calificado de mero copista a que se le considere plagario por no citar sus fuentes. Denomina a su escrito “apuntes” y “desaliñadas líneas”).

Nº 11

“Establecimientos de la marina de guerra en el departamento de Cádiz” por G.L. (Extenso artículo histórico-descriptivo subdividido en varios edificios, pero que dedica la mayor parte de su espacio al primero: el observatorio astronómico de San Fernando, al que le corresponde también un grabado. Lenguaje muy objetivo, repleto de informaciones, incluyendo la transcripción de una inscripción, con más peso en la historia que en la descripción del edificio).

Nº 12

“Iglesia de San Pedro en Roma”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado. (Artículo histórico-descriptivo motivado por la semana, según se reconoce explícitamente. Elogios convencionales y formularios. Apenas hay una opinión negativa, que corresponden a los tardíos ornatos de Borromini).

Nº 13

“Iglesia de San Pedro en Roma”, por A. (Continuación del texto anterior, pero se avisa en nota al pie que por enfermedad de de la Rada lo ha tenido que continuar “otro escritor”. Dos apariciones del viajero genérico. Se critica la profusión de adornos y se afirma que las grandes catedrales góticas son superiores a este templo. Acompaña un grabado de grandes dimensiones).

Nº 16

“El teatro del Liceo de Barcelona” (Sin firma. Artículo que informa del incendio que el día 9 redujo a ruinas el Liceo, seguido de la descripción de cómo era este edificio. En la página siguiente viene un grabado que quiere reflejar este incendio. El edificio se había estrenado 14 años antes).

“La Casa-Puerta (orillas del Canal del Manzanares)”, Por Ramón de Mesonero Romanos. (Extenso artículo histórico-descriptivo que se centra principalmente en la descripción de las pinturas murales que hay en el interior de esta casa. Se citan documentos para describir el estado de las pinturas en el siglo XVII y para demostrar qué dueño de la casa las encargó. No se citan fuentes documentales indirectas, y se dice que ciertos documentos “nos han sido facilitados por su dueño actual” —el editor José Roig, por cierto— de manera que estamos ante un trabajo personal de Mesonero, propio de un historiador del arte. Aparece el viajero genérico. Se incluye transcripción de inscripciones. Acompañan varios grabados. El texto, en definitiva, limita con la literatura de viaje pues habla de un lugar a las afueras de Madrid).

Nº 17

“La isla de Santo Domingo”, por A. (Extenso artículo enciclopédico con informaciones geográficas e históricas de la isla. Curiosamente, la historia se centra en Haití, y no en Santo Domingo).

Nº 19

“Fiestas de Año Nuevo en el Celeste Imperio” (Sin firma. Notas costumbristas sin mención de viajes concretos a China)

Nº 21

“Valencia – colegio del beato patriarca”, por P. Pérez (Pascual Pérez. Artículo histórico-descriptivo bastante extenso y con otras peculiaridades, como un tono más cálido de lo habitual, opiniones y digresiones. También se describe una ceremonia).

Nº 22

“Valencia – San Pío V”, por P. Pérez (Artículo histórico descriptivo que tiene como introducción una inusual digresión muy literaria sobre la armonía —o la falta de ella— entre naturaleza y monumentos levantados por el hombre. Se corresponde con un grabado que apareció en el número anterior).

Nº 25

“Isla de Santo Domingo – Descripción geográfica”, por don M. González Llana. (Artículo geográfico. De los indígenas se dice que se entregaban a la indolencia pues la tierra les daba tres cosechas anuales casi sin trabajarla. Hay una descripción muy vívida de un huracán: el antes, el durante y el después. Sin embargo, termina el artículo sin evidencias de viaje, y sin apenas subjetividad).

“La Torre Nueva de Zaragoza” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado)

Nº 26

“Isla de Santo Domingo”, por don M. González Llana (Continuación. En esta ocasión el epígrafe es “Creencias y tradiciones de los indígenas”. Se refiere en realidad a los indígenas del tiempo del descubrimiento).

“Tánger” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado. Incluye bastantes detalles, sin hablar de fuentes documentales).

Nº 28

“Isla de Santo Domingo”, por don M. González Llana. (Continuación. En este número se habla de la historia de Santo Domingo hasta la llegada de Colón y establecimiento del fuerte de Navidad).

Nº 29

“El palacio de San Telmo en Sevilla”, por *** (Nota que se centra en criticar la arquitectura barroca de la fachada de este palacio, que se reproduce en un grabado).

Nº 31

“Isla de Santo Domingo” (Continuación del texto de M. González Llana. Texto puramente histórico centrado en los primeros españoles que llegaron a la isla y se establecieron en el Fuerte La Navidad, hasta su destrucción por los indígenas).

“Las torres inclinadas”, por *** (Comienza con una pequeña digresión sobre la incapacidad del pueblo en general de entender las obras de arte, y luego pasa a hablar de la admiración parcialmente injustificada que despiertan en el pueblo las torres inclinadas: las dos de Bolonia, la de Pisa, y la de Zaragoza. No hay viaje ni del autor ni de terceros, pero sí se menciona al menos dos veces al viajero genérico, y se dan juicios de valor, valorando especialmente las estatuas clásicas frente a “la estatuaria” actual y, como es habitual, también considera el gótico como una forma de arquitectura superior. Acompaña un grabado de la torre de Pisa).

Nº 32

“Isla de Santo Domingo”, por don M. González Llanas. (Continuación. Prosigue la historia del fuerte de Navidad).

Nº 34

“El Escorial y su destino moderno”, por Antonio Rotondo. (No es un artículo histórico descriptivo al uso, sino que parece querer centrarse en “su destino moderno”).

Nº 36

“Los monumentos de Santiago”, por José Villaamil y Castro. (Artículo histórico-descriptivo más extenso que la media, precedido de una especie de prólogo sobre la importancia de estudiar los monumentos arquitectónicos para entender la historia, y con algunos pasajes más aislados de opinión).

Nº 38

“Monasterio de Poblet”, por J. Puiggarí (Se centra el artículo en lamentar con patetismo el abandono de este monumento. Describe Puiggarí el monasterio no como es, sino como era, apoyándose en las palabras del padre Finestres. Cita también a don Ibo de la Cortina para hablar de la magnificencia del claustro. Acompañan varios grabados).

Nº 40

“Monasterio de Poblet” por J. Puiggarí (Continuación de este sentido artículo del historiador Puiggarí sobre lo que queda y lo que era Poblet. Incluye, para cerrar el artículo, unas líneas también muy sentidas de Pi y Margall extraídas de su obra *Recuerdos y bellezas*).

Nº 41

“El Palacio del Dux en Venecia”, por don M. Murguía (Manuel Murguía. Artículo histórico-descriptivo muy documentado y con estilo muy literario. Varias apariciones del viajero genérico. Aparece la primera persona del plural: “[...] pasaremos como curiosos viajeros”, si bien ese “como” revela que el autor no es un viajero real, que se está viajando con la imaginación. Catherine Davies, en su artículo sobre las colaboraciones de Murguía en *El Museo Universal*²⁹⁹, hace referencia explícita a este artículo, considerando que “la manera de expresarse indica incluso un viaje a aquel país”, demostrando a continuación, a partir de un texto de Rosalía de Castro extraído de *Ruinas*, que el matrimonio Murguía no había ido nunca a Italia. Lo que le induce a esta investigadora a pensar en un viaje real son algunas fórmulas impersonales con “se” que, no obstante, se encuadran dentro de los rasgos característicos y convencionales de los artículos histórico-descriptivos, no configurando pruebas inequívocas de un viaje real. Acompaña un grabado).

Nº 45

“Plaza del gran duque en Florencia”, por M. (Tal vez, Manuel Murguía. Artículo histórico descriptivo para acompañar a un grabado. Tres apariciones del viajero genérico. Algunas manifestaciones de entusiasmo subjetivo que, no obstante, no llegan a alterar la tónica general de artículo objetivo e impersonal).

Nº 46

“Una pasión en alta mar”, por A. (Tal vez, Augusto Ferrán, pues el artículo viene en el mismo número de las “Traducciones e imitaciones del poeta alemán Henrike Heine”, también firmadas por “A” y recogidas en las obras completas de Ferrán. Brevísimo relato sentimental con final sarcástico cuya acción parte el uno de enero de 1860, a bordo del vapor-correo Paraná, navío inglés que parte de Southampton en dirección a Sudamérica. Los enamorados llegan a la isla danesa de San Thomas, donde habrán de separarse. Cada cual seguirá su vida rutinaria a partir de entonces, si bien de cuando en cuando intercambian cartas de amor platónico. A. presenta esta historia como “verídica”, y sin duda este tipo de anécdotas serían muy frecuentes en los viajes transatlánticos. Es un texto que limita con la literatura de viaje pero que se leería inequívocamente como una narración ficticia, con personajes, trama sentimental, diálogos, etc. Por lo demás, se publica en las últimas páginas del número, habitualmente reservadas a relatos y cuadros de costumbres, mientras que los *viajes*, como el de Avendaño que aparece en este mismo número, suelen publicarse en las páginas centrales).

Nº 47

“Capiteles de S. Pedro de Villanueva (Asturias)” por M. (Tal vez, Manuel Murguía —justo a continuación viene un poema de Rosalía de Castro en gallego. Artículo descriptivo, sin rastro de viajes. Cita a varios autores, entre ellos a Rada y Delgado. El grabado correspondiente viene en el próximo número).

Nº 49

“La China y las potencias cristianas”, por Florencio Janer (Reseña de un completísimo libro sobre China publicado en París, en francés, por el español Sinibaldo de Mas, que fue ministro plenipotenciario de la reina Isabel II en el celeste imperio. Como *El Museo* ha conseguido un grabado incluido en este libro, obra de un artista chino, va a centrarse el artículo en el tema del dibujo: las bodas en China. Incluye al menos un pasaje entrecomillado en el que Mas habla en primera persona).

Nº 50

“La China y las potencias cristianas”, por Florencio Janer (Continuación. Tras afirmar que “Los chinos no son, como generalmente se supone, estúpidos e ignorantes”, se aducen algunas pruebas, fundamentadas en la frenología, describiendo la forma craneana de los mongoles. Por lo demás, este artículo se centra en las fuerzas militares y financieras del imperio chino, terminando con un rápido repaso histórico de los contactos y relaciones entre europeos, musulmanes y chinos, que a partir del s XVII se convertirían en conflictos en los que Inglaterra siempre estaba involucrada).

Nº 51

“Ruinas de un palacio”, por Torcuato Tárrego (Texto de acentuada voluntad literaria, con abundancia de figuras retóricas y numerosas referencias cultas, que se centra en las impresiones sentimentales del autor mientras pasea por las ruinas del Palacio del Emperador Carlos V, en la Alhambra. Se trata de un escrito de “impresiones”, pero no de “impresiones de viaje”, pues Tárrego recorre un edificio histórico de su propia ciudad,

Granada. Los lectores que no estuviesen al corriente de que Tárrago era granadino, leerían este artículo como literatura de viaje, a pesar de que hay una marca expresa, que puede pasar desapercibida, de que el autor no está viajando: “Semejante al viajero cansado del camino, apoyaremos la cabeza [...]”, etc.)

1862

Nº 1

“Santo Domingo”, (Sin firma. Pequeña nota que se centra en lo recaudado en las aduanas de Santo Domingo desde que volvió a ser colonia española, y aprovecha para hablar del retrato del general Pedro Santana que viene en este número, personaje decisivo en la reincorporación de Santo Domingo a España. Vienen en este número dos grabados más de militares dominicanos).

Nº 3

“El teatro de la guerra en los Estados Unidos”, (Sin firma. Informaciones generales sobre este país y su actual guerra para acompañar a un grabado).

Nº 5

“Vera-Cruz y San Juan de Ulúa”, (Sin firma. Nota que describe superficialmente la ciudad de Veracruz, recientemente invadida por los españoles, y la fortaleza de San Juan de Ulúa, estratégicamente decisiva para proteger y controlar la ciudad, que es a su vez la puerta de entrada a México. Acompaña a un grabado).

Nº 9

“El Palacio de la Presidencia en Méjico”, (Sin firma. Nota explicativa para un grabado. Se da una rápida lista de los edificios más relevantes de Ciudad de México. Aparece el viajero genérico. Más que las características artísticas del edificio, que no se describe, se destaca este como centro neurálgico de la política mejicana que está tan de actualidad. Allí se alojarán los emisarios europeos que vayan a negociar las deudas).

Nº 10

“Medina del Campo”,(Sin firma. Breve nota, sobre todo histórica, para acompañar a un grabado).

Nº 11

“Las bodas en Calcuta”, (Sin firma. Pequeña nota sobre esta costumbre lejana. Parece una nota explicativa de un grabado, pero no tiene grabado correspondiente).

Nº 14

“Méjico y su territorio”, por Florencio Janer. (Nota enciclopédica, histórico-geográfica, sobre Méjico para acompañar un grabado de un mapa, y que escora naturalmente hacia el lado español a la hora de contar la conquista española de este país).

Nº 15

“Santo Domingo – La catedral”, por Antonio Martínez del Romero. (Artículo descriptivo muy detallado que aporta numerosas cifras y datos técnicos, además de transcripción de inscripciones. Incluye críticas estéticas y alguna pequeña digresión, pero no hay marcas definitivas de un viaje real. Viene con un grabado).

Nº 21

“Los sitios reales” (Sin firma. Comienza con una defensa de los viajes por España y, tras un compendio de los principales atractivos del país, acaba centrándose en los Sitios Reales. Este número se centrará en la historia de Aranjuez, citando, entre otros, a Ponz. El lenguaje es neutro sin presencia de figuras literarias. Acompaña un grabado).

“Las torres de la catedral de Santiago”, por M. Murguía (Manuel Murguía. Artículo histórico-descriptivo).

“Nueva guía del viajero en París y Londres”, por F. J. (Breve reseña de una nueva guía para viajeros publicada oportunamente en Francia pensando en los turistas que se dirigen a la exposición de Londres).

Nº 22

“La isla de Cuba” (Sin firma. Breve nota que parte como reseña de una nueva edición de una historia de Cuba, obra de Ramón de la Sagra, precedida de la “Relación del último viaje del autor”. Por último, la nota anónima resume brevísimamente las excelencias de la isla, y más brevemente aún su historia. Unas páginas después aparece un grabado relacionado: “La isla de Cuba – Catedral de la Habana”).

“Gruta de Polissippo en Nápoles” (Sin firma. Pequeña nota explicativa de un grabado).

Nº 24

“Semana santa y sus procesiones en Barcelona”, por J. Puiggarí. (Artículo de costumbres, sin mención de viajes).

“Los sitios reales – III - El Real Palacio de Aranjuez”. (Sin firma. Continuación, es trecho principalmente histórico, con citas y transcripción de inscripciones. Hay descripciones, pero “históricas”).

Nº 25

“Semana santa y sus procesiones en Barcelona (conclusión)”, por J. Puiggarí. (Las procesiones descritas en esta tercera parte servirían para ilustrar una obra sobre el teatro callejero. Puiggarí, grave, censura las curiosas extravagancias de muchas procesiones de semana santa).

“Los sitios reales – IV – Los jardines de Aranjuez” (Sin firma. Continuación. Descripción histórica de los jardines: como fueron siendo completados por diferentes reyes de España. Se describe su evolución pero siempre en el pasado, con elementos que no tienen por qué existir en el momento de la publicación, pero también se usa el presente para hablar de

fuentes, esculturas, etc. que aún existen. Se incluyen inscripciones. Se describen los jardines con verdadero deleite. Acompaña un grabado).

Nº 26

“La nueva puerta de Ciudad Real”, (Sin firma. Texto histórico-descriptivo de un monumento reciente, elogioso, un poco más extenso de lo que sería necesario. Acompaña al grabado correspondiente).

“Puerta del Castillo da Penha en Cintra”, (Sin firma. Nota muy breve para acompañar al grabado correspondiente. Aparece el viajero genérico y se incluye una crítica estética, hablando de arquitectura ‘decadente’).

Nº 27

“Descripción de Trípoli” (Sin firma. Artículo descriptivo que incluye, además de críticas al lugar, numerosos detalles que no parecen propios de diccionarios geográficos. Presumiblemente, la fuente de este artículo, que no se revela, es una relación de un viajero, probablemente un diplomático).

“Los sitios reales de Aranjuez – conclusión” (Sin firma. Conclusión. Se centra en la descripción de una fuente con una escultura de Narciso, incluyendo una cita extensa de otro autor del que no se facilita el nombre. Concluye esta serie de artículos sin evidencia de viaje real. Acompaña un grabado).

Nº 28

“Una visita a Pamplona”, por don Ramón Medel. (Artículo histórico-descriptivo presentado como viaje imaginario por Pamplona del autor con el lector, por lo que se usa la primera persona del plural. Se centra en la catedral, con transcripción de inscripciones y con el aporte de varios listados de datos históricos y artísticos).

Nº 30

“Los sitios reales – La Granja” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo que se centra en la figura de Felipe V. Viene con un grabado)

“Salida de Colón del Puerto de Palos”, por M. Ossorio y Bernat (Relato en verso).

Nº 31

“El general Mac-Clellan y la ciudad de Richmond”. (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que habla de los episodios de la guerra civil norteamericana que han tenido como epicentro la ciudad de Richmond).

“Los sitios reales – La Granja” (Sin firma. Continuación. Se centra en las fuentes: los artistas que las crearon y un itinerario para verlas).

Nº 32

“Los sitios reales – La Granja III” (Sin firma. Continuación. Se centra en la pormenorizada descripción de seis fuentes, transcribiendo de forma literal las palabras de “un exacto

conocedor de las bellezas de San Idelfonso” del que no se llega a dar el nombre. Luego sigue describiendo otras fuentes. Acompaña un grabado).

Nº 33

“La Armenia y los armenios”, por A. (Es ante todo un artículo sobre la historia de Armenia: la mitad se dedica al pasado, y la mitad a la historia reciente, centrándose en la vida del líder Narsés).

“¡Vamos a las provincias!” (Sin firma. Tras dar una lista de los destinos europeos más comunes para los viajeros, a continuación plantea alternativas en España. Va a continuar).

“Los sitios reales – conclusión” (Sin firma. Conclusión. Continúa la descripción de las fuentes).

Nº 34

“¡Vamos a las provincias!”, por *** (Continuación. Artículo descriptivo centrado en Vizcaya, y más concretamente en su producción agrícola. Aparece el viajero genérico. Viene con un grabado).

Nº 35

“El fuerte de Moultrie”, (Sin firma. Breve nota con la utilidad declarada de acompañar al grabado de la página anterior, que representa un importante lugar de la guerra civil norteamericana, donde se produjo la primera hostilidad).

Nº 37

“Sagua la Grande (Isla de Cuba)” (Sin firma. Artículo centrado en la historia económica de esta población cubana dedicada al cultivo de tabaco).

Nº 40

“El golfo de Spezzia y la prisión de Garibaldi” (Sin firma. Pequeña nota para acompañar a un grabado que además informa sobre las últimas noticias de Italia, como si fuese una prolongación de la revista de la semana).

Nº 41

“Llegada de SS.MM. y AA. A Sierra Morena” (Sin firma. Pequeña nota que habla de cierto arco que recibió a la reina en Sierra Morena y que se reproduce en un grabado en este número).

“La Guyana Francesa” (Sin firma. Texto no muy extenso que resume la historia de la Guyana. No hay descripción ni viajes).

Nº 42

“Recuerdos de un viaje”, por Benigno de Rezusta (Se trata de un relato sentimental ficticio, con la particularidad de estar situada la acción en la “pintoresca y risueña isla de Wight”).

Nº 43

“Real monasterio de Nuestra Señora de Pedralbes, en el campo de Barcelona”, por José Puiggarí (Artículo histórico-descriptivo que presenta abundancia de impresiones subjetivas e indicios de visita real. Sin embargo, no hay viaje, pues Puiggarí habla de un monumento de su ciudad).

Nº 45

“Madagascar en 1862”, por J. (Resumen de la historia reciente de Madagascar (reinado de Ranavalona) e interesante análisis de la situación política actual, de apertura a Europa promovida por el nuevo rey. Parece la traducción de algún artículo escrito originalmente en francés, que adopta constantemente la perspectiva de Francia. No hay descripción, ni siquiera geográfica. No hay viaje. No tiene pretensiones literarias).

Nº 46

“La república negra de Liberia” (Sin firma. Pequeño artículo de tipo enciclopédico: historia, geografía, organización administrativa, lengua, religión, etc. Solo hay una opinión, la que abre el artículo: Liberia es el ejemplo de que los negros son capaces de organizarse. En la última página hay un grabado del presidente con levita. Es un retrato digno, en absoluto caricaturesco, pero que debería resultar extraordinariamente singular para los lectores burgueses españoles).

Nº 48

“El arco de triunfo levantado en Murcia” (Sin firma. Nota que explica el grabado anterior, además de otras disposiciones que se adoptaron en Murcia para el recibimiento de la reina en octubre. No llega a aparecer la reina en acción, de manera que no podemos considerarlo un fragmento de la narración de su viaje).

Nº 51

“El reino de Angola”, por J. (Es una suerte de entrada enciclopédica sobre este país, un poco de geografía, hidrografía, etnografía y un poco más de economía. Entre todos los datos supuestamente objetivos, se afirma que los indígenas tienen “una inteligencia muy limitada”).

1863**Nº 4**

“La guerra de los Estados Unidos” (Sin firma. Texto que acompaña a dos grabados e informa sobre la última gran batalla de la Guerra Civil norteamericana, que quedó también en tablas. Además de la descripción de la batalla, incluye una descripción enciclopédica de Fredericksburg y la situación geográfica del campamento de Burnside).

Nº 10

“El Anti-Líbano” (Sin firma. Brevísimas notas de tipo enciclopédico con la descripción geográfica de este territorio).

Nº 11

“Torre y casa señorial de los Lujanes”, por José Amador de los Ríos, (Artículo histórico-descriptivo que se extiende a lo largo de dos números. En este se concentra en lo histórico, demostrando documentalmente la falsedad de la leyenda de que el rey Francisco I de Francia estuvo prisionero en esta torre, cuando en verdad estuvo en los reales alcázares de Madrid).

Nº 12

“Torre y casa señorial de los Lujanes”, por José Amador de los Ríos (Continuación. Esta segunda parte se centra en la descripción minuciosa y objetiva del monumento. Termina con un llamamiento a la restauración de este monumento tan descuidado).

“La ciudad de Batavia”, por J. (Breve artículo de tipo enciclopédico sobre esta ciudad, capital de la isla de Java, dominada por holandeses. Hay detalles sorprendentes sobre la vida contemporánea en esa ciudad, aunque no hay indicios de viaje real del autor. No se cita la fuente, que podría ser algún viajero).

Nº 14

“La Grecia y las islas Jónicas”, por D. N. F. C. (Nemesio Fernández Cuesta. Artículo enciclopédico centrado en la historia moderna de Grecia, pero que habla también de geografía y economía. Algo menos de la mitad se dedica a las islas Jónicas, que Inglaterra va a devolver próximamente a Grecia).

Nº 17

“¡Polonia!!!”, por D. M. M. Guillén (Artículo en prosa en apoyo de la revolución polaca).

Nº 20

“Torre de la catedral de Murcia”, por Macario Planella (Artículo histórico-descriptivo, extenso, para acompañar a un grabado. Comienza hablando de Murcia en general).

“Madrid moderno – La plazuela de la cebada” (Sin firma. Extenso artículo descriptivo con sabor costumbrista para acompañar a un grabado. Se dice al final que Madrid necesita un mercado más organizado).

Nº 21

“La ciudad de Méjico” (Sin firma. Extensa nota, atribuible a Fernández Cuesta, de tipo enciclopédico, con profusión de informaciones geográficas sobre los terrenos y los alrededores de la capital, y con informaciones generales sobre urbanismo y datos estratégicos de abastecimiento de agua y víveres. Pasa por alto las informaciones artísticas, y no hay asomo de subjetividad, de manera que todo ha podido extraerse de diccionarios o guías de viaje. En el propio cuerpo del artículo se reconoce que ya se habló de la ciudad en otros lugares, como en el n23 de 1862, pero que se recopilan aquí las informaciones. Se justifica el artículo además por los acontecimientos de la actualidad —la guerra de la que también se habla en la Revista. Acompaña un grabado a doble página).

Nº 22

“Puertas del Baptisterio de San Juan de Florencia”, por J. Puiggari. (Artículo principalmente descriptivo, si bien realiza incursiones en la historia de Florencia y en las vidas de los escultores. Dos páginas después, hay dos grabados ilustrativos, y se publican otros dos grabados de las puertas en el número siguiente).

“Madrid moderno – fuente de Neptuno”. (Sin firma. Breve nota explicativa de un grabado).

Nº 24

“La ciudad de Puebla”, (Sin firma. Nota sobre la historia esta ciudad mejicana de actualidad por el sitio al que la someten los franceses. Acompaña el grabado “Vista de Puebla”).

Nº 25

“Plano de Puebla”, (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente. Se confirma que Puebla ha caído ante los franceses).

Nº 26

“Palacio del Congreso de Diputados” (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente).

Nº 29

“La calle de Alcalá”, por M. del Palacio (Artículo descriptivo y de costumbres que limita con la literatura de viaje pues se dirige a un supuesto viajero genérico, ficticio, que llega a Madrid, se aloja en la calle de Alcalá, y se depara con el espectáculo de la multitud dirigiéndose a los toros. El autor afirma que no ha nacido en Madrid, pero asume la ciudad como propia con numerosos posesivos. Acompaña el grabado “La calle de Alcalá en día de toros”, de grandes dimensiones).

“La Villa de Dolores y el establecimiento territorial y enfitéutico de pías fundaciones de Exmo. Señor Cardenal Belluga”, por J. Pastor de la Roca. (“Cuadro histórico-geográfico”, en palabras del autor, extenso, que elogia la labor del cardenal y, en segundo término, describe la historia y las características de la villa).

Nº 30

“El Potro de Córdoba” por Luis María Ramírez y de las Casas-Deza. (El artículo aclara tres lugares de Andalucía mencionados en El Quijote: el Compás de Sevilla, el Potro de Córdoba y el caño de Vecinguerra. Acompaña un grabado de la plaza y fuente del Potro de Córdoba).

Nº 32

“El Chiquihuite” (Sin firma. Nota fechada en Matanzas, en abril del 63, que describe una fortaleza mejicana situada entre Veracruz y Córdoba. No le acompaña ningún grabado).

Nº 33

“Estatua de Colón en Bahía” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. Incluye una rápida descripción de la ciudad).

Nº 34

“Abadía de San Pedro de Galligans”, J. Puiggarí (Artículo histórico-descriptivo, objetivo, detallado y técnico. Acompaña un grabado).

Nº 38

“El terremoto de Manila” (Sin firma. Texto que limita con la literatura de viaje pues, aunque trata de una noticia específica, se cede la palabra a “un inglés” que se encontraba en Manila en el momento del terremoto y que relata su experiencia. Acompaña un grabado que muestra las ruinas del consulado de Dinamarca).

Nº 39

“Antiguo castillo de la Espluga de Francolí”, por J.P. (Posiblemente, José Puiggarí. Breve nota explicativa del grabado que viene dos páginas atrás, hace dos referencias a tal obra pictórica. Incluye varias marcas de subjetividad, como preguntas retóricas o figuras literarias, pero no deja de ser texto descriptivo).

Nº 41

“Las pirámides de Egipto”, por A. (Artículo histórico sobre el Egipto antiguo que limita con la literatura de viaje porque su fuente principal es el viaje de Herodoto).

“Iglesia del Espíritu Santo y Capilla Sagrario en Méjico” (Sin firma. Nota explicativa de dos grabados).

Nº 42

“Las pirámides de Egipto (continuación)”, por A. (Sigue hablándose de las pirámides más bien desde el punto de vista histórico y arqueológico, hablando muy puntualmente de algún arqueólogo).

Nº 47

“La California y sus maravillas”, por A. (Artículo geográfico. Descripción de las riquezas de este estado, no solo auríferas, sino también de su producción agrícola, naturaleza, etc. Aparece el viajero genérico. También formas verbales impersonales. Varias expresiones de gran admiración, repetidas de alguien. No se citan las fuentes. En un momento dado se reproducen literalmente las palabras de un “testigo ocular” de ciertos árboles gigantes, sin facilitar su nombre).

Nº 49

“Orihuela geográfica, histórica, estadística y monumental” (Sin firma, pero la continuación, en el número siguiente, la firma José Pastor de la Roca. Artículo “histórico-geográfico” de encargo, según se afirma en el texto. Se muestra una evidente voluntad de estilo. Acompaña una “Vista de Orihuela”).

Nº 50

“Orihuela histórica, estadística y monumental”, por José Pastor de la Roca. (Continuación. Esta segunda parte es puramente histórica. Se mantiene el estilo abigarrado y barroco, poco común en artículos histórico-descriptivos como este. Acompaña un grabado).

“Un episodio de viaje”, por L. de la Vega (Relato de ficción. Varios personajes coinciden en una diligencia, y uno de ellos va a relatar una historia. Concluye en el próximo número).

Nº 51

“Orihuela histórica, estadística y monumental”, por José Pastor de la Roca (Conclusión. Se centrará ahora en la parte estadística y monumental a partir de “investigaciones”. Tras algunas listas de datos y cifras, se pasa a una serie de fragmentos histórico-descriptivos dedicados a los principales edificios monumentales de Orihuela. Acompaña un grabado).

“Un episodio de viaje”, por L. de la Vega (Conclusión de este relato ficticio).

1864

Nº 4

“Las tortugas de Formosa”. (Sin firma. Este texto se centra en las características y costumbres de ciertas tortugas estudiadas por el vice-cónsul inglés en Formosa, quien no llega a presentarse como personaje viajero. Este texto, en todo caso, tiene indudable conexión con las expediciones de naturalistas y con los relatos de cacerías en África).

Nº 9

“Santo Domingo y la península de Samaná”, por D. J. M. Autran (José María Autran es, según se dice en la revista, un militar destinado en Santo Domingo. No se trata, sin embargo, de un artículo de viajes, y ni siquiera es descriptivo: es un artículo de opinión sobre la situación de Santo Domingo. El oficial es bastante más pesimista que Fernández Cuesta en sus revistas, y dice que las insurrecciones van a sucederse interminablemente, y propone concentrarse en la península de Samaná, de enorme valor estratégico. Acompaña un grabado).

Nº 12

“Toledo y la Semana Santa”, por Juan de Dios de la Rada y Delgado (Artículo de difícil clasificación que, aunque por el título parece que va a ser de costumbres, se centra apenas en la historia cristiana de Toledo).

Nº 14

“Paso de los prusianos por el Schlei, cerca de Arnis, en Schleswig” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado que ilustra una noticia de actualidad).

Nº 16

“El Vandoux en Haití”, por S. R. y López. (Se trata de la narración de un crimen “célebre” reciente, con agravante de exotismo y canibalismo. Acompaña un retrato de los antropófagos).

Nº 22

“La Puda de Montserrat” (Sin firma. Breve texto que explica cómo llegar y cuáles son las características de un balneario de aguas sulfurosas “no muy inferior [...] a los

establecimientos de Suiza y Alemania”. No hay personaje viajero. Acompañan dos grabados).

Nº 23

“Desde Madrid a mi valle”, por D. E. S. y Gutiérrez (Evaristo Silió y Gutiérrez. Viaje con la imaginación a Val de Iguna, lugar de nacimiento del autor, al que se convida al lector. Desarrollo del tópico de menosprecio de corte y alabanza de aldea. Lenguaje evocador y cadencioso, sentimental. Limita con la literatura de viaje porque se trata de una visita imaginaria al lugar, y, más que un viaje *de ida*, es un regreso fantasioso a la localidad, mitificada en la distancia, donde el autor nació).

Nº 26

“Los Campos Elíseos” (Sin firma. Nota explicativa para dos grabados que habla de esta nueva diversión nocturna madrileña).

Nº 31

“Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza”, (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente: historia de la aparición, brevísima historia del templo, y valor sentimental del mismo en Zaragoza).

Nº 34

“Una nueva isla”, por A. (artículo geográfico sobre una isla que aún no existe, pero que se cree que está surgiendo, por actividad volcánica, entre Sicilia y África).

Nº 39

“Coronación del rey de Cambodge. Ceremonia de la purificación” (Sin firma. Texto descriptivo, muy detallado, de esta costumbre de un país muy alejado de Europa. Hay varias evidencias de que el texto ha sido traducido del francés, si bien no se cita la fuente, que posiblemente sea un viajero. Acompaña a un grabado).

“El Palau o Palacio Menor de Barcelona”, por José Puiggarí. (Artículo histórico-descriptivo con algunas exclamaciones y opiniones subjetivas del autor. Viene con dos grabados).

Nº 42

“Las islas de Chincha” (Sin firma. Nota explicativa de los tres grabados de las islas que se publican en este número. En el número siguiente se incluye un grabado más).

Nº 43

“Pompeya y los pompeyanos”, por M. M. (posiblemente Manuel Murguía. Texto puramente informativo, tanto sobre la historia de Pompeya como sobre sus excavaciones. Se define el artículo, no obstante, como un “extracto [...] de las relaciones que los más modernos y más instruidos viajeros nos han comunicado sobre este punto”. En todo caso, no se facilitan los nombres de estos viajeros).

Nº 44

“Pompeya y los pompeyanos”, por M. M. (Continuación. En esta segunda parte se lleva a los lectores en un viaje imaginario a Pompeya, viaje de gabinete que resulta extraordinariamente verosímil por haberse confeccionado a partir de viajes reales, según se advertía en el número anterior. No se citan las fuentes).

Nº 45

“Pompeya y los pompeyanos”, por M. M. (Continuación. Prosigue el juego del viaje fingido, en el que participan los lectores, elaborado evidentemente a partir de viajes reales).

Nº 46

“Pompeya y los pompeyanos”, por M.M. (Continuación del viaje imaginario)

Nº 47

“Pompeya y los pompeyanos”, Por M. M (Continuación. Como novedad, dos notas al pie, en una de las cuales se cita una fuente: “el docto Minervini”. Siguen incluyéndose muchos grabados).

Nº 48

“Pompeya y los pompeyanos”. Por M. M. (Continuación)

“A las Indias”, por D. J. M. de Pereda. (se avisa en nota al pie que esta narración, que llaman “artículo”, está incluida en las *Escenas montañosas* del autor. Concluye en el próximo número).

“A Rosario”, por D. P. F. Reymundo (Es un poema dedicado a una mujer).

Nº 49

“La Persia actual”, por A. (Artículo geográfico que se centra en la economía de la Persia contemporánea).

“Pompeya y los pompeyanos”, por M.M. (Continuación. Se cita una fuente: el señor Garruci. Se incluye transcripción de inscripciones y una comparación literaria: se dice que el anfiteatro “se asemeja a un buque inmenso encallado profundamente”).

Nº 50

“Pompeya y los pompeyanos”, por M. M. (Conclusión. Se actualiza la tragedia de Pompeya narrativamente, empleando incluso el Presente).

Nº 51

“Vistas de España – San Sebastián” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que insiste en la idea de que la ciudad fue destruida por un incendio provocado por tropas inglesas en 1813).

“Los ferro-carriles dentro de las ciudades de la América Septentrional” (Nota explicativa de un grabado. Se dice que el interior de la ciudad de Nueva York está surcado de líneas

de ferrocarril que hasta hace poco eran recorridos por vagones tirados por caballos, los cuales se empiezan ahora a sustituir por locomotoras de vapor).

1865

Nº 1

“Vista de Guayaquil” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado que da algunas informaciones breves y objetivas sobre la ciudad).

Nº 5

“La India y los indios”, por D. F. P. y M. (artículo de tipo enciclopédico centrado en la geografía física de la India. Continúa en el número siguiente).

Nº 6

La India y los indios, por D. F. P. y M. (Continuación. Generalidades sobre la población de la India. Para respaldar la veracidad de los sacrificios de sangre mencionados, se dice que aparecen consignados en libros de viajeros).

Nº 10

“Escenas y paisajes de Galicia – El Jato”, por Fernando Fulgosio (Artículo costumbrista centrado en un “tipo”).

“Una visita a Yuen-Ming-Yuen, palacio de verano del emperador Khien-Lung”, por D. G. Gautier. (Artículo histórico-descriptivo. Se trata de un viaje con la imaginación. El autor no estuvo en el palacio, y se limita, tras dar algunas noticias históricas, a recoger la descripción del palacio de un pintor occidental al servicio del emperador de China: Fray Attiret. Acompaña un grabado).

Nº 11

“Florenxia, la nueva capital de la Italia”, por A. (Artículo histórico-descriptivo cargado de emotividad y subjetividad que, no obstante, no presenta evidencias definitivas de un viaje real. Múltiples apariciones del viajero genérico. Se incluye además una gran lista de personajes célebres florentinos. Acompaña una “vista” de la ciudad).

“Casa de Torre Tagle en Lima” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado. Está de actualidad porque allí se celebró el congreso Sur-americano que decidió sobre la salida a la invasión española de las islas Chibcha).

Nº 12

“Guadalajara – capilla titulada de los Urbinas”, por R y D (Posiblemente, Rada y Delgado. Breve texto puramente descriptivo, con profusión de vocabulario técnico, para acompañar a un grabado. El último párrafo da a entender que el destinatario ideal de texto y grabado es el “viajero anticuario”, pues esta capilla dará muchos frutos a esta persona).

Nº 13

“Una visita a Yuen-Ming-Yuen, palacio de verano del emperador Khien-Lung”, por D. G. Gautier. (Continúa la descripción objetiva del palacio que publicó frey Attiret en 1743 a la que sigue otra descripción, esta de un autor chino, fechada en 1744. Acompaña un grabado).

Nº 16

“Una visita a Yuen-Ming-Yuen, palacio de verano del emperador Khien-Lung”, por G. (Continuación. A las fuentes anteriores se añade un texto de un misionero francés: el padre Bourgeois).

Nº 17

“Una visita a Yuen-Ming-Yuen, palacio de verano del emperador Khien-Lung, (conclusión)” por G. (El autor sigue insertando pasajes descriptivos de viajeros de varios países que estuvieron en China. La última, verdadera relación de viajero, es la escrita al final del XVIII por el embajador holandés Van Braam. En el último párrafo, el autor llama a sus artículos “monografía cronológica”. Antes de esto ha criticado el acto de barbarie de los ingleses liderados por Lord Elgin que quemaron la preciosa biblioteca del palacio de verano del emperador, que es la noticia de actualidad que explica la publicación de esta serie de textos).

Nº 19

“Vistas de España – Málaga” (Sin firma. Pequeña nota sin firma de tipo enciclopédico para acompañar al grabado correspondiente).

Nº 20

“De los puntos de residencia en invierno para los enfermos”, por A. (Artículo sobre viajes que habla de un tipo particular de viajeros, los enfermos, y los destinos más recomendados por los médicos por su clima – y otros menos conocidos, como Vélez-Málaga. Se detiene un poco más en Niza, Pisa y Venecia, siempre desde el punto de vista de las necesidades de los enfermos del pecho o de vientre).

Nº 21

“Islas Canarias”, por S. S. (Se trata de un artículo descriptivo pero de una naturaleza muy distinta a los demás, pues nada tiene de panfleto propagandístico o nacionalista, sino que se trata de una denuncia de la situación de abandono y pobreza extrema que sufren las islas “afortunadas”, donde todo el progreso del mundo moderno no se ha asomado sino en su faceta más siniestra: la de la miseria. Se trata también de una llamada de atención y una petición casi desesperada de ayuda para que el gobierno central incentive el desarrollo económico de la región).

“Ejecución de un parricida en Marruecos”, por don Rodolfo Vidal (Noticia sobre un crimen escrita desde Tánger).

Nº 22

“Página de un viaje”, por D. Augusto Jerez Perchet (No se trata de un viaje concreto. Se cuentan generalidades sobre Andalucía y, sobre todo, sobre sus gentes. No se habla mal de los tópicos de los viajeros extranjeros sobre esta región: dice que aquí está el contrabandista y la gitana de ojos negros que lee el futuro, pero que los extranjeros luego los exageran e idealizan por la distancia. Aparece el viajero genérico. Se vincula el pueblo andaluz al árabe, se exalta su sensibilidad, y se recogen algunas composiciones populares).

“La estrella de los valles, impresiones de un viaje”, por Eugenio G. Ruiz (Se inicia aquí esta narrativa de ficción que se prolongará a lo largo de muchos números. A pesar del título, la protagonista de este relato morirá sin llegar a viajar).

Nº 24

“Gibraltar”, por D. Federico Velle y Chacón (Es un poema).

Nº 28

“Iglesia de Santa María de la Antigua en Valladolid”, por R. (Artículo histórico-descriptivo. Una aparición del viajero genérico).

Nº 30

“Las jugadoras – escena de costumbres de Aragón, dibujo de don Valeriano Bécquer”, por Gustavo Bécquer (Frente a las anteriores notas explicativas de los grabados de Valeriano Bécquer, esta es más extensa, presenta un estilo más esmerado, y viene firmada por Gustavo Adolfo Bécquer. Sabemos que el dibujo, como toda la serie, es fruto de un viaje real, pero no hay indicios conclusivos de que el texto de Gustavo Adolfo refleje una experiencia directa de lo que se describe, a pesar de los insólitos detalles que se aportan, como el color de las cuentas de los collares de las mozas).

“Viaje a las Américas, el Rastro”, por D. Fernando Fulgosio (Texto bienhumorado y burlón que realiza una parodia de las relaciones de viaje para contar un paseo al Rastro madrileño. La broma se extiende a la dedicatoria del texto a los “compañeros de viaje”. Es, en definitiva, artículo de costumbres presentado paródicamente como artículo de viajes).

Nº 31

“San Marcos de León”, por don Juan de Dios de la Rada y Delgado (Largo artículo histórico-descriptivo, objetivo, con numerosas notas a pie de página. Varias apariciones del viajero genérico. Se incluye una crítica, tónica, del estilo churrigueresco. No hay evidencias definitivas de viaje personal. Acompaña un grabado).

Nº 33

“Ermita de nuestra Señora de la Piedad en el pueblo de Quintanar de la Orden” (Sin firma. Nota un tanto extensa para acompañar a un grabado. Tras una digresión inicial en defensa de la fe popular, se cuenta el milagro en el que se cree en Quintanar, la historia de la construcción, y una mínima descripción).

Nº 34

“Descubrimiento de una segunda fuente del Nilo”, por A. (Reproducción de una noticia publicada en *Times* del hallazgo de otra fuente del Nilo: la primera la habían hallado Speke y Grant, el lago Victoria, y esta segunda la ha determinado Samuel Baker, y es el lago Alberto. No hay relato de viaje).

Nº 35

“El Retiro”, por Gustavo Bécquer (Ortodoxo artículo de costumbres).

Nº 37

“Chalet de los excelentísimos señores duques de Medinaceli y Santisteban” (Sin firma. Artículo descriptivo de una posesión de recreo recién estrenada, de gran lujo. El texto acompaña a un grabado que representa el mirador del chalet).

Nº 39

“El viento del sur y las avalanchas de la Suiza”, por A. (Informaciones generales. No incluye experiencias de viajeros).

“Ávila”, por R. (Artículo histórico-descriptivo relativamente breve. Acompaña un grabado).

Nº 40

“La catedral de Palencia” por R. (Pequeño artículo histórico-descriptivo. Acompaña un grabado).

Nº 41

“Teatro de Santa Cruz de Barcelona” (Sin firma. Nota histórico-descriptiva que acompaña a un grabado).

Nº 42

“Las Indias”, por M. C. (Extenso artículo de tipo enciclopédico sobre la India. Tras una somera descripción geográfica vienen las costumbres. Cita al viajero inglés D’Ovington para describir un peculiar funeral).

Nº 43

“Las Indias (continuación)” por M. C. (Sigue la descripción de costumbres. El texto es en general elogioso con la cultura india, pero con salvedades. Se cita en varias ocasiones al viajero Bernier, que presencié cómo se arrojaba a la hoguera a una viuda de apenas doce años, atada pues se resistía a cumplir su voto).

Nº 44

“Las Indias (continuación)” por M. C. (Este fragmento se centra en la religión en la India. Se cita *Historia del Cristianismo en las Indias*, de Mr. de la Croce).

“El pueblo Sajón”, por don Vicente de Arana (Artículo fundamentalmente histórico, sobre las características, costumbres y creencias del antiguo pueblo sajón).

Nº 45

“Las Indias (conclusión)” por M. C. (Este fragmento se centra en los mongoles y en las riquezas de esos reinos. Se incluye un pasaje literal de la narración de viaje del médico Bertier: una anécdota en la que este descubre el falso milagro de un derviche).

Nº 46

“Uxama (hoy Osca) – Ruinas, vicisitudes y desgracias de esta ciudad”, por Lorenzo Aguirre (Artículo centrado en descubrimientos arqueológicos y en la historia de la localidad. Varias inscripciones transcritas).

Nº 48

“El viajero maldito” (Versos al pie de un grabado en el que un esqueleto, presumiblemente el cólera, se marcha finalmente).

Nº 49

“El derecho de asilo y la hospitalidad entre los árabes”, por A. (Se describe esta costumbre en el pasado y en el presente. Se cita a Burkhardt, pero no se le cede la palabra).

“Vista de la ciudad de Kingston, en la Jamaica” (Sin firma. Nota de tipo enciclopédico para acompañar a un grabado con el mismo título. Es además circunstancial, pues presenta el teatro de una reciente revolución de negros movida, según el anónimo autor, por “el odio instintivo de raza”, pues los negros ya eran libres y con los mismos derechos que los blancos, pero además querían el poder).

Nº 51

“La isla de Islandia”, por A. (Artículo informativo, impersonal y objetivo, con generalidades sobre la isla. En dos momentos se hace referencia a cierto “viajero moderno” para referir dos anécdotas. La descripción del paisaje islandés con el sol de medianoche llega a ser casi lírico, y toca el tópico de lo inefable, describiendo una impresión emocional subjetiva).

“Macao” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. Es circunstancial: los puertos de China se acaban de abrir al comercio con España).

1866**Nº 1**

“Cuadro de costumbres. El día de Reyes en la Habana”, por D. A. P. Zamora. (Aurelio Pérez Zamora. Cuadro de costumbres que limita con la literatura de viaje porque el autor, que afirma vivir en el “viejo hemisferio”, le propone al lector un viaje imaginario a la isla de Cuba. Además, la descripción de la escena es sumamente detallista, por lo que parece tomada de un viajero, si bien no hay constancia textual de que el autor haya estado personalmente en el lugar: el viajero pudo ser otro. Aparece una vez el viajero genérico. Hay constantes opiniones despectivas hacia esta costumbre de los negros cubanos, insistiéndose en el paralelismo con el infierno. Llega a decirse que los negros en su fiesta conforman “el cuadro más repugnante que se pueda presentar a la vista del hombre

civilizado”. Se deja entender que el desprecio por el negro era en la época de buen tono, y que recibiría el aplauso y la complicidad de los lectores).

Nº 2

“De la navegación de los fenicios al África”, por A. (Disquisición histórica sobre si es posible o no que los fenicios dieran la vuelta a África, tal como dice Herodoto).

“Santuario de Begoña en Bilbao”, por R. (Artículo histórico-descriptivo, incluye una acre denuncia de las tropas que usaron los retablos para calentar sus cocidos durante la guerra civil. Acompaña a un grabado).

Nº 4

“París”, por L. G. Bravo. (Es un poema: al parecer el autor está allí desterrado).

Nº 5

“El Teatro de Matanzas”, por A. Martínez del Romero. (Nota descriptiva que acompaña al grabado de una construcción monumental contemporánea).

Nº 8

“Estella de Navarra”, por *** (Pequeña nota histórico-descriptiva para acompañar a un grabado que, por el tono, escora hacia los textos de impresiones subjetivas, sin haber pruebas definitivas de la presencia del autor en el lugar. Además, se incluyen al menos tres invitaciones al viaje, para diversos tipos de viajeros, sobre todo artistas e “inteligentes”, y las invitaciones van dirigidas a lo emocional).

Nº 9

“San Juan de las Abadesas”, por D. P. P. (Pablo Parasolo y Pi, según vemos en la continuación. Artículo histórico-descriptivo muy objetivo, abrumador en datos y detalles. Acompañan dos grabados en este número, y en el nº 7 vino otro).

Nº 10

San Juan de las Abadesas (continuación), por Pablo Parasolo y Pi, Presbítero (Artículo descriptivo con profusión de información. En algunos pasajes hay, no obstante, entusiasmo sincero más allá del elogio formulario. Se dice que en el nº 7 se publicó un grabado, de manera que el artículo fue escrito posteriormente).

Nº 11

“Santa María de Veruela” (Sin firma. Nota para acompañar un grabado de Valeriano Bécquer. Si el texto es de Gustavo Adolfo, nada lo indica).

Nº 14

“La isla de San Lázaro de los Armenios en Venecia” (Sin firma. Nota histórico-descriptiva sin firmar para acompañar a un grabado con el mismo título)

Nº 15

“San Juan de las Abadesas”, por D. J. P. (Tal vez, José Puiggarí, pues no se presenta como continuación del artículo de Parasolo de los números 9 y 10. Artículo de Historia que comenta el hallazgo de un documento del siglo XV que hace un inventario de los tesoros del monasterio y presenta un presupuesto para diversas restauraciones).

Nº 16

“La plaza vieja de Bilbao”, por R. (Nota histórico-descriptiva un tanto extensa que acompaña a un grabado --y a otro publicado en el número anterior. Aparece tres veces el viajero genérico, que no puede confundirse con el autor. Elogio de la limpieza del mercado frente a la suciedad de otros).

“El palacio Foscari en Venecia” (Sin firma. Breve nota histórico-descriptiva sin firma que acompaña a un grabado. En lugar de viajero genérico hay una mención a “los artistas” que disfrutarán de ciertos detalles de determinado atrio, que es el retratado en el grabado).

Nº 18

“Gerona – Recuerdos históricos – Torre Geronella”, por Enrique Claudio Girval (Relación de acontecimientos históricos en los que esta torre tuvo un papel central. Acompaña un grabado).

“El castillo del Morro en la Habana” (Sin firma. Breve nota muy emotiva y literaria para acompañar a un grabado que narra el primer avistamiento de la isla de Cuba para quien viene de España).

Nº 19

“La fuente de la India en el paseo de Isabel II de la Habana” (Sin firma. Nuevamente, el grabado viene acompañado de un texto cargado de emoción y subjetividad. No se limita a la fuente, sino que habla de la Habana en general, de sus espléndidos edificios y de su espectacular vegetación).

Nº 20

“Costumbres de Valencia – Cartas escritas por un caballero muy particular a la señora doña N. Y. – Carta Primera”, Por Fermín Gonzalo Morón (Peculiarísimo texto de costumbres sobre todo por su prosa, absolutamente personal, que destaca inmediatamente por su estilo y por su calidad. Linda con la literatura de viaje por la forma epistolar y por el contenido, que son descripciones de costumbres y paisajes. Sin embargo, no se afirma que el autor haya viajado a Valencia, dando a entender que se habla de la ciudad propia).

“Recuerdos y monumentos de Cataluña”, por D. N. Peñalver. (Aunque aparece este título y este autor en el índice del tomo, el texto es en realidad un artículo descriptivo de José Puiggarí incluido en esa obra de la que Nicolás Peñalver fue director. El artículo reproducido de Puiggarí es “Breve noticia de la Audiencia de Barcelona, de su Capilla y de las curiosidades en ella contenidas”).

“El Palacio de Bianca Capello en Venecia” (Sin firma. Breve nota para acompañar a un grabado que llama la atención sobre todo en la novelesca vida de Bianca Capello).

Nº 22

“Recuerdos y monumentos de Cataluña”, por D. N. Peñalver. (En esta ocasión el texto recogido trata sobre la fiesta de San Jorge: algunas notas sobre el santo, descripción de una celebración en tiempos de Carlos I, y unas pocas notas sobre la fiesta actual. El texto va sin firma. Se anuncia una continuación).

“Bautisterio del convento de Lavra en el monte Athos” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado que incluye una leyenda del origen de una fuente).

“Costumbres de Valencia” de Fermín Gonzalo Morón (Segunda de las peculiares cartas del autor, que se va a centrar en este caso en criticar la cursilería de las valencianas y su forzado buen tono que coarta la naturalidad. Después de despacharse a gusto, acaba de todas maneras recomendando la visita a esas tierras).

“El Cáucaso”, por A. (Extenso artículo enciclopédico basado en “obras rusas” que habla de historia y geografía de la región, deteniéndose finalmente en etnias y flora. El artículo es circunstancial y está motivado en que Rusia está combatiendo a las tribus de la región).

Nº 24

“Bombardeo de El Callao”, por ** (Es la narración del bombardeo del Callao en forma de carta a un “querido tío” fechada a 8 de marzo, a bordo de la Blanca, y en el Callao. Tiene estrecho parentesco con la literatura de viaje por la forma epistolar y por tratarse de un episodio vivido en un viaje, en una misión militar. Se centra, sin embargo, abrumadoramente, en el bombardeo, con lo que se leería ante todo como una noticia de actualidad escrita por alguien que la vivió muy de cerca).

Nº 25

“Las pampas de América”, por A. (Documentado artículo de geografía e historia, que no deja de lado la descripción del suelo, de la vegetación, de la población o de la economía de la región).

Nº 28

“Sepulcro de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona” (Sin firma, tal vez de Gustavo Adolfo Bécquer. Nota para acompañar a un grabado que narra una leyenda: la de cómo un azor desveló dónde había sido enterrado el conde Berenguer por unos bandoleros).

“Las fortificaciones del Callao” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado que ilustra una noticia de actualidad).

Nº 30

“La cuestión de cuba”, de Eugenio Blasco (El título es un juego de palabras: no se hace referencia al país, sino a una cuba de madera que, en la escena cómica costumbrista que supone este texto, acabó rota en una polémica de portería).

Nº 33

“San Millán de la Cogulla o San Millán de Suso” (Sin firma. Artículo descriptivo sin firmar, con transcripción de inscripción, críticas y otros detalles que parecen indicar visita personal sin ser conclusivos).

Nº 35

“Santa María de Veruela” (Sin firma. Breve nota histórico-descriptiva para acompañar a un grabado. En el índice del tomo la nota se atribuye erróneamente a J. de la Puerta Vizcaíno, autor del relato “Las peticiones y los pedigüños”, que viene a continuación).

Nº 37

“La arquitectura de los templos griegos”, por J. Pastor de la Roca (Habla de los templos griegos en general, sin ni siquiera centrarse en uno concreto).

“Los estudios thibetanos”, por A. (Artículo de considerable erudición centrado en el conocimiento del Tíbet por parte de los occidentales, hablando de diversos viajeros y sintetizando el viaje más célebre a ese lugar: el de Csoma de Kôros. Habla también del lenguaje tibetano y de la transmisión de los textos budistas).

Nº 38

“Roma” (Sin firma. Texto para acompañar un grabado de una vista general de Roma. Lista de monumentos romanos, sin entrar en su descripción. Se dice que la única manera de conocer Roma es visitarla).

Nº 39

“Los ventisqueros de Suiza”, por A. (Artículo científico, que explica la naturaleza y el movimiento de los glaciares).

Nº 40

“Los ventisqueros de Suiza”, por A. (continuación).

Nº 41

“Recuerdos de Babilonia”, por M. C. y G. (Tal vez, Mariano Carreras y González. Artículo histórico-descriptivo que, para la descripción de las ruinas, se basa en viajeros modernos que llegaron allá con mucho esfuerzo, sin facilitar nombres pero citando pasajes en cursiva. Aparece varias veces el viajero genérico. En el último párrafo aparece el autor en primera persona, pero no como viajero, sino como intelectual abrumado por la grandeza del pasado).

“El Cuadrilátero – Las líneas de Verona” (Sin firma. Largo artículo descriptivo de las fortificaciones defensivas de Verona. Acompaña un grabado).

Nº 42

“Peschiera y Mantua en el Cuadrilátero” (Sin firma. Artículo descriptivo con especial atención a las características militares de estos lugares).

“El doctor Livingstone” (Sin firma. Breve nota biográfica, para acompañar a un grabado, que se centra en la vida anterior a la llegada a África de este explorador).

Nº 43

“Venecia. Palacio ducal y muelle de los esclavones” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado).

Nº 44

“Venecia. Plaza e iglesia de San Marcos” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado).

Nº 46

“Tabernáculo de la Virgen de San Miguel del Huerto en Florencia” (Se trata de un texto histórico-descriptivo sin firmar, algo más largo de lo normal para un texto cuya función es acompañar un grabado. Aparece el viajero genérico una vez. Es en cierta medida circunstancial, pues Florencia es la nueva capital de Italia).

“Arqueología Cristiana – La Primera Iglesia”, por V. Joaquín Bastús (Es un artículo sobre los primeros templos o lugares sagrados cristianos, en Jerusalén. Estos no se describen en la actualidad, de manera que el texto tiene naturaleza más bien histórica).

Nº 48

“Trieste – Palacio Miramar, residencia actual de la Emperatriz de Méjico” (Sin firma. El texto que acompaña al grabado se centra en informar sobre la emperatriz de México, retirada en ese lugar con una seria enfermedad mental que no tiene visos de mejorar).

Nº 49

“Monasterio de Veruela – enterramiento del fundador y sus hijos”, (Sin firma. Breve nota histórico-descriptiva para acompañar un grabado con el mismo título. Se lamenta del mal estado de las tumbas).

Nº 52

“Interior de la Colegiata de San Félix de Gerona”, por José Berga (Artículo histórico-descriptivo de mediana extensión, que viene junto a un grabado del mismo título, presenta algunos rasgos de subjetividad, de “impresiones” personales, que podrían ser indicios de visita real, sin ser conclusivos, moviéndose este texto en el terreno de la ambigüedad y limitando, por tanto, con la literatura de viaje).

“El Palacio de la Exposición Universal de 1867” (Nota breve sin firmar sobre el inminente palacio colosal que va a albergar la exposición universal. No hay ningún grabado para acompañar al texto).

1867

Nº 1

“Real Palacio de Madrid” (Sin firma. Artículo histórico descriptivo más extenso de lo habitual. Se dice que el palacio es punto de atracción para los “touristas” extranjeros. Acompaña un grabado).

Nº 3

“Los Palacios de Villena”, por José Pastor de la Roca. (Aunque viene con una introducción histórico-descriptiva de ciertos lugares de Toledo, se trata de una serie de narraciones ficticias que Pastor de la Roca va a publicar bajo este título a lo largo de varios números).

Nº 4

“Regata de los tres Yachts americanos, el Fleeturing, el Vesta y el Henriette” (Sin firma. Noticia deportiva, ilustrada por un grabado, que informa sobre esta carrera de veleros entre Nueva York e Inglaterra, centrándose en la salida y en la llegada).

Nº 6

“Filipinas, población campestre de los alrededores de Manila” (Sin firma. Breve nota explicativa de un grabado).

Nº 7

“Zaragoza antigua – la plaza del Mercado” (Sin firma. Texto de extensión media que recoge los principales episodios históricos que ocurrieron en dicha plaza y se explica la figura del Justicia de Aragón. Acompaña a un grabado).

“Castellón de la Plana – Fuentes minerales de Navajas” (Sin firma. Texto de mediana extensión acompañado por tres grabados. Se trata de un texto que hace publicidad de un balneario nacional, describiendo las propiedades curativas de sus aguas).

Nº 8

“Huesca – sala baja del antiguo palacio de los reyes de Aragón llamada «la campana de don Ramiro»” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que se centra en el famoso episodio histórico de la campana de Huesca).

Nº 9

“Castillo de Marcilla, donde estuvo presa doña Blanca de Navarra”, por S. (Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado).

“Cazador siberiano atacando a unos osos” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. El texto nada dice de cazadores, sino de que los siberianos defienden así su ganado de los osos).

Nº 10

“Huesca – Catedral de Tarazona”, por M. (Breve texto histórico-descriptivo muy neutro que luego pasa la palabra a “un cronista” del que no se facilita el nombre que describe con mucho mérito y con mucha pasión el interior del templo).

Nº 11

“Convento de la Rávida, donde Colón pidió hospitalidad para él y para su hijo”, por S. (Nota que acompaña a un grabado con el mismo título. El texto se centra en la acogida de Colón y su hijo).

“Siberia. Trineo tirado por renos” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que, aunque habla de este vehículo empleado incluso para expediciones largas, no menciona viajes ni viajeros concretos).

“Romancero de Cristóbal Colon”, por D. V. G. Escobar (De este romancero de Ventura García Escobar, Ruiz Aguilera ha seleccionado los romances XII y XV. Es una narración en verso, y en primera persona. Parece que es el propio Colón el que habla. Es una recreación ficticia de viajes reales).

Nº 12

“Mujer principal de Tarrangollé en África” (Nota sin firma para acompañar a un grabado. Habla con gran respeto de este pueblo africano —belleza, aseo— hasta que, al hablar de un rito fúnebre, comenta que “los salvajes se agitan haciendo contorsiones ridículas y lanzando aullidos y gritos infernales”, descripción claramente impregnada de subjetividad. Este grabado parece venir a colmar la demanda de exotismo y aventura de los lectores. Es en parte sustitutivo de los artículos de viajes).

Nº 14

“La lucha de osos en Rusia” (Sin firma. Artículo sobre esta costumbre rusa que, se dice, no es menos salvaje que los toros españoles. Acompaña a un grabado).

Nº 15

“Nazareth”, por R. (Artículo descriptivo con varias apariciones del viajero genérico, algunas impresiones subjetivas y detalles que van más allá del artículo de diccionario geográfico. Sin embargo, no hay pruebas conclusivas de viaje real. Acompaña una “Vista general de Nazareth”).

Nº 17

“El pativo, aldea rusa” (Sin firma. Pequeña nota explicativa de un grabado).

Nº 18

“Exposición Universal de 1867”, por S. (Artículo descriptivo con inclusión de digresiones personales. No se puede concluir a partir del texto que el autor haya viajado a la Exposición. Acompañan varios grabados).

“La ciudad y fortaleza de Luxemburgo” (Sin firma. Artículo de tipo enciclopédico para acompañar a un grabado. Se trata de un texto circunstancial, motivado por la disputa entre Prusia y Francia que se ha originado como consecuencia de la intención de esta última querer comprarle Luxemburgo a Holanda).

Nº 20

“Kiosko del Bósforo, mezquita-Baños turcos” (Sin firma. Breve nota descriptiva de los lugares representados en los grabados, sus interiores y sus funciones).

Nº 21

“Elche reseña histórica, geográfica arqueológica y estadística”, por José Pastor de la Roca (Artículo histórico-descriptivo escrito con esmero poco habitual, sobre todo su primera parte. Acompaña el grabado a toda página “Elche y sus palmeras (de fotografía)”).

“Exposición Universal de París – Pabellón de Suiza” (Sin firma. Pequeña nota descriptiva para acompañar a un grabado).

Nº 22

“Elche reseña histórica, geográfica arqueológica y estadística”, por José Pastor de la Roca (Conclusión de este artículo histórico-descriptivo. Se remite a varias fuentes documentales. Hay cierta subjetividad en la descripción de las palmeras. Hacia el final, el autor define este artículo como “bosquejo” y “trabajo de encargo”).

“Exposición Universal” (Sin firma. Diversas notas y noticias sobre la Exposición, algunas de las cuales se corresponden con grabados).

Nº 23

“Exposición Universal – Parte española – calle de España” (Nueva sucesión de breves notas sin firma relacionadas a la Exposición, y que se corresponden con grabados).

“Muchachos mendigos de la tribu de los kitchs” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado).

Nº 24

“La inmortal Gerona”, por D. S. Vitrián (Secundino Vitrián. Artículo histórico-descriptivo con dos partes muy diferenciadas: primero la histórica –que incluye no pocas leyendas- y después la descriptiva. El autor llama a su texto “humilde reseña histórico-monumental”. Acompaña una “Vista general de Gerona”).

“Méjico. Plaza mayor de Guanajuato” (Sin firma. Pequeña nota explicativa de un grabado, del que se reconoce su circunstancialidad, pues los juaristas acaban de apresar al emperador Maximiliano, de manera que las atenciones se vuelven hacia México).

Nº 25

“Vista de la Exposición de París”, por R. (Artículo descriptivo, de cuidado estilo literario, que comunica la impresión de experiencia vivida, sin llegar a ser conclusivo y mostrando

una constante ambigüedad, manteniéndose en el límite de la literatura de viaje. Hay figuras literarias, selección subjetiva de lo descrito, enumeraciones, referencias a los sentidos del oído y la vista, etc., pero no se puede tener total certeza de que el autor estuvo de hecho en la Exposición).

“Revista de Florencia”, por José C. Bruna (Noticias de sociedad de la nueva capital de Italia. Bruna escribe desde Florencia, pero no hay descripción geográfica, artística o de costumbres. En el nº 32 viene otra entrega que, entre las noticias galantes, incluye un viaje del autor a Pisa. Reaparece en los números 42 y 47 con más noticias de sociedad).

“Valencia – Castillo de Benisano” (Sin firma. Pequeña nota explicativa para un grabado que se centra en un episodio histórico: en este castillo estuvo retenido el rey Francisco I de Francia cuando se le hizo prisionero tras la batalla de Pavía).

Nº 27

“El Pabellón Imperial” (Sin firma. Pequeña nota para acompañar a un grabado con el mismo título. Es de la serie de grabados dedicados a la Exposición Universal).

“León” (Sin firma. “Reseña” histórico-descriptiva que sintetiza la historia de la ciudad y después pasa a describir brevemente los monumentos principales, dejando por último la catedral, a la que se dedica una hipérbole llena de gracia, tras haber ponderado muchísimo la ligereza del edificio: “admira cómo se mantiene en pie tan íntegra y firme y no la arrebata el viento”. Acompaña una “Vista general de León”).

Nº 28

“Barco de exploración de Livingstone”, por M. (Curiosas e interesantes noticias de la Sociedad Geográfica de Londres, donde se anunció la creación de un barco metálico desmontable apto para recorrer el camino que hizo Livingstone e intentar encontrarlo, o tal vez confirmar su muerte. Los señores Young y Faulkner van a estar a la cabeza de esta exploración, de la que se da el trayecto. Acompaña un grabado que muestra el barco exploratorio).

Nº 29

“Burgos”, por S. (Reseña histórico-monumental que acompaña al grabado “Vista general de Burgos”. Se incluye una larga cita de un autor cuyo nombre no se facilita en la que se habla de impresiones y hay una aparición del viajero genérico).

“Exposición Universal – sección rusa”, por M. (Nota explicativa del grabado correspondiente).

Nº 30

“Recuerdos fantásticos de Galicia. El monasterio de Meira”, por D. M. Lerroux (Narración de una leyenda medieval situada hacia 1300 y protagonizada por el diablo, que viene precedida por una “introducción” en la que el autor narra su viaje hasta el lugar, donde un vecino le contó la historia. Este viaje introductorio pudo ser real o bien tratarse de un recurso literario para hacer más verosímil la narración).

Nº 32

“Querétaro – escena de la muerte del emperador Maximiliano” (Texto de mediana extensión, sin firma, con informaciones generales sobre esta ciudad. Artículo evidentemente circunstancial. Acompaña un grabado con una vista general de la ciudad. Se cita a Humboldt como fuente en cierto momento).

Nº 33

“Plaza del Mercado y ruinas del antiguo convento de San Francisco, en Querétaro” (Sin firma. Pequeña nota explicativa para un grabado que explica que esta debió de ser la plaza donde se fusiló a Maximiliano).

Nº 34

“Exposición Universal – Departamento de muebles de la sección inglesa”, por M. (Largo y minucioso artículo descriptivo en el que el autor parece dar su opinión personal sobre cada mueble descrito, sin que haya pruebas conclusivas de que vio estas piezas con sus propios ojos).

Nº 35

“La ermita de San Saturio, patrón de Soria” (Sin firma. Pequeña nota descriptiva que se centra sobre todo en la “pintoresca situación” del edificio, cuyo interior churrigueresco es muy criticado).

“Exposición universal de París – Sección de Siam” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado).

“Madrid – Paseo por el estanque grande del Buen Retiro” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado).

Nº 36

“El Cuartel de la Montaña – Madrid”, por V. (Pequeño texto histórico descriptivo para acompañar a un grabado que muestra este edificio de muy reciente construcción: 1864).

Nº 37

“Málaga” (Sin firma. Extenso artículo histórico-descriptivo puramente informativo que viene con el grabado “Vista de Málaga tomada desde el Arroyo de los Ángeles”).

Nº 40

“Castillo de Miramar, residencia actual de la princesa Carlota, viuda del emperador Maximiliano” (Sin firma. Pequeña nota explicativa del grabado correspondiente).

Nº 41

“Exposición Universal – Vista exterior de los acuarios”, por R. (Nota explicativa de dos grabados, con algún asomo de subjetividad que no llega a probar que se haya realizado un viaje).

Nº 42

“Pagoda china” (Sin firma. Breve nota explicativa de un grabado, de la serie sobre la Exposición Universal de París)

Nº 44

“El castillo de Sant Angelo y la basílica de San Pedro en Roma”, por S. (Artículo declaradamente circunstancial —los garibaldinos están a las puertas de Roma—para acompañar al grabado correspondiente. Se incluye una larga cita de “De Madrid a Nápoles”, de Alarcón, con una anécdota histórica).

Nº 45

“Salamanca – Breve ojeada a sus ruinas y monumentos”, por Álvaro Gil Sanz (Artículo histórico-descriptivo con ambición estilística y grandes dosis de subjetividad. Se incluyen referencias cultas. No hay constancia de viaje. Acompaña un grabado).

Nº 46

“Salamanca, breve ojeada a sus ruinas y monumentos (conclusión)”, por Álvaro Gil Sanz. (Aunque, siguiendo el extendido tópico de la humildad, el autor llama a su escrito “artículo mal concertado”, es superior a la media en voluntad de estilo y en documentación. Cita a Pons, y se cita a sí mismo, diciendo que ha escrito en otros lugares y tiempos sobre esta ciudad. Como tantos otros, critica el estilo churrigueresco. Termina el artículo con una reflexión sobre el arte contemporáneo, y en particular sobre la arquitectura, que parece haber perdido el tino, pero que podrá volver a producir algo nuevo y bueno, aprovechando las obras del pasado para aprender).

Nº 48

“Madrid – La Iglesia de Atocha o Cuartel de Inválidos” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo para acompañar a un grabado).

“La prueba de amor (Nota de viaje)”, por D. J. P. de la Roca (Narración ficticia que va a prolongarse a los números 49 y 51 y que se presenta como una historia verídica de la que el autor tuvo noticia en un viaje que hizo a Italia).

1868**Nº 1**

“Monumentos artísticos: la catedral de Santiago”, por Federico Villalva (Extenso artículo histórico-descriptivo, con la parte histórica más desarrollada, precedido por una ambigua introducción sobre la verosimilitud de la leyenda de la tumba del apóstol Santiago. Viene con un grabado).

Nº 3

“Málaga - Castillo de Santa Catalina” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que apenas dice que se van a publicar algunos dibujos remitidos por un artista).

Nº 4

“Alrededores de Málaga – Castillo de Gibralfaro” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado, segundo de la serie anunciada).

Nº 5

“Monumentos arquitectónicos: la mezquita de Córdoba” (Sin firma. Artículo descriptivo de extensión media para acompañar al grabado correspondiente. Informaciones objetivas que parecen querer complementar las “impresiones de viajero” de Jerez Perchet que se publican en este mismo número).

Nº 7

“Bellas artes – Nueva iglesia del Buen Suceso, vista interior – último dibujo de don Federico Ruiz” por G. A. B. (Gustavo Adolfo Bécquer. Nota explicativa de un grabado que Federico Ruiz dejó inacabado al verse sorprendido por la muerte. La nota supone un homenaje al dibujante y amigo muy marcado por el estilo personal de Bécquer, incluso con una nota final fantasmagórica que imagina al espíritu del dibujante deteniendo la mano de otro artista que quiso completar este grabado).

Nº 8

“Monumentos antiguos – Monasterio de San Pablo del Campo, en Barcelona” por José Puiggarí (Artículo histórico-descriptivo de estilo muy pulcro y con gran carga de emotividad, pues el autor está implicado personalmente en la defensa de este edificio barcelonés. Se transcribe una inscripción. Se recomienda la visita de Barcelona. Acompaña un grabado).

Nº 10

“Monumentos antiguos – Monasterio de San Pablo del Campo, en Barcelona (conclusión)”, por José Puiggarí (Termina la descripción, sigue un largo y sentido lamento por el estado del monumento, que se defiende con ardor, sentimiento y razón, y el último fragmento se centra en la historia del monasterio. Para esto último, Puiggarí, historiador serio, cita sus fuentes, y hasta las páginas de donde toma sus informaciones. Afirma que hace mucho tiempo paseó por los claustros de ese monasterio junto a su condiscípulo Piferrer, pero no hay viaje pues Puiggarí habla de un edificio monumental de su ciudad).

“Costumbres populares – Manila antaño”, por Bernabé España (Artículo sobre costumbres de Manila en un pasado no determinado —“en cierta época”. Sabemos, por su serie de “Geografía y viajes” sobre Filipinas, que Bernabé España vivió largo tiempo en la colonia española, pero en El Museo se ha querido desvincular este artículo del resto. Es cierto, por lo demás, que no se encuadra bien en la literatura de viaje porque se refiere únicamente al pasado).

Nº 12

“Monumentos antiguos y modernos – El palacio de Tervueren, residencia de la emperatriz Carlota de Méjico” (Sin firma. Pequeña nota para explicar el grabado correspondiente).

“Monumentos artísticos – Fuentes públicas de Siena” (Sin firma. Artículo histórico-descriptivo con la parte histórica más desarrollada).

Nº 14

“La visita de los monumentos – Episodio de la Semana Santa en Ávila”, por S. (nota explicativa de un grabado).

Nº 15

“Monumentos antiguos – La Torre de Hércules”, por X. (Artículo histórico-descriptivo, con la parte histórica más desarrollada, que acompaña a un grabado. Incluye una cita de un “historiador moderno” que a su vez incluye una imagen graciosa: la torre como un dandy que se viste en cada época según la moda, por sus continuas reformas).

Nº 16

“Geografía e Historia - Debra Tabor – Residencia del rey Teodoro en Abisinia” (Sin firma. Nota fundamentalmente histórica, y un poco más extensa de lo normal, para acompañar a un grabado. Es materia circunstancial motivada por la expedición británica por Abisinia).

Nº 17

“Monumentos antiguos – Convento de San Agustín de Salamanca, donde vivió Fray Luis de León”, por S. (Artículo histórico-descriptivo no muy extenso acompañando a un grabado del mismo título. Las descripciones van en pasado, porque este convento se acabó de derruir recientemente. Se incluyen varias inscripciones que había en el interior).

“Geografía y viajes – la ciudad de Adowa, en Abisinia”, por M. (Nota explicativa de un grabado. Como apenas hay edificios importantes en la ciudad, el texto se centra en la población y la actividad económica. A pesar del epígrafe, el texto es de “geografía”, pero no de “viajes”).

Nº 18

“Monumentos españoles antiguos - Puerta del Cambrón, en Toledo”, por C. (Brevísima nota histórico-descriptiva para acompañar al correspondiente grabado).

Nº 19

“Los jardines de Aranjuez”, por R. (Nota explicativa de un grabado. Se dice que Aranjuez es un buen destino de viaje para los habitantes de la corte).

Nº 20

“Estudios arqueológicos – Las excavaciones de Pompeya en la actualidad”, por M. (Artículo que sigue muy de cerca los escritos del viajero Monnier. Se abren comillas para cederle la palabra, y las comillas no terminan de cerrarse, posiblemente por errata de imprenta. No sabemos, por tanto, la extensión de la cita, extensión que podría ser determinante para, bien considerar a Monnier una fuente documental, bien entender que la reproducción de la relación de Monnier es tan extensa que puede considerarse el núcleo de este artículo, que habría que incluir consecuentemente en el corpus).

Nº 21

“Apuntes biográficos – Miguel López de Legaspi”, por B. España (Bernabé España. Tras hablar de Filipinas y de Magallanes, Bernabé España se centra en otro personaje clave en el inicio de la colonización de Filipinas. Es, por tanto, de alguna manera, una continuación de la “biografía” de Magallanes, deteniéndose en los primeros contactos y alianzas de Legaspi con los nativos de las islas).

“Geografía e Historia – La Coruña y el Castillo de San Antón”, por el Doctor López de la Vega (Artículo histórico-descriptivo que va más allá de lo enciclopédico por la selección personal de detalles y otras marcas de subjetividad, como oraciones exclamativas y opiniones. No hay, no obstante, indicios de viaje. Acompaña un grabado).

Nº 22

“Apuntes biográficos – Miguel López de Legaspi”, por B. España (Continuación. Se centra el texto en las vicisitudes que rodearon la fundación de Manila).

“Las excavaciones de Pompeya en la actualidad”, por M. (Conclusión del artículo sobre este tema. Sigue sin quedar claro o transparente hasta qué punto el texto y las informaciones han sido tomadas más o menos literalmente de Monnier, que vuelve a citarse al hablar del museo de Pompeya. No hay en esta ocasión citas entrecomilladas, sino referencias de discurso indirecto. Cabe la sospecha, no obstante, de que el artículo sea una traducción prácticamente literal).

“Casas Consistoriales de Barcelona. Salón de Ciento”, por J. Puiggarí (Artículo histórico-descriptivo. Este salón está de actualidad por la reciente celebración de los juegos florales. No viene con grabado).

Nº 24

“Un paseo por el campo (la escena pasa en Alicante)”, por Antonio Campos y Carreras (Interesante texto fronterizo con la literatura de viaje porque se narra una excursión a caballo de dos amigos en forma de cuadro de costumbres con todas las marcas convencionales de la ficción. El autor narra el viaje además en primera persona, pero resulta muy evidente que el amigo, abiertamente caricaturizado, es personaje de ficción. Este personaje es un “tipo”, el viajero erudito e intelectual, que se utiliza como recurso literario para introducir las informaciones históricas y geográficas obligatorias en los artículos de viajes, salvaguardando la simpatía del indolente narrador —otro personaje— al que las interminables peroratas del amigo le resultan muy aburridas. En definitiva, aunque pueda partir de experiencias reales, el texto se elabora y se presenta como ficción, como cuadro de costumbres, con la peculiaridad de que la “costumbre” retratada es un pequeño viaje. En este número viene el grabado “Vista panorámica de la Huerta de Alicante”, y en los números 25 y 26 encontramos otros dos, lo cual enturbia aún más la condición genérica de este texto, tal vez escrito de encargo para acompañar esta serie de ilustraciones).

Nº 26

“Vista panorámica de Villaviciosa de Odón” por T. (Pequeña nota explicativa de un grabado).

Nº 27

“Cartas florentinas – las fiestas reales”, por José C. Bruna (Reaparece el corresponsal de Florencia enviando más noticias cortesanas. En esta ocasión hay varias marcas de experiencia personal, aproximándose a la literatura de viaje, pero los contenidos siguen siendo de otra naturaleza, principalmente noticiosos, no descriptivos).

Nº 29

“Los Baños de la Cava”, por J. R. (pequeña nota histórico-descriptiva para acompañar a un grabado)

“El Suizo, fonda y café de París”, por M. D (Nota descriptiva muy personal para acompañar a un grabado que representa este lugar que se encuentra en realidad a las afueras de Madrid. En todo caso, tampoco hay evidencias definitivas de visita personal).

Nº 32

“La Virgen del Puerto”, por R. S. (Artículo descriptivo que recrea con nostalgia cómo era hace tiempo un lugar próximo a la Casa de Campo).

Nº 33

“Viajeros ingleses en España” por Nicolás Díaz de Benjumea (Larga materia que se va a extender a lo largo de muchos números reseñando diversos libros de viajes por España escritos por ingleses, denunciando sus falsedades e inexactitudes, refiriéndose a ellos indirectamente, sin incluir largas citas. Comienza con una interesante introducción sobre los viajes en general y la historia de los libros de viaje hasta la actualidad, con sus diversas modalidades).

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau, (Comienza aquí esta serie de artículos sobre costumbres nupciales en distintos países ilustradas con grabados. En este número los grabados son: “Ceremonias nupciales en Noruega” y las “Ceremonias nupciales en Polonia”).

Nº 34

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. Viene con el grabado “Ceremonias nupciales en Hungría”).

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continuación. Se cita a un buen número de viajeros ingleses no contemporáneos).

Nº 35

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. Viene con el grabado “Ceremonias nupciales en Silesia”).

“Guipuzcoa – Vista de la playa de baños de la ciudad de San Sebastián”, por S. (Nota descriptiva de la ciudad, para acompañar al grabado, que se centra en su atractivo como

balneario. Se dice que en esta temporada de baños se han recibido de ocho a diez mil forasteros en la ciudad).

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continuación. En este número se centra en la *Guía* de Ford).

Nº 36

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continuación. En este número se centra también en la *Guía* de Ford).

Nº 37

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continuación. En este número se centra también en la *Guía* de Ford y empieza a hablar de los viajeros posteriores).

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. Viene con los grabados: “Ceremonias nupciales en Bretaña” y “Ceremonias nupciales en Sicilia”).

Nº 38

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continuación. Generalidades sobre los motivos para viajar de los ingleses, y comentario de los libros de varias viajeras).

“El sacrificio del caballo entre los patagones” por R. (Nota explicativa de un grabado con tintes muy negativos, apretándose los términos “ridículos”, “grotescos”, “repugnantes”, “infierno” y “pesadilla”. No se habla de viajes ni viajeros).

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. No se mencionan las fuentes. Viene con el grabado: “Ceremonias nupciales en Egipto”).

Nº 39

“Ritos religiosos - La confesión entre los griegos del Monte Athos”, por L. (Nota explicativa de un grabado que resulta notablemente redundante, pues más o menos la mitad de su extensión se dedica a describir la propia imagen).

Nº 40

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continúa el autor centrándose en los libros de Miss Eyre y Lady Herbert).

Nº 41

“El Gran Arsenal de Viena”, por M. (Artículo histórico-descriptivo, extenso y objetivo, acompañado por un grabado).

Nº 42

“Entrada de las reses en París” (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente de tono muy literario y llena de referencias cultas. Se adopta el punto de vista del visitante extranjero, sin mayores indicios de viaje real).

Nº 43

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. Viene con los grabados: “Ceremonias nupciales en Persia”, “Ceremonial nupciales en el Indostán” y “Ceremonias nupciales en el Japón”).

“Convento de Santa Catalina en el monte Sinaí”, por J. Menéndez (Pequeña nota para acompañar al grabado correspondiente protagonizada por un viajero que llega a dicho monasterio, viajero que podría ser el propio autor u otra persona de la que se han tomado los curiosos detalles que se aportan).

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (El pasaje se centra en la defensa de la gastronomía española frente a los ataques de los viajeros ingleses).

Nº 44

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Benjumea defiende en esta ocasión los transportes y las posadas españolas frente a las exageraciones de los viajeros ingleses).

“Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, por Pedro F. Monlau (Continuación de este artículo de costumbres. Viene con los grabados: “Ceremonias nupciales en Java” y “Ceremonias nupciales en Nueva Gales del Sur”).

“Amsterdam”, por J. H. (Nota explicativa de un grabado que se centra en los judíos, que con la libertad religiosa recién conquistada en España podrían regresar y traer riqueza).

Nº 45

“Las orillas del Nilo”, por J. M. (Nota descriptiva para acompañar al correspondiente grabado. Se cita a Speke y a Humboldt, pero en su mayoría se dan informaciones consabidas y superficiales).

“Danzas marroquíes” (Sin firma. Breve nota explicativa de un grabado. Incluye un comentario que refuerza el tópico de la indolencia de los marroquíes, y de la belleza de las judías).

Nº 46

“Un café en El Cairo”, por J. M. (Nota explicativa de un grabado. Aparece en dos ocasiones el viajero genérico. Hay además detalles que no son propios de un texto enciclopédico, pero que pueden haber sido extraídos de un libro de viajes. Termina con una mínima digresión que lamenta que lugares tan pintorescos como los cafés de El Cairo acabarán desapareciendo con la regulación de las costumbres que se extiende desde Europa).

Nº 48

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continúa.. En esta ocasión apenas se comenta en general la unánime condena de los toros por parte de los viajeros ingleses, que sin embargo no dejan de acudir todos ellos a las plazas y no recuerdan la popularidad de su pugilato (boxeo). En realidad el texto se centra en la crítica del pugilato como mucho más bárbara que la tauromaquia. Apenas se cita una frase de lady Herbert diciendo que una dama no debería ir dos veces a un espectáculo tan cruel y salvaje).

“Delicias de primavera” por Salvador Costanzo (Lo que parece que va a ser una disertación muy general sobre la primavera acaba centrándose mucho en el volcán Etna, que al parecer va presentando las distintas estaciones a medida que se sube. También se detiene en sus erupciones. Aparece el viajero genérico en dos ocasiones).

“Una cabaña en Irlanda”, por J. X. (Comentario largo de un grabado, de escritura muy cuidada. Está de actualidad por los conflictos independentistas).

Nº 49

“Viajeros ingleses en España”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Continúa el autor denunciando las diversiones populares inglesas que pueden considerarse salvajes, como la caza de la zorra o el espectáculo de la horca).

“Niza”, por M. Pérez (Nota explicativa de un grabado que va más allá dando abundante información, incluyendo precios de alquileres. Se recomienda la visita en España de Ronda y Velez-Málaga como lugares a la altura de Niza, si bien mal comunicados).

Nº 50

“Del Ferrol a Cartagena – novela viaje”, por Manuel González Guevara (Singular hibridismo entre el relato sentimental ficticio y el artículo de viajes, que supone un interesante, pero fallido, experimento literario. La narración se prolonga en los números 51 y 52. Un joven viaja por España visitando catedrales para una obra descriptiva que está escribiendo, y allá donde vaya se irá encontrando con una misteriosa joven, siempre acompañada de un señor mayor, de la que se enamora. Al final se desvela que el señor es el marido de la joven, lo que explica que no pudiera corresponder al amor del narrador. Esta trama está entreverada de largos pasajes descriptivos de monumentos al modo de los artículos de viajes, descripciones que solo serán más personales en el caso de la madrileña Puerta del Sol y de la huerta murciana).

Nº 52

“Viajeros ingleses en España (conclusión)”, por Nicolás Díaz de Benjumea (Tras afirmar que en Londres hay también mucha gente grosera, Benjumea se centra en vituperar a fondo las “sandeces” de la última novedad editorial sobre viajes a España: *Cartas desde la Corte*, escritas por una señora anónima sin intención de publicarlas en un primer momento (se burla Benjumea de estos escritos que se presentan como supuestamente privados, algo que al parecer ha llegado a ser un tópico de este subgénero). Se incluyen varias citas literales de esta obra infame en los que describe a los españoles con durísimos adjetivos).

“La sinagoga de Amsterdam”, por J. L. (Artículo histórico-descriptivo acompañado por un grabado. Se dirige a un viajero genérico español y se incluyen indicios, no definitivos, de experiencia personal. Además, el texto se lamenta de la expulsión de los judíos de España).

1869

Nº 1

“Arco del Alcázar, en las murallas de la ciudad de Ávila”, por D. B. (Artículo histórico-descriptivo. Se anima a visitar Ávila. Se cita a Ponz y se incluye un extenso pasaje entrecomillado del cronista Ariz. Acompaña un grabado).

“Corrida propiciatoria de los patagones en derredor de los animales domésticos”, por B. (Nota explicativa del grabado correspondiente. No se citan fuentes. Apenas se habla de Magallanes, pero finalmente lo que se describe es un rito que parece actual de los indios patagones).

Nº 4

“Gibraltar”, por N. Diaz Benjumea. (Artículo de temática histórica que explica los antecedentes que condujeron a la apropiación de Gibraltar por parte de los ingleses).

“Ávila – Puerta principal de la iglesia de San Pedro” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que se centra en particular en los autos de fe que tuvieron lugar frente a esta puerta).

Nº 5

“Gibraltar”, por N. Diaz Benjumea (Continuación de este artículo histórico).

“Plaza de Santa Trinita en Florencia” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. Se insiste en los visitantes extranjeros).

Nº 7

“Toledo – vista de la antigua y notable casa de los Toledos” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado).

Nº 9

“Vista de la fachada de la Iglesia de Santo Domingo” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado, principalmente histórica, aunque también se detiene a hablar de las obras artísticas importantes que contiene. Este edificio es de inmediata demolición, se dice).

“El Mont-Blanc”, por Pedro Alonso de Alarcón (Es un poema que describe impresiones subjetivas desde la cumbre, y realiza digresiones a partir de ese tema. Junto a la firma se lee “Chamounix, 1860” lo que refuerza la lectura como “poema de viaje”, texto de impresiones subjetivas escrito nada más descender de la cumbre del Mont-Blanc).

Nº 13

“Viaje de Cervantes a Italia”, por D. N. Benjumea. (Erudito artículo académico que discute las diferentes hipótesis que explican la salida de Cervantes de España, decantándose por una huida tras un duelo contra el hermano de la mujer que pretendía. Según Benjumea, esta experiencia se plasmaría en el poema “Galatea”).

Nº 14

“Viaje de Cervantes a Italia”, por D. N. Benjumea. (Breve cierre de este artículo que ahora va a apoyarse en el argumento y los personajes de la comedia cervantina *El Gallardo Español* para explicar la salida de Cervantes a Italia como resultas de un lance de honor).

Nº 15

“La cripta (el sepulcro) en la iglesia de San Nicolás, en Bari” (Sin firma. Nota histórico-descriptiva para acompañar a un grabado).

Nº 16

“El Teatro Nacional en Praga (Bohemia)” (Sin firma. Artículo descriptivo de considerable extensión para acompañar a un grabado).

Nº 17

“La feria de Sevilla”, por Gustavo Adolfo Bécquer (Artículo de costumbres muy crítico con esta feria nueva y artificial que, no obstante, atrae a “infinidad” de viajeros. El segundo fragmento va a describir un día normal de feria desde la primera hora del día. Se emplea la impersonalidad verbal, pero se dan impresiones muy personales. Se trata de un texto de considerable altura literaria, con un despliegue léxico poco usual. No hay viaje ni viajero).

Nº 18

“Vista de la catedral de Erfurt, en Alemania” (Sin firma. Pequeña nota explicativa del grabado que aparece en la última página. Se dice que esta ciudad atrae muchos viajeros sobre todo por este monumento. En el índice del tomo, esta nota aparece equivocadamente en el nº 19).

Nº 22

“La procesión del Corpus en Sevilla” (Sin firma. Nota explicativa del grabado correspondiente con cierta voluntad literaria).

“Durango – Corte de don Carlos en la última guerra civil”, por Florencio Janer (Artículo histórico-descriptivo que incluye una larga cita de “un erudito historiador de Vizcaya”. Se cita además la *Guía de Vizcaya*, de Delmas. Aparece el viajero genérico. El autor opina además sobre el carácter de la población, sin llegar a comprobarse una visita real. Acompaña el grabado “Vista general de Durango”).

“Iglesia de San Millán” (Sin firma. Nota para acompañar al grabado del mismo título. Sorprende encontrar en esta escueta nota varias críticas al monumento, al punto de apoyar que se derribase como otros que lo han sido “por ruinosos e innecesarios”).

Nº 23

“Tipo de mujer natural de Cobija” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. Aclara que Cobija es una localidad pobre de Bolivia, y que el “tipo” del grabado es la hija de un minero rico con sus mejores galas. Se dice de los habitantes que tienen un ingenio muy vivo).

“India - Guerreros de las tribus de los Khondos” (Sin firma. Nota explicativa para un grabado que recoge información de estas tribus del viaje por la India del capitán Macpherson, sin llegar a citar ningún pasaje literalmente).

“Despedida de San Petersburgo”, por Zaid (Es un poema, y habla en efecto de una partida, del comienzo de un viaje de regreso).

Nº 26

“La plaza del Mentirón, en Vitoria”, por J. (nota explicativa un tanto extensa que, más que las edificaciones describe las costumbres. No hay evidencias concluyentes de que el autor haya visitado personalmente esta plaza).

Nº 27

“Vista interior del Monasterio de Veruela, en Aragón” (Sin firma. Breve nota explicativa de un grabado en la que se dice que este monasterio “es objeto de continuas visitas de artistas, anticuarios y extranjeros”).

Nº 30

“Caza de la gacela en África” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. No se dice nada de viajes).

“Basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, de la ciudad de Ávila” (Sin firma. Nota histórico-descriptiva de media extensión que acompaña a un grabado. Se cita en ella a don Andrés Hernández Callejo, que hizo una “erudita memoria histórico-descriptiva” del monumento).

Nº 34

“Santa María de Covadonga”, por Eugenio Martínez de Velasco. (“Descripción histórico-artística” de este templo. Aparece el viajero genérico, que siente diversas emociones. El artículo tiene un total de 20 notas a pie de página, lo que lo aproxima a los textos historiográficos. Se incluyen descripciones de antiguos cronistas y visitantes. No hay evidencias de visita real).

“Casa ex-monasterio de Montalegre” (según la nota explicativa sin firma, en este lugar ha ocurrido alguna tragedia durante esta semana, de manera que no se retrata por su valor artístico o histórico, sino como escenario de unos hechos que no se describen, pero que los lectores conocen bien por lo que han leído en otros periódicos).

Nº 35

“La antigua iglesia de Armentia y sus restos bizantinos”, por J. (La primera columna se basa en la historia de la localidad de Armentia, o de su supuesta importancia en la época

de la Reconquista. Solo hacia el final de la segunda columna comienza la parte histórico-descriptiva de la iglesia. El autor se lamenta del mal estado del monumento y de muchas de sus figuras debido a los malos tratos de muchachos y transeúntes “antiartísticos”. También se queja de que aquellos restos bizantinos se visiten tan poco. Acompaña un grabado).

“Iglesia del convento de la Encarnación” (Breve nota sin firma para acompañar a un grabado con algunas noticias históricas sobre esta iglesia que fue donde se realizaron las honras fúnebres de Méndez Núñez).

Nº 36

“El callejón de Santa María de la Almudena”, por José S. Biedma (Es una narración histórica, o un acontecimiento histórico novelado, que va a continuar).

“Salteadores sorprendidos por un león” (Sin firma. Es una narración de la caza del león por parte del famoso cazador árabe Kadour, que era de la zona; no era un aventurero extranjero. Acompaña un grabado).

Nº 37

“Un casamiento en Berezow” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado)

Nº 38

“Méjico - Mercado del puente de Roldán – Méjico” (Vivaz y animada nota explicativa sin firma que aporta el sonido a la escena del grabado correspondiente).

Nº 40

“Caza del oso en Noruega”, por N. C. (Se trata de una explicación de técnicas para cazar al oso y de su aprovechamiento en los países septentrionales. No hay narración de experiencias concretas. En el índice del tomo aparece equivocadamente “Caza del oso en Siberia”).

Nº 41

“Plaza de armas de Guadalajara (Méjico)” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado, muy breve, que se dedica principalmente a decir qué edificios dan a esta plaza).

“El paseo de la Florida, en Vitoria” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado).

Nº 45

“El paseo del oso” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado a página completa que muestra una escena de caza en Francia).

“Escenas de la esclavitud” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado. El texto condena esta práctica y se extiende sobre ella. Se explica que la escena que se muestra es en África, el castigo a un guía que se niega a seguir encabezando la marcha de una caravana de

esclavos por tierra por la llegada de la noche. Se afirma que la marina británica acosa a los barcos negreros, pero nada se dice de la nacionalidad de estos).

Nº 46

“Iglesia de San Pablo en Zaragoza” (Sin firma. Nota descriptiva para acompañar a un grabado que incluye las principales obras de arte que contiene la iglesia).

“Baile guerrero de los Landine, o cafres-Zulús, en Shoupanga” (Sin firma. Nota explicativa de un grabado que afirma que, aunque generalmente se considera a las tribus salvajes africanas “igualmente faltas de inteligencia, actividad y valor”, hay muchas diferencias entre ellas, siendo los landines guerreros muy valientes que exigen tributo a los vecinos, incluso europeos. Este pueblo considera que los blancos son antropófagos, por lo que asustan a sus niños con esto).

Nº 48

“El regreso de la cacería (tomado de un dibujo de Mr. Passage)” (Sin firma. Nota explicativa para acompañar a un grabado en la que se habla de la caza nocturna del jabalí en Borgoña).

Apéndice Bibliográfico B: Corpus

Se recogen aquí 193 textos ordenados por autor, con etiqueta orientativa del subgénero predominante y con indicación de la fuente, si la hay, cuando se cita en el propio texto o ha sido posible averiguarla.

***: “Nuestra Señora de la Mar” (nº 37 de 1860). [Impresiones]

***: “Dos días en el valle de Arbusias” (1863, nº 5) [Histórico-descriptivo]

** : “Viaje de la corte a Castilla, Asturias y Galicia” (1858, nº 16, 17, 18) [Relación]

*: “Cádiz y su plaza de San Juan de Dios”, (nº 15 de 1864) [Histórico-descriptivo]

“Baños de Panticosa” (nº 29 de 1861) [Impresiones]

“Catedral de Astorga” (nº 51 de 1865) [Descriptivo]

“El istmo de Suez” (nº 44, 48 de 1869) [Relación]; *El Museo* reproduce, respectivamente, las entregas del 18 de octubre y del 22 de noviembre del “corresponsal especial” *La Época*, del que no se facilita el nombre.

“El tráfico negrero en Richmond, Virginia” (nº 11 de 1861) [Descripción de costumbres]; El autor es el corresponsal en Virginia de “uno de los más acreditados periódicos ingleses”.

“Fumadores de afión en Manila” (nº 21 de 1861) [Descripción de costumbres]

“Descripción de Méjico” (1862, nº 23) [Descripción geográfica]

“La ciudad de Londres o idea del movimiento” (1864, nº 16) [Impresiones]

“Madagascar y la reina Ramavalo” (nº 23 de 1859) [Relación] Síntesis del viaje del misionero inglés Guillermo Ellis a Madagascar, atribuible a Fernández Cuesta.

“Manresa y la cueva de San Ignacio” (nº 37 de 1862) [Nota histórico-descriptiva para un grabado]

“Una escena en Australia” (nº 49 de 1867) [Relación]; Se narra en tercera persona una aventura de los exploradores Fitzmaurice y Keys.

“Una visita al campo de Waterloo” (nº 2 de 1864) [Descriptivo] Atribuible a Nemesio Fernández Cuesta.

- A, M. del:** “El invierno en los países del Norte”, (nº 13 de 1863) [Impresiones]
- A.E.:** “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant”, (nº 34 de 1863). [Relación]
- A.E.:** “Bethlehem y sus alrededores” (1863, nº 51) [Descriptivo]
- A.F.:** “Las cataratas del Niágara” (1861, nº 17) [Impresiones]
- A.:** “De las expediciones en busca del Dorado” (1862, nº 7) [Relación]; El texto se centra en las dos expediciones de Sir Walter Raleigh en busca de El Dorado.
- A:** “La pesca del trepang” (1862, nº 47) [Descripción de costumbres / Relación] La primera parte sigue muy estrechamente la relación de un “célebre marino”, al que se llega a pasar la palabra. Después cita como fuentes a los viajeros Lesson y Wilkes.
- A:** “La fiesta del Nauruz (año nuevo) en Persia (1863, nº 8). [Descripción de costumbres]; No se facilita el nombre del “viajero” del que se traducen estas informaciones.
- A.:** “De las expediciones de los normandos a América en los siglos X y XI” (1864, nº 5). [Relación]
- A:** “El Purgatorio de San Patricio”, por A., (1865, nº 8) [Viajes medievales]
- A:** “El reino de Dahomey y las amazonas” (1865, nº 40) [Descriptivo]; Se sigue estrechamente alguna relación de viajes, probablemente obra del citado comandante inglés Forbes. La fuente de este artículo, por tanto, no abiertamente reconocida, sería Frederick Edwin Forbes: *Dahomey and Dahomans* (Londres, 1851).
- A:** “La ciudad de Beiruth en el monte Líbano” (1865, nº 50) [Descriptivo]; Traducción fiel de una relación de viajes de la que no se facilita autor ni título.
- A.:** “Una excursión a Zeitun” (1866, nº 7) [Relación] Traducción literal de la relación de un viajero inglés del que no se facilita el nombre.
- A.:** “El polo austral y las expediciones antárticas” (1866, nº 28) [Relación]; Breve relación de las más importantes expediciones australes, dedicando más espacio a la última, de James Clark Ross.
- A.A., J.:** “El monasterio de piedra y sus curiosidades” (1865, nº 9). [Histórico-descriptivo]
- A.A., J.:** “Los andrajosos de Londres, vistas tomadas a la luz del gas” (1865, nº 35, 37, 39, 40) [Descriptivo] Traducción fiel de pasajes seleccionados de "Une excursion dans les quartiers pauvres de Londres", de Louis-Laurent Simonin . Este texto fue publicado en *Le Tour du monde*, pp. 321-336 (L. Hachette, París, 1865). Viene con introducción de otro autor. En el nº 40 se cede la palabra a Leon Faucher. Las conclusiones del artículo, al igual que la introducción, son de un tercer autor.
- A.L.:** “El museo nacional Bávaro, en Munich” (nº 48 y 49 de 1868). [Descriptivo]

Abella, M. de: “Extracto del diario de un ruso en Pekín en 1858” (1861, nº 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10) [Relación] Se cita como fuente de este relato el *Boletín de la marina*, de San Petersburgo, y se afirma que el texto es traducción directa del ruso. No se facilita el nombre del autor.

Alarcón, Pedro Antonio: “Descubrimiento y paso del cabo de Buena Esperanza” (1857, nº 12) [Relación]

Alarcón, Pedro Antonio de: “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos” (1858, nº 11) [Impresiones]

Alarcón, Pedro Antonio de: “Toledo – inauguración del ferrocarril, bellas artes” (1858, nº 12) [Impresiones]

Alarcón, Pedro Antonio de: “De Madrid a Santander” (1858, nº 19) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

Alarcón, Pedro Antonio de: “Tamo, judía de Tetuán”, (1860, nº 24) [Descripción de tipo] Pasaje extenso extraído del *Diario de un testigo de la guerra de África*, precedido por una introducción de otro autor, que no firma.

Alejos Pita, Federico: “Cuadros de costumbres y tipos de Galicia” (nº 35 de 1862) [Descriptivo / Impresiones] A pesar del título, el texto se centra en la descripción de la roca llamada “la Barca de Nuestra Señora”.

Almagro, Manuel de: “Exposición científica del Pacífico” (nº 40, 41, 42 de 1866) [Relación]; El texto viene sin firma y precedido de una introducción de otro autor, posiblemente Ruiz Aguilera, quien afirma que los textos recogidos son del Diario del expedicionario.

Álvarez y Adé, Julio: “Fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro” (1863, nº37) [Descripción de costumbres]

Avendaño, J. de: “Recuerdos de mis viajes. Ecuador” (1861, nº 30-43, 45-48, 50-52) [Relación]

Avilés, Ángel: “La caza de focas en el Perú” (1867, nº 28) [Relación]

Avilés, Ángel: “La caza del caimán en el Nuevo Mundo” (1867, nº 31) [Relación]

Bazán, J. S.: “La exposición Universal de Londres” (1862, nº 28, 38-52) [Descriptivo]

Bécquer, Gustavo Adolfo: “Roncesvalles” (1866, nº4) [Impresiones / Histórico-descriptivo]

Bécquer, Gustavo Adolfo: “Castillo real de Olite. Notas de un viaje por Navarra” (1866, nº10) [Histórico-descriptivo / Relación / Impresiones]

Bécquer, Gustavo Adolfo: “La semana santa en Toledo” (1869, nº 13) [Descripción de costumbres / Histórico-descriptivo / Impresiones]

Bermejo, Idelfonso Antonio: “Escursiones por la América del Sur. Razonamientos de un salvaje” (1864, nº 18) [Relación]

Bruna, José C.: “Cartas florentinas” (1867, nº 32) [Relación] Uno de los fragmentos de esta revista de noticias galantes relata un viaje del autor a Pisa.

Bustillo, Eduardo: “Viaje de SS. MM.” (1861, nº 32, 33) [Relación]

C., J.: “Impresiones de un viaje a Toledo” (1863, nº9) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

Calderón, Alfonso: “Costumbres de las indias de Veracruz” (1863, nº 13) [Descriptivo]

Calderón y Roca, Alfonso: “Costumbres populares – la fiesta del rey Congo” (1868, nº 1) [Descripción de costumbres]

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en la Argelia” (1859, nº 22, 24; 1860, nº 2, 3, 5) [Relación] Traducción y adaptación de capítulos del libro *La Chasse au Lion* (1855), del cazador Jules Gerard.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en África. Julio Gerard” (1860, nº 38, 39) [Relación] Dos anécdotas extraídas de una obra autobiográfica del cazador Jules Gerard.

Carrasco de Molina, Felipe: “Estudio zoológico: Las cacerías en el África ecuatorial” (1863, nº 27, 28), [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu recogidas a partir del capítulo VI de *Explorations and Adventures in Equatorial Africa, with Accounts of the Manners and Customs of the People, and of the Chace of the Gorilla, Crocodile, and other Animals*, publicado en Londres en 1861.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: el gorila” (1863, nº 29) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: el elefante” (1863, nº 30, 31, 32) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: el leopardo” (1863, nº 33) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: la serpiente” (1863, nº 36, 37) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: el jabalí albifrons” (1863, nº 38, 39) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Las cacerías en el África ecuatorial: el cocodrilo” (1863, nº 40) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “El globo Nadar, o la primera ascensión del Gigante” (1863, nº 41,42), [Relación] Se incluyen dos cartas de Nadar y se sigue la narración del príncipe Sayn Wittgenstein, que viajó en el globo.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas: la elección del rey” (1863, nº 46) [Relación] Tras una larga introducción, se sigue la relación de un viajero del que no se da el nombre.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas: los depósitos de esclavos” (1863, nº 47, 48) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas: un drama en Gumbi” (1863, nº 49) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas: El pueblo Fan” (1863, nº 50, 52) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas. Superstición, El mbundu” (1864, nº 6) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Costumbres africanas. Supersticiones. Exorcismos (continuación)” (1864, nº 7) [Relación] Adaptación de las aventuras del cazador Pablo Chaillu.

Carrasco de Molina, Felipe: “Dos noches toledanas” (1864, nº 25 y 26) [Relación] No se facilita la fuente de la aventura de este cazador de Estados Unidos.

Carrasco de Molina, Felipe: “Los pantanos de la Luisiana”, (1866, nº 17, 18) [Relación] Se dice que la fuente es una obra del capitán Mayne-Rayd. Se narra una aventura del cazador Julio Besanzon.

Carreras y González, Mariano: “Una excursión a Portaceli, Valencia” (1861, nº 15, 16, 17) [Impresiones]

Castelar, Emilio: “Una tarde en San Juan de los Reyes en Toledo” (1858, nº 1) [Impresiones]

Castelar, Emilio: “Recuerdos de Italia” (1869, nº 29, 30, 31, 32) [Impresiones]

Castro y Ordóñez, Rafael: “La expedición científica del Pacífico” (1863, nº 7, 9, 12, 27, 30, 38, 39, 40, 41, 43, 45; 1864, nº 1, 3, 5, 7, 14, 17, 21, 22) [Relación / Impresiones]

Castro y Ordóñez, Rafael: “Cartas no científicas” (1864, nº 31, 40, 41, 50, 51) [Relación]

Castro y Ordóñez, Rafael: “Guayaquil y el guano del Perú” (1864, nº 46) [Descripción geográfica]

Castro y Ordóñez, Rafael: “El vapor Costa-Rica” (1865, nº 3) [Relación]

Castro y Ordóñez, Rafael: “Un hotel en Nueva York” (1865, nº 6). [Descriptivo]

Castro y Ordóñez, Rafael: “Un domingo” (1865, nº 8) [Descriptivo]

Castro y Ordóñez, Rafael: “El parque central de Nueva York” (1865, nº 17). [Descriptivo]

Cléveland, Clemente: “Recuerdos del Oberland” (1863, nº 3). [Impresiones / Relación]

Cotarelo, Juan: “Juan Sebastián Elcano” (1861, nº 2, 3, 4) [Relación]

D’Arnault, E. y Godard, Luis: “El globo Nadar” (1863, nº 44) [Relación]; Viene sin firma, con introducción y cierre de otro autor.

Doy, John: “Aventuras de un abolicionista del Kansas en el Missouri (Estados Unidos) en 1855” (1868, nº 28, 30, 31, 32, 33, 34). [Relación]

España, Bernabé: “Filipinas” (1868, nº 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8) [Descripción geográfica]

España, Bernabé: “Apuntes biográficos – Fernando Magallanes” (1868, nº 20) [Relación]

Fernández Bremón, José: “Viaje a Matamoros” (1866, nº 40, 41, 42) [Relación]

Fernández Cuesta, Nemesio: “Revista de la quincena”, (1858, nº 10) [Relación] La revista incluye un párrafo extenso que sintetiza el viaje de la reina a Alicante.

Fernández Cuesta, Nemesio: “Revista” (1860, nº 38, 40, 41, 42) [Relación] Se dedican extensos pasajes a hablar del viaje de la reina y la corte, reproduciendo informaciones de diversos corresponsales de los que no se da el nombre, a veces entre comillas.

Fernández Cuesta, Nemesio: “Revista” (1863, nº 29, 31, 32) [Relación] Fernández Cuesta dedica estas tres revistas a relatar su viaje por el País Vasco.

Fernández Cuesta, Nemesio: “Revista” (1863, nº 38 y 40) [Histórico-descriptivo] Se dedican estas dos revistas a una reseña histórico-descriptiva del teatro romano de Sagunto a partir de un viaje realizado por Fernández Cuesta.

Fernández y González, Manuel: “La Alhambra” (1860, nº 23, 27, 28, 32, y 48) [Impresiones]

Fernández y González, Manuel: “La Alhambra” (1862, nº 1862) [Impresiones]

Fernández de Moratín, Leandro: “Viajes por Europa -apuntes inéditos de D. L. F. Moratín- Los banquetes públicos en Londres a últimos del siglo XVIII” (1863, nº 19) [Descripción de costumbres]

Fernández de los Ríos, A.: “Roma en 1860” (1860, nº 41, 42, 43) [Relación / Impresiones]

Ferrer de Couto, José: “De Oporto a Lisboa: fragmento de un viaje” (1860, nº 8, 9) [Impresiones]

F.P.: “Vergara” (1857, nº 7) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

Fulgosio, Fernando: “El cerro de San Cristóbal de Málaga” (1864, nº 28) [Histórico-descriptivo]

Gallego, F.: “El día de Reyes en la Habana” (1867, nº 3) [Descripción de costumbres]

Gaviria, J. M., Vizconde de San Javier: “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo” (1864, nº 19-26, 30, 31, 32, 35-37) [Relación]

George, Federico: “El canal de Suez”(1863, nº 13) [Relación]; Introducción geográfica de otro autor, probablemente Fernández Cuesta. Viene sin firma, pero se da el nombre del autor en la introducción. Parece un fragmento de una narración inconclusa.

Gómez de Cádiz, Dolores: “La semana santa en Alhaurín el Grande” (1862, nº 14) [Impresiones / Descripción de costumbres]

Grassi, Ángela: “Recuerdos de viaje” (1867, nº 3) [Descriptivo / Impresiones + Narración de leyenda local]

Gullón, Pío: “La China en España” (1860, nº 47) [Descriptivo] Se centra en la pobreza, idealizada, del pueblo de Cabrera.

J: “Una representación teatral en las indias neerlandesas” (1863, nº 10) [Descripción de costumbres] Extracto de un escrito del viajero M. J. Kegel publicado en el periódico *El Ausland*.

J.M.L.: “Recuerdos históricos y agrícolas, o desde Vitoria al Retiro” (1869, nº 25) [Histórico-descriptivo]

Janer, Florencio: “Las misiones españolas de la Australia, su importancia y sus adelantos” (1861, nº 22) [Descripción de costumbres] Se centra el artículo en las costumbres de los aborígenes australianos a partir de los relatos de misioneros españoles, principalmente de las memorias de Fray Rosendo Salvado.

Janer, Florencio: “Viaje al Ampurdán, recuerdos y episodios” (1865, nº 28, 29) [Impresiones / Relación + Leyenda local]

Janer, Florencio: “Una visita al sepulcro de Pero López de Ayala, Canciller Mayor de Castilla, hombre de estado, historiador y poeta del siglo XV” (1869, nº 23, 24, 26) [Histórico-descriptivo]

Jerez Perchet, Augusto: “De Granada a Málaga” (1867, nº 36, 37) [Impresiones]

Jerez Perchet, Augusto: “Almería” (1867, nº 47) [Histórico-descriptivo]

Jerez Perchet, Augusto: “Generalife” (1867, nº 50) [Impresiones]

Jerez Perchet, Augusto: “De Cádiz a Sevilla” (1867, nº 52) [Impresiones]

Jerez Perchet, Augusto: “Córdoba” (1868, nº 5) [Impresiones / Histórico-descriptivo]

Jerez Perchet, Augusto: “Paseo por Granada” (1868, nº 11) [Histórico-descriptivo]

Jerez Perchet, Augusto: “Costa de África” (1868, nº 19) [Descripción geográfica]

Jerez Perchet, Augusto: “Granada” (1868, nº 49) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

Jerez Perchet, Augusto: “Gibraltar (notas de mi cartera)” (1869, nº 23, 24) [Impresiones / Relación]

Jerez Perchet, Augusto: “La Cartuja de Granada” (1869, nº 25) [Impresiones / Histórico-descriptivo]

Jerez Perchet, Augusto: “Cuatro días en el Riff” (1869, nº 37) [Impresiones]

Jiménez Serrano, J.: “De París a Londres” (1858, nº 2) [Relación / Impresiones]

Julbe, V.: “Ojeada sobre Peñíscola” (1867, nº 20) [Histórico-descriptivo]

Krusenstern, Pablo de: “Cuatro semanas en el mar glacial del norte: infructuosa expedición de Pablo de Krusenstern, teniente de la marina rusa, para explorar el mar de Kara” (1863, nº 34, 35) [Relación]; Viene sin firma y con introducción de otro autor.

L.S.: “Ignacio Correa, cazador de tigres” (1867, nº 40) [Descripción de tipo / Relación de cacerías] El autor se presenta como viajero que conoció personalmente al cazador brasileño. Sin embargo, varios indicios prueban que el texto es una adaptación de “Ignácio Correa, o caçador de onças (typo nacional)”, de Henrique Cesar Muzzio, incluido en su obra *Typos nacionales*, incluida a su vez en la *Bibliotheca Brasileira* (1863).

Ladevese, E. G.: “Castro-Urdiales” (1867, nº 30) [Impresiones]

Lejean, M. Guillermo: “Viaje a Babilonia” (1868, nº 6-19) [Relación]

López de la Vega: “Tradiciones religiosas de Galicia – Santa Trahamunda” (1868, nº 17) [Descripción de costumbres + Leyenda local]

López y González, Eduardo, “La feria de Albacete” (1866, nº 47) [Histórico-descriptivo / Descripción de costumbres / Impresiones].

L.V.: “Edificios Públicos – Saturarán” (1868, nº 25) [Descriptivo] Se reproduce el primer capítulo del cuento “La novia de piedra”, incluido en los *Cuentos campesinos* de Antonio Trueba, afirmando que tanto esa primera parte descriptiva como el cuento fueron fruto de un viaje real por la costa de Vizcaya y Gupúzcoa. El resto del artículo describe los establecimientos para baños, ya sin marcas de visita real.

M: “Gondar, antigua capital de Abisinia” (1867, nº 47) [Descripción geográfica] Se reproduce un extenso extracto del reverendo Enrique Stern, prisionero del rey Teodoro de Abisinia.

M’ Clintock, F. L.: “Expedición en busca de sir John Franklin” (1859, nº 24) [Relación]

Martínez del Romero, A.: “Santo Domingo” (1861, nº 36, 37) [Descripción geográfica]

M. M.: “Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco (América Meridional)” (1866, nº 23, 24, 25, 26, 28) [Relación] Traducción al español del texto publicado en *La Tour du Monde* (París, 1861), adaptado por Ferdinand Denis de la narración escrita por el viajero Benjamín Poucel para el periódico *Religión*, de Buenos Aires (nº 25-27 de 1858) a partir de la narración oral de Agustina Libarona. Las iniciales M. M. corresponden a Martin de Moussy, que firma la carta que viene como epílogo de la narración.

Mesonero Romanos, Ramón: “Un viaje a Pastrana, en recuerdo de Moratín” (1859, nº 7) [Histórico-descriptivo]

Mme. X: “Una visita al serrallo en 1860” (1864, nº 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21) [Narración de biografías de personajes históricos locales]

Montemar, D.F.: “Viaje a Lisboa por el Tajo” (1857, nº 8, 9, 10) [Relación]

Montesino, Cipriano Segundo: “Una visita a un sitio ignorado de Lisboa, en el verano de 1857” (1863, nº 1) [Histórico-descriptivo / Narración histórica]

Moreno Godino, Florencio: “Correspondencia de París” (1869, nº 15, 20) [Descripción de costumbres] Se alterna la descripción de costumbres, como la semana santa en París, con noticias de sociedad y culturales. En el nº 20 se incluye además una anécdota presenciada por el autor: un hombre se vio atacado por miles de ratas.

Murguía, Manuel: “Viaje pintoresco por la ría de Vigo” (1858, nº 5, 6, 7) [Impresiones]

Murguía, Manuel: “La Ribera y San Francisco en Vigo” (1859, nº 6) [Impresiones]

Murguía, Manuel: “Un viaje a Portugal” (1861, nº 14) [Impresiones]

Murguía, Manuel: “Bayona de Galicia y su colegiata” (1864, nº 20) [Impresiones]

Navarro, Cecilio: “Libro de Ben-or-ban-ar, impresiones de viaje” (1869, nº 22, 23, 28) [Impresiones]

Olabe, Seralin: “Estremo Oriente” (1865, nº 24) [Descripción geográfica]

P.: “Correspondencia de Guipúzcoa” (1865, n 43, 44) [Histórico-descriptivo]

P.: “Continuación de la correspondencia de Guipúzcoa” (1865, nº 45) [Histórico-descriptivo]

P.: “Conclusión de la correspondencia de Guipúzcoa” (1865, nº 47) [Histórico-descriptivo]

P.: “Apuntes sobre una excursión al Escorial” (1866, nº13) [Descriptivo]

P.: “Otros dos días en San Lorenzo del Escorial” (1866, nº 14) [Impresiones] En el índice del tomo aparece con la firma de C. Rubio, que es el autor en realidad de la ficción titulada “Vanitas vanitatum” que viene en este mismo número.

Pastor de la Roca, José: “Las noches del padre Lachaise: los cementerios de París” (1863, nº 11) [Impresiones] En el nº 15 hay una continuación de muy distinta naturaleza, que describe el entierro de una famosa actriz.

Pastor de la Roca, José: “La semana santa en Bogotá. Recuerdos de un viaje a América por un emigrado, y escritos al vapor” (1864, nº 12, 13, 14) [Descripción de costumbres]

Pastor de la Roca, José: “El Canto de Tinieblas en la Capilla Sixtina” (1867, nº 15) [Impresiones]

Pastor de la Roca, José: “Ceremonias religiosas – La Semana Santa en Jerusalén” (1868, nº 14) [Descripción de costumbres / Impresiones]

Pastor de la Roca, José: “Ceremonias religiosas – El domingo de pascua de resurrección en Roma” (1868, nº 15) [Impresiones]

Pérez Molina, Federico: “Recuerdos de una estación en los mares indo-chinos” (1860, nº 50, 51) [Relación] Aunque Pérez Molina afirma haber escuchado la historia de un marino que conoció en París, del que no da el nombre, el texto es fiel traducción de pasajes del libro de Jean Pierre Edmond Jurien de la Graviere titulado *Voyage de la corvette La Bayonnaise dans les mers de Chine* (1854).

Pérez de Molina, Federico: “Viajes. Portugal. Lisboa” (1862, nº 1, 2, 4) [Histórico-descriptivo]

Pérez Rioja, Antonio: “Una visita a Numancia” (1864, nº 29) [Impresiones]

Pi y Margall, F.: “Pompeya” (1858, nº 4) [Impresiones]

Pi y Margall, F.: “La villa de Cardona” (1861, nº 19) [Impresiones]

Parassols y Pí, Pablo: “San Pedro de Cassérras” (1866, nº 36) [Histórico-descriptivo]

Puiggari, José: “Castillo de Vilasar” (1857, nº 2) [Histórico-descriptivo]

Puiggari, José: “Itinerario de Juan Hesse, presbítero de la diócesis de Utrech desde Jerusalén a diversas partes del mundo (edición gótica del siglo XV)” (1857, nº 17, 18, 22) [Viaje medieval]

Puiggari, José: “Escursión a los Santos Lugares, por Arculfo, obispo franco, en el siglo VII de nuestra era, transcrito en el XI por un monje cluniacense” (1858, nº 6, 8, 10) [Relación / Peregrinación medieval]

Puiggari, José: “Una peregrinación al Montserrat” (1859, nº 20; 1860, nº 10, 47, 52, 53) [Impresiones / Histórico-descriptivo]

Puiggari, José: “Romería a la santa casa de Jerusalem” (1861, nº 12) [Peregrinación medieval]

Puiggari, José: “Gerona y sus monumentos” (1864, nº 9, 11, 12, 13) [Histórico-descriptivo]

Quirós, J. F.: “De Marsella a las costas del Estado Pontificio” (1867, nº 1) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

Quirós, J. F.: “La marisma toscana. Pisa” (1867, nº 2) [Histórico-descriptivo / Impresiones]

R.: “Recuerdos de un médico inglés en Marruecos (1789-1790)” (1860, nº 9-21) [Relación] Traducción al español de una adaptación francesa de *A Tour from Gibraltar to Tangier, Sallee, Mogadore, Santa Cruz, Tarudant, and thence over Mount Atlas to Morocco: including a particular account of the royal Harem, etc.*, de William Lemprière, Londres, 1791.

R.: “Combate entre las fragatas españolas “Villa de Madrid” y “Blanca” y las escuadras combinadas de Chile y el Perú” (1866, nº 14). Se reproduce entrecomillada la carta de un marino, del que no se da el nombre, que iba a bordo del Villa de Madrid. Relata el combate, pero incluye el viaje de búsqueda de la escuadra combinada.

Rada y Delgado, Juan de Dios de la: “Impresiones de viaje. El domingo de Pascua de Resurrección en Benidorm” (1858, nº 7) [Descripción de costumbres / Impresiones]

Rada y Delgado, Juan de Dios de la: “La catedral de Toledo” (1860, nº 17) [Histórico-descriptivo]

Rada y Delgado, Juan de Dios de la: “San Miguel de Lino y Santa María de Naranco (Asturias)” (1860, nº 25, 31, 33) [Histórico-descriptivo]

Rada y Delgado, Juan de Dios de la: “Recuerdos de viaje. Semana Santa en Toledo” (1865, nº 15, 16, 17) [Histórico-descriptivo]

Ramírez, Javier de: “Pestum al caer el día” (1867, nº 14) [Impresiones]

Ribot y Fontseré, A.: “Escenas de mi vida – Bailes en la Isla de Pinos” (1860, nº 17, 18, 20) [Descripción de costumbres]

Ribot y Fontseré, A.: “El archivo de Simancas” (1860, nº21 y 22) [Histórico-descriptivo]

Rodríguez y Ferrer, Miguel: “Gaztelugache y Machichaco – o un poco de descripción, un poco de geología, y un poco de filosofismo” (1868, nº 46, 47). [Descriptivo / Impresiones]

Ruiz Aguilera, Ventura: “El Rastro de Madrid” (1859, nº 2) [Descriptivo / Impresiones]

Sedley Taylor, M.M. y Whatman, Jorge D.: “Primera ascensión a Les Diablons” (1864, nº 4) [Relación]; Viene sin firma y con introducción de otro autor donde se afirma que el texto ha sido extraído del *Times*.

Salomón, Remigio: “Una corta excursión a Liébana” (1862, nº 16) [Descripción geográfica / Relación]

San Martín, Antonio de: “Costumbres de Marruecos”, (1867, nº 4, 6, 8, 16, 17, 19, 21, 22, 27, 29, 30, 36, 39, 40, 45, 52) [Descripción de costumbres]

Sidi Zularab: “Impresiones de viaje” (1861, nº 27) Parece la introducción a un viaje truncado, al que no se va a dar continuidad en *El Museo*.

Tárrago, Torcuato: “Un paseo por el Riff” (1859, nº 21) [Relación / Descriptivo]

Trueba, Antonio: ‘Miqueldico-Idorua’ (1864, nº 49, 51) [Relación / Excursión arqueológica]

Tuñón y Quirós, Elías G.: “Memoria sobre los restos de Oxigi, situados en el cerro de Maquín” (1867, nº 22) [Descriptivo / Memoria arqueológica]

Vallduví, F.: “Un viaje a la isla de Mallorca” (1866, nº 2) [Impresiones]

X.: “Ceremonias de la Semana Santa en Jerusalén – Notas de un viajero” (1866, nº 11, 12, 13) [Relación / Descripción de costumbres] Hay varios indicios de que el texto es traducción del francés.

Z.: “Méjico” (1869, nº 2, 3, 4, 6, 7) [Descripción de costumbres / Histórico-descriptivo]

Zamacois, Niceto de: “Méjico” (1857, nº 13, 14, 15, 16, 18; 1858, nº 3, 11) [Histórico-descriptivo / Descripción de costumbres]

Zamacois, Niceto de: “Corridas de toros en Méjico” (1863, n° 34) [Descripción de costumbres]

Zamacois, Niceto de: “El rancho mejicano” (1863, n° 35, 37). [Descripción de costumbres]

Apéndice Bibliográfico C: bibliografía crítica citada

Albuquerque, Luis, “Algunas cuestiones disputadas sobre el género ‘relatos de viajes’”, en *Boletín Hispánico Helvético*, nº 20, otoño de 2012, pp. 99-114.

Albuquerque, Luis, “Los «libros de viajes» como género literario”, en Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, CSIC, Madrid, 2006, pp. 67-87.

Almárcegui, Patricia, “La metamorfosis del viajero a Oriente”, *Revista de Occidente*, nº 280, septiembre de 2004, pp. 105-117.

Almárcegui, Patricia, “El proceso de escritura de los viajes de Alí Bey”, en *Isimu: Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad*, Nº. 9, 2006, págs. 229-237.

Almárcegui, Patricia, *Ali Bey y los viajeros europeos a Oriente*, Barcelona, ediciones Bellaterra, 2007.

Artola, Miguel, “El gusto burgués y sus manifestaciones artísticas”, en *Historia y crítica de la literatura española* / coord. por Francisco Rico Manrique, Vol. 5, Tomo 1, 1982 (Romanticismo y Realismo / coord. por Iris M. Zavala), págs. 84-89.

Balmes, Jaime, *El Criterio*, Imprenta de Antonio Brusi, Barcelona, 1845.

Bobes Naves, María del Carmen, “La literatura. La ciencia de la Literatura. La crítica de la razón literaria”, en Villanueva, Darío (coord.) *Curso de Teoría de la Literatura*, Taurus, Madrid, 1994, pp. 19-45.

Bravo Vega, Julián Tomás, “Un folletín desconocido de Manuel Ibo Alfaro: La Virgen de la Pradera”, *Cuadernos de investigación filológica*, Tomo 35-36, 2009-2010, págs. 197-222.

Brown, Reginald F., “Una relación literaria y cordial: Benito Pérez Galdós y Ventura Ruiz Aguilera”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, LXII, 1986, p. 199-240.

Campillo, Narciso, “Don Nicolás Díaz de Benjumea”, *Ilustración Española y Americana* del 22 de julio de 1884.

Carrizo Rueda, Sofía, *Poética del relato de viajes*, Reichenberger, Kassel, 1997.

Cobos Castro, Esperanza, “El teatro francés en El Museo Universal (1857-1869)”, *Recherches et Etudes Comparatistes Ibero-Francaises de la Sorbone Nouvelle*, París, 1988-89, n 10, pp. 65-83).

Correa Calderón, Evaristo, *Costumbristas españoles*, vol. I, Aguilar, Madrid, 1964.

Cruz Casado, Antonio; Bonilla Cerezo, Rafael y Costa, Angelina y Sánchez Montero, Estrella (coords. y eds.), “Entre cervantistas. Juan Valera y Francisco María Tubino contra

Nicolás Díaz de Benjumea (o de la sabia Urganda y el mago Alquife)”, en *Juan Valera (1905–2005). Actas del II Congreso Internacional celebrado en Cabra (Córdoba) los días 27, 28, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 2005*. Coordinación y edición de, Rafael Bonilla, Angelina Costa y Estrella Sánchez, Cabra: Ayuntamiento de Cabra, Delegación de Cultura. 2006. p. 211–22. (Colección Valera; 3).

Cubría, María José, “Heine y Augusto Ferrán. El Lyrisches Intermezzo y Die Heimkehr en La Soledad”, *Revista de Filología Alemana*, 1999, 7.

Davies, Catherine, “Manuel Murguía, Rosalía de Castro y El Museo Universal”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Santiago de Compostela, XXXII, 1981, pp. 427-452.

DuPont, Denise, “Cervantes como héroe: Nicolás Díaz de Benjumea en el contexto del realismo decimonónico”, en *Siglo diecinueve: literatura hispánica*, Nº. 10-11, 2004-2005, pp. 13-31.

Dworkin, Steven N., *A History of the Spanish Lexicon: A Linguistic Perspective*, Oxford University Press, 2012.

Englekirk, John, “El Museo Universal (1857-69): Mirror of Transition Years”, *PMLA*, Vol. 70, No. 3 (Jun., 1955), pp. 350-374.

Fernández Polo, María Dolores y Hernández Serna, Joaquín, “José Pastor de la Roca: Semblanza bio-bibliográfica y sus aportaciones en *El Museo Universal*”, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, Alicante, 1981, n 34, pp. 21-38.

García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX)*, Ollero y Ramos Editores, Madrid, 1995.

Gómez Aparicio, Pedro, *Historia del Periodismo Español*, Editora Nacional, Madrid, 1967.

González Pizarro, J. A., “Artículos de Rafael Castro y Ordoñez en El Museo Universal (1863-1864). Actividades de la Comisión de Naturalistas Españoles en América”, *Quipú*, México, 1989, vol. 6, nº 1, pp. 109-118.

Hartzenbusch, Eugenio de, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894.

Hastings, Eugene B.; Valdivieso, L. Teresa y Valdivieso, Jorge H. (eds.); “Madrid y España en los artículos firmados por Bécquer como cronista de El Museo Universal en 1866”. En *Madrid en la literatura y las artes. Ensayos*. Editores, Jorge H. Valdivieso y Teresa L. Valdivieso; Arizona, Orbis Press, 2006, pp. 190-199.

Hobsbawm, Eric, *La era del capital (1848-1875)*, Crítica, Barcelona, 2007.

Iglesias, Cristina; Aymes, Jean René y Salaün, Serge (eds.), “Benjumea y Krause: relaciones para una interpretación esotérica de *El Quijote*”, en *Le métissage culturel en Espagne. [Colloque International sur "Les apports étrangers à l'identité culturelle*

espagnole (XVIIIe-XXe siècles)". Organisé par le CREC, 14-14 mai 1998]. Études réunies par J. R. Aymes et S. Salaün, [Paris]: Presses de la Sorbonne Nouvelle. 1998. p. 151-64.

Jourdan, Pierre, "L'écriture dans les "Ecos nacionales" de Ventura Ruiz Aguilera", *Iris*, Montpellier, 1986, núm. 2, p. 53-77.

Labriola, Rodrigo, *A fome dos outros*, EdUFF, Niterói, 2007.

Litvak, Lily, *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, de Barcelona : Ediciones del Serbal, 1991.

Lledó Patiño, Mercedes, "Ventura Ruiz Aguilera: perfil de un intelectual salmantino", *Salamanca: revista de estudios*, N°. 55, 2007, págs. 147-164.

López Martínez, Isabel, y Hernández Sánchez, Eulalia, *Pedro Antonio de Alarcón en El Museo Universal*, Murcia, Universidad, 1985.

Marco Común Europeo de Referencia para las Lenguas: aprendizaje, enseñanza, evaluación, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y Grupo Anaya, Madrid, 2002.

Marco, Joaquín, "El costumbrismo español como reacción" en AA. VV., *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, Málaga, Diputación, 1987, pp. 125-139.

Márquez, Miguel B., "D. Aberlardo de Campos y la Ilustración Española y Americana", *Ámbitos*, n° 13-14, 2005, pp. 185-209.

Martínez Martín, Jesús A., "La edición artesanal y la construcción del mercado", en Martínez Martín, Jesús A. (Dir.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

Martínez Torrón, Diego; Martínez Torrón, Diego (ed.), "La polémica cervantina de Díaz Benjumea", en *Sobre Cervantes*. Edición de Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 2003. p. 115-24.

Miralles, Enrique, "Las colaboraciones de Bécquer en el Museo Universal; prosas inéditas de posible atribución", *El Gnomo*, Zaragoza, 2003-2004, nums. 12-13, pp. 263-285.

Moureau, François, "Viajar por Europa en el Siglo de las Luces", *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, coordinado por Leonardo Romero Tobar y Patricia Almárcegui Elduayen, Universidad Internacional de Andalucía / Akal, Madrid, 2005, pp. 25-47.

Ortas Durand, Esther, *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999.

Ortas Durand, Esther, "Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX", en Romero Tobar, Leonardo y Almárcegui Elduayen, Patricia (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Universidad Internacional de Andalucía / Akal, Madrid, 2005, pp. 92-103.

Ortas Durand, Esther, “El viaje por España, en busca de un estatuto entre ficción novelesca e historia (1759-1808). Apuntes sobre las fronteras de un género literario”, *Crítica hispánica*, Vol. 31, Nº 2, 2009, págs. 121-148.

Ortega, Marie Linda, “América en El Museo Universal”, en *L’Amérique Latine en Europe aux XIXe et Xxe siècles: oralité, histoire et littérature*. Almoreal, [4e] Colloque Europe-Amérique latine, [Orléans], 25-26 noviembre 1994, Le Mans, Almoreal, 1995 [s. p.]

Ortega, Marie Linda, *La tarea conjunta de los hermanos Bécquer en El Museo Universal (1862-1869)*, Bern, Peter Lang, 2003.

Ossorio y Bernard, Manuel, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Imprenta y Litografía de J. Palacios, Madrid, 1903.

Ovilo y Otero, Manuel, *Manual de Biografía y Bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*, París, 1859.

Páez Ríos, Elena: *El Museo Universal*. Madrid (1857-1869). (Colección de Índices de Publicaciones Periódicas / dirigida por Joaquín Entramabasaguas, nº XIV). Madrid : C.S.I.C., 1952.

Peñate Rivero, Julio y Uzcanga Meinecke, Francisco, *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitol*, Verbum, Madrid, 2008.

Peñate Rivero, Julio, “Camino del viaje hacia la literatura”, en Peñate Rivero, Julio (coord.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 13-28.

Pérez Garzón, José Sinisio, *Historia de España*, Tomo IX – La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874) Capítulo 5: Isabel II, Editorial Planeta, Barcelona, 1988.

Puig-Samper, Miguel Ángel, *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo*, Madrid, CSIC, 1988.

Regalés Serna, Antonio, “Para una crítica de la categoría de la literatura de viajes” (en *Castilla: estudios de literatura*, nº 5, 1983, pp. 63-86.

Riego, Bernardo, *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado*, Ed. Universidad de Cantabria, 2001.

Rodríguez Gutiérrez, Borja, “La literatura de viajes en cinco revistas literarias madrileñas de la década de 1840”, *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, Nº 50, 2003, págs. 67-84.

Romero Tobar, Leonardo, “El viaje vertical: la descripción costumbrista en los viajes aéreos”, en *La lira de ébano*, Universidad de Málaga, 2010, pp. 267-280.

Romero Tobar, Leonardo, “La epistolaridad en los libros de viaje”, en AA. VV, *Escrituras y reescrituras del viaje*, ed. J. M. Oliver, Peter Lang, Berna, 2007, pp. 477-487.

Romero Tobar, Leonardo, “La reescritura en los libros de viaje: las *Cartas de Rusia* de Juan Valera”, en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Universidad de Andalucía/Akal, 2005.

Romero Tobar, Leonardo, *Panorama crítico del romanticismo español*, editorial Castalia, Madrid, 1994.

Rubio Jiménez, Jesús, “El viaje artístico-literario: Una modalidad literaria romántica” en *Romance Quarterly*, 39 (1992, febrero), págs. 23-31.

Rubio Jiménez, Jesús, y Ortas Durand, Esther, “El viaje romántico por España: bibliografía”, *El Gnomo: boletín de estudios becquerianos*, núm. 3 (1994), pp. 95-211.

Rubio Jiménez, Jesús; Ortega, Marie Linda (ed.), “Escritura y pintura en los años sesenta: Ventura Ruiz Aguilera y Francisco Ortego”, en *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Marie Linda Ortega (ed.), [Madrid]: Fundación Duques de Soria; Visor Libros; Presses Universitaires de Marne-La-Vallée. 2002. p. 201–17. (Biblioteca Filológica Hispana; 59).

Rubio Jiménez, Jesús, *Bécquer y la poesía española contemporánea en lengua española* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2006.

Rubio, Jesús, *Pintura y literatura en Gustavo Adolfo Bécquer*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2006.

Rubio Martín, María, “La retórica del viaje. A propósito de Recuerdos de Italia”, *Ideología, Retórica y Poética. Actas del I Seminario Emilio Castelar y su Época*. Cádiz, diciembre de 2000, ed. J. Hernández Guerrero, I. Morales Sánchez y F. Coca Ramírez, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz y Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 2001.

Ruskin, John, *Modern Painters*, Smith, Elder and Co., 65, Cornhill, London, 1846.

Sádaba Alonso, Soraya, “Los Hermanos Bécquer en El Museo Universal”, *El Gnomo*, Zaragoza, 2003-2004, nums. 12-13, pp. 293-298.

Sánchez Pérez, Aquilino, *Historia de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera*, SGEL, Madrid, 1992.

Senabre, Ricardo, “La comunicación literaria”, en Villanueva, Darío (coord.), *Curso de teoría de la literatura*, Taurus, Madrid, 1994, pp. 147-163.

Seoane, María Cruz, *Historia del periodismo en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

Toral y Fernández de Peñaranda, Enrique, *Ventura Ruiz Aguilera y Carlos Peñaranda: estudios sobre la vida y obra lírica del poeta salmantino y su correspondencia con el poeta sevillano*, Alcalá la Real (Jaén) : Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2005.

Tusell, Javier (Dir.), *Historia de España, II*, Taurus, Madrid, 1998.

Valls, Josep Francesc, *Prensa y burguesía en el siglo XIX español*, Antrophos, Barcelona, 1988.

Wolfzettel, Friedrich, “Relato de viaje y estructura mítica”, en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Leonardo Romero Tobar y Patricia Almárcegui Elduayen (coords.), Universidad Internacional de Andalucía/Akal, Madrid, 2005, pp. 10-24.

Notas

¹ Páez Ríos, Elena: *El Museo Universal. Madrid (1857-1869)*. (Colección de Índices de Publicaciones Periódicas / dirigida por Joaquín Entramabasaguas, nº XIV). Madrid : C.S.I.C., 1952.

² Englekirk, John, “El Museo Universal (1857-69): Mirror of Transition Years”, *PMLA*, Vol. 70, No. 3 (Jun., 1955), pp. 350-374. Además de este único artículo de conjunto, creo que no se puede dejar de citar la meritoria y equilibrada descripción de *El Museo Universal* que ofrece la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?lang=es&q=id:0003372611>

³ Hastings, Eugene B.; Valdivieso, L. Teresa y Valdivieso, Jorge H. (eds.); “Madrid y España en los artículos firmados por Bécquer como cronista de *El Museo Universal* en 1866”. En *Madrid en la literatura y las artes. Ensayos*. Editores, Jorge H. Valdivieso y Teresa L. Valdivieso; Arizona, Orbis Press, 2006, pp. 190-199. Miralles, Enrique, “Las colaboraciones de Bécquer en el Museo Universal; prosas inéditas de posible atribución”, *El Gnomo*, Zaragoza, 2003-2004, nums. 12-13, pp. 263-285. Sádaba Alonso, Soraya, “Los Hermanos Bécquer en *El Museo Universal*”, *El Gnomo*, Zaragoza, 2003-2004, nums. 12-13, pp. 293-298. Ortega, Marie Linda, *La tarea conjunta de los hermanos Bécquer en El Museo Universal (1862-1869)*, Bern, Peter Lang, 2003.

⁴ Davies, Catherine, “Manuel Murguía, Rosalía de Castro y El Museo Universal”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Santiago de Compostela, XXXII, 1981, pp. 427-452.

⁵ López Martínez, Isabel, y Hernández Sánchez, Eulalia, Pedro Antonio de Alarcón en *El Museo Universal*, Murcia, Universidad, 1985. Además, han aparecido artículos dedicados a autores menores como “José Pastor de la Roca: Semblanza bio-bibliográfica y sus aportaciones en *El Museo Universal*”, de María Dolores Fernández Polo y Joaquín Hernández Serna (*Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, Alicante, 1981, n 34, pp. 21-38) o “Un folletín desconocido de Manuel Ibo Alfaro: *La Virgen de la Pradera*”, de Julián Tomás Bravo Vega (*Cuadernos de investigación filológica*, Tomo 35-36, 2009-2010, págs. 197-222), y trabajos centrados en asuntos específicos como son el tema de América o el teatro francés (Ortega, Marie Linda, “América en El Museo Universal”, en *L'Amérique Latine en Europe aux XIXe et Xxe siècles: oralité, histoire et littérature*. Almoreal, [4e] Colloque Europe-Amérique latine, [Orléans], 25-26 noviembre 1994, Le Mans, Almoreal, 1995 [s. p.]. Cobos Castro, Esperanza, “El teatro francés en El Museo Universal (1857-1869)”, *Recherches et Etudes Comparatistes Ibero-Francaises de la Sorbone Nouvelle*, París, 1988-89, n 10, pp. 65-83).

⁶ <http://gicesxix.uab.es/presentacion.php>

⁷ Ob. cit., p. 632.

⁸ Profundizaremos en esta cuestión en el apartado 2.3.6.

⁹ Para los viajes por España en nuestra época de estudio, ver Ortas Durand, Esther, “Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX”, en Romero Tobar, Leonardo y Almarcegui Elduayen, Patricia (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Universidad Internacional de Andalucía / Akal, Madrid, 2005, pp. 92-103. La misma Esther Ortas, junto a Jesús Rubio, elaboró una extensa bibliografía sobre *El viaje romántico por España*, publicada en *El Gnomo: boletín de estudios becquerianos*, núm. 3 (1994), pp. 95-211.

¹⁰ Se ha recurrido a los números de *El Museo Universal* publicados en la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura, que es la digitalización más reciente y de mayor calidad, y para completar los números que faltan se ha acudido a la Hemeroteca Virtual de la Biblioteca Nacional y a la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la Universidad de Alicante, que incluyen todos los números de la revista, si bien con menor definición en las imágenes. Puesto que la forma de acceder a la revista, incluso para investigadores, se restringe ahora a las versiones digitales publicadas en internet, que se presentan en documentos PDF que se corresponden con cada número (en la BVPH y la Hemeroteca Digital de la BNE), para los artículos citados a lo largo de esta tesis se indicará número y año de publicación para quien quiera localizar rápidamente el original, omitiendo la fecha de publicación o el número de página, datos que, al no poder hojearse los volúmenes originales, han perdido buena parte de su funcionalidad bibliográfica.

¹¹ La empresa Gaspar y Roig conformó “una de las iniciativas editoriales más activas del siglo” a decir de Jesús A. Martínez Martín (“La edición artesanal y la construcción del mercado”, en Jesús A. Martínez Martín (Dir.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2001, p. 50).

¹² *El Museo Universal*, nº1 de 1858.

¹³ “Era imposible ofrecer al lector español cualquier tipo de representación después de haber conocido el alto nivel al que llegó la revista de Gaspar y Roig”, dice Bernardo Riego (*La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado*, Ed. Universidad de Cantabria, 2001, p. 215) al respecto de la exigencia a la que iba a ser sometida *La Ilustración Española y Americana*, sucesora de *El Museo Universal*.

¹⁴ “Establecimiento tipográfico de Gaspar y Roig – Salón de máquinas”, *El Museo Universal*, nº 4 de 1868.

¹⁵ “Así *Semanario Popular* se refunde con *El Museo Universal*, primer periódico ilustrado original en España, donde la mayor nitidez del papel, los tipos estrenados cada año, los excelentes grabados y los artículos de eminentes literatos harán olvidar al público su mayor precio” (*Semanario Popular*, 23 de febrero de 1865, apud Gómez Aparicio, Pedro, *Historia del Periodismo Español*, Editora Nacional, Madrid, 1967, vol I, p. 481).

¹⁶ Riego, Bernardo, *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado*, Ed. Universidad de Cantabria, 2001, p. 132.

¹⁷ Para este prestigioso precedente de *El Museo*, ver las páginas que Leonardo Romero dedica a *El Artista* en su *Panorama crítico del romanticismo español* (editorial Castalia, Madrid, 1994, pp. 58-65).

¹⁸ En la “Revista de la semana” del nº 5 de 1865, León Galindo y de Vera anuncia que Bernardo Rico ha ganado un premio por los grabados publicados en *El Museo*.

¹⁹ Ruiz Aguilera, Ventura, “Revista de la semana”, *El Museo Universal*, nº 44 de 1867. La publicación extranjera en cuestión es la *Ilustración Americana de Frank Leslie*, de Nueva York.

²⁰ Apud Riego, Bernardo, *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado*, Ed. Universidad de Cantabria, 2001, p. 112.

²¹ Hartzbusch, Eugenio de, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894, p. 173, apud Englekirk, John, “El Museo Universal (1857-69): Mirror of Transition Years”, *PMLA*, Vol. 70, No. 3 (Jun., 1955), p. 351.

²² Ob. cit., p. IX.

²³ Art. cit., pp. 366-367.

²⁴ Seoane, María Cruz, *Historia del periodismo en España*, 2, Alianza Editorial, Madrid, 1968, pp. 244-245.

²⁵ Una de las primeras acepciones de “pintoresco” fue “lo digno de ser pintado”, como nos recuerda Ortas Durand en *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)* (Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, p. 228).

²⁶ Miguel Artola, en “El gusto burgués y sus manifestaciones artísticas” (en *Historia y crítica de la literatura española* / coord. por Francisco Rico Manrique, Vol. 5, Tomo 1, 1982 (Romanticismo y Realismo / coord. por Iris M. Zavala), págs. 84-89) afirma que la pintura sacra prácticamente desapareció al acabar los encargos de la Iglesia, y que se dio por contraste el auge de la pintura histórica de encargo para instituciones públicas y el inicio de la imposición de los gustos del público burgués, que empiezan a comprar pinturas y que se decantarán por el paisajismo y la pintura de costumbres. En el nº 42 de 1860 hay un grabado humorístico que se ríe de la falta de criterio de los nuevos compradores: dos caballeros discuten qué cuadro comprar, y finalmente optan por el que tiene mejor marco.

²⁷ En el nº 5 de 1865, *El Museo Universal* publica una información titulada “Propuesta de premios que presenta el jurado de la Exposición de Bellas Artes” que contiene las distintas categorías del concurso: Pintura de Historia, Pintura de retratos, Pintura de género histórico, Pintura de género, Pintura de perspectiva y paisajes, Porcelana y miniaturas, Grabado y Litografía, Escultura y Arquitectura.

²⁸ Entenderemos mejor la demanda de imágenes de monarcas y aristócratas africanos y asiáticos al leer en la “Revista de la semana” del nº 40 de 1861, firmada por Nemesio Fernández Cuesta, la enorme expectación que despertó en Madrid la llegada de una embajada marroquí, reuniéndose numerosa concurrencia en todo el trayecto que debería atravesar la comitiva: una multitud de curiosos deseosos de ver la fisonomía del príncipe marroquí y las vestimentas de los emisarios. Llegaron el martes, y se dice que “El miércoles todavía se apiñaba la multitud en derredor del alojamiento de los marroquíes, esperando que alguno se asomase al balcón para contemplarlo”. Y algo muy similar ocurrió con la llegada de los embajadores de Amman en 1863, según se narra en la revista de la semana del nº 47 de ese año.

²⁹ “Las construcciones ubicadas en medio de la naturaleza obsequiaban al viajero y al artista con una combinación paisajística preñada de extremada potencialidad pictórica”, dice Esther Ortas Durand en *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)* (Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, p. 233), haciendo referencia a los tratadistas William Gilpin y Uvedale Price, quienes defendían la superior cualidad pictórica de los paisajes que contenían algún elemento arquitectónico como un puente, un castillo, una abadía, un edificio gótico, o cualquier ruina, pues tales construcciones aportaban contraste y cierta aspereza muy deseable para la composición de un cuadro pintoresco. No está de más, por otro lado, recordar que el

Semanario Pintoresco Español, predecesor de *El Museo*, contenía una sección llamada “España pintoresca y monumental”, asociándose ya en el epígrafe los monumentos a la cualidad de pictórico.

³⁰ “Leonardo Romero (1990a) ha propuesto una relación de mera vecindad para los grabados que acompañan a los relatos frente a las ataduras metonímicas que se despliegan en las publicaciones *pintorescas* –es decir, *ilustradas*– de la época romántica” (Romero, Leonardo, *Panorama crítico del romanticismo español*, Editorial Castalia, Madrid, 1994, p. 403).

³¹ “Por lo demás, precisamente lo que ha distinguido de una manera especial a *El Museo*, para corresponder a su título, en los once que cuenta de vida, es la preferencia que ha dado siempre a los monumentos españoles”, en Ruiz Aguilera, Ventura, “Revista de la semana”, *El Museo Universal*, n° 44 de 1867.

³² Esta tendencia predominante se ve matizada por algunas imágenes sensibilizadas ante la miseria de ciertos personajes urbanos, como los vendedores ambulantes reproducidos en el n° 52 de 1860 y en los n° 9, 13, 20, 21, 25, 40, 41, 42 y 50 de 1861, que son retratados con una mezcla de piedad y curiosidad costumbrista. Asimismo, en un grabado publicado en el n° 51 de 1866, se reproduce con dignidad una masiva manifestación en Londres a favor del sufragio universal.

³³ Gómez Aparicio, Pedro, ob. cit., p. 480. Este clasismo que se manifiesta visualmente con las caricaturas de las clases proletarias urbanas, se deslizaba también de cuando en cuando a los textos de la publicación, como cuando Nemesio Fernández Cuesta, en la “Revista de la semana” del n° 52 de 1863, escribe: “Como en el año próximo llega pronto la cuaresma y es corto el carnaval, han comenzado ya hace días los bailes de máscaras entre la juventud artística de modistas, dependientes de comercio, costureras, etc., etc., en los salones de Capellanes y de Paúl. Pero el 26 se inauguran los bailes del teatro de la Zarzuela, con pretensiones más aristocráticas, con mayor local y proporciones mejores”.

³⁴ Tusell, Javier (Dir.), *Historia de España, II*, Taurus, Madrid, 1998, p. 105. En la revista de la semana del n° 44 de 1866, Nemesio Fernández Cuesta corrobora este dato al afirmar que España cuenta con 16 millones de habitantes, de los que más de 11 millones son analfabetos.

³⁵ En diciembre de 1857 la suscripción por un año costaba 40 reales en Madrid y 48 en provincias. Trece años después, la suscripción anual había duplicado su precio, saliendo por 80 reales en Madrid y 96 reales en provincias. Sin embargo, los números sueltos siempre mantuvieron el mismo valor: 2 reales. Por tener un término de referencia, las obras de Julio Verne *Los ingleses en el Polo Norte* y *El desierto de hielo*, anunciadas en el n° 18 de 1868 y editadas también por Gaspar y Roig, con ilustraciones, costaban respectivamente 3 y 4 reales. Sin salir aún de los datos aportados por *El Museo*, en la revista del n° 11 de 1863 se comentan los salarios de varios empleados del Museo Nacional de Pinturas tal y como constan en los Presupuestos Generales del Estado: un alto cargo del museo cobraba 15.000 reales anuales, mientras el vigilante recibía 5.000, y los porteros, 4.000. Y una última comparación necesaria: un periódico contemporáneo como *La Época*, costaba en 1869 16 reales al mes, si bien hay que tener en cuenta que era una publicación diaria, de manera que un número de *El Museo Universal* era casi cuatro veces más caro que un número de *La Época*.

³⁶ Gómez Aparicio, Pedro, ob. cit., pp. 480-481.

³⁷ Ortega, Marie Linda, *La tarea conjunta de los hermanos Bécquer en “El Museo Universal” (1862-1869)*, Peter Lang, New York, 2003. Sádaba Alonso, Soraya: “Los hermanos Bécquer en *El Museo Universal*”, en *El Gnomon: Boletín de estudios bequerianos*, n° 12-13, 2003-2004, pp. 293-298.

³⁸ Antes de este, Gustavo Adolfo Bécquer ya había firmado otros dos textos extensos, que sin embargo pasan desapercibidos en las páginas de *El Museo* por su perfecta mimesis de las formas establecidas: se trata de un “esbozo biográfico” del Duque de Rivas en el n° 27 de 1865, y del artículo costumbrista “El Retiro”, del n° 35 del mismo año.

³⁹ Una excepción análoga será la del dibujo de Valeriano inspirado en otro texto circunstancial de Gustavo Adolfo, la narración “El Pavo”, publicada el día de Nochebuena de 1865.

⁴⁰ Monlau, Pedro F., “Higiene del matrimonio o El libro de los casados”, serie de artículos publicada entre el n° 33 y el n° 44 de 1868.

⁴¹ Un ejemplo es “La fiesta del rey Congo que se celebra en Santiago de Cuba el día de reyes–Dibujo hecho y remitido por don Alfonso Calderón Roca”, del n° 1 de 1868, o, del mismo autor, “Diablitos. El día de Reyes en La Habana. Costumbres de la Isla de Cuba, de un dibujo remitido por D. A. Calderón”, n° 3 de 1867.

⁴² Entre estas pinturas, llama particularmente nuestra atención la que reproducimos porque coincide temáticamente con la rima LXXIV de Bécquer: la despedida de una joven que entra en un convento de clausura.

⁴³ “De una parte, transformó el elemento meramente ilustrativo en factor complementariamente informativo: a partir de ese instante la noticia escrita comenzó a recibir el refuerzo de la noticia gráfica”, Gómez Aparicio, Pedro, ob. cit., pp. 479-480.

⁴⁴ Dice Alarcón en el n° 11 de 1858 (“Alicante y Valencia: apuntes de viaje—episodios no políticos”) que “en España nadie lee un periódico literario que no se haya propinado antes triple o séxtuple dosis de periódicos políticos”.

⁴⁵ Habrá además algunos grabados aislados o muy poco comunes a lo largo de los trece años de vida de *El Museo Universal*, como pueden ser los retratos de unos asesinos mexicanos publicados en el n° 21 de 1858, figurines de moda que aparecen excepcionalmente en el año 1865, las escenas cinegéticas de 1869 (que por otro lado podrían incluirse en los grabados que reproducen pintura de género), o el nevus o lunar gigante en la espalda de una niña que aparece retratada en el n° 23 de 1868. Por otro lado, no hemos comentado hasta el momento que, con cierta frecuencia, se publica en la última página del número un anuncio de alguno de los últimos lanzamientos editoriales de Gaspar y Roig, como pueden ser el *Nuevo Viajero Universal* o alguna de las novelas de Julio Verne, anuncio que suele venir acompañado de un grabado extraído de la obra en cuestión.

⁴⁶ Hasta hoy, la única visión global sobre la poesía de *El Museo Universal* es la que aportó John E. Englekirk en 1955, en el primer artículo que se escribió sobre el conjunto de la publicación (art. cit., pp. 357-360).

⁴⁷ De 2007 a 2010, el grupo GICES XIX, de la Universidad Autónoma de Barcelona, estudió a fondo la prosa de ficción de *El Museo Universal*, ofreciendo parte de sus resultados en internet: <http://gicesxix.uab.es/presentacion.php>

⁴⁸ *El Museo Universal*, n°18 de 1859.

⁴⁹ En las “Revistas de la quincena” de los números 10 y 12 de 1858, Nemesio Fernández Cuesta anuncia que ha encargado determinado artículo (sobre el viaje de la corte a Toledo) a un “entendido escritor” y a un “concienzudo escritor”, respectivamente, comedido elogio a un colaborador de *El Museo* que no podía ser en la época un autor muy destacado, pues su nombre era una información prescindible.

⁵⁰ Firmando como Rosalía Castro de Murguía, publica por primera vez, y en gallego, en el n° 47 de 1861. Se trata del poema “¡Adeus qu’ eu voume!”, texto fundamental del *rexurdimento* gallego.

⁵¹ Cualquier panorámica general de *El Museo Universal* resultaría injusta y deficiente si no mencionase al periodista “A.” como uno de los grandes proveedores de contenidos de la revista durante toda la época de Fernández Cuesta e incluso durante algunos años posteriores. Sus artículos, sobre los asuntos más dispares, están presentes en prácticamente todos los números de la primera época, de manera que este discreto e infaltable escritor puede considerarse parte esencial del sostén estructural de *El Museo* y representa como nadie la naturaleza heterogénea de la publicación. Sabemos que el “A” que firmó las “Traducciones e imitaciones del poeta alemán Heine” en el n° 46 de 1861 fue el amigo de Bécquer Augusto Ferrán porque luego estos poemas fueron incluidos en las obras completas de este (María José Cubría, “Heine y Augusto Ferrán. El Lyrisches Intermezzo y Die Heimkehr en La Soledad”, *Revista de Filología Alemana*, 1999, 7, p. 108) pero eso no garantiza que los numerosos y muy variados artículos escritos por “A” sean todos de Ferrán. Tampoco debemos olvidar a José Pastor de la Roca, que en el tramo final de la historia de *El Museo* tuvo una participación muy importante, con abundantes colaboraciones.

⁵² La *Enciclopedia Espasa* incluye una entrada considerablemente extensa para Nemesio Fernández Cuesta y Picatoste dando sobre él, entre otras, las siguientes informaciones: nació en Segovia el 19 de diciembre de 1818 y falleció en Madrid el 6 de diciembre de 1893. Fue redactor de *La Iberia*, *El Globo* y *El Heraldo* en 1842, 1844 y 1845, respectivamente. En 1846 entra en la redacción de *El Siglo*. Funda en 1854 *El Adelanto*, que se transformó en *La Discusión*, del que fue director. En 1857 compró la propiedad de *Las Novedades*. Fundador de *El Museo Universal*, fue también redactor de *La Política* y *El estandarte*. Al morir era director del *Diario de Sesiones* del Congreso de los Diputados. Como político, participó muy activamente en el proceso que llevó a la revolución de 1868, fue gobernador civil de Zaragoza, y defendió la candidatura a rey de España del duque de Montpensier. Entre sus obras se cuentan: *Nuevo Viajero Universal*, *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española* (1878), *Diccionario de la Lengua Española y Francesa Comparadas* (1885-1887), *Anuario histórico-crítico* de 1891 y 1892 e *Historia de monarcas cesantes*. Compuso varias obras en colaboración con Baralt y realizó una importante labor como traductor, versionando al español la *Historia Universal* de César Cantú, la *Historia de la conquista del Perú*, de Prescott o *Los Miserables* y *El Noventa y Tres*, de Víctor Hugo. Manuel Ossorio y Bernard, en su *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX* (1903), accesible en línea desde la Biblioteca Virtual de Andalucía (<http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/consulta/registro.cmd?id=1000390>) confirma estas informaciones a la vez que presta sentido homenaje al que llama “patriarca del periodismo español”. No

existen monografías modernas dedicadas a este autor, según consulta a la *Bibliografía de la Literatura Española desde 1980* de Carmen Simón Palmer realizada el 10/09/2013.

⁵³ N° 16 de 1857. Se trata de una materia de mediana extensión titulada “Exposición de Agricultura” en la que José Gaspar plasma otros comentarios interesantes, incidiendo en la prioridad de los grabados al afirmar que “por medio de artículos descriptivos y razonados, ofreceremos al lector lo que el dibujo y el grabado no pueden ofrecer, la parte, digámoslo así, económica y moral de la solemnidad y de sus resultados”

⁵⁴ Estas palabras del primer año de *El Museo* contrastan curiosamente con otras que encontramos en el penúltimo: “[...] pero en atención a que este periódico se ocupa con preferencia de literatura [...]”, dirá Salvador Costanzo en los “Caprichos literarios pueriles e insustanciales” que publicó en el n° 27 de 1868.

⁵⁵ N° 7 de 1858, n° 22 de 1859, o n° 22 de 1860.

⁵⁶ N° 16 de 1860.

⁵⁷ Dice Fernández Cuesta en la revista del n° 26 de 1860 a propósito del último manifiesto de don Juan de Borbón: “Veremos el efecto que estos hechos que hemos narrado pura y simplemente y sobre los cuales no podemos ni debemos hacer comentarios porque lo prohíbe la índole del periódico, causan en la actitud de los hasta aquí conocimos con el nombre de carlistas”. Asimismo, en la revista del n° 22 de 1862, refiriéndose a la invasión de México por tropas europeas, escribe: “Limitado *El Museo* a dar cuenta de los sucesos, en cuanto tienen de tales sin entrar a considerarles bajo un aspecto político determinado, no puede imitar a sus colegas nacionales y extranjeros y por tanto espondrá sumariamente, según su costumbre, las noticias recibidas desde que apareció su último número”. Y en la revista del n° 20 de 1864 ocurre algo análogo, reproduciendo Fernández Cuesta una polémica entre políticos españoles considerándola un hecho histórico contemporáneo.

⁵⁸ En el n° 1 de 1860 justifica la atención va a prestarse a la Guerra de África diciendo que los progresos militares arrastran el progreso de las artes, y en el n° 39 de 1861 se detiene bastante en la insumisión del rector del Real Colegio de España en Bolonia pero, evidentemente, es consciente de estar tocando el límite de lo permitido, pues escribe: “No profundizamos esta cuestión limitándonos a los hechos, porque necesitaríamos salirnos del terreno de los periódicos no políticos”.

⁵⁹ En la revista del n° 43 de 1860, Fernández Cuesta narra el atentado a la reina en la Puerta del Sol apoyándose en fragmentos de *El Diario Español, Correspondencia y Época*.

⁶⁰ Valls, Josep Francesc, *Prensa y burguesía en el siglo XIX español*, Antrophos, Barcelona, 1988, p. 129.

⁶¹ Revista de la semana del n° 45 de 1863.

⁶² La *Enciclopedia Espasa* lo presenta como político, escritor y jurisconsulto español, nacido en Barcelona el 28 de septiembre de 1819, y fallecido en Madrid el 12 de abril de 1889. Entró en la carrera judicial, y acabó estableciéndose en Madrid como abogado. En 1862 fue elegido diputado por Morella. Desde ese año hasta 1868 ocupa una plaza, ganada por oposición, en la Dirección General de los Registros de la Propiedad y del Notariado. En 1873 fue elegido académico de la Española, tomando pose en 1875. Entre sus obras se cuentan: *Oda a la paz, Progresos y vicisitudes del idioma castellano en nuestros Cuerpos Legales, desde que se romanceó el Fuero Juzgo, hasta la sanción del código penal, Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de las costas de África, e Intereses legítimos y permanentes de los españoles en África*. Con Aparisi y Guijarro publicó *El Papa y Napoleón, El amigo del pueblo y Los tres Orleans*. Con Rafael de la Escosura, *Comentario a la ley hipotecaria*. Escribió además unos *Apuntes biográficos de Aparisi y Guijarro*. Ossorio y Bernad (ob. cit., p. 150) destaca su labor periodística en *El Pensamiento de Valencia, Enciclopedia Española del Derecho y la Administración, La Regeneración, La Mujer Cristiana, El Museo Universal, El Fénix, La Unión y La Ilustración Católica*.

⁶³ También apoya esta tesis el hecho de que a partir del n° 40 de 1868 (del 4 de octubre), Ventura Ruiz Aguilera, entonces director literario, en nombre de *El Museo Universal*, apoye sin ambages la reciente revolución y critique duramente el régimen anterior. En ese número, José Gaspar aparecía aún al final del número como “Director y Editor responsable”, pero a partir del número siguiente, sin duda por la indefinición legal que trajo la revolución, esta información es suprimida.

⁶⁴ Ver la nota necrológica que abre el n° 16 de 1863.

⁶⁵ Ob. cit., pp. IX-XII. Esta investigadora notó que la calidad del papel empeoró justamente a partir de 1865.

⁶⁶ “En general, el periódico político que aquí logra reunir 3.000 suscriptores ha puesto una pica en Flandes; el periódico literario que reúne la mitad, la ha puesto en Pekín”

⁶⁷ “Librería de los editores (calle del Príncipe) cuando se expone El Museo Universal”, grabado del n° 1 de 1867; “El Museo Universal – Año duodécimo – 1868”, n° 50 de 1867; “Establecimiento tipográfico de Gaspar y Roig – Sala de máquinas”, en el n° 4 de 1868.

⁶⁸ N° 48 de 1869 (28 de noviembre).

⁶⁹ Miguel B. Márquez habla del paso de una publicación a otra en “D. Aberlardo de Campos y *la Ilustración Española y Americana*” (revista *Ámbitos*, n° 13-14, 2005, pp. 185-209), que incluye una interesante declaración de Julio Nombela, a quien se le encargó negociar la compra de *El Museo Universal*, y que explica que Abelardo de Campos se había hecho millonario gracias a su revista *La Moda Elegante Ilustrada*.

⁷⁰ N° 31 y n° 45 de 1869.

⁷¹ Márquez, Miguel B., art. cit., pp. 192-193. Sin embargo, el grupo de grabadores que lideraba Bernardo Rico pasó en bloque a *La Ilustración de Madrid*, según apunta Bernardo Riego (ob. cit., p. 227).

⁷² Debo esta observación a Leonardo Romero. En efecto, el grabado de cabecera de *La Ilustración Española y Americana* representa igualmente toda una serie de edificios monumentales de diversos estilos y rescata algunos elementos como el globo terráqueo o los símbolos de las artes (una paleta de pintor, un busto o una lira) que pasan a un primerísimo plano, dejando en los extremos derecho e izquierdo de la imagen las dos únicas verdaderas novedades conceptuales del grabado: dos escenas americanas que parecen mostrar, entre la vegetación tropical, los orígenes indígenas y la posterior explotación económica del continente con mano de obra esclava.

⁷³ Ob. cit., p. 482.

⁷⁴ Entre la bibliografía, ya inabarcable, sobre Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), destacaré aquí apenas la que lo pone en relación con *El Museo Universal*: Hastings, Eugene B.; Valdivieso, L. Teresa y Valdivieso, Jorge H. (eds.) “Madrid y España en los artículos firmados por Bécquer, como cronista de “El Museo Universal” en 1866”. *En Madrid en la literatura y las artes. Ensayos*. Editores, Jorge H. Valdivieso, L. Teresa Valdivieso Arizona: Orbis Press. 2006. p. 190–99. (Serie Reflexión; 11); Miralles, Enrique, “Las colaboraciones de Bécquer en *El Museo Universal*: prosas inéditas de posible atribución” *El Gnomo*, Zaragoza, 2003–2004, núms. 12–13, p. 263–85; Sádaba Alonso, Soraya, “Los Hermanos Bécquer en *El Museo Universal*”, *El Gnomo*, Zaragoza, 2003–2004, núms. 12–13, p. 293–98; Ortega, Marie Linda, *La tarea conjunta de los hermanos Bécquer en El Museo Universal (1862–1869)*, Bern: Peter Lang. 2003. XVI.

⁷⁵ Entendemos así que las escasas referencias a la actualidad nacional no se deben a la postura conservadora de Bécquer, como sostiene Seoane (ob. cit., p. 260), sino a la propia naturaleza “no política” del periódico. El propio Bécquer explica esta circunstancia en la revista del n° 10 de 1866: “Respecto a política interior continuaremos siendo tan parcos como la índole de nuestro periódico exige”. Y en la Revista del n° 11, tal vez aludiendo a los problemas con la censura de Fernández Cuesta, sigue explicándose: “El Museo, tal vez cometiendo una indiscreción, se ha aventurado alguna vez a alargar el cuello y meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Después de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte”. Y en el n° 22 vuelve a insistir en este asunto, afirmando que recurre a hablar del tiempo porque sobre “asuntos interiores” a *El Museo* no se le permite ni repetir por la tarde lo que todos han dicho por la mañana.

⁷⁶ La entrada para Ruiz Aguilera de la *Enciclopedia Espasa* se apoya en las opiniones de Cejador, llegando a reproducir pasajes literales, y presentando al poeta como hábil y prolífico versificador, si bien de estilo no muy apurado, que se caracterizó sobre todo por sus imitaciones de la poesía popular. Se aportan, además, las siguientes informaciones: nació en Salamanca en 1820 y falleció en 1881. Estudió Medicina, y en 1844 se instaló en Madrid. Fue director del Museo Arqueológico de Madrid. Colaboró en periódicos como *El Tío Vivo* (1845), *El Nuevo Espectador* (1845), *La Prensa* (1848), *La Reforma*, *La Nación*, *La Europa*, *La Tribuna del Pueblo* y *La Iberia*. Dirigió *Para Todos* (1849), *Las Hijas de Eva* (1849-1850), *Los Postres* (1857) y *El Museo Universal*, y escribió en *La Ilustración Española y Americana*, *Los Niños*, *La Ilustración Católica*, *Semanario Pintoresco*, *Revista de España* y *La Patria*. Compuso obras dramáticas como *Del agua mansa nos libre Dios* (1847), *No se venga quien bien ama*, y *Bernardo de Saldaña* (1848), *Camino de Portugal* (1849) y *La limosna y el perdón* y *Flor marchita* (1853). Otras obras suyas son: *Una boda en el infierno*, fantasía diabólico-satírica (1846); *El conspirador de a folio*, novela burlesca (1848); *Poesías, Ecos Nacionales* (2 vol. 1849 y 1854); *El Mundo de Perfil*, artículos (1859); *Veladas poéticas*, poesías serias, satíricas y burlescas, (1860); *El beso de Judas*, novela (1860); *Obras poéticas, elegías* (1862); *Proverbios cómicos* (1864 y 1870); *Proverbios ejemplares* (2 vol., 1864 y 1870); *Impresiones* (1865); *Harmonías y cantares* (1865); *El Mundo al revés*, novela (1865), *Limonos agrios* (1866); *La Arcadia Moderna*, églogas e idilios (1867); *El libro de la patria* (1869); *La leyenda de Nochebuena* (1872); *Ecos nacionales y cantares* (1873); *Elegías, Harmonías y rimas varias* (1873); *Libro de las sátiras* (1874 y 1884); *Grandeza de los pequeños*, epigramas y letrillas, varias fábulas y moralejas (1874); *Las estaciones del año* (1879) y *Poesías* (1880). Se añade al final que poesías suyas han sido traducidas al alemán, francés e inglés. En la *Bibliografía de la Literatura Española desde 1980* de Carmen Simón Palmer encontramos tres registros sobre asuntos

más restringidos: Rubio Jiménez, Jesús; Ortega, Marie Linda (ed.), “Escritura y pintura en los años sesenta: Ventura Ruiz Aguilera y Francisco Ortego”, en *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Marie Linda Ortega (ed.), [Madrid]: Fundación Duques de Soria; Visor Libros; Presses Universitaires de Marne-La-Vallée. 2002. p. 201–17. (Biblioteca Filológica Hispana; 59); Brown, Reginald F., “Una relación literaria y cordial: Benito Pérez Galdós y Ventura Ruiz Aguilera”, (*Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, LXII, 1986, p. 199–240); y Jourdan, Pierre, “L'écriture dans les "Ecos nacionales" de Ventura Ruiz Aguilera”, *Iris*, Montpellier, 1986, núm. 2, p. 53–77. Por otro lado, encontramos en Dialnet, además, algunas monografías que tratan la figura de Ventura Ruiz Aguilera de forma más global: Lledó Patiño, Mercedes, “Ventura Ruiz Aguilera: perfil de un intelectual salmantino”, *Salamanca: revista de estudios*, Nº. 55, 2007, págs. 147-164; y Toral y Fenández de Peñaranda, Enrique, *Ventura Ruiz Aguilera y Carlos Peñaranda: estudios sobre la vida y obra lírica del poeta salmantino y su correspondencia con el poeta sevillano*, Alcalá la Real (Jaén) : Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2005.

⁷⁷ Se crean también categorías como combinaciones de las anteriores: “Viajes y Monumentos artísticos”, “Historia y Costumbres” o “Geografía e Historia”. Y otros presentan sutiles variantes: “Monumentos españoles antiguos”, “Monumentos arquitectónicos”, “Edificios públicos” o “Crítica histórica”.

⁷⁸ La *Enciclopedia Espasa* dedica un extenso artículo a Francisco Giner de los Ríos (Ronda, 1839- Madrid, 1915), que incluye, entre otras, las siguientes informaciones: concluyó las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, y en 1863 se trasladó a Madrid, ingresando en el Ministerio de Estado. En 1866 ganó por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho, a la que renunció en 1867 por motivos políticos, si bien fue repuesto en su cargo tras la revolución. Nuevamente apartado de la cátedra entre 1875 y 1881, en este periodo fundó la Institución Libre de Enseñanza. De formación filosófica krausista, su extensa producción intelectual se centró en el Derecho y la Pedagogía, con títulos como *Principios elementales del Derecho* (1871), *Estudios jurídicos y políticos* (1875), *Institución Libre de Enseñanza* (1882), *El edificio y la Escuela* (1884), *Estudios sobre Educación* (1886), o *Pedagogía Universitaria* (1905), si bien dedicó también estudios a la literatura, las artes y las religiones.

⁷⁹ En la *Ilustración Española y Americana* del 22 de julio de 1884, con motivo del fallecimiento de Benjumea, Narciso Campillo publica unos “apuntes biográficos” sobre el escritor en los que se afirma que nació en Sevilla el 9 de marzo de 1829 y murió en Barcelona el 8 de marzo de 1884 antes de cumplir los 55 años. Estudió la carrera de Jurisprudencia en su ciudad natal, donde ya empezó a destacar como literato. Su principal legado fueron sus originales estudios de la obra cervantina, como *La estafeta de Urganda*, *Corona de Alquife*, *El mensaje de Merlín* y *La verdad sobre el Quijote*. Sobre otros asuntos publicó *Las costumbres del Universo*, *El Solterón*, *Catecismo filosófico*, *El Palmerín de Inglaterra*, *La Mitología de la Revolución*, *Cartilla para electores*, *Gibraltar a España*, *Ingenio político de la nación española* y *La Cuestión del día*. Residió en Londres, donde fundó y redactó casi por entero *El Fígaro*, y dirigió *Ecos de Ambos Mundos*. De regreso en España, fundó *La Unión* y dirigió *El Museo Universal*. Colaboró con multitud de periódicos literarios, y en el momento de su muerte dirigía en Barcelona *La Ilustración de la Mujer*. Publicó también poesía: *El Suplicio de los Comuneros*, *Las dos Reinas*, y *A Tassara*. Fue abogado del Ilustre Colegio de Madrid, socio profesor de la Academia de Jurisprudencia y Legislación y académico de la Real de Ciencias de Lisboa. La crítica moderna ha estudiado principalmente su labor de cervantista, según vemos en la *Bibliografía de la Literatura Española desde 1980*, de Carmen Simón Palmer, que recoge tres entradas sobre este autor: Cruz Casado, Antonio; Bonilla Cerezo, Rafael y Costa, Angelina y Sánchez Montero, Estrella (coords. y eds.), “Entre cervantistas. Juan Valera y Francisco María Tubino contra Nicolás Díaz de Benjumea (o de la sabia Urganda y el mago Alquife)”, en *Juan Valera (1905–2005). Actas del II Congreso Internacional celebrado en Cabra (Córdoba) los días 27, 28, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 2005*. Coordinación y edición de, Rafael Bonilla, Angelina Costa y Estrella Sánchez, Cabra: Ayuntamiento de Cabra, Delegación de Cultura. 2006. p. 211–22. (Colección Valera; 3). Martínez Torrón, Diego; Martínez Torrón, Diego (ed.), “La polémica cervantina de Díaz Benjumea”, en *Sobre Cervantes*. Edición de Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 2003. p. 115–24. E Iglesias, Cristina; Aymes, Jean René y Salaün, Serge (eds.), “Benjumea y Krause: relaciones para una interpretación esotérica de *El Quijote*”, en *Le métissage culturel en Espagne. [Colloque International sur "Les apports étrangers à l'identité culturelle espagnole (XVIIIe-XXe siècles)"]*. Organisé par le CREC, 14–14 mai 1998]. Études réunies par J. R. Aymes et S. Salaün, [Paris]: Presses de la Sorbonne Nouvelle. 1998. p. 151–64. Por otro lado, encuentro además en Dialnet la siguiente entrada: DuPont, Denise, “Cervantes como héroe: Nicolás Díaz de Benjumea en el contexto del realismo decimonónico”, en *Siglo diecinueve: literatura hispánica*, Nº. 10-11, 2004-2005, pp. 13-31.

⁸⁰ Ver Marco, Joaquín, "El costumbrismo español como reacción" en AA. VV., *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, Málaga, Diputación, 1987, pp. 125-139. (apud Romero, Leonardo, *Panorama crítico del romanticismo español*, Editorial Castalia, Madrid, 1994, pp.403-404).

⁸¹ En la Exposición Universal de Londres de 1862, España apenas destacó por sus espadas toledanas, sus sedas, sus encajes y sus productos agrícolas ("La exposición universal de Londres, España y Portugal, XI", por J. S. Bazán, *El Museo Universal*, nº 48 de 1862). De la misma forma, el espacio físico que se concedió a España en la Exposición Universal de París de 1867 fue muy escaso en comparación al de otras naciones, lo que despertaba la vergüenza y el rencor de los visitantes españoles (ver S., "Exposición Universal de 1867", *El Museo Universal*, nº 18 de 1867).

⁸² Conviene resaltar aquí que el hecho de que la literatura se presente como un elemento más entre otros es evidencia suficiente para confirmar que en la época, y más en concreto en *El Museo Universal*, el concepto de literatura no comprende los textos científicos, como sí ocurría en el siglo XVIII.

⁸³ Nº 8 de 1862. Y en la revista del nº 48 de 1863 vuelve a referirse a esta "ley general de la perfectibilidad que preside los destinos humanos".

⁸⁴ Tal era la fe en la ciencia, y tal la costumbre de oír hablar sobre nuevas máquinas portentosas, que incluso personas cultas estaban dispuestas a dar crédito a bulos fantasiosos sobre inventos capaces de realizar prodigios, como cierto aparato, del que se habla sin sombra de sospecha en una nota del nº 4 de 1863, que realizaba bustos instantáneos, algo que solo empieza a ser posible en nuestros días, 150 años después, con la impresora 3D. En este mismo sentido, en la revista de la quincena del nº 22 de 1859 se comenta la invención de un bálsamo prodigioso que cierra instantáneamente heridas terribles, como aquel famoso de Fierabrás, y que ya ha sido probado con éxito en animales (concretamente, en un gallo y en un burro).

⁸⁵ El poema "El Progreso" (nº3 de 1864), de Manuel de la Revilla, está protagonizado, sintomáticamente, por una veloz locomotora que se convierte por metonimia en la materialización del progreso general.

⁸⁶ En las Revistas de la quincena de los números 15 y 16 de 1857 se comenta la salida de Irlanda del buque que va a poner en comunicación telegráfica Europa con América, así como se narran los primeros reveses técnicos, de una larga lista, que va a sufrir este proyecto.

⁸⁷ Revistas de la quincena de los números 2, 6, 13, 21 y 24.

⁸⁸ Revista del nº 30 de 1869.

⁸⁹ Además de las noticias ya comentadas de 1857 y 1858, encontramos referencias al avance del ferrocarril español en : 1859 (nº 19), 1860 (números 6, 23, 24, 25, 29, 45, 48 y 49), 1861 (números 3, 27, 28, 31, 33, 38, 39 y 48), 1862 (números 10 y 36), 1863 (números 22, 26, 27 y 46), 1864 (números 29, 32, 33, 35 y 36), 1866 (nº 49) y 1869 (nº 40).

⁹⁰ Hay grabados de inauguraciones, con sus correspondientes textos, en los números 3 y 39 de 1861, los números 35 y 36 de 1864, y el nº 49 de 1866.

⁹¹ Ob. cit., p. 91. José Sinisio Pérez Garzón (*Historia de España, Tomo IX – La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874)* Capítulo 5: "Isabel II", Editorial Planeta, Barcelona, 1988, p. 406) corrobora y complementa esta información: para combatir las arbitrariedades que habían llevado a las barricadas a golpe de escándalo, "la ley general de ferrocarriles del 3 de julio de 1855 establecía que cualquier concesión para construcción de nuevas líneas siempre se haría por ley" (p. 406). "A partir de ese año se constituyeron las grandes compañías de ferrocarriles. La compañía M.Z.A. (Madrid-Zaragoza-Alicante) se formaba bajo la batuta de José de Salamanca, con participación de los grupos financieros de los Rothschild y los Pereire" (ibid.) A la altura de 1864, existían 23 compañías concesionarias de ferrocarriles con un total de 3622 millones de reales como capital social escriturado y un 37% de subvención concedida por ley. "Ese mismo año, apenas una década tras la promulgación de la ley de 1855, existían más de 4800 kilómetros de vía abiertos al público" (ibid.)

⁹² En la Revista de la quincena del nº 23 de 1859 se habla de cuatro muertos, siete heridos y cuatro contusos en el ferrocarril de Alicante, accidente atribuido a "manos alevosas" que levantaron los carriles en las cercanías de Almansa. En la Revista del nº 28 de 1861 también se acusa a "gentes desalmadas" de querer provocar otra tragedia en el Ferrocarril del Mediterráneo al retirar varios metros de vía, solo que el vigía se dio cuenta y dio la alarma. En la Revista del nº 30 de 1862, Fernández Cuesta da la noticia de otro descarrilamiento, mofándose sutilmente de la coincidencia de que en ese tren viajase un cardenal que iba a devolver a su lugar de origen (Aranjuez) una reliquia traída para ayudar a la reina a tener un buen parto. Algunas semanas después, en la Revista del nº 34 de 1862, Fernández Cuesta critica con dureza la mala calidad de la construcción del ferrocarril a Alicante, pues una riada se llevó por delante cien metros de terraplén, causando un descarrilamiento en el que hubo que lamentar "más de catorce heridos". En 1863 (Revista del nº 42) el agua arrancó un puente antes de que pasara por él un tren con 68 pasajeros, que se

precipitó al torrente Alabern, suceso que arrojó un saldo de veintidós muertos y once heridos, siendo este el accidente ferroviario más grave registrado por *El Museo Universal*, también gráficamente, con grabados en los números 43 y 44. El descarrilamiento denunciado en la Revista del nº 11 de 1864 fue mucho menos grave, con apenas dos heridos, pero en el nº 42 del mismo año se habla de otro, ocurrido en el Ferrocarril del Norte, a la altura de Pozuelo, con ocho heridos de consideración, algunos de los cuales tuvieron sus miembros amputados, operación que llevaría a la muerte a una señora, según se nos informa en el número siguiente. Aún en 1864 se habla de otro descarrilamiento (nº 52), ocurrido este en el Ferrocarril del Mediterráneo como consecuencia de algunas traviesas podridas. En el nº 14 de 1867 hay un grabado de otro descarrilamiento (que reproduzco en la p. 22), acompañado de una nota explicativa sin firma que dice que el accidente ocurrió nuevamente en la Vía Férrea del Mediterráneo, cerca de Getafe, y que hubo alrededor de treinta heridos, además de dos o tres muertos.

⁹³ En la Revista del nº 37 de 1863 se habla de un choque entre un tren de correos y otro de pasajeros, que causó treinta heridos, por error o ausencia de su puesto del guarda-vía. El mismo motivo se aduce para otro choque en el túnel de Horma del que se habla en la Revista del nº 11 de 1864 y en el que dos personas resultaron heridas, y aún se menciona otro choque, este en el Ferrocarril del Norte, en la Revista del nº 52 de 1864. En 1865 se habla de pasada de un choque de trenes en Chinchilla en la Revista del nº 13

⁹⁴ En la Revista del nº 51 de 1866 se habla del atropellamiento de un niño de cuatro años en el Ferrocarril del Norte por el tren correo de Madrid. El niño era hijo del guarda agujas, cuya mujer ese día había dado vía libre al tren. La historia tiene mucha semejanza con la que *El Museo* publicó en la Revista del nº 6 de 1865, si bien en esta ocasión el guarda agujas era prusiano y todo acabó bien. Un suceso semejante a estos pudo inspirar a Dickens para su escalofriante relato “El guardavía”, publicado en 1866.

⁹⁵ En la Revista de la semana del nº 5 de 1865 se habla de la preocupación que existe en Inglaterra por evitar este tipo de crímenes, lo que se refuerza con el largo artículo sin firmar “Nuevo wagon de seguridad de Leprovost”, del nº 7 de ese mismo año, que describe con muchísimo detalle unos nuevos vagones hechos de hierro batido que ganaron un concurso motivado, según el articulista anónimo, por los robos y asesinatos que se estaban produciendo en el extranjero. Ya en el nº 13 de 1865 tenemos un caso “nacional”: aparece un cadáver en el Ferrocarril del Norte, si bien no se sabe aún si la persona se suicidó o si fue asesinada.

⁹⁶ Revista del nº 33 de 1861.

⁹⁷ En la Revista del nº 18 de 1859 se habla del tumulto que se provocó al anunciar la compañía ferroviaria un fuerte descuento en el viaje de ida y vuelta a Vallecas, pues tal anuncio causó una aglomeración de 20.000 personas, al no haberse previsto un número tan elevado de viajeros. Y en la Revista del nº 23 de 1863 se dice que la compañía no puso los trenes prometidos para una corrida de toretes en Aranjuez, con lo que muchos aristócratas y personas principales tuvieron que viajar en segunda y en tercera clases.

⁹⁸ En la Revista de la semana del nº 30 de 1861 se habla de un incendio en el departamento del Ferrocarril del Norte en el que ardió un lujoso tren construido para que la familia real viajara al Escorial, pero que no llegó a estrenarse porque la reina tuvo que realizar su viaje cuando el ferrocarril aún no estaba listo. Se sospechó que el incendio pudo ser provocado porque el edificio ardió simultáneamente por los cuatro costados, y porque nadie dio la voz de alarma. En la Revista del nº 26 de 1864 se habla asimismo de sucesivos y sospechosos incendios en las instalaciones del Ferrocarril del Mediterráneo, y en la Revista del nº 36 de ese mismo año vuelve a darse la noticia de otro incendio, este en los “muelles” del ferrocarril a Zaragoza, suceso que será ilustrado con un grabado en el nº 37.

⁹⁹ Revista del nº 2 de 1862.

¹⁰⁰ Revista del nº 2 de 1863, y Revista del nº 28 de 1864.

¹⁰¹ Revista del nº 46 de 1868. En la Revista del nº 42 de 1864 se denuncia otro tipo de práctica de corrupción: nombrar en los consejos de administración de las compañías ferroviarias a políticos influyentes para beneficiar a la empresa.

¹⁰² Nº 48 de 1867.

¹⁰³ Nº 6 de 1860, nº 43 de 1863.

¹⁰⁴ “El freno Castellví”, por Constantino Sáez, nº 33 de 1860.

¹⁰⁵ Hobsbawm, Eric, *La era del capital (1848-1875)*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 65.

¹⁰⁶ Nº 6 de 1858 (preparativos de la segunda tentativa). Nº 15 y 16 de 1858 (se establece comunicación telegráfica entre América del Norte y Europa). Nº 44 de 1864 (nuevos proyectos de comunicación con América, pues el cable tendido en 1858 solo funcionó durante dos meses). Nº 25 de 1865 (Grabado con nota explicativa sobre el inminente intento de comunicación con América). Nº 33 de 1865 (el mayor barco del mundo, el Great Eastern, encargado del tendido del cable telegráfico). En “El cable atlántico” (nº 45 de 1865) el periodista “A.” cede la palabra al doctor Russell, que narra a bordo del Great Eastern el fracaso de la última

tentativa de tender el cable. En la revista del nº 31 de 1866 se anuncia por fin el éxito de la conexión telegráfica con Norteamérica. En mayo de 1867 volvió a interrumpirse la comunicación, según se nos informa en la revista de la semana del nº 21 de ese año. En las Revistas de los números 30 y 32 de 1869 se anuncia la puesta en funcionamiento de un segundo cable intercontinental, este partiendo de Francia, que entrará en competencia de precios con el primero, según se indica en la Revista del nº 33 de ese año. Además, en los números 19 y 20 de 1862, Félix G. Rivero publica el interesante y compendiado artículo “Telegrafía submarina”, con la historia de los progresos hasta la fecha e incluyendo grabados de secciones de cables y de un vapor inglés adaptado para tender cables submarinos.

¹⁰⁷ Una nota suelta del nº 14 de 1857 anuncia la inmediata comunicación telegráfica entre Inglaterra y Austria.

¹⁰⁸ En la Revista de la quincena del nº 24 de 1857 se anuncia la comunicación de Marsella con Argel a través del Mediterráneo con un cable que pasa por Roma. En la Revista del nº 46 de 1865 se anuncia la conexión de Sicilia con Nápoles mediante dos cables submarinos.

¹⁰⁹ Anunciada en la Revista del nº 4 de 1857. En “De la unión del océano Atlántico con el Pacífico” (nº 21 de 1863) el periodista “A.” reseña un libro de Bedford Pim sobre la posibilidad de establecer otra línea férrea entre ambos océanos, esta por Nicaragua, para sortear el monopolio anglo-americano del ferrocarril de Panamá, y en la Revista del nº 24 de 1868 se habla de un proyecto para construir otro ferrocarril que atraviese América Central por Honduras.

¹¹⁰ Revista del nº 17 de 1858, Revista del nº 51 de 1860, nº 37 de 1861, Revista del nº 33 de 1862.

¹¹¹ Revista del nº 38 de 1865.

¹¹² Se anuncia su próximo funcionamiento en la Revista del nº 23 de 1868, y en la Revista del nº 23 de 1869 ya se dice que la unión de las costas es un hecho.

¹¹³ Cipriano Segundo Montesino le dedica el extenso artículo “Rompimiento del Istmo de Suez” en el nº 16 de 1858. Se comenta la finalización de la obra en las Revistas de los números 38, 46 y 47 de 1869.

¹¹⁴ Excepcionalmente, en el nº 24 de 1863, se publica el artículo “Vapor Príncipe Alfonso”, que firma Juan de Dios de la Rada y Delgado, sobre el más nuevo y mejor navío de la marina mercante española, describiéndolo en detalle. Una segunda excepción es el grabado comentado “El vapor Humboldt, en el Rhin”, publicado en el nº 52 de 1868. Sí que hubo en *El Museo* un interés, más nacionalista que técnico, en la marina de guerra española, sobre todo durante la Guerra del Pacífico, pero también en otros momentos (por ejemplo, la botadura de nuevos navíos comentada en la Revista del nº 5 de 1857). También llamó la atención la problemática botadura del vapor más grande de la época, el Great Eastern: en el nº 22 de 1857 vienen dos grabados de este barco, junto con un texto explicativo, y en la Revista del nº 24 de ese mismo año se comentan los graves problemas técnicos iniciales. Se hablará nuevamente de él en la Revista del nº 19 de 1861, cuando el barco gigante se dirija misteriosamente hacia Estados Unidos, tras haber estado largo tiempo bloqueado por sus acreedores en los puertos ingleses. Por otro lado, los números 19, 20, 22 y 23 de 1857 abren con el extenso y detallado artículo “El vapor”, de A. Ribot, que se centra en la aplicación del vapor a la navegación, incluyendo todos sus precedentes, como el ingenio del español Blasco de Garay en la época de Carlos V, artilugio que merecerá otro artículo de portada en el nº 5 de 1858, firmado este por José Ferrer de Couto. Se insiste en el tema en el nº 5 de 1861, en el artículo de Miguel Lobo titulado “Noticia histórica de la aplicación del vapor a la navegación”. En cuanto a barcos acorazados, el mismo Miguel Lobo publica en el nº 44 de 1861 el extenso artículo “Navíos con coraza en construcción”, incluyéndose un grabado de la primera fragata francesa con estas características. En pundonosa reacción bastante habitual en *El Museo*, algo después (nº 6 de 1862) Ferrer de Couto afirma en el artículo “La barcaza Espín, o batería flotante con coraza”, que en la España del siglo XVIII un tal Juan de Ochoa ya había inventado los navíos acorazados, y en la revista del nº 19 se habla de la existencia de un navío blindado con plomo en la época de Carlos V. Miguel Lobo es también el autor de “Buques de coraza y cúpula ingleses”, del nº 18 de 1864, donde se dice que Inglaterra ha construido 23 acorazados en cinco años. En el nº 5 de 1865 se publica un grabado, con su respectiva nota explicativa, de la fragata Numancia, nuevo barco blindado de la escuadra española que se quería emplear en el conflicto del Pacífico. Sí que hubo a lo largo de la historia de *El Museo Universal* un interés mantenido por naufragios y víctimas (por ejemplo, el del vapor Hibernia, que se comenta en el nº 2 de 1869 o el incendio del General Lion, con casi 600 víctimas, comentando en el nº 20 de 1865), así como por las constantes mejoras de los botes salvavidas. En este sentido, en “Botes salva-vidas (conclusión)” de Miguel Lobo (nº 52 de 1861), se incluyen interesantes informaciones, comentando que en 1860, entre finales de mayo y principios de junio, hubo unos 250 naufragios en las costas de Gran Bretaña (1.379 buques naufragaron en total ese año), pero que gracias a los adelantos en los métodos de rescate apenas hubo algo más de 200 muertes, calculándose que se salvaron más de dos mil vidas. Se dice, además, que más de 200.000 barcos pasan anualmente por las costas inglesas. Cita Lobo un anuario oficial de registro de naufragios del Reino Unido.

En un artículo muy similar del nº 4 de 1864, el mismo autor, que es capitán de navío, facilitará las cifras de naufragios y salvamentos en Gran Bretaña ocurridos en 1862. Además, en el nº12 de 1867 se publica el grabado “Salvavidas de guta-percha, inventado por mr. John Rider, de Nueva York” (especie de bote salvavidas con cilindros hinchables) que viene con nota explicativa sin firma.

¹¹⁵ Se publica un grabado comentado en el nº 12 de 1860 con la primera máquina de este tipo que se construyó en Inglaterra, y en el nº 10 de 1861, Constantino Sáez de Montoya, en el artículo “Locomotora para carreteras” (acompañado por un grabado) comenta la exhibición que el ingeniero Ribera realizó con una de estas máquinas por las calles de Madrid ante una multitud entusiasmada, y ante la propia reina Isabel, quien pidió que el artilugio volviera a pasar frente a ella para verlo de nuevo. Esta máquina había venido previamente desde Valladolid, con el principal inconveniente de que necesitaba 45 kilos de coke por hora, de manera que tenía que parar a menudo para abastecer. En el nº 24 de 1861 se describe técnicamente este aparato en el extenso artículo sin firma titulado “Locomotora Ribera, para caminos ordinarios”. En el nº 7 de 1863 se habla de los progresos de estas máquinas en la nota sin firma “Locomotora para calles y caminos ordinarios”, que acompaña a un grabado.

¹¹⁶ Para el periodo literario inmediatamente anterior al nuestro y la relación entre los globos aerostáticos y la escritura costumbrista española, ver Leonardo Romero, “El viaje vertical: la descripción costumbrista en los viajes aéreos”, en *La lira de ébano*, Universidad de Málaga, 2010, pp. 267-280.

¹¹⁷ En “Dirección de los globos aerostáticos”, en el nº 10 de 1857, se habla del proyecto de incorporar la hélice a la navegación aérea, mientras que en “Apuntes sobre los globos aerostáticos” (nº 38 de 1861) A. R. G. aporta una propuesta técnica que podría acabar con el número limitado de ascensos y descensos que puede realizar un mismo globo. Además, en “El globo Nadar, o la primera ascensión del gigante” (nº 41 de 1863), Felipe Carrasco de Molina escribe, con estilo muy narrativo, sobre la primera ascensión del globo aerostático más grande del mundo. A la segunda ascensión de este mismo globo se dedica una nota suelta del nº 43 de ese mismo año, informando de que Nadar y su esposa resultaron gravemente heridos tras un aterrizaje accidentado. Este acontecimiento se ilustra con el grabado “La barquilla del globo Nadar después de la catástrofe”, publicado en el nº 49. Sin embargo, en 1865 (Revista del nº 29) volverá a hablarse de una nueva ascensión del Nadar, esta vez exitosa. De todas formas, en la Revista del nº 34 de 1865 ya se dice que se ha construido un globo mucho mayor que el de Nadar: se trata del globo del americano Mr. Lowe, que a su vez será desbancado en 1869 por otro globo llamado Polo Norte, según se dice en una nota suelta del nº 24 de ese año, cuya exitosa expedición se comenta en el nº 28, también en una nota sin firmar. Contrasta lo bien recibido que fue este globo por los campesinos con la historia que se cuenta en el nº 44 de 1863, donde se habla de la ascensión de Mad. Poitevin en el Retiro de Madrid, y de cómo algunas personas de Chamberí (donde fue a caer) maltrataron el globo con navajas. Por otro lado, en la Revista del nº 4 de 1864 y en una pequeña nota del nº 39 de 1866, se comenta el incipiente uso militar de los globos, empleados para observar el movimiento de las tropas. En la Revista del nº 22 de 1864 se habla de la exitosa ascensión de Mr. Godard en París, si bien el problema de la dirección sigue sin resolverse. En los números 43 y 44 de 1866 se publica “La navegación aérea”, que firma “M.”, en el que se resumen los precedentes de la aviación y el estado de la cuestión en la época. El valenciano Sr. Dombón lleva años intentando resolver este problema, según se dice en la Revista del nº 32 de 1864, si bien en la del nº 28 de 1865 ya se haya perdido la esperanza. También será “M.” quien firme la nota explicativa al espectacular grabado “Máquina de volar de Kaufmann” (nº 39 de 1868, que reproduzco en la p. 53) realizando una conexión entre el deseo de volar y los temperamentos soñadores y románticos. Este es el mismo espíritu que impregna el comentario del grabado “Escena de cuentos orientales – el hombre pájaro”, que aparece en el nº 6 de 1869, texto que se muestra muy esperanzado con la próxima conquista del aire, algo que en el pasado solo ocurría en las fábulas.

¹¹⁸ A partir del nº 21 de 1858, Nemesio Fernández Cuesta seguirá de cerca en sus revistas el desarrollo del submarino de Monturiol, llamado “el Ictíneo”, defendiendo que el Estado lo subvencione (ver, por ejemplo, las Revistas de los números 18 y 21 de 1861), y en el nº 45 de 1860 se le dedica a este aparato un texto más extenso, firmado por Miguel Lobo. Por fin, en el nº 41 de 1864, se anunciará el éxito de este submarino. En el nº 9 de 1861, Ribot y Fontseré comenta otro proyecto español, del inventor Manuel Masden, en el artículo “Aparatos para buzos”, volviéndose a hablar de este aparato, llamado “lámpara acuática”, en la Revista del nº 30 del mismo año. En el nº 7 de 1859 se publica un grabado comentado de un submarino norteamericano, también en fase de proyecto, y en el nº 32 de 1860 encontramos otro grabado comentado titulado “Navegación submarina”. Recordemos como curiosidad que la novela de Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, fue publicada por entregas a partir de marzo de 1869, diez años después de estos proyectos.

¹¹⁹ Hubo verdaderas iniciativas legislativas para suprimir los pasaportes, que terminarían fracasando, como vemos en las Revistas de los números 10, 15 y 52 de 1862.

-
- ¹²⁰ Comentario en la Revista del n° 1 de 1863. Fernández Cuesta insiste en la idea en el n° 32 de 1864.
- ¹²¹ Proyecto presentado al Ministerio de Fomento, según la Revista del n° 14 de 1860.
- ¹²² Ver, por ejemplo, la divagación de Fernández Cuesta en la Revista del n° 21 de 1858, que repite, con variaciones, en la Revista del n° 32 de 1861.
- ¹²³ Revista del n° 9 de 1869.
- ¹²⁴ El mismo texto acaba llamando la atención sobre todo el tiempo que el desarrollo de los medios de transporte ha ganado para la productividad, frente al enorme desperdicio de tiempo útil y productivo que exigían los viajes del pasado. Sobre estos asuntos, Tusell afirma (ob. cit., p. 118) que “el ferrocarril, en comparación con la diligencia, supuso el equivalente a un ahorro de entre el 10 y el 20% de los recursos, multiplicó por 10 el número de viajeros y por cuatro la velocidad”.
- ¹²⁵ En el n° 6 de 1865 se incluye una nota sin firma que zanja finalmente este asunto: el viajero francés Lejean viajó por las tierras de los nyam-nyams, en el África Oriental, y consiguió examinar uno de sus famosos rabos, que resultó ser un adorno sujeto a la cintura.
- ¹²⁶ Nota suelta sin firma del n° 30 de 1865.
- ¹²⁷ En nota suelta del n° 17 de 1864 se rumorea que el explorador ha sido asesinado, en la Revista del n° 11 de 1867 vuelve a hablarse del posible asesinato del viajero por alguien de su comitiva, en la Revista del n° 3 de 1868 se confirma que sigue vivo, y se insiste en ello en la Revista del n° 18 de 1869, afirmándose que el uno de enero se le vio en Zanzíbar, y que se dirigía a Inglaterra pasando por Alejandría, si bien una noticia suelta del n° 40 de ese año afirma que “corría el rumor” en Zanzíbar de que a Livingstone lo mantenían prisionero en el interior de África.
- ¹²⁸ Lo reproduzco en la página 13.
- ¹²⁹ “Barco de exploración de Livingstone”, por M., n° 28 de 1867.
- ¹³⁰ En la Revista del n° 10 de 1859 se incluye una extensa biografía con un listado de todos sus viajes.
- ¹³¹ Noticia suelta incluida en el n° 14 de 1857.
- ¹³² Nota necrológica en la revista del n° 14 de 1857.
- ¹³³ Revista del n° 30 de 1861.
- ¹³⁴ Una nota suelta del n° 23 de 1865 anuncia la publicación de un nuevo libro de este viajero sobre América del Norte que se centra en las costumbres de los mormones y de los indios.
- ¹³⁵ “Descubrimiento de una segunda fuente del Nilo”, por A. (n° 34 de 1865).
- ¹³⁶ De viaje por Centroamérica y las islas del Caribe, según una nota suelta del n° 30 de 1865.
- ¹³⁷ Nota suelta del n° 20 de 1866.
- ¹³⁸ Revista del n° 37 del 1867.
- ¹³⁹ Ya en la revista del n° 23 de 1862, con motivo de una simulación de batalla naval realizada por la escuadra, empieza a anunciarse la próxima expedición científica que, cargada de cañones, se dirigirá a América “con fines pacíficos”, noticia que el lector de *El Museo* y el ciudadano informado leerán con precaución, e incluso con suspicacia, tras las sucesivas demandas de los colonos españoles en América de una demostración de fuerza de la flota española en el Pacífico que haga respetar sus intereses en aquellas nuevas repúblicas (ver, por ejemplo, las conclusiones de Avendaño en la narración de su viaje a Ecuador, en el n° 52 de 1861). Ya en el n° 27 de 1862, Fernández Cuesta informa de la partida de la expedición, esperando el revistero que se dirija a las islas situadas entre América y Asia, de las que todavía queda mucho por conocer. En el n° 41 de ese año se comunica la llegada de la expedición a Bahía de todos los Santos. En el n° 1 de 1863 se promete la inmediata publicación de textos y grabados de la expedición, que se encuentra en Río Grande del Sur (Brasil). Llamativamente, en la revista del n° 13 de ese año, nada se dice de “expedición”, sino que se habla apenas de “escuadra”, y no se alude a los objetivos científicos, sino que comenta Fernández Cuesta que dicha escuadra “debe recorrer todas las costas, mostrando en ellas la bandera española”, con lo que empieza a aclararse que la misión científica disfrazaba una misión militar y de prestigio político. En el n° 21 de ese año, no obstante, vuelve a alimentarse la ambigüedad de la expedición con una nota suelta que habla de las ricas y numerosas remesas de materiales que está realizando la Comisión Científica del Pacífico. Aún en 1863, en el n° 49, se dedican dos notas a la expedición científica, que en enero va a dar término con un balance bastante pobre debido al conflicto entre los fines científicos y los militares. A partir de entonces, pasará a hablarse únicamente de la “escuadra del Pacífico”, sus misiones militares y su reconocimiento (Revistas de los números 21 de 1864, 2 y 3 de 1865, y 40 y 46 de 1866, además de un grabado comentado en el n° 20 de 1867) con la única excepción de un pasaje de la revista del n° 2 de 1865 en el que se comenta que el naturalista Espada, de la Comisión Científica del Pacífico, ha enviado a España una importante remesa de animales. Para ampliar la información sobre este viaje, ver Miguel Ángel Puig-Samper, *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo*, Madrid, CSIC, 1988.

¹⁴⁰ El título exacto de este texto es “Marruecos. El príncipe Aly-Bey-el-Abbassi (Domingo Badía y Leblích)”. Sobre este viajero, ver Patricia Almárcegui, *Ali Bey y los viajeros europeos a Oriente*, Barcelona, ediciones Bellaterra, 2007 y, de la misma autora, “El proceso de escritura de los viajes de Alí Bey”, en *Isimu: Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad*, Nº 9, 2006, págs. 229-237.

¹⁴¹ El texto del médico inglés Lempriere recogido en *El Museo* (nº 9-21 de 1860) presenta varias evidencias de haber sido traducido del francés, como un prólogo firmado por León de Lyon, y fragmentos que coinciden literalmente con el libro publicado en París en 1801. En cuanto a las “Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco (América Meridional)”, su historia textual resulta curiosa y rocambolesca: Agustina Palacio de Libarona relata oralmente su historia al viajero francés Benjamin Poucel, que la escribe y la publica en 1858 en la *Religión*, de Buenos Aires. M. Ferdinand Denis recorta y extracta este texto, lo traduce al francés, añade una pequeña introducción y una suerte de epílogo que se cierra con la carta de Martin de Moussy, y publica el texto resultante en *La Tour du Monde*, en 1861, compilación de viajes publicada en español por Gaspar y Roig en 1866 en el quinto tomo de *La Vuelta al Mundo* y en *El Museo Universal* ese mismo año, donde aparece con la firma “M. M.”, que en realidad no es el autor de la narración, ni el traductor, sino Martin de Moussy, el autor de la carta incluida en la edición francesa, cerrando el texto.

¹⁴² Este *Nuevo Viajero Universal*, recopilación “arreglada y ordenada” por Nemesio Fernández Cuesta, hace referencia al “antiguo” *Viagero Universal* de Pedro de Estala (1795-1801).

¹⁴³ Números 9-21 de 1860. La elección de este texto sobre Marruecos es otro ejemplo de la conexión entre la literatura de viaje de *El Museo Universal* y la actualidad política, pues se publica precisamente durante la Guerra de África, ante la enorme demanda de informaciones provocada por este conflicto que había inflamado el entusiasmo nacionalista. Ante el hecho de que el colaborador de *El Museo* Alarcón estaba publicando su *Diario de un testigo de la Guerra de África* separadamente, Fernández Cuesta tuvo que recurrir a un texto traducido sobre un viaje al Marruecos del siglo XVIII.

¹⁴⁴ Llamativamente, cuando este libro se reeditó en francés en 1990 (París, Sylvie Messinger) lo hizo con el título: *Voyage dans l' empire de Maroc et au Royaume de Fez: un médecin anglais pénètre dans le Harem* mientras que el libro que publicaron en 1801 Tavernier y Cordier, con traducción al francés de Sainte-Suzanne, se titulaba *Voyage dans l'empire de Maroc et le royaume de Fez, fait pendant les années 1790 et 1791*.

¹⁴⁵ Números 19-26, 30-32 y 35-37 de 1864.

¹⁴⁶ Números 30-43, 45-48 y 50-52 de 1861.

¹⁴⁷ Nº 24 de 1865.

¹⁴⁸ Vuelve a hablarse de ellos en la Revista del nº 52 de 1863 informando del percance que sufrieron en su viaje en barco de España a Alejandría.

¹⁴⁹ Ver nota 28.

¹⁵⁰ Revista del nº 15 de 1867. Visita a París.

¹⁵¹ En visita a Londres registrada en la Revista del nº 31 de 1867.

¹⁵² Revista del nº 38 de 1865.

¹⁵³ Revista del nº 21 de 1863. Paso fugaz por España, en dirección a Francia.

¹⁵⁴ Revista del nº 51 de 1866: viaje “político” a Roma. Y en la revista del nº 41 de 1869, viaje diplomático a Venecia.

¹⁵⁵ Revista del nº 25 de 1867. Visita oficial a París en la que sufrió un atentado.

¹⁵⁶ Revista del nº 38 de 1865

¹⁵⁷ “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos”, nº 11 de 1858.

¹⁵⁸ En la completa panorámica que François Moureau presenta en “Viajar por Europa en el Siglo de las Luces” (en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, coordinado por Leonardo Romero Tobar y Patricia Almárcegui Elduayen, Universidad Internacional de Andalucía / Akal, Madrid, 2005, pp. 25-47) se menciona ya “el nacimiento del turismo o «viaje por placer» en los primeros decenios del siglo XVIII” (p. 39), aduciendo como prueba la publicación de guías de viaje a lugares que no eran de peregrinación, pero sin perder nunca de vista que en este siglo, “afortunadamente, si así se puede decir, se viajaba muy poco” (p.27)

¹⁵⁹ No otra cosa parece estar haciendo el Príncipe de Orange, joven de diecisiete años que está recorriendo Europa del que se habla en la revista del nº 17 de 1857.

¹⁶⁰ Steven N. Dworkin, en su libro *A History of the Spanish Lexicon: A Linguistic Perspective* (Oxford University Press, 2012, p. 216) afirma, apoyándose en autores como Pratt, Lorenzo o Rodríguez González, que “turista” es un anglicismo que se incorporó al español en la segunda mitad del siglo XIX. Por otro lado, hemos consultado en el CORDE de la RAE, el 27/08/13, los términos “turista”, “turistas”, “tourista”, “turismo”, “tourismo”, “tourisme”, “tourist” y “tourism”, y los resultados apoyan la tesis de que esta familia

de palabras comenzó a emplearse en castellano en la segunda mitad del XIX, pues los primeros registros de estas palabras son siempre posteriores a 1850, con una excepción muy próxima en el tiempo: el registro más antiguo (desconsiderando la errata del caso del Pinciano, que dice “turista” donde debía decir “jurista”) aparece en una carta de Juan Valera a su madre, Dolores Alcalá Galiano, con fecha de 07/07/1847, donde se lee textualmente “hemos dejado para otro día nuestra turista excursión” (la carta se puede leer completa en Juan Valera, *Correspondencia, Volumen I (1847-1861)*, Leonardo Romero Tobar, M^a Ángeles Ezama Gil, Enrique Serrano Asenjo (eds.), editorial Castalia, Madrid, 2002, p. 53). De la misma forma, realizando una búsqueda de las palabras “turista”, “turistas”, “tourista”, “touristas”, “turismo” y “tourismo” en los fondos de la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica (<http://prensahistorica.mcu.es>) entre los años 1800 y 1870, entre los resultados obtenidos (21 casos para “turista”; 55 casos para “turistas”; 15 casos para “tourista”; 30 casos para “touristas”; 2 casos para “turismo”; 0 casos para “tourismo”) apenas dos son anteriores a 1850, y los dos se hallan en *El Español*: el 26 de julio de 1845 (nº 337, p.1) se lee “el terror que inspiran a los *touristas* extranjeros nuestras constantes revueltas” precisamente en una reseña, que firma J.M. de M., de tres libros de viajes por España escritos por autores ingleses, entre ellos el *Hand-Book for Travelers in Spain*, de Ford. Y el 18 de julio de 1846 (nº 630, p. 3) la “Revista de París” que firma “Un Parisiense de Madrid” incluye tres veces la palabra “turismo” y una la palabra “turistas”.

¹⁶¹ El regreso a Madrid de la alta sociedad, con la revitalización de los teatros, cafés y demás lugares frecuentados por esta, se convertía cada año en un acontecimiento que no dejaba de ser reseñado en las revistas, como las de los números 39 de 1864, 38 de 1865, 36 de 1866, 43 de 1867 o 38, 45 y 46 de 1869.

¹⁶² En el nº 44 de 1863 se habla del viaje a España de la emperatriz de los franceses: en Madrid, durmió en el palacio del banquero Salamanca, que le había dado un banquete, y de allí fue a cazar a la Albufera, de donde regresó a Francia. En la revista del nº 18 de 1869 se habla de la peregrinación de la emperatriz de Francia a Tierra Santa para agradecer el nacimiento de su hijo varón, y se comenta que a su regreso asistirá a los fastos de la inauguración del Canal de Suez, donde habrá confluencia de cabezas coronadas, según vemos en la revista del nº 45 de 1869. También en las revistas de los números 42 de 1865 y 31 de 1869, se informa además de los viajes de placer de otros altos personajes europeos, Bismark incluido (“Según aconseja la moda, hoy en día todos viajan”, es la primera frase de la Revista del nº 42 de 1865).

¹⁶³ Revistas de los números 32 de 1860, 30 de 1862, 32 y 38 de 1865.

¹⁶⁴ Revistas de los números 35 y 38 de 1869.

¹⁶⁵ Un ilustre caso de viaje por motivo de salud mencionado en *El Museo* (revista del nº 52 de 1866) es el de Napoleón III a la isla de San Miguel para tomar baños de aguas sulfurosas.

¹⁶⁶ Nota suelta, sin firma, del nº 5 de ese año. Se dice que la mitad de los visitantes procede de Italia, y la otra mitad, del extranjero.

¹⁶⁷ Revista de la quincena del nº 8 de 1857.

¹⁶⁸ Revista del nº 18 de 1865.

¹⁶⁹ Revista del nº 18 de 1867.

¹⁷⁰ Revista del nº 28 de 1867.

¹⁷¹ Nota explicativa al grabado “Playa de baños de San Sebastián”, del nº 35 de 1868.

¹⁷² Revista del nº 14 de 1869.

¹⁷³ Revista del nº 11 de 1858.

¹⁷⁴ Revista del nº 33 de 1862.

¹⁷⁵ En la Revista del nº 16 de 1868 se comenta el éxito de público de una corrida de toros en Madrid gracias a un descuento en el Ferrocarril del Mediodía. En la Revista del nº 36 de ese mismo año se habla de descuentos del 70% en el Ferrocarril Madrid-Valencia para poder acudir a unas corridas de toros en Valencia. Curiosamente, la Revista del número siguiente hace referencia a un fenómeno equivalente en Inglaterra: las compañías de ferrocarril transportaban de un lugar a otro al público de las luchas de pugilato, actividad que el gobierno quería cohibir multando a las compañías implicadas.

¹⁷⁶ No tan naturalmente, en realidad: Guillermo Lejean nos recuerda en el pasaje del nº 18 de 1868 de su “Viaje a Babilonia” que la costumbre occidental de hacer negocio con el hospedaje y la alimentación de viajeros resulta sonrojante frente a la hospitalidad oriental.

¹⁷⁷ “Cornelio, el ciego del Escorial”, nota sin firma del nº 8 de 1858.

¹⁷⁸ Una nota suelta del nº 45 de 1864 habla de los problemas que tuvieron unas holandesas en su viaje al Nilo Blanco, que al parecer no fueron tratadas con la cortesía esperada por parte de las autoridades locales.

¹⁷⁹ Revista del nº 32 del 1867. Este viaje organizado nos recuerda a Thomas Cook, considerado el primer agente de viajes de la historia, que inició su actividad en 1841 (<http://www.thomascook.com/thomas-cook-history/>).

¹⁸⁰ Entrega del nº 35 de 1868 del largo artículo “Viajeros ingleses en España”, de Nicolás Díaz de Benjumea.

¹⁸¹ En el nº 21 de 1862 tenemos el artículo “Nueva guía del viajero en París y Londres”, por F. J., que puede ser de interés pues se trata de una reseña de una guía recién publicada, pensando sobre todo en los visitantes de la Exposición Universal de Londres, y que describe cómo tenía que ser una guía: completa, y llena de consejos prácticos sobre alojamiento, alimentación, etc. Y en la revista del nº 25 de 1867 se habla de otra nueva guía de París más completa que las anteriores en lo referente a historia y monumentos, y que incluye un vocabulario básico español-francés para viajeros.

¹⁸² Aunque hasta el momento he citado muchos artículos, grabados y noticias que tratan de viajes, y aunque aporte un apéndice bibliográfico con los artículos de viajes de *El Museo Universal*, la nómina de contenidos vinculados al viaje no acaba aquí. A todos estos textos habría que añadir el gran número de artículos “de localidad” e histórico-descriptivos que invitan explícitamente al viaje o que hacen mención de un viajero genérico, de un visitante “virtual” del monumento o ciudad que se está describiendo, y no deberían quedar fuera los espectaculares grabados etnográficos, carentes de texto explicativo, que en los últimos años de *El Museo* ocuparán el hueco de los artículos de viajes, cumpliendo el mismo objetivo. También excede los objetivos de esta tesis anotar las numerosas menciones a viajes que se hallan dispersas en la narrativa de ficción incluida en *El Museo*, quedando para investigaciones posteriores la interesante y necesaria comparación entre los viajes ficticios y los reales contenidos en nuestra publicación. En todo caso, no quiero dejar de incluir aquí los poemas que han de incluirse en este gran grupo de “textos de viajes”, porque, además, algunos de ellos presentan cierta valía literaria. Varios de ellos se centran en la emoción de la despedida, como “Último adiós”, de Juan Valera (nº 52 de 1868), “Despedida de San Petersburgo”, de Zaid (nº 23 de 1869) o el histórico “Adios, qu’eu voume”, de Rosalía de Castro (nº 47 de 1861). “El Mont-Blanc” (nº 9 de 1869), de Pedro Alonso de Alarcón, habla de las emociones subjetivas desde la cumbre, y junto a la firma viene la información “Chamounix, 1860”. Es un texto importante porque guarda correlación directa con otra modalidad de turismo en boga: el alpinismo, del que se dan noticias en *El Museo* en las revistas de los números 34 de 1865 y 32 de 1869, en ambos casos para hablar de accidentes (en la del nº 34 de 1865 se llega a ceder la palabra al único superviviente de un ascenso al Matterhorn, que describe de forma muy dramática la caída de sus compañeros), y en una nota suelta del nº 31 de 1869 en la que se habla de un inglés que ha coronado seis veces el Montblanc, “y siempre en interés de la ciencia”. Otros poemas vinculados a los viajes son los de Gerónimo Borao dedicados al tren y a las locomotoras con motivo de la inauguración del trayecto Zaragoza-Barcelona (nº 39 de 1861), y resulta curioso el poemita alegórico “El tren-vida”, de Pedro F. Reymundo (nº 4 de 1864) que incluye un puñado de neologismos referentes al mundo del tren. Para ampliar la información sobre la repercusión del tren en la literatura de la época se puede recurrir a *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, de Lily Litvak (Barcelona : Ediciones del Serbal, 1991).

¹⁸³ A decir de Benjumea (nº 38 de 1868) los ingleses que viajaban a España perseguían también una liberación similar: “Hay otra razón que les mueve a visitar España, y es la gran libertad que encuentran para el desarrollo de su carácter, y el estímulo de la notoriedad que no alcanzan en otros países habitados y frecuentados por sus compatriotas. El inglés, burbuja que se confunde y pierde en el grande y concertado laberinto de una sociedad disciplinada y consuetudinaria, esclavo de la rutina, de la etiqueta, de la opinión, y de mil prácticas y preocupaciones que crean el esceso mismo de la vida doméstica y la igualdad política, suspira por un teatro que ponga de relieve su individualidad, y le deje las manos sueltas para obrar a su antojo y darse a la satisfacción de todos sus gustos comprimidos, inclinaciones refrenadas y estravagancias contenidas por el dique de la discreción, o lo menos por el temor del qué dirán”.

¹⁸⁴ Una nota suelta del nº 16 de 1857 informa de la llegada a Estados Unidos durante el año anterior de 224.496 personas. Otra nota suelta del nº 13 de 1864 informa de la llegada a Nueva York, durante el año anterior, de 146.519 inmigrantes, más de la mitad de ellos irlandeses, y en la revista del nº 28 de 1868 se habla de la llegada de 81.000 emigrantes a los puertos de la misma ciudad en el primer semestre del año.

¹⁸⁵ Hobsbawm, Eric, ob. cit., p. 202.

¹⁸⁶ Lo más próximo a un “viaje naturalista” que encontramos en *El Museo* es la tirada de artículos “Los andrajosos de Londres, vistas tomadas a la luz del gas” (números 35, 37, 39 y 40, de 1865), firmados con las iniciales J. A. A. pero que recogen “la excursión por los barrios pobres de Londres” del francés L. Simonin. En el contexto de *El Museo Universal*, este artículo, que describe lo más sórdido de las madrugadas londinenses victorianas, se entiende como una respuesta a las críticas que los viajeros ingleses vertían sobre España. Tampoco rehúye la realidad más desagradable el artículo anónimo “Fumadores de afión en Manila”

(nº 21 de 1861), que describe los fumaderos de opio en Manila con una insólita actitud autocrítica hacia la tolerancia de esta situación en una colonia española.

¹⁸⁷ Ob. cit., p. 72.

¹⁸⁸ Posiblemente el conjunto de estas “páginas” son las que Jerez Perchet reuniría poco después en el libro *Impresiones de viaje: Andalucía, El Riff, Valencia, Mallorca* (imp. del *Correo de Andalucía*, Málaga, 1870) que Carlos García-Romeral Pérez anota en su *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX)*, Ollero y Ramos Editores, Madrid, 1995, p. 142.

¹⁸⁹ Incluyo otras categorías menos comunes en la nota 77 del capítulo I.

¹⁹⁰ Para nosotros, en la distancia, la frontera resulta más tenue, y la diferenciación más problemática, sobre todo cuando nos fijamos concretamente en el artículo “Fernando Magallanes”, de Bernabé España (nº 20 de 1868), que viene con el rótulo de “Apuntes biográficos”, pues el texto se centra en la narración novelesca del gran viaje de Magallanes. Por su técnica, este texto se aproxima a la novela, y por su temática, a la Historia. Indudablemente, se narra un viaje concreto, pero no desde la inmediatez, ni en primera persona, sino desde el reposo de la distancia temporal y personal.

¹⁹¹ Pedro Antonio de Alarcón, en “Descubrimiento y paso del cabo de Buena Esperanza (nº 12 de 1857), haciendo referencia a don Enrique, duque de Viseo, llamado “El Viajero”, afirma que “consiguió hacerse de las obras más acabadas de geografía y viajes”.

¹⁹² Ver nota 141.

¹⁹³ Hay al menos otros dos textos de viajes en la época de Benjumea: “Una visita al sepulcro de Pero López de Ayala”, de Florencio Janer (números 23, 24 y 26 de 1869), y “Recuerdos históricos y agrícolas, o desde Vitoria al Retiro”, por J.M.L. (nº 25 de 1869).

¹⁹⁴ “Literato, muy versado en el estudio de los libros sagrados, muerto en Barcelona en 4 de Octubre de 1889. Además de sus obras originales, publicó gran número de traducciones de escritores célebres y artículos en «El Museo Universal», «La Academia», «La Abeja», «Los Niños», «La Ilustración Artística» y otros periódicos” (Ossorio y Bernard, Manuel, *Ensayo de un Catálogo de Periodistas Españoles del Siglo XIX*, Imprenta y Litografía de J. Palacios, Madrid, 1903, p.300).

¹⁹⁵ Rubio Martín, María, “La retórica del viaje. A propósito de Recuerdos de Italia”, *Ideología, Retórica y Poética. Actas del I Seminario Emilio Castelar y su Época*. Cádiz, diciembre de 2000, ed. J. Hernández Guerrero, I. Morales Sánchez y F. Coca Ramírez, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz y Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 2001. Esta investigadora, por otra parte, apoyándose en cuatro libros de viajeros españoles a Italia, deduce acertadamente que hay una tendencia a una mayor subjetividad en la literatura de viaje de la segunda mitad del XIX, así como un deseo de romper los moldes anteriores.

¹⁹⁶ Para viajes en los que se pretendía recoger también material gráfico, además de los textos, ver Rubio Jiménez, Jesús, “El viaje artístico-literario: Una modalidad literaria romántica” en *Romance Quarterly*, 39 (1992, febrero), págs. 23-31. Sobre este particular, en *El Museo* hay un párrafo atribuible a Gustavo Adolfo Bécquer que habla sobre la forma de proceder de Valeriano en su viaje por España como comisionado para pintar cuadros costumbristas. Es el principio del comentario al grabado “Costumbres aragonesas – La salida de la escuela”, publicado en el nº 42 de 1865, que dice así: “Discurriendo por los caminos menos frecuentados al través de las pintorescas comarcas de nuestras provincias, ora resignándose a pasar la noche en el mesón de un pueblecillo de cuyo nombre apenas hay memoria en la geografía, ora deteniéndose a dar agua al caballo en la fuente de una aldea medio oculta entre las sinuosidades de los montes, el artista que abandona los senderos trillados para estudiar allí donde se conservan más puros, las costumbres y los tipos de un país, suele sorprender escenas de un carácter y una verdad tales que en vano procuraría inventarlas y darlas forma en el retiro de su estudio. Cuatro líneas en la cartera de apuntes, un rasgo que fija el carácter especial de las figuras o una mancha que recuerda el juego de la luz o la disposición del fondo, son el punto de partida basado en el natural, que sirve más tarde para la concienzuda composición de un cuadro”.

¹⁹⁷ Romero, Leonardo, ob. cit., p. 93.

¹⁹⁸ Sabemos, no obstante, que hubo una segunda fase “sentimental” en la literatura ilustrada que la crítica llegó a llamar “pre-romanticismo” (Romero, Leonardo, ob. cit, pp. 93-112).

¹⁹⁹ *La Ilustración Española y Americana*, 30-07-1891.

²⁰⁰ Isabel López Martínez y Eulalia Hernández Sánchez, en *Pedro Antonio de Alarcón en el Museo Universal* (Universidad de Murcia, 1985, pp. 83-86) dan sobre este texto algunas informaciones importantes: que se publicó nuevamente en *Cosas que fueron* (1871) y en las diversas ediciones de las obras completas (1881, 1945 y 1967); que hubo ciertas dudas sobre el grupo en el que habría que incluirlo, pues apareció primero en *Cosas que fueron* y luego pasó a *Historias Nacionales*.

²⁰¹ “Los ingenios de la isla de Cuba”, nº 12 de 1862.

²⁰² Además de en *El Museo Universal*, Bécquer también cultivó las impresiones de viaje al menos en las *Cartas desde mi celda*, que en su día Azorín ya señaló como una manera nueva de escribir sobre viajes, según apunta Jesús Rubio en *Bécquer y la poesía española contemporánea en lengua española* (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2006, p. 184): “El agudo lector que era Azorín se percató del alcance extraordinario del Bécquer prosista. Y no solo en las *Leyendas*, sino también en *Desde mi celda*, que consideró en *El paisaje de España visto por los españoles* (1923) como el inicio de una nueva manera de ver y sentir el paisaje”.

²⁰³ “Expedición Científica del Pacífico”, números 7, 9, 12, 27, 30, 38, 39, 40, 41, 43 y 45 de 1863 y números 1, 3, 5, 7, 14, 17, 21 y 22 de 1864, a los que seguirá la serie de “Cartas no científicas” (números 31, 40, 41, 50 y 51 de 1864) y algunos artículos sueltos más que suponen los últimos coletazos del mismo viaje: “El vapor Costa-Rica” (nº 3 de 1865), “Un hotel en Nueva York” (nº 6 de 1865), “Un domingo” (nº 8 de 1865) y “El parque central de Nueva York” (nº 17 de 1865). La siguiente noticia que encontramos de Castro y Ordoñez la leemos en el nº 42 de 1866, en el artículo “Exposición Científica del Pacífico”, donde se comenta de paso que el dibujante ha fallecido en Madrid. J. A. González Pizarro se centró en los textos de 1863 y 1864 en “Artículos de Rafael Castro y Ordoñez en *El Museo Universal* (1863-1864). Actividades de la Comisión de Naturalistas Españoles en América”, *Quipú*, México, 1989, vol. 6, nº 1, pp. 109-118.

²⁰⁴ “No tiene este monumento más mérito, que ser de grandes proporciones; a pesar de ciertas descripciones que tengo ante mi vista de altisonantes palabras y que al lector le harían creer que valía algo la catedral” (nº 41 de 1863). Entendemos que las típicas descripciones de guías y enciclopedias, aunque no den cabida a la subjetividad, no por ello son “objetivas” y verdaderas o fiables, sino que son uniformemente elogiosas... y mentirosas.

²⁰⁵ Romero Tobar, Leonardo, “La epistolaridad en los libros de viaje”, en AA. VV, *Escrituras y reescrituras del viaje*, ed. J. M. Oliver, Peter Lang, Berna, 2007, pp. 477-487.

²⁰⁶ Nº 7 de 1864.

²⁰⁷ Balmes, Jaime, *El Criterio*, Imprenta de Antonio Brusi, Barcelona, 1845, pp. 85-91.

²⁰⁸ *Ibid.* p. 90.

²⁰⁹ Tal vez sea más que una casualidad el hecho de que Fernández Cuesta publique sus *viajes* en el momento álgido de la velada polémica con Castro y Ordóñez: los números en los que sale a la luz el choque de opiniones entre Fernández Cuesta y Castro son el 38 y el 39 de 1863, precisamente los dos números en los que el director literario tenía previsto publicar su sesuda excursión al teatro romano de Sagunto: si la segunda parte de este viaje no se publicó en el nº 39 fue porque Fernández Cuesta se vio en la obligación de incluir en la revista de la semana una carta del banquero Salamanca, que así lo exigía por haberse sentido agraviado en la revista anterior. ¿Querría Fernández Cuesta presentar unas “relaciones ejemplares” que contrastasen con las ligeras anotaciones del fotógrafo de la Expedición del Pacífico?

²¹⁰ Un ejemplo del ingenio de este autor es cuando, al extenderse sobre las damas que visitan el balneario de Arechavaleta, cuya principal ocupación es cambiarse cuatro veces de ropa por día, dice que esto explica la enorme cantidad de equipaje con que estas señoras viajan: tres o cuatro baúles y media docena de mundos (tipo de baúl de grandes proporciones) lo que supone “todo un sistema planetario”.

²¹¹ Nº 31 de 1863.

²¹² Rodríguez Gutiérrez, Borja, “La literatura de viajes en cinco revistas literarias madrileñas de la década de 1840”, *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, Nº 50, 2003, págs. 67-84.

²¹³ Es lo que ocurre con “Viaje de Cervantes a Italia” (nº 13 y 14 de 1869), artículo filológico de Nicolás Díaz Benjumea centrado en averiguar los motivos del viaje a partir de textos cervantinos, o con el “Viaje a las Américas”, de Fernando Fulgoso (nº 30 de 1865), que es en realidad un bienhumorado artículo costumbrista sobre el Rastro de Madrid que realiza constantes paralelismos con los artículos de viajes. El caso de “La prueba de amor (nota de viaje)”, de J. P. de la Roca (números 48, 49 y 51 de 1866), presenta ciertos hechos dramáticos como reales, y el autor aparece como personaje, pero al final el subtítulo de “nota de viaje” no tiene más concreción que el hecho de que la acción se desarrolla en Italia, de manera que se llega a sospechar si el autor no quiso atraer hacia su (al final) evidente relato de ficción a parte del numeroso público atraído por las relaciones de viajes. Exactamente lo mismo podría decirse de “La estrella de los valles, impresiones de un viaje”, de Eugenio G. Ruiz (1865, nº 22, 25, 26, 28, 30, 33, 34, 36, 37), que cuenta la historia de una joven llamada Estrella que suspira por viajar y dejar su valle, pero que acabará muriendo sin lograr hacerlo. La misma impresión engañosa da el artículo “Una visita a Pamplona”, de Ramón Medel (nº 28 de 1862), que es en realidad un impersonal artículo histórico-descriptivo, propio de una guía, que se centra

en la catedral de la ciudad, sin referirse nunca a un viaje concreto, o “Recuerdos de un viaje”, de Benigno Rezusta (nº 42 de 1862), que acaba revelándose como un relato sentimental ficticio, si bien situado en el extranjero y con narrador en primera persona. También es un relato ficticio “Un episodio de viaje”, de L. de la Vega (nº 50-51 de 1863) en el que un personaje que viaja en una diligencia cuenta una historia al resto de los viajeros. En cuanto a “Una visita a Yuen-Ming-Yuen, palacio de verano del emperador Khien-Lung”(nº 10, 13, 16 y 17 de 1865), firmado por G. Gautier, es engañoso porque se trata en realidad de un viaje de gabinete, basado en fuentes documentales que, eso sí, fueron escritas por auténticos viajeros y de las que se reproducen trechos, principalmente de los escritos de un pintor occidental, fray Attiret, que estuvo al servicio del Emperador de la China en la segunda mitad del siglo XVIII, de un misionero francés (el padre Bourgeois) y de la relación escrita al final del XVIII por el embajador holandés Van Braam. Por su parte, “Página de un viaje”, de Augusto Jerez Perchet (nº 22 de 1865), apenas habla de generalidades sobre Andalucía, sin descender nunca al viaje concreto. A partir del nº 50 de 1868 comienza a publicarse, además, “Del Ferrol a Cartagena”, texto firmado por Manuel González Guevara, que viene con el subtítulo de “novela-viaje” y que consiste, en efecto, en un fallido pero interesante experimento literario basado en el hibridismo entre la novela sentimental y los viajes histórico-descriptivos: un joven que viaja por España tomando apuntes sobre catedrales para conformar un libro, va coincidiendo en todos los destinos con una misteriosa y triste muchacha que viaja acompañada por un anciano caballero. Ambos jóvenes se enamoran, pero la muchacha rehúye una y otra vez al narrador por un motivo oculto que solo se revelará al final de la historia, en el nº 52. En este tenue hilo narrativo se insertan constantemente largos pasajes histórico-descriptivos al margen de la acción que la detienen completamente, de manera que el relato ficticio, más que fundido, está soldado al viaje.

²¹⁴ Además de los ya citados artículos de Felipe Carrasco de Molina (“Las cacerías de la Argelia”, 1859, nº 22, 24; 1860, nº 2, 3, 5; “Las cacerías en África. Julio Gerard”, 1860, nº 38, 39; “Estudio zoológico: Las cacerías en el África ecuatorial”, 1863, nº 27-33, 36-40; “Costumbres africanas”, 1863, nº 46-50, 52; 1864, nº 6, 7), encontramos los textos de A. Avilés “La caza de focas en el Perú” (1867, nº 28) y “La caza del caimán en el Nuevo Mundo” (1867, nº 31), y algunos grabados acompañados de mínimas explicaciones en el año 1869: “Caza de la gacela en África” (nº 30), “Salteadores sorprendidos por un león” (nº 36, con comentario que habla del cazador de leones africano Kadour), y “Caza del oso en Noruega” (nº 40; en el índice del tomo se escribió erróneamente “Caza del oso en Siberia”).

²¹⁵ En las consideraciones del primer párrafo, además de adoptar los términos “significante” y “significado” de Saussure y su idea de la convencionalidad del signo lingüístico, me he inspirado en la explicación de la formación de los conceptos que da Vigotsky a lo largo de *Pensamiento y lenguaje*. Siguiendo a este autor, podría tal vez decirse que el estado actual del concepto de la literatura de viaje es el de “concepto potencial”: un grado de abstracción al borde del concepto pleno que supone una determinada clasificación y aglutinación de elementos que tienen un atributo común; en nuestro caso, textos en los que se da la presencia del viaje.

²¹⁶ He consultado artículos de varios especialistas que a su vez recogen el estado de la cuestión anterior: Antonio Regalés Serna, en “Para una crítica de la categoría de la literatura de viajes” (en *Castilla: estudios de literatura*, nº 5, 1983, pp. 63-86) comienza problematizando la existencia de los géneros y de la propia literatura para acabar apostando por una literatura de viaje (subliteratura, más bien, muy próxima a las novelas de aventuras) en la que no se puede deslindar la ficción de los relatos verídicos, y cuyo elemento vertebrador, al menos en la época Moderna, puede ser el escapismo. Propone además un estudio computarizado de las obras de viaje para comprobar si se apartan del lenguaje habitual. Sofía Carrizo Rueda aporta en el primer capítulo de su *Poética del relato de viajes* (Reichenberger, Kassel, 1997) una definición del género para demostrar después cómo se ajusta a diferentes obras de varias épocas. Habla de la doble naturaleza (“bifronte”), documental y literaria, de este género que, además, aúna lo narrativo y lo descriptivo, estando la narración subordinada a la descripción. Siguiendo a otros autores, habla de la falta del suspense propio de la novela (falta de “riesgo”, dice), de la ausencia, en el relato de viajes, de una intriga que apunte hacia un desenlace. Identifica, sin embargo, clímax en las obras que se identifican por la frecuencia y/o acumulación de un elemento que señala una importante tensión latente en la época de publicación del relato. Julio Peñate Rivero, en “Camino del viaje hacia la literatura” (en Peñate Rivero, Julio (coord.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 13-28), despliega la problemática del género de viajes en toda su amplitud teórica, sin plantear soluciones ni arriesgar una definición que englobe todos los textos, entre los que insiste en situar los viajes ficticios. Peñate Rivero será coherente con este criterio cuando en 2008 publique como editor, junto a Francisco Uzcanga Meinecke, otra colección de ensayos: *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitol* (Verbum, Madrid, 2008). Friedrich Wolfzettel, en “Relato de viaje y estructura mítica” (incluido en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, compilación

coordinada por Leonardo Romero Tobar y Patricia Almárcegui Elduayen, Universidad Internacional de Andalucía/Akal, Madrid, 2005, pp. 10-24) señala como elemento unificador de todo el género una estructura profunda de iniciación mítica, asumiendo implícitamente la naturaleza narrativa de estos textos. Luis Albuquerque, en “Los «libros de viajes» como género literario” (en Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, CSIC, Madrid, 2006, pp. 67-87) y en “Algunas cuestiones disputadas sobre el género ‘relatos de viajes’” (en *Boletín Hispánico Helvético*, nº 20, otoño de 2012, pp. 99-114) se apoya en Carrizo Rueda y en Jorge Dubatti para describir las características principales del género, comentando a continuación una serie de figuras de la retórica clásica que tienen amplia cabida en estos textos. Albuquerque diferencia entre “literatura de viajes”, que incluye la ficción y toda inclusión del viaje como tema, del “relato de viajes”, género más restringido que participa de lo documental y de lo literario, por lo que entra en el ámbito de la literatura. Albuquerque también se enfrenta a la problemática cuestión de los contornos del proteico “relato de viajes”, y sugiere en ellos un predominio de lo factual frente a lo ficcional, de lo descriptivo frente a lo narrativo, y de lo objetivo frente a lo subjetivo.

²¹⁷ Esta es también la opción adoptada por Esther Ortas Durand en “El *viaje por España*, en busca de un estatuto entre ficción novelesca e historia (1759-1808). Apuntes sobre las fronteras de un género literario” (*Crítica hispánica*, Vol. 31, Nº 2, 2009, págs. 121-148), quien, tras resumir algunos rasgos generales de la literatura de viaje apuntados por la crítica (género aglutinante y heterogéneo, predominio de la descripción, abundancia de intertextualidad) se centra en el subgénero histórico del “viaje por España” cultivado en la segunda mitad del XVIII para concluir que el modelo predominante entonces es el del texto separado de la ficción, los contenidos veraces fruto de la observación directa y concienzuda, en buena parte como reacción a textos anteriores llenos de falsedades e inexactitudes. Apunta Ortas que llegó a considerarse como modélica la obra del embajador Bourgoing, fruto de una estancia de nueve años: “Más allá de relatar una serie de experiencias viajeras, Bourgoing pretende ofrecer un cuadro preciso de España”, dice la investigadora en la página 140. Señala también que en el siglo XVIII ya hubo algunas obras de viaje que dejaban de lado la fidelidad ciñéndose a la experiencia subjetiva del viajero, considerándose estos textos en la época como una tendencia, iniciada en 1768 con el *Sentimental Journey* de Laurence Sterne, que parodiaba la corriente general.

²¹⁸ Defenderemos enseguida que la literatura de viaje reunida en *El Museo Universal* no puede considerarse un género literario en el sentido formal, sino que se trata más bien de una amplia categoría de textos que comprende varios géneros o subgéneros formales.

²¹⁹ *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, p. 1387.

²²⁰ *Ibidem*. Recordemos en este punto que María del Carmen Bobes Naves, en su síntesis sobre los diferentes conceptos modernos de literatura, afirma que “se puede partir de una definición verbal de literatura aceptando la que nos da un diccionario al uso, y no hay diferencia en realidad con el consenso social, puesto que el diccionario se hace sobre el lenguaje de una sociedad” (“La literatura. La ciencia de la Literatura. La crítica de la razón literaria”, en Villanueva, Darío (coord.) *Curso de Teoría de la Literatura*, Taurus, Madrid, 1994, p. 42).

²²¹ La excepción que confirma la regla es “Una escena en Australia” (nº 49 de 1867), texto concebido como explicación de un grabado que no podemos excluir del corpus por narrar lo que podríamos llamar una “anécdota de viaje”.

²²² Ver ejemplos en el Apéndice Bibliográfico A

²²³ En el Apéndice Bibliográfico A se recogen decenas de casos de “viajero genérico”.

²²⁴ Un caso muy claro de la ocultación del “yo” detrás de “el viajero” se da en “Pompeya”, de Pi y Margall (nº 4 de 1858).

²²⁵ Art. cit.

²²⁶ Larra, Mariano José de, Fígaro – *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, edición de Alejandro Pérez Vidal, estudio preliminar de Leonardo Romero, Crítica, Barcelona, 1997, p. 541.

²²⁷ Evaristo Correa Calderón parece sugerir en *Costumbristas españoles* (vol. I, Aguilar, Madrid, 1964, p. LXXIV) una cuarta etapa del costumbrismo cuando los españoles, a su vez, salgan al extranjero y apliquen el mismo modelo de descripción: “Por veces, el costumbrismo [...] toma la forma de [...] *viajes* por el extranjero, en los que se hacen continuas referencias a la vida española; de *peregrinaciones por el propio paisaje nacional*”.

²²⁸ Para una visión más amplia de la relación entre Gustavo Adolfo Bécquer y la pintura, ver Rubio, Jesús, *Pintura y literatura en Gustavo Adolfo Bécquer*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2006.

²²⁹ En esta tesis nos limitamos al estudio de textos, que pueden, o no, tener relación con imágenes, no perteneciendo a nuestro campo de estudio los muchos grabados publicados sin texto correspondiente, que a

menudo, sin embargo, tienen relación con los viajes por retratar realidades distantes, sean tipos, monumentos, paisajes o costumbres.

²³⁰ Ver, por ejemplo, Senabre, Ricardo, “La comunicación literaria”, en Villanueva, Darío (coord.), *Curso de teoría de la literatura*, Taurus, Madrid, 1994, pp. 147-163.

²³¹ Nemesio Fernández Cuesta, revistas de los números: nº 3 de 1857, nº 4 de 1858, nº 11 de 1858 y nº 35 de 1863; León Galindo y de Vera, revistas de los números 5 y 7 de 1865; Ventura Ruiz Aguilera, revista del nº 34 de 1868.

²³² Un caso extremo es el que vemos en “Viaje al Ampurdán, recuerdos y episodios”, de Florencio Janer (1865, nº28, 29), en el que un pescador local le va a referir al autor una leyenda popular haciendo uso de un estilo muy elevado.

²³³ Gaviria, J. M., Vizconde de San Javier: “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo” (1864, nº 19-26, 30, 31, 32, 35-37)

²³⁴ Varios pasajes de “Costumbres de Marruecos”, de Antonio de San Martín (1867, nº 4, 6, 8, 16, 17, 19, 21, 22, 27, 29, 30, 36, 39, 40, 45, 52) parecen igualmente constructos ficticios basados muy directamente en distintas experiencias reales, que se unifican en una sola, haciendo que coincidan en el tiempo, y se diría que en los números 29 y 30 llega a incurrir en plagio al recoger una anécdota sin citar su fuente, muy posiblemente francesa.

²³⁵ Leonardo Romero, en su *Panorama crítico del romanticismo español* (ob. cit., pp. 355, 393 y ss.) habla de relato o narración histórica frente a la narración ficticia, si bien explica que ambos conforman el bloque mayor de la “prosa narrativa”, con varias zonas compartidas.

²³⁶ Por ejemplo, dice Joaquín Avendaño en “Recuerdos de mis viajes. Ecuador” (1861, nº35) que los volcanes son válvulas de seguridad de la Tierra, y añade que el Cotopaxi hace un ruido semejante a lejanas salvas de cañón. En la misma línea, el doctor Lemprière en sus “Recuerdos de un médico inglés en Marruecos (1789-1790)” (nº 15 de 1860) dice de las tiendas del barrio comercial de Elcaisseria que “son, como se ve, verdaderos nichos, como todas las que se encuentran en las ciudades de Marruecos”, y algo después (nº 18) afirma que cierta música musulmana le recuerda a las melodías escocesas. Y en cuanto al autor Z., al describir en “Méjico” (nº 3 de 1869) su vivencia de un terremoto, dirá que estos movimientos de tierras parecen “huracanes subterráneos”.

²³⁷ La extensa relación de Joaquín Avendaño, “Recuerdos de mis viajes. Ecuador” (1861, nº 30-43, 45-48, 50-52), contiene buenos ejemplos de estas técnicas y en el “Viaje a Babilonia” de Guillermo Lejean encontramos el siguiente comentario (nº 7 de 1868): “Circunstancias indiferentes para mis lectores no me permitieron alcanzar el vapor de Bagdad y de Basora”

²³⁸ J.M. Gaviria, en el nº23 de 1864, hablando de su encuentro con un rey africano, dice: “Algunos grandes del reino, que aguardaban al lado de aquel regio pórtico el momento en que su sublime y gracioso monarca les diese audiencia, nos enseñaron mejor que nada prácticamente el modo de introducirnos en el palacio”. En “Viaje a Lisboa por el Tajo”, de F. Montemar, (nº 10 de 1857), el autor afirma que en Portugal se incluyen mazorcas en los colchones, lo que obliga a “practicar un reconocimiento” del colchón hasta dar con la mejor posición, dejando aisladas “en un punto determinado del jergón las mazorcas, las calabacitas y todas las demás frutas secas *que hacían nuestras delicias*”. (subrayado mío) En cuanto a “Las fuentes del Nilo y los capitanes Speke y Grant” (nº 34 de 1863), texto firmado con las iniciales A.E., incluye una escena situada entre lo cómico y lo grotesco: “El regalo era un revolver, con el que el rey empezó a jugar del modo más ridículo, sin tener aún presentimiento de su verdadero uso” Sigue diciendo que el rey, para practicar tiro, hizo “una carnicería entre las vacas de su establo”, y ya en la cacería, “si el ave le caía sobre la cabeza al rey o a alguno de su comitiva, las mujeres palmoteaban y daban gritos de alegría bailando del modo más extraño”. El expedicionario Manuel de Almagro también ofrecerá una muestra de humor en el nº 41 de 1866 al decir: “[...] nos alojó en el cabildo. Este monumento municipal se compone de un solo salón con poco menos yerba que fuera; sus paredes son de tablas no muy juntas, pues entre una y otra pasaba fácilmente una gallina”.

²³⁹ Son los dos textos anómalos ya comentados: “Aventuras de un abolicionista del Kansas en el Missouri (Estados Unidos) en 1855”, por John Doy (1868, nº 28, 30, 31, 32, 33, 34) y “Aventuras y desgracias de la señora Libarona en el Gran Chaco (América Meridional)” (1866, nº 23, 24, 25, 26, 28), a los que hay que añadir los numerosos relatos de cacerías que firma Felipe Carrasco de Molina. Este es el subgrupo de relaciones que más se aproximan a las novelas de aventuras, en las que la descripción llega a estar subordinada a la trama.

²⁴⁰ Nº 42 de 1866.

²⁴¹ Itinerario de Juan Hesse, presbítero de la diócesis de Utrech desde Jerusalén a diversas partes del mundo (edición gótica del siglo XV)” (1857, nº17, 18, 22); “Escursión a los Santos Lugares, por Arculfo, obispo

franco, en el siglo VII de nuestra era, transcrito en el XI por un monje cluniacense” (1858, nº 6, 8, 10) y “Romería a la santa casa de Jerusalem” (1861, nº 12).

²⁴² Hace referencia a una leyenda o tradición medieval de que en Donegal, Irlanda, había una entrada al Purgatorio a través de una cueva, la cual estaba cerrada con una puerta de hierro, cuya llave guardaba el prior de un monasterio que se levantó al lado. Se narran diferentes peregrinaciones de caballeros a la isla, hasta la última peregrinación, la de un monje holandés que no vio nada dentro, con lo que se supuso que el milagro había cesado y se destruyó el lugar por orden del Papa.

²⁴³ En realidad, este personaje es severamente censurado en el artículo, y en el contexto de *El Museo Universal* el texto se entiende como una contraofensiva dirigida al poderoso aparato propagandístico anglosajón y sus críticas al periodo imperial español.

²⁴⁴ Se trata indudablemente de una relación de viajes, varios, de exploración de América desde Groenlandia, por parte de los normandos. Se da gran cantidad de detalles geográficos, algunas especies animales y vegetales, y algunos seres humanos con los que se cruzaron. “A.” toma todas estas informaciones de las sagas de Rafn (historiador danés del XIX). No es un texto con voluntad literaria. La última columna abandona la narración de las exploraciones normandas para listar una serie de pruebas arqueológicas de la presencia normanda en América en tiempos precolombinos.

²⁴⁵ “Exposición científica del Pacífico”, 1866, nº 40, 41, 42

²⁴⁶ Revistas del nº 10 de 1858 y de los números 38, 40, 41, 42 de 1860; “Viaje de la corte a Castilla, Asturias y Galicia”, por * (1858, nº 16, 17, 18); y Bustillo, Eduardo: “Viaje de SS. MM.” (1861, nº 32, 33). Resulta curioso establecer un contraste entre estas fieles relaciones y los escritos de Alarcón “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos” (1858, nº 11) y “De Madrid a Santander” (1858, nº 19), para los que el viaje de la reina es apenas un pretexto para desplegar la subjetividad del autor.

²⁴⁷ Cléveland, Clemente: “Recuerdos del Oberland” (1863, nº 3).

²⁴⁸ Krusenstern, Pablo de: “Cuatro semanas en el mar glacial del norte: infructuosa expedición de Pablo de Krusenstern, teniente de la marina rusa, para explorar el mar de Kara” (1863, nº 34, 35).

²⁴⁹ Rodrigo Labriola en *A fome dos outros*, EdUFF, Niterói, 2007, apunta a la novedad del tratamiento realista de la comida ya en los cronistas de Indias, al que los lectores terminarían habituándose.

²⁵⁰ No hemos hallado en los repertorios bibliográficos habituales ningún estudio monográfico que teorice sobre el subgénero de las impresiones de viaje.

²⁵¹ Perfectamente consciente de la excepcional musicalidad de su prosa, Alarcón llega a decir en “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos” (1858, nº 11): “Hechas estas salvedades que pueden pasar por una sinfonía, entro en materia”. Alarcón logra este efecto con paralelismos y enumeraciones caóticas, y adjetivando en la justa medida, teniendo en cuenta la fluidez del escrito. Por su parte, Murguía destaca también por el peculiar ritmo de sus textos, que contribuye al intimismo.

²⁵² Entre los numerosos ejemplos, destacaré que Augusto Jerez Perchet, en “Generalife” (nº 50 de 1867) llega a decir que “La obra de Zorrilla es la mejor guía que puede llevar el viajero”.

²⁵³ Muy significativas me parecen a este respecto las siguientes líneas que Alarcón incluyó en su artículo “Toledo – inauguración del ferrocarril, bellas artes” (1858, nº 12): “Quiero, sí, decir a todos los amantes de la belleza que pues es tan barato, tan rápido y tan cómodo el viaje a aquel museo viviente lleno de maravillas [que es Toledo], deben ir sin pérdida de tiempo a verle por sus propios ojos”. También sería adecuado releer en este punto “Roncesvalles”, de Bécquer (nº 4 de 1866) y muy especialmente la cita que ya incluimos en el apartado 2.3.3.

²⁵⁴ Los registros más antiguos de la expresión “impresiones de viaje” que muestra el CORDE pertenecen a Juan Valera, siendo uno de los ejemplos bien explícito a la hora de señalar la novedad del concepto: se trata de la carta que Valera escribió desde Rusia el uno de enero de 1857, en un pasaje que Leonardo Romero cita en “La reescritura en los libros de viaje: las *Cartas de Rusia* de Juan Valera” (en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Universidad de Andalucía/Akal, 2005, p. 137): “Usted me dirá que yo no voy a escribir una obra seria sobre la Rusia, sino cartas a un amigo, refiriéndole lo que ahora se llama *impresiones de viaje*”. No obstante, a la hora de buscar la expresión en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, vamos a encontrarnos con un antecedente ilustre de la expresión, el más antiguo registrado: el artículo “Impresiones de un viaje. Última ojeada sobre Extremadura. Despedida a la patria”, que Larra publicó por primera vez bajo el pseudónimo de Fígaro en el número del 19 de julio de 1835 de *La Revista Española*.

²⁵⁵ Es lo que ocurre en “Nuestra Señora de la Mar” (nº 37 de 1860), en “Baños de Panticosa” (nº 29 de 1861) en “Roma en 1860”, de Fernández de los Ríos (nº 41-43, 1860) (si bien en este último texto la melancolía es mucho más oscura y amarga), en “Cuatro días en el Riff”, de Augusto Jerez Perchet (1869, nº 37), en “Bayona

de Galicia y su colegiata”, de Manuel Murguía (1864, nº 20), en “Una visita a Numancia”, de Antonio Pérez Rioja (1864, nº 29), etc.

²⁵⁶ Un buen ejemplo del dolor ante la decadencia española es “Viaje al Ampurdán, recuerdos y episodios”, de Florencio Janer (1865, nº28, 29).

²⁵⁷ N° 29 de 1861.

²⁵⁸ “El Canto de Tinieblas en la Capilla Sixtina” (nº 15 de 1867).

²⁵⁹ Algunas de las opiniones que le merecen al autor las principales edificaciones de Vergara es que “son todas detestables”, “de malísimo efecto”, o de “fachada mezquinísima”.

²⁶⁰ Recordemos, tal y como veíamos en el apartado 2.3.3, que Castelar y Bécquer coincidían en pensar que al poeta no le correspondía tanto la descripción como la “resurrección” de monumentos.

²⁶¹ Por ejemplo: “[...] a la mano izquierda el Palacio de Cristal cual copo de nieve sobre las montañas de *Sydenham*” (“La ciudad de Londres o idea del movimiento” - 1864, nº16); o las numerosas analogías felices que encontramos en “Alicante y Valencia. Apuntes de viaje. Episodios no políticos”, de Alarcón (nº 11 de 1858), como: “[...] aquello no fue viaje sino una *soirée* movible, una tertulia ambulante, un salón de Madrid arrastrado por el vapor” etc., o “[...] allá estaba Madrid, que como los remolinos de mar, ha tragado por largos siglos la vida y la riqueza de los pueblos sin devolverles nada”, o incluso “¡Cómo se dilataba el alma al contemplar en el aire los hilos eléctricos que, como nervios de acero, conductores del pensamiento y de la voluntad, recorren ya todas las estremidades de la península [...]!”. Por su parte, Manuel Fernández y González escribe en “La Alhambra” (nº 28 de 1860) que el Generalife es “un bellissimo prólogo” de la Alhambra. Un ejemplo de las imágenes de Castelar en “Recuerdos de Italia” extraído del nº 29 de 1869 sería: “Tengo tal idea de la fragilidad de esa hermosa Venecia, combatida de continuo por los vientos y las aguas, que temía pudiera desaparecer antes de serme permitido verla, y se encerrara en la concha marina en que nació, como un milagro vivo de la historia humana”. La poetisa Dolores de Melgar desliza en “La semana santa en Alhaurín el Grande” (1862, nº 14), la siguiente imagen inusual: “Sus célebres procesiones llevan a devotos y a impíos al precioso pueblecito, y la plaza en el Miércoles Santo, parece un gran cetáceo con 20.000 ojos, y cuya concha está salpicada de los colores de los rostros humanos”. Por su parte, Jerez Perchet tiene el siguiente acierto en su texto “De Cádiz a Sevilla” (nº 52 de 1867): “Puerto Real es como esas lindas mujeres que no tienen pretensiones ni afán de lucir; que prenden una flor a su cabello sin asomarse al espejo para mirar el efecto de su adorno”. También destacaría la siguiente imagen de Eduardo López y González en “La feria de Albacete” (nº 47 de 1866): “[...] la voz humana en un mismo tiempo y a todos los compases, recorre los innumerables tonos de ese monstruoso instrumento que hemos dado en llamar una muchedumbre”. Una muestra de las figuras empleadas por Manuel Murguía puede ser la siguiente tomada de “Viaje pintoresco por la ría de Vigo” (nº 6 de 1858): “Más pintorescos sus alrededores, en que parece que la naturaleza ha vertido allí la mayor copia de sus más preciosos dones [...] se puede decir de Vigo que es una mujer fea vestida con un hermoso traje”.

²⁶² Ver, por ejemplo, A.F.: “Las cataratas del Niágara” (1861, nº 17), o Grassi, Ángela: “Recuerdos de viaje” (1867, nº 3), o Jerez Perchet, Augusto: “Cuatro días en el Riff” (1869, nº 37) y “Generalife” (nº 50 de 1867)

²⁶³ Encontramos el mismo recurso en Janer, Florencio: “Viaje al Ampurdán, recuerdos y episodios” (1865, nº28, 29) o en Jerez Perchet, Augusto: “Paseo por Granada” (1868, nº 11).

²⁶⁴ Por ejemplo, F.P.: “Vergara” (1857, nº 7) o Gómez de Cádiz, Dolores: “La semana santa en Alhaurín el Grande” (1862, nº 14).

²⁶⁵ Es el caso de las colaboraciones de Augusto Jerez Perchet. Este autor, al igual que otros, recurre esporádicamente a un curioso truco narrativo que consiste en abolir el tiempo que va desde la experiencia del viaje a la lectura de la carta por parte del destinatario, de manera que se simula una comunicación oral inmediata, en la que el lector puede “escuchar” al autor mientras este va viajando. Es lo que ocurre en el nº 36 de 1867, donde, en el artículo “De Granada a Málaga”, escribe: “Aprovecharé los momentos de la parada para decirte algo de lo que veo”.

²⁶⁶ Hay evidente voluntad literaria en “De Oporto a Lisboa: fragmento de un viaje”, de José Ferrer de Couto (1860, nº 8, 9), que en este caso se manifiesta en forma de una oscura prosa gongorina no falta de afectación.

²⁶⁷ En el apartado 2.3.3 hemos incluido otros pasajes significativos de Alarcón en los que defiende centrarse en sus impresiones subjetivas y sus sentimientos, y también interesa recordar en este punto el momento en el que Manuel Murguía se niega a describir el interior de la catedral de Tuy para no “molestar” al lector.

²⁶⁸ En el Apéndice Bibliográfico B (Corpus), hemos clasificado veintidós textos (de un total de 193) como artículos histórico-descriptivos puros, si bien hay otros artículos mixtos que incluyen pasajes histórico-descriptivos.

²⁶⁹ “Méjico” (1857, nº 13, 14, 15, 16, 18; 1858, nº 3, 11), “Corridas de toros en Méjico” (1863, nº 34) y “El rancho mejicano” (1863, nº 35, 37).

²⁷⁰ “Costumbres de Marruecos”, (1867, nº 4, 6, 8, 16, 17, 19, 21, 22, 27, 29, 30, 36, 39, 40, 45, 52).

²⁷¹ *Ibidem*, nº 16.

²⁷² En Avendaño, J. de: “Recuerdos de mis viajes. Ecuador” (1861, nº 30-43, 45-48, 50-52). Pastor de la Roca, por su parte, extiende la indolencia a la totalidad de los americanos en “La semana santa en Bogotá. Recuerdos de un viaje a América por un emigrado, y escritos al vapor” (1864, nº 12, 13, 14).

²⁷³ En España, Bernabé: “Filipinas” (1868, nº 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8).

²⁷⁴ Ver apartado 2.1.1.

²⁷⁵ Resulta muy interesante realizar un análisis ideológico de la serie de artículos “La exposición Universal de Londres” (1862, nº 28, 38-52), del corresponsal de *El Museo* J. S. Bazán, en los que se juzga a los países a partir de sus productos, recibiendo una crítica especialmente negativa precisamente los más alejados culturalmente, los procedentes de Japón, de los que se dice: “El distintivo característico de estos es su extraordinario y cómico aspecto. Los industriales y artistas japoneses son decididamente las gentes más humoristas del mundo. Los pequeños artículos de metal son irresistiblemente grotescos, y hacen asomar la sonrisa a los labios del más grave y serio pedagogo. Dificilmente podría formarse una colección más numerosa de caricaturas y monstruos tan raros en metal”. Precisamente, al describir la velada inaugural de la Exposición en el nº 40 de 1868, Bazán había cargado las tintas caricaturescas sobre la embajada de Japón, afirmando que sus representantes tenían “inespresivas, feas y absurdas fisonomías”, comparándolos además con perros chinos, por ir rapados, y con puerco espines, por andar cargados de armas. Otra cuestión significativa en esta serie de artículos es el orden jerárquico en el que se van describiendo los departamentos de los países, comenzando por las naciones de más peso (Inglaterra, Francia, Italia) y terminando justamente con los países más exóticos y anecdóticos, como Japón y China. Justo antes de estos, Bazán habló del departamento español con amargura, diciendo que las espadas toledanas, las sedas y los productos agrícolas que representaron a la industria española daban la impresión de que España se encontraba muy lejos de las naciones más desarrolladas, más aún de lo que en realidad estaba.

²⁷⁶ Muchos manuales de español publicados en Europa fueron aliados inesperados de la literatura de viaje a la hora de configurar “la imagen romántica de España” y reforzar los prejuicios, según lo que leemos en la *Historia de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera*, de Aquilino Sánchez Pérez (SGEL, Madrid, 1992, p. 232): “El mercado europeo se nutría en buena parte de refundiciones publicadas por profesores no nativos, quienes, necesariamente, recurrían al plagio para suplir una presumible falta de soltura en el uso del español. Similar anacronismo se hacía extensivo también a las costumbres y hábitos descritos en los diálogos. Como resultado, la España del XIX se presentaba en el extranjero, a los alumnos de español, con características del XVI o del XVII”.

²⁷⁷ Guillermo Lejean en “Viaje a Babilonia” (nº 6-19 de 1868), aunque en un momento dado habla de “bobalicones barbados” (nº 7 de 1868) para referirse a ciertas figuras populares en un café, en otros lugares (nº 12 y 18) defiende la cultura local frente a la europea, en el primer caso ridiculizando a un personaje llamado Michel que considera superiores, menos pecadores, a los cristianos por el mero hecho de serlo, y en el segundo caso ponderando la hospitalidad oriental frente al materialismo occidental, que ha hecho de los desplazamientos un lucrativo negocio. También en el nº 18 de 1868, Lejean llega a defender a los yazidis, pueblo de parias mezclados entre los kurdos a los que los musulmanes les acusan de todos los crímenes y abominaciones, y dice que es cierto que dirigen algunas oraciones al demonio, pero que lo hacen porque para ellos es un oprimido al que intentan poner de su lado. Además de este caso de tolerancia, tenemos en *El Museo* apenas un caso de verdadera admiración por el otro no occidental: se trata de “Escursiones por la América del Sur. Razonamientos de un salvaje”, de Idelfonso Antonio Bermejo (1864, nº 18), que se centra en el diálogo del autor con el cacique de una fiera tribu del Gran Chaco. Este jefe indio se expresa con elocuentes palabras, llenas de entendimiento, sabiduría y poesía, que admiran y despiertan en el autor un enorme respeto. Será precisamente esta actitud respetuosa hacia el discurso del cacique lo que salve la vida del viajero, que estaba previamente condenado a muerte sin él saberlo. Es este un caso excepcional de un encuentro positivo entre individuos de culturas muy alejadas en el que ambos superarán sus prejuicios hacia el otro, produciéndose una aproximación real.

²⁷⁸ El mejor ejemplo de *El Museo* para ilustrar este viaje como conflicto es la extensa narración del recorrido y las vivencias del médico inglés Lempière por Marruecos (“Recuerdos de un médico inglés en Marruecos (1789-1790)”, nº 9-21 de 1860) quien relata las diversas agresiones y burlas de que fue víctima en el país norteafricano, hostilidades que devuelve en forma de escrito enormemente crítico. Diríamos que los viajeros de *El Museo* raramente siguen los consejos incluidos en el peculiar texto anónimo, y aparentemente antiguo,

“Instrucciones de un artesano a su hijo al partir para un viaje por países extranjeros”, del nº 15 de 1860, que dejamos fuera del corpus por no llegar a narrar ningún viaje concreto, y que incluye las siguientes palabras: “Elogia todo lo que te parezca bueno; pero no critiques lo que te parezca ridículo; este es el modo de captarse las voluntades”.

²⁷⁹ “En la competencia cultural de una persona, las distintas culturas (nacional, regional, social) a las que ha accedido esa persona no coexisten simplemente una junto a la otra. Se las compara, se las contrasta e interactúan activamente para producir una competencia pluricultural enriquecida e integrada de la que la competencia plurilingüe es un componente, que a su vez interactúa con otros componentes” (*Marco Común Europeo de Referencia para las Lenguas: aprendizaje, enseñanza, evaluación*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y Grupo Anaya, Madrid, 2002, p. 6).

²⁸⁰ En el preámbulo a la recomendación R(98)6 del Consejo de Europa se incluye, por ejemplo, el siguiente párrafo: “Propiciar el entendimiento, la tolerancia y el respeto mutuos respecto a las identidades y a la diversidad cultural por medio de una comunicación internacional más eficaz”.

²⁸¹ Siendo esto verdad, no es menos cierto que las descripciones de monumentos y ciudades monumentales adquieren en ocasiones sesgos ideológicos, siendo los casos más señalados los textos de Emilio Castelar publicados en *El Museo*, los cuales, tras un derroche de lirismo y ensoñaciones, presentan cierres estrictamente políticos que, como últimas palabras, reconducen todo lo anterior hacia una tesis marcada por la ideología: hacia el final de “Una tarde en San Juan de los Reyes en Toledo” (1858, nº 1), donde ha primado la espiritualidad y el ansia de lo infinito, el autor cae de rodillas y se lamenta de la situación de España, esperando que mejore, y en el último fragmento de “Recuerdos de Italia”, publicado en el número 32 de 1869, Castelar incluye las siguientes palabras conclusivas: “¿De dónde proviene esta grandeza? —De la descentralización de sus gobiernos, de la libertad de sus repúblicas, de la independencia municipal”.

²⁸² Alarcón, Pedro Antonio de: “De Madrid a Santander” (1858, nº 19).

²⁸³ En el primer texto encontramos las expresiones “ruido estridente y satánico, acompañado de aullidos salvajes”, “infernál barahúnda” o “función de demonios”, y en el segundo, “concierto diabólico, infernal” y “comparsas diabólicas”.

²⁸⁴ Por ejemplo, Carrasco de Molina, siguiendo a Chaillu, en “Costumbres africanas: El pueblo Fan” nº 52 de 1863).

²⁸⁵ Por ejemplo, Gaviria en su “Viaje al África Central y a la isla de Fernando Poo”, dice en el nº 31 de 1864 que un grupo de 500 guerreros bubíes completamente ataviados, a pesar de su apariencia grotesca, no carecían de armonía en sus cantos de guerra. Además, en “Un paseo por el Riff” (1859, nº 21), de Torcuato Tárrego, el autor siente una atracción irresistible por la melancólica música que cantan los enemigos marroquíes por las noches, lo que le llega a producir pensamientos de compasión o simpatía al pensar en esos rudos hombres de guerra queriendo expresar sus sentimientos.

²⁸⁶ Como en otros casos, tenemos en este texto un juego de narradores que diluye la responsabilidad de las opiniones vertidas: un periodista selecciona, transcribe y sintetiza las declaraciones que dio Speke en una rueda de prensa, pero además el A. E. que firma el texto posiblemente sea su traductor al español, que tal vez haya realizado alguna adaptación del texto original.

²⁸⁷ Ovilo y Otero, Manuel, *Manual de Biografía y Bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*, París, 1859, Tomo I, pp. 159-160.

²⁸⁸ En su primer artículo sobre cacerías, publicado en el nº 22 de 1859, Carrasco de Molina explica que entre sus propósitos se encuentra “destruir algunos errores en que incurrieron célebres naturalistas” gracias a que, “Con el transcurso del tiempo, viajeros infatigables y cazadores intrépidos al par que observadores, han podido adquirir noticias positivas, que rectifican y completan las que ya teníamos, tanto en lo concerniente a dichos animales, cuanto a los diferentes medios de que los indígenas se valen para cazarlos”, de manera que Carrasco de Molina presentó sus relatos de aventuras como textos serios e instructivos, tal vez para contentar al director literario, Nemesio Fernández Cuesta.

²⁸⁹ Se trata de un grueso libro de 570 páginas que evidentemente no puede ser reproducido tal cual.

²⁹⁰ El grupo GICES, de la Universidad Autónoma de Barcelona, incluyó este texto entre la narrativa de ficción de *El Museo Universal* (<http://gicesxix.uab.cat/showCuento.php?idCuento=733>) posiblemente por el hecho de que en ningún momento se menciona una fuente documental, el autor le propone al lector realizar un viaje imaginario a Estados Unidos, y se emplea un narrador en tercera persona. No obstante, al apreciar el conjunto de la obra de Carrasco de Molina en *El Museo Universal*, y recordar su proyecto de escribir sobre cacerías ocurridas en todos los continentes, suponemos que una vez más el autor está narrando hechos reales, adaptando un texto original cuyo título no se menciona y que nosotros no hemos logrado localizar, y que las

palabras en inglés que se comentan en la síntesis del portal de GICES son posiblemente huellas de esta primera fuente escrita.

²⁹¹ *El Museo Universal* dará continuidad a las narraciones de caza, pero quien escriba sobre cacerías en América del Sur va a ser otro autor, Ángel Avilés, que en “La caza de focas en el Perú” (1867, n° 28) y en “La caza del caimán en el Nuevo Mundo” (1867, n° 31) va a relatar experiencias propias, tan verosímiles como, por otra parte, cuestionablemente heroicas: en la primera se cuenta una sangrienta y gratuita matanza de leones marinos que el autor presencié de niño, y en la segunda se describe un ardid para capturar caimanes sin peligro con una especie de grandes anzuelos cebados, tarea que además realizan los indios, mientras el autor observa desde una distancia prudencial.

²⁹² Estas supresiones pueden llegar a jugarle una mala pasada al adaptador, pues en el n° 30 de 1863, al traducir literalmente de Chaillu, dirá que va a centrarse en el elefante tras haber hablado del gorila y del hipopótamo, cuando lo referente a este último animal fue omitido en la adaptación de Carrasco de Molina.

²⁹³ Por ejemplo, en el n° 36 de 1863, se lee: “Chaillu le hizo ponerse la camisa, el pantalón y la levita de que hemos hablado, con lo cual estaba ya el rey negro casi humano”.

²⁹⁴ “Verdad es que cerdos y esclavos todo viene a ser lo mismo, principalmente si se empieza la comparación por el color”.

²⁹⁵ Aunque no se trata de un texto de viajes, creo necesario mencionar aquí el artículo “Juan Latino (el negro)”, de Carlos Rubio (n° 9 de 1857), pues viene a confirmar lo que estamos diciendo: el autor hace primero una recopilación de opiniones que se dieron a finales del XVIII y principios del XIX a favor y en contra de la abolición de la esclavitud basándose en las características de los negros. El autor presenta una postura progresista al dar dos ejemplos de dos negros que, recibiendo una formación adecuada, alcanzaron un gran mérito intelectual: se trata de una niña negra que con 16 años compuso notables poemas en Inglaterra, y Juan Latino, que llegó a ser profesor de latín y escritor en lengua latina en el siglo XVI, en Granada. A pesar de esta postura progresista y esta defensa de la figura casi olvidada de Juan Latino, el autor aún muestra algunos prejuicios raciales, como suponer que el color negro de la piel proviene de una lejana “enfermedad” heredada, y que “la deformidad de sus facciones y la pequeñez de su cerebro, etc., se podrán explicar a mi entender por su género de vida y de educación. Una raza que no usa más facultades que las animales, ¿qué extraño es que degeneren y pierda las intelectuales?”. Por otro lado, para defender el posible desarrollo intelectual de los negros ha acudido a dos raros ejemplos históricos, lo cual viene a indicar que la inteligencia en estos es excepción.

²⁹⁶ Sin adscribirse a la escuela psicoanalítica, Patricia Almárcegui, en “La metamorfosis del viajero a Oriente” (*Revista de Occidente*, n° 280, septiembre de 2004, pp. 105-117) apunta esta misma interpretación de los escritos de viajes como plasmación de los deseos del viajero occidental, para lo cual Oriente sería un lugar especialmente adecuado por tratarse de un inmenso espacio “en blanco” donde poder construir y construirse.

²⁹⁷ Art. cit.

²⁹⁸ Art. cit., passim.

²⁹⁹ Art. cit, p. 439 y nota 59.